Finalista Premio Planeta 2022
Alma Browncross, con la obra *A más de siete mil kilómetros.*

Alma B. Cross

2ª edición

La decisión

Entrelíneas Editores
eraseunavez.org

La decisión

Alma B. Cross

ISBN: 978-84-126102-8-4
Edición impresa: ©Entrelíneas Editores
Cubierta: JuanJo González @jjdrawingg

A Begoña, Elvira y Mª Ángeles, que sabéis que nunca hubiera podido terminar el libro sin vuestro apoyo

Índice

1

Ahora

«¿Quieres que nos veamos? Podríamos aclararlo cara a cara. El WhatsApp da lugar a malentendidos. Te espero en el garaje, en la segunda planta. Bajo en veinte minutos».

Marta releía el mensaje una y otra vez. Le temblaban un poco las manos al coger el móvil. No paraba de preguntarse cómo había desembocado todo en esto. No parecía creíble. No entendía nada. Se deshizo la coleta que se ponía para estar en casa y, de nuevo, se la volvió a hacer. Oía las risas y gritos de los niños en su cuarto. Pensó que debería ir antes a echarles un vistazo.

«Antes»... Antes ¿de qué? ¿Estaba realmente pensando en bajar? ¿En quedar con él?

Se dijo a sí misma que debería recapacitar un poco, pero era ahora o nunca. Eso era verdad. Él ya debía de estar abajo. Se percató de cómo iba vestida, no muy presentable. Y, sin embargo, eso le daba igual. Miguel estaba en la habitación que habían convertido en despacho, probablemente adelantando el trabajo del día siguiente para así mañana, adelantar el de pasado.

«Totalmente innecesario», pensó. «Puedo escaparme un rato», siguió diciéndose sin abrir la boca.

Se levantó, fue a la cocina a por la bolsa de vidrio que había que bajar al contenedor ya que los porteros no se ocupaban de eso. Era una buena excusa. Se puso las zapatillas de deporte, echó un vistazo a la habitación donde sus tres hijos estaban con un antiguo juguete de coches de Miguel que, sorprendentemente, les había encantado y estaban muy entretenidos.

—Bajo el vidrio un momento —les dijo sin asegurarse de que la habían escuchado.

A Miguel no le dijo nada. ¿Para qué? Tampoco se habría enterado. Cogió las llaves del mueble de la entrada, se miró rápidamente en el espejo y salió.

En el momento en que cerró la puerta, el corazón le dio un brinco. Literalmente. También se asustó.

¿Sería normal o estaba a punto de sufrir un infarto? El ascensor, uno de ellos, estaba justo enfrente de su puerta, algo que le resultaba un poco molesto por el ruido, aunque esta vez lo agradeció, ya que la escapada sería rápida. Llegó pronto, se subió y marcó el botón menos dos. Parecía que no llegaría nunca a su destino. Antes, moriría de un ataque al corazón. Los pisos iban pasando y ella hacía recuento mental. «Seis, cinco, cuatro...».

Y, por fin, la planta menos dos.

Salió despacio, intentando darle cordura a su decisión, a eso que estaba haciendo, el bajar a verle. La luz se encendió rápidamente como confirmándole que estaba allí, que había decidido acudir a ese encuentro ¿secreto? Quizá sí habría que llamarlo como lo que era. Secreto. Así era ese encuentro.

Recorrió los escasos tres metros que había desde el ascensor a la entrada del garaje y fue allí, ante la puerta, cuando se dio cuenta de que el juego de llaves que había cogido no incluía la llave del garaje. Era el juego de Elisabeth, la chica que cuidaba a sus hijos y de la casa y de todo, la imprescindible Elisabeth, que se olvidaba un día sí y otro también sus llaves en el mueble. Y ella no tenía la llave del garaje.

Si subía a por las suyas, ya sí que no se veía con fuerzas de buscar una nueva excusa para bajar. Aunque nadie se la pidiera. ¿Qué hacía? Probó a ver si estaba abierta. El picaporte subía y bajaba, pero no la abría. Se quedó pensando unos segundos más. No habría pasado ni un minuto y volvió a intentarlo aun sabiendo que era una estupidez. Y en ese momento, oyó que, del otro lado, alguien metía su llave. Se apartó para dejarle pasar. No sería raro que la encontrara. Otra persona que bajaba al garaje. Nada extraño a las siete de la tarde de un sábado. Pero no era un vecino. Al abrirse la puerta, él estaba allí. Ahora sí que le iba a dar un infarto. ¡Vaya forma más tonta de morir! Apenas pudo vislumbrar su rostro. Las luces del garaje siempre habían sido una mierda que dejaba muchas esquinas en casi completa oscuridad, pero sí lo distinguió claramente. Su alta y ligeramente delgada figura ya se le hacía inconfundible.

—¡Hola! —saludó, y enseguida se maldijo por haber empleado un tono excesivamente jovial.

—Holaaa —le contestó y hasta en esa corta palabra, notó su acento, solo un poco, pero suficiente.

Él miró rápidamente la bolsa que ella llevaba y que, ineludiblemente, hacía público su contenido.

—El contenedor de vidrio está en la calle —dijo él un poco serio, aunque a ella le pareció notar que disimulaba una sonrisa.

—Ya, ya, ya lo sé —protestó un poco, pero tampoco dijo nada más. «Creo que no debo darte explicaciones», se dijo de nuevo, sin abrir la boca.

—¿Hablamos allí? —Umar indicó una esquina a la derecha, una de esas que apenas estaba iluminada, entre un coche con bastante polvo y una moto ruinosa que ocupaba una plaza pequeña.

Marta asintió y mientras le parecía oír a su amiga Candela: «Pero... pero... ¿qué haces, Marta, ¡qué haces!?». Él la dejó pasar primero y ella tuvo tiempo de preguntarse si en su país tenían esa deferencia hacia las mujeres. Candela seguía dando gritos en su cabeza. A medida que se acercaba al rincón, pensó que había sido mala idea. Allí sí que parecía que se estaban ocultando por si venía alguien. Hizo el ademán de volverse para proponerle que hablaran en mitad del garaje, incluso cerca de su plaza y casi chocó con él. No había calculado que la seguía tan de cerca. Para evitar el choque, dio un paso atrás y se golpeó ligeramente con el sucio coche. El pantalón de chándal que llevaba, el que dejaba solo para casa por el roto que tenía a la altura del tobillo, quedó inmediatamente manchado de polvo.

—Te has manchado —dijo él, que también se maldijo por el comentario que tan poco aportaba.

—Ya, ya, ya lo sé —repitió ella dándose cuenta de que había utilizado la misma frase en las dos únicas veces que había abierto la boca.

«¡Uf! ¡Qué tonta soy!». Y Candela aprovechó para decir: «¡Desde luego!».

Habían llegado al lugar que Umar había propuesto y él también se preguntó si era una buena idea. La tenía enfrente, a un metro y medio largo, alzó la mirada para ver si su cara le daba alguna pista y se encontró con unos ojos avergonzados. La bajó rápidamente. «Aclarar, ¡aclarar! ¿Qué narices le iba a aclarar? ¿Para qué le había escrito eso?». Justo después de dar a enviar se había arrepentido. Siempre había sido así de impulsivo y no estaba bien. Eso no le había aportado nada bueno. Ya se lo decía su abuelo: «Umar, cuenta hasta diez antes de decir lo que piensas, es muy fácil». «¿Qué demonios le digo ahora?».

Un minuto de silencio. Dos. Dos y medio. «¡Venga, Umar! ¡Empieza!».

—Iba a bajar el vidrio cuando vi tu mensaje —dijo Marta y acto seguido se mordió el labio de abajo mientras oía el suspiro de Candela.

Umar bajó la cabeza para que no le viese la sonrisa que se le escapaba.

—Yaaa, eso —balbuceó mientras pensaba que ya no lo podía demorar más, que tendría que haber escuchado a su abuelo—, esto... quería decírtelo en persona, por eso, porque con el WhatsApp se enrevesan las cosas y más cuando no es tu lengua materna como es mi

caso y…

—No creo que haya habido malentendidos —interrumpió Marta y se tocó nerviosa la ceja, síntoma inequívoco de nervios, según le recordaba su madre cuando la veía actuando en la función del cole. «Siempre tocándote la ceja mientras cantas», decía.

—Ya sé que puedes ir sola al Leroy, pero pensé que quizá pudieras necesitar mi ayuda —continuó Umar.

«Y pensé que estaría bien recorrer los pasillos contigo», pero eso no se lo dijo, claro. «Me pasé de insistente». Y eso tampoco lo dijo. Claro.

Marta parecía muy interesada en quitarse una pelusa de la manga de la sudadera. No dijo nada. «Hubiera estado bien ir juntos…». «¿Qué tontería dices?», le preguntó Candela alterada. Levantó el labio, solo por un lado, el derecho, poniendo su cara de cuando despreciaba algo que le decían. Se lo hacía a Candela. Pero Candela no estaba. Solo en su cabeza. Y, además, la Candela de carne y hueso no tenía ni idea de nada de lo que estaba pasando.

Umar vio el gesto. ¿Se lo ha hecho a él? Eso era que no había dicho algo adecuado. O había conjugado mal. Se volvió a precipitar:

—¡Bueno! No mi ayuda… mi consejo, porque sé cuál le puede venir mejor a la estructura que tenéis en el baño, pero era una tontería.

—Es cierto, te puedo necesitar—. «¿Quién ha dicho eso?», se preguntaba Marta y abrió un poco más los ojos con estupefacción.

—¿Sí? —dudó Umar.

—Sí… No tengo ni idea de radiadores y a lo mejor compro uno que no encaja en el hueco.

Marta miró las manos de Umar. «¿Qué tiene entre ellas? ¿Un trapo?» Un trapo sucio que parecía que quería despedazar. ¿Estaría limpiando algo con él cuando le escribió el mensaje y bajó al garaje? Umar titubeó de nuevo.

—Bueno… si quieres, vamos mañana. A las siete, cuando salga. ¿Te viene bien? —Umar se volvió a acordar del consejo de su abuelo. Otra vez no había pensado.

—Esto… Vale, le preguntaré a Miguel si se puede quedar con los niños un rato. No tardaremos, ¿no? —Y por alguna extraña razón le incomodó haber nombrado a Miguel en una frase en la que la primera persona del plural no le incluía a él.

—Vale. Hablamos por WhatsApp un poco antes.

—Vale. —Marta volvió a darse la vuelta sin calcular la distancia y volvió a restregarse en el coche polvoriento esta vez, por la otra pierna.

—Ahora te has vuelto a manchar —apuntó Umar y se arrepintió inmediatamente. Ella se volvió a mirarle y le sonrió. Y los hoyuelos

salieron a la luz. Y Umar solo podía verlos. Y se quedó demasiado tiempo mirándolos. Y no la oyó cuando le contó que era muy torpe y que echaría el pantalón a lavar ya que la lavadora funcionaba gracias a ti, Umar. Él ya no oía todo eso. Solo oía a su abuelo. «Se avecinan problemas, hijo», le decía.

2

Seis meses antes

Marta entró por fin en la oficina solo diez minutos más tarde de la hora a la que le gustaba entrar, pero eran los diez minutos que tendría que recuperar, y eso rompería la cadena de obligaciones que tenía milimétricamente establecida. Esa discusión mañanera le había alterado el ritmo.

Llegó a su mesa y echó una rápida mirada por el ventanal. Era una de las ventajas de ese trabajo; su localización: Las vistas de casi todo Madrid. En su mesa vio un sobre nuevo.

—Es el informe de la habitabilidad del nuevo edificio —dijo Mari Carmen—. El *boss* dice que lo revises.

Cuando entró hacía ocho años en el banco, Mari Carmen ya llevaba diez trabajando, en el mismo departamento jurídico, en la misma mesa. Había sido una buena compañera, eso era indudable. Siempre había estado de su lado y siempre la había apoyado en todas sus decisiones. Hasta ahora. En poco más de un año, Mari Carmen se jubilaría y la dejaría sola.

—¿Qué te pasa? Traes mala cara hoy. ¿Has vuelto a discutir con Miguel?

—Pues sí… Otra vez lo mismo. Ya creo que no sirve de nada hacérselo ver.

—¡Estos hombres! No saben pensar en nada más que en ellos mismos.

Marta agradeció el comentario y más viniendo de ella, que llevaba casada con su marido más de treinta años y aún seguían siendo uña y carne. Seguramente también tenían sus discusiones, pero nada que les impidiese seguir haciendo planes juntos y pensar en el siguiente viaje que harían. «Muy diferentes a nosotros», pensó Marta. También agradeció el hecho de que Mari Carmen no preguntara más. No le apetecía dar detalles. Quizá la clave del éxito del matrimonio de su compañera se debiera a que tardaron solo una semana en decidir que habían encontrado a su otra mitad. A los cinco meses, ya estaban casados. «Lo nuestro fue muy diferente. Ojalá lo hubiera conocido

mucho más tarde», pensó Marta. Miguel y Marta eran compañeros de clase durante la carrera de Derecho, y además pertenecían al mismo grupo de amigos, junto con Candela, aunque ellas ya eran íntimas desde el colegio. Y empezaron a salir cuando ambos tenían veintidós años. Todo el mundo decía que terminarían juntos, como así había sido. Que estaban hechos el uno para el otro. Puede ser. Ahora, veinticuatro años después y tres hijos en común, las cosas no eran tan idílicas como había pensado. No podía negar que habían pasado momentos buenos, pero ¿por qué en los recuerdos solo afloraban los malos?

Al nacer Diego, hacía ya cinco años y pico, ella había pedido reducción de jornada. Él jamás lo habría hecho. Su trabajo lo era todo. Fin de la discusión. Sin discusión. Era algo obvio. Miguel no la obligó en absoluto. De hecho, no estaba de acuerdo. Creía firmemente que la mujer era igual que el hombre y ambos debían trabajar y no renunciar por la familia. Ella también lo pensaba. En teoría y por escrito, era lo lógico. En la práctica, no.

Tras los dos cafres de sus hijos mayores, cuando nació Diego pensó que no sería suficiente con la ayuda de Elisabeth. Era la asistenta más competente de todas las que había tenido. No sabía cómo lo hacía, pero le daba tiempo a todo y cuando ella volvía del trabajo, se la encontraba jugando con los niños, tirados por el suelo o entretenidos con un juego de mesa. Y siempre sonriendo. Era increíble. No se explicaba de dónde sacaba tanta energía. Y entonces, con Diego a punto de salir del horno, Elisabeth no se amedrentó, pero Marta sí. Si el tercero salía la mitad de revoltoso que sus hermanos mayores, no sabía cómo lo iban a hacer. Alguien tendría que repartirse el trabajo con Elisabeth porque estaba claro que la joven no podría recoger a Álvaro del fútbol y llevar y traer a Alberto del tenis, mientras limpiaba un posible vómito o cambiaba un pañal, con la sillita a cuestas y cogiendo varios autobuses, si Marta seguía llegando a las siete a casa, como pronto. Tenían la suerte de que la madre de Carlos siempre se ofrecía a llevar a Álvaro con ellos al entrenamiento, lo cual era un alivio a pesar de que cada día le contaba lo mal que se había portado su primogénito en el camino al campo. Los martes le tocaba logopeda a Alberto y se le abrían las carnes al pensar en que Elisabeth y sus otros dos hijos tuvieran que estar en la sala de espera del centro. Ella sabía entretener una hora a Álvaro, pero ¿podría hacerlo mientras atendía al bebé?

Durante la baja de maternidad de Diego, ya no le quedó ninguna duda. Pediría la jornada reducida. Y no se había arrepentido de hacerlo. Entre Elisabeth y ella habían organizado un reparto de las tareas perfecto y Marta creía que los niños también se habían beneficiado del nuevo plan, ya que podía encontrar momentos para

dedicar en exclusiva a cada uno de ellos. Cuando Miguel llegaba a casa, nunca antes de las nueve de la noche, ya estaba todo en orden y hasta podían ver una serie juntos después de la cena.

Lo que había pasado esa mañana ponía de manifiesto que Miguel desconocía por completo el ritmo diario.

—He pensado que como Diego tiene casi seis años y tú tienes jornada reducida, deberíamos acortar el horario de Elisabeth. Son muchas horas las que le estamos pagando y bien pagado cuando tú tienes la tarde libre todos los días —dijo cargado de razón.

Marta paró de aplicarse la máscara de pestañas y lo miró a través del espejo del baño.

—¿Me dices esto cuando te estoy diciendo que tengo hora en el centro de salud para vacunar a Alberto? No entiendo la relación...

—¡Ah! ¿Vas hoy?

—Sí, te lo acabo de decir.

—¿Relación de qué? Solo te estoy diciendo que debemos reducir gastos y que Elisabeth pasa muchas horas en casa y es un gasto muy grande. Y tú tienes toda la tarde libre.

Marta suspiró. Se le hacía muy pesado tener que enumerar todo lo que tendría que hacer si Elisabeth no estuviera. Lo de la tarde «libre» era muy relativo. Creía que no debería hacer falta recordárselo. Debería ser consciente y saberlo. Así que optó por no argumentar.

—Pues no —le dijo volviéndose a mirarlo de frente—, por ahora Elisabeth no puede venir menos horas. Si hay que reducir gastos, se busca otra forma de hacerlo.

Miguel, sentado en la cama y poniéndose los calcetines, soltó un ruidito de desaprobación.

—Tú siempre igual. En tu mundo de fantasía, donde el dinero viene volando solo y no cuesta ganarlo. ¡Qué inconsciente eres!

—Pero ¿qué dices? —Marta lamentó volver a entrar al trapo, pero le costaba mucho quedarse callada.

—¡Digo lo que digo! —alzó la voz Miguel—. Si siguieras con tu jornada normal, ganarías un sueldo completito y no tendríamos que estar haciendo numeritos —continuó sarcástico—. Pero la princesa lo quiere todo: la chacha y trabajar menos.

Marta lo miró con odio desde el quicio de la puerta del baño, pero él no la vio. Terminó de atarse los cordones, se levantó de la cama, se puso la chaqueta del traje y se atusó el pelo dándose un rápido vistazo en el espejo sobre la cómoda. Se gustó. Realmente seguía siendo muy guapo y lo sabía. Su pelo tenía el rubio ceniza de cuando se conocieron, sin apenas canas. Aunque las tuviera, no se le notaban. Sus ojos, de un azul excesivamente claro, le daban un aspecto un poco frío, pero hacían del conjunto una cara muy atractiva. Le faltaban unos cuantos centímetros para ser un tipo de diez. Pero todo eso

Marta no lo veía. Ya no.

—Piénsalo, guapita —le dijo mientras pasaba por delante de ella para salir de la habitación.

Marta se volvió, entró en el baño y cerró la puerta tras ella, un poco más fuerte de lo que hubiera querido.

—No hay nada que pensar —murmuró.

Volvió a soltar un suspiro recordando la conversación. Mientras encendía el ordenador, sacó los papeles del sobre. Mejor sería concentrarse en el trabajo y pensarlo después todo.

—¿Te traigo un café? —le preguntó, solícita, Mari Carmen.

—Sí, por favor. Muchas gracias.

Pablo, «el boss», salió de su despacho. A sus casi sesenta años, tenía muy buena planta y, además, era muy amable («Especialmente contigo», le decía siempre Mari Carmen).

—¡Ah! ¡Ya has llegado! —dijo, aunque Marta sabía perfectamente que él tenía claro que ya estaría en su mesa sentada—. Te he dejado ahí el informe que quiero que revises. No tengo muy claro si las cláusulas doce y trece están correctamente redactadas.

—No te preocupes —le sonrió—. Enseguida me pongo con ello.

El susurro vibrante de su móvil comenzó a timbrar, y aunque había tomado la precaución de ponerlo en silencio, su sonido era claramente perceptible. Marta lo sacó del bolsillo de su abrigo y descubrió que en la pantalla aparecía un nombre que no podía ignorar: Elisabeth.

—Perdona —le dijo a Pablo—, es Elisabeth, no sé si habrá pasado algo. Nunca me llama si no es por causa de fuerza mayor.

—Cógelo, cógelo, claro —dijo Pablo volviéndose a su despacho.

—Hola, Elisabeth, ¿pasa algo? —contestó Marta al teléfono.

—Perdone que le moleste, señora Marta, pero sí que pasa. ¿Se acuerda que el baño de los niños olía mal?

—Sí, ¿qué ha ocurrido?

—El olor es muy fuerte ahora y he tirado de la cadena y se ha atascado. El agua ha subido casi hasta el borde.

—¡Qué horror! Voy a llamar al portero, a ver qué se le ocurre.

—No, no hace falta —interrumpió Elisabeth—. He bajado yo y se lo he contado. Manolo me ha dicho que el nuevo conserje es muy manitas y que se lo iba a decir. Solo la llamo para que lo sepa.

Marta se maravilló una vez más de la eficacia de Elisabeth. No la podía perder, sería una locura. Es más, quizá deberían subirle el sueldo.

—Jo, Elisabeth, mil gracias. ¿Qué haría yo sin ti? Una hora más tarde Elisabeth le mandó un mensaje:

«Señora Marta, me *dise* Manolo que el otro portero se pasará a las 3:30 que es cuando yo *estoi* llevando a los niños al cole. *Abrá llegao*

usted a esa hora?».

«Sí, no te preocupes. Allí estaré».

Eran casi las tres cuando llegó a casa. Se había cruzado con Elisabeth y los niños en el portal y durante apenas cinco minutos, la habían llenado de besos y abrazos e historias que les habían sucedido por la mañana. Pero no podían entretenerse porque después de comer siempre iban andando al cole. Marta subió y picoteó algo.

Sonó el teléfono y supo de inmediato que sería Candela, que solía llamarla a esa hora. Su amiga era de las personas más equilibradas y calmadas que conocía, pero ese día estaba alterada por un problema con su jefa. Marta se dispuso a escucharla mientras se preparaba un café. En ese momento, llamaron a la puerta. Fue a abrir con el teléfono entre la oreja y el hombro y el café en la mano izquierda. Abrió la puerta y se encontró con un hombre muy alto, (aunque a Marta, desde su metro sesenta, todos le parecían muy altos), delgado y moreno. Sus facciones eran también delgadas y quizá un poco afiladas, con la nariz perfectamente recta y pómulos algo sobresalientes. Los ojos achinados llamaron su atención por lo oscuros que eran. Daba la apariencia de recién duchado, de limpio. Su abundante pelo estaba muy bien cortado y no había ni rastro de barba en sus mejillas. Vestía un mono azul. «Este tipo me suena, pero ¿de qué?», intentó acordarse Marta.

—Hola, soy Umar, Manolo me ha dicho que me pasara, que teníais un problema en el baño, ¿no? —dijo presentándose.

«¡Ah! ¡Claro! ¡El nuevo conserje! Me he despistado totalmente», pensó Marta.

—Hola, pasa por favor. —E intentó hacerse un hueco en el monólogo frenético que no había interrumpido Candela—. Oye, Cande, te llamo ahora.

—¡No me dejes así! Aún no te he contado lo peor—protestó Candela.

—Ahora te llamo, de verdad. Es que acaban de venir a arreglarme el baño.

Colgó el teléfono y se dirigió a Umar, que había esperado de pie en la entrada a que ella terminara.

—Perdona. Es que me he despistado con la llamada. Muchas gracias por venir. Me parecía que me sonabas, pero realmente no te conocía. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando con Manolo?

—Poco, desde primeros de mes —contestó, contento de haber entendido bien, al menos, la última pregunta.

—Pero no te he visto en la garita.

—Suelo encargarme del otro portal…

—Bueno, pues yo soy Marta, del octavo A. —Y acto seguido pensó que decir el piso había sido una tontería.

—Sí, lo sé —dijo él, sonriendo—. Te he visto varias veces con tus hijos. Son tres, ¿no?

Marta abrió más sus enormes ojos, sorprendida.

—Llevando solo un mes, ¿ya te conoces a todos los vecinos?

—Intento hacer bien mi trabajo y que me dure—sonrió de nuevo Umar—, pero no tengo mucho tiempo, estoy utilizando mi hora de la comida. ¿Vamos al baño?

—Sí, perdona, es por aquí —indicó ella. No reconocía su acento, pero estaba claro que su forma de pronunciar le delataba como extranjero. ¿De dónde sería? Descartó los países del este, ese acento sí que lo tenía bastante identificado. Descartó Sudamérica, aunque por su físico, podría haber sido de allí. «Ya le preguntaré», pensó.

Marta se adelantó por el pasillo en dirección al baño mientras le iba explicando el problema: olía muy mal, no sabían de dónde venía el olor; esa mañana Elisabeth había tirado de la cisterna y el agua había estado a punto de desbordarse. En el baño Marta se hizo a un lado para dejarle pasar. Él dejó en el suelo la caja de herramientas que llevaba y comenzó a examinar el inodoro y la cisterna. Después hizo una cosa que le extrañó: se dirigió hacia una placa metálica y redonda en la que ella no había reparado antes o, si la había visto, la había ignorado.

—Voy a ver el sifón —explicó, mientras intentaba abrirlo con un destornillador.

Marta pensó en dejarlo solo para que no pareciera que lo estaba vigilando, total, poca ayuda le podría ofrecer.

—Estoy en la cocina por si me necesitas. —Y dio media vuelta y se fue.

Esperaba sin saber qué hacer en la cocina, perfectamente recogida por Elisabeth, como si no hubieran comido tres niños y ella hacía poco más de una hora. Dudó si devolverle la llamada a Candela, pero sería absurdo volverla a interrumpir y se mosquearía con razón. Un poco más tarde, oyó que levantaba la voz, seguramente para que ella lo oyera y no tener que ir hasta la cocina:

—Ya está —dijo, sonriendo de nuevo y con un trapo en la mano que alguna vez había sido rojo—. Esto era lo que pasaba.

Marta miró el trapo y le miró a él y de nuevo al trapo.

—No entiendo...

—Alguien había tirado esta camiseta al retrete y estaba atascada entre el desagüe y el sifón.

—¿¡Cómo!? —Abrió más los ojos y la boca, sin ser capaz de asimilar lo que le contaba.

—Estaba atascada...

—Eso seguro que ha sido Alberto, pero la camiseta es pequeña, debe de ser de Diego... ¡ay, por Dios! ¡Los mato!

—Una penalización muy alta, ¿no? —Umar sonreía divertido mirando la cara de estupor de ella y se sorprendió a sí mismo de haberse tomado la licencia de bromear cuando ni siquiera la conocía y era, de alguna forma, una de sus jefes.

Marta lo miró a la cara, intentando entender si se trataba de una broma o realmente había pensado que iba a matar a sus hijos de verdad, vete tú a saber qué costumbres tenían en su país…, pero vio de nuevo esa sonrisa que, aunque natural, no parecía encajar en su rostro de líneas duras y se quedó tranquila. Sonrió a su vez.

—¿Y qué menos? Cada día me encuentro con una historia nueva, ¡son tremendos! ¿De dónde eres?

—Sí, los niños… —empezó a decir Umar cuando se percató de la última pregunta—. ¿Cómo? ¿Yo? ¿Que de dónde soy?

—Sí, no consigo identificar tu acento.

—¡Ah! Soy iraní, de Tabriz, imagino que no lo conoces…

—¡Ah! De Irán… no, no lo conozco —dijo por decir algo, pero sin estar segura de si había dicho iraní o iraquí y, por supuesto, ni idea de cuál era la ciudad. Le hubiera gustado decirle que le deletreara el nombre para luego buscarlo en Google Maps, pero le dio vergüenza.

—¿Qué te debo? —preguntó, pensando que el arreglo ya no daba para más.

—Esto… pues diez euros.

Marta sacó el monedero de su bolso, abandonado en la mesa de la entrada, y se los dio. Volvió a darle las gracias.

—Has sido muy rápido.

—Se me dan bien estas cosas… —Umar no pretendía presumir sino ser útil con su comentario. Marta lo entendió así también.

—Pues seguro que te puedo llamar para algunas cosas más. ¿De persianas entiendes?

—Sí, se me da bien —repitió.

—Pues dame tu teléfono, si te parece te voy diciendo y vemos cuándo puedes venir.

Umar le dio su número y Marta pensó que había encontrado un verdadero chollo si le arreglaba todo lo que se rompía en casa. Tendría que hacer una lista. Se despidió de él, lo acompañó hasta la puerta y marcó el número de Candela para que le terminara de contar.

De espaldas a la puerta, ya cerrada, y esperando al ascensor, Umar pensaba con la mirada perdida. Definitivamente, era la española más guapa que había visto desde que llegó. Y eso que él se fijaba bastante en las mujeres que tenía alrededor. El azul de sus ojos le había impresionado, era como mirar el mar un día de tormenta.

El ascensor llegó y Umar dejó de pensar en ella. Se tenía que concentrar en todo lo que le quedaba por hacer.

3

Diez años antes, Tabriz (Irán)

La alarma de la fábrica sonó a las cinco en punto de la tarde. Se oía por todos lados. Tres toques largos que indicaban que el trabajo había terminado por hoy. Para la mayoría. Umar estaba muy contento y deseando que llegara la hora. No veía el momento de correr a su casa y contarle a su familia la «Gran Noticia». ¡Por fin! A sus treinta años sabía que iba con retraso. Se suponía que ya debería haber alcanzado una mejor posición e incluso estar casado y con varios hijos en su haber. Pero no había tenido tiempo de eso.

Al morir su padre, cuando Umar apenas tenía diecisiete años, les había dejado en una situación muy precaria. Él era el mayor de cinco hermanos y las tres siguientes eran mujeres. Su madre, que siempre había administrado el dinero que su padre llevaba a casa, hacía maravillas para estirarlo y para poder alimentar a aquellas ocho bocas, contando al abuelo, que vivía con ellos desde que murió su amada mujer. Yamila, su madre, criada en la más absoluta educación tradicional, había salido algo revolucionaria y lo que más deseaba era que sus hijos pudieran tener una educación superior. Hijos e hijas también, aunque fuera más complicado. Pero el cáncer había minado sus planes. Al morir su esposo, alguien tenía que traer dinero a casa y ella estaba dispuesta a hacerlo fuera de la forma que fuera, pero la oferta de trabajo para Umar, en la misma fábrica donde trabajaba su marido, era algo que no podían rechazar. Tampoco podía rechazar la ayuda de su único sobrino, Hiram.

Hiram, hijo de su cuñada, había emigrado hacía unos años a España con su mujer, Zenda, y había encontrado un trabajo en la construcción que le reportaba suficiente para alimentar a sus hijos y mandarle dinero a su madre. Cuando Hiram se enteró de la muerte de su tío, y habiendo fallecido su madre unos años antes, no dudó ni por un momento en enviarles dinero a su tía, abuelo y primos. Consideraba que era su deber. Y eso, más el trabajo de Umar, les había permitido sobrevivir.

Umar no había tirado la toalla con respecto a sus estudios.

Siempre había querido ir a la universidad. Ser la primera generación en su familia que tuviera estudios superiores era un reto. Le atraía mucho la ingeniería. Desde niño soñaba con llegar a participar en grandes obras, como la presa que había cerca de su casa, o los puentes imposibles que veía en las revistas del barbero donde su madre le enviaba una vez al mes. Animado por su abuelo y por Yamila, se matriculó en la universidad. Al salir de la fábrica, iba a las clases nocturnas y llegaba a casa pasadas las diez de la noche. Empleó muchos más años, casi el doble, pero había terminado su ingeniería y con un expediente brillante. Fue muy duro, pero por fin podía disfrutar de su recompensa.

A media mañana, el capataz le había llamado porque el jefe quería verlo. Nervioso, dejó a su compañero encargado de su parte en la cadena de ensamblaje de los vehículos y subió al despacho, preguntándose qué habría pasado. Fue breve, nada empático y conciso:

—Umar, ya es hora de que aprovechemos tus estudios. Ha quedado una plaza libre en el departamento de Viabilidad de Producción. El horario será el mismo, pero el sueldo un cincuenta por ciento más. ¿Te ves capaz?

—Ehhhh… ¿yo?… sí, sí señor… pero…

—¿Pero? —interrumpió el jefe—. ¿Tienes algún «pero»? Es fácil tirar de los currículos que recibimos si no te ves capaz.

—Sí, señor, me veo capaz. Solo me preguntaba si tendría a alguien que me orientase los primeros días.

—Por eso no te preocupes. Necesitamos que traigas tu título o el justificante de haberlo solicitado. Sería interesante que algún profesor te hiciera una carta de recomendación. Aquí te conocemos, pero no con esas aptitudes. ¿Me explico? Y si has entendido todo, creo que ya no hay más que hablar, ya te puedes ir.

—Muchísimas gracias, señor, no se arrepentirá.

—Umar dio media vuelta para salir cuando el jefe le dijo:

—¡Un momento!

Umar se volvió con miedo. «¿He dicho algo inapropiado?».

—No vengas así vestido mañana. Ven con traje. El mono ya es agua pasada.

Al volver a su puesto, su compañero le miró con gesto interrogativo.

—Me han echado —dijo Umar y se recreó por unos minutos en la cara de enfado de su compañero y en los sapos y culebras que empezó a soltar por la boca—. ¡Ehhh! Espera. Me echaron de aquí, pero me contratan en el ¡departamento de Dirección de Producción! No voy muy lejos.

Rápidamente se corrió la noticia. El resto del día fueron todo

«enhorabuenas», bromas sobre si ahora deberían llamarlo de usted y hacerle reverencias a su paso.

También hubo despedidas de los que, pronto, vería mucho menos.

Por eso, cuando sonó la alarma a las cinco, dio un brinco de alegría y corrió a quitarse el mono. Estaba deseando poder contárselo a su familia. Subió el primero al destartalado autobús de la fábrica y esperó paciente el recorrido hasta el centro de Tabriz, donde tendría que coger otro autobús de línea hasta su barrio. Aquel mes de febrero había sido especialmente frío. Calculaba que estarían a menos seis grados, pero eso ahora no le importaba. Esperaba que el abuelo hubiera encontrado madera para encender el fuego. Era lo bueno de una casa tan pequeña: se calentaba fácil.

Recorrió corriendo el laberinto de callejuelas sin asfaltar, ensuciándose las botas por el barro creado con la última nevada y abrió la puerta de su casa pensando, una vez más, que tenía que cambiarla, que estaba a punto de vencerse. Ahora podría.

—¡Holaaa! —dijo mientras abría y entraba directamente a la habitación que servía de cocina, salón y dormitorio de noche. Sin embargo, rápidamente enmudeció. La escena que presenció no era habitual.

Un día de diario y a esa hora, los hijos de Daría, su hermana mayor, de veintiséis años, estarían lloriqueando y pidiendo la cena mientras su madre la preparaba. Sus otras dos hermanas, Istar y Roxana, estarían ayudando a su madre o atendiendo a los pequeños. Faruk, su hermano, con apenas veinte años y tripitiendo curso, estaría intentando hacer los ejercicios del colegio que se le daban fatal. Todo sería bullicio, con risas y gritos a partes iguales. Pero la escena que se encontró era bien distinta. Sentados en círculo, al calor de la única estufa de madera, todos estaban en silencio. Roxana y los hijos de Daría no estaban. Probablemente estarían jugando en la otra habitación.

—¿Qué pasa? —preguntó Umar, asustado—. ¿A qué vienen esas caras?

—Siéntate, Umar —dijo su abuelo, en un tono serio que le asustó aún más—, siéntate y te lo contamos.

Estaba claro que su buena noticia tenía que esperar, dada la gravedad de los rostros de su familia. Incluso Faruk, que siempre estaba con bromas, tenía una mirada perdida y triste. Umar tomó asiento al lado de su abuelo.

—Es Hiram —dijo su madre—; ha tenido un accidente en la obra. Ha muerto en el acto.

Umar no había llegado a conocer bien a su primo. Además de ser mayor que él, se había ido a España cuando él era muy joven. Lo veía cada vez que venía a Tabriz de vacaciones. En esas ocasiones, cada

cuatro o cinco años, ¿cómo no?, le hacían una gran fiesta. Tenían mucho que agradecerle. Hiram siempre se sentía encantado con el gesto, disfrutaba mucho con esas celebraciones y les contaba anécdotas de su vida en Madrid. Umar recordaba ahora su gran y perenne sonrisa.

—Como sabes, su mujer, Zenda, no trabaja. Y sus hijos están estudiando, creo que tienen veinte y dieciocho años —prosiguió su madre.

Umar recordaba levemente a Zenda, la mujer de Hiram. No había nada especial en ella. Una mujer muy callada que participaba en las tareas de las otras mujeres de forma mecánica y sin ninguna alegría en el rostro. Poco podría decir de ella. Poco recordaba. Y desde luego, si hubiera sido guapa, se habría fijado.

—¿Qué van a hacer ahora los tres? ¿Se vuelven? —preguntó él y se extrañó de que todos bajasen ligeramente la cabeza y se mantuviesen en silencio—. ¿Qué pasa? ¿Por qué os quedáis callados?

El abuelo lo miró a los ojos mientras le cogía una mano.

—Tenemos una deuda muy grande con esa familia, Umar.

—¿Qué... qué me quiere decir?

—Umar, tienes que irte y convertirte en cabeza de esa familia. Tienes que ganar dinero para ellos, tienes que mantenerlos y...

—Y casarte con Zenda —interrumpió su madre—. Entiéndelo, Umar, es cuestión de honor y se lo debemos. Les debemos todo.

Umar bajó la cabeza y se miró las manos. «¡Esto no puede ser verdad!». Se levantó y empezó a recorrer la habitación con pasos lentos y sin subir la vista de las manos. «¿Irme a España?... ¿Casarme?... ¿Trabajar allí? ¡Si no sé el idioma!». Se volvió hacía ellos y los miró.

—¿No podemos encontrar otra solución? —Miraba a uno y a otra intentando ver un atisbo de esperanza.

Yamila negó con la cabeza.

—El padre de Zenda me ha llamado esta mañana.¡Hiram murió hace tres días! No nos lo han dicho hasta ahora. El pobre ya está enterrado allí. Ha sido idea de él y Zenda está de acuerdo. No podemos negarnos, no podemos —dijo soltando un pequeño quejido.

Yamila lo sentía realmente por su hijo. Tenía muchas ganas de verlo casado, pero nunca hubiera querido que lo hiciera con una mujer tan gris como Zenda y ¡menos que fuera mayor que Umar! Calculaba que podría tener unos diez años más. Eso unido a que su hijo, su primogénito, que tanto se había sacrificado por ellos, se tuviera que ir tan lejos, la hacía muy desgraciada. Enjugó una lágrima y volvió a mirar el rostro desconcertado de su hijo.

—Hemos pensado que Faruk puede sustituirte en la fábrica —dijo el abuelo—. En realidad, está deseando dejar los estudios y ya es lo

suficientemente mayor como para que empiece a tomar responsabilidades.

El aludido asintió con la cabeza y miró a su hermano.

—No te preocupes, Umar, te dejaré bien. Estoy deseando. Lo malo va a ser no tenerte cerca… —dijo.

Umar se volvió dando la espalda a todos y se quedó frente a la pared. Aún no entendía cómo el día que iba a ser el mejor de su vida se había truncado de esa forma. Cómo había pasado de un futuro prometedor, con un buen puesto en la fábrica y con perspectivas de mejora a otro absolutamente incierto. Recordó a su padre e imaginó lo que le hubiera dicho en estos momentos…

—¿Qué dices, Umar?, ¿qué dices? —La voz de su madre sonaba realmente angustiada.

Se volvió lentamente. Todos tenían las miradas puestas en él. Miradas de intriga, pero, sobre todo de tristeza.

—¿Qué puedo decir, madre? Que así sea.

4

Cinco meses antes

Marta subió al coche donde ya la esperaban Miguel y los niños. Era sábado y tocaba ir al partido de Álvaro y, como siempre, llegaban muy justos.

—Venga, hombreee —le espetó Miguel—. Siempre vamos tarde, no sé cómo te las apañas. Te pones a hacer tonterías justo antes de salir.

—Si consideras que es una tontería recoger el tarro de tomate frito que ha tirado Diego en la cocina, pues sí, me entretengo en tonterías —reprochó ella.

—Lo podías haber dejado para después.

«Sí, claro, para después, a ver cómo quitas tú todo el tomate seco», pensó, pero no dijo nada.

A Marta le parecía curioso que Miguel no quisiera perderse ningún partido de la liga de Álvaro. Le gustaba ir al campo, hablar con los otros padres y animar al equipo de su hijo. No entendía por qué ella siempre tenía que ir. Cuando iban al parque, Miguel nunca se apuntaba. Podría contar las veces que había ido con ellos. Siempre buscaba una excusa. A veces se preguntaba si los demás padres pensarían que estaba divorciada. Tampoco era muy amiga de esos corrillos que se creaban en el parque. Los temas de conversación le aburrían, pero en ocasiones, no quedaba más remedio. Ese sábado, se habría quedado encantada sola en casa dedicándose unas horas a sí misma. O no haciendo nada en absoluto. Pero eso era impensable. Miguel no concebía ir al partido sin ella. Quizá lo que no concebía era el hecho de atender a los otros dos mientras Álvaro jugaba. Era más fácil que ella les echara un vistazo mientras él se reía y bebía con los otros padres.

Marta se preguntaba qué estaba saliendo mal. No sabía ponerle palabras a las situaciones y los sentimientos que estas le desencadenaban. Amaba su independencia y, de hecho, en las pocas ocasiones en las que sus hijos se lo permitían, aprovechaba para hacer cosas por su cuenta. Salía con sus amigas o iba a ver a su madre. O

simplemente caminaba para hacer cuantos más kilómetros mejor, explorando nuevas zonas y recreándose en las construcciones. Sin embargo, Miguel, cuando no estaba enfrascado con sus informes y resoluciones, era incapaz de hacer algo solo. O eso le parecía a Marta. Incluso era incapaz de ir a ver a sus padres solo. Siempre tenía que llevarla y si ella no podía por la razón que fuera, simplemente no iba. Tenía que recordarle que llamara a sus padres, compraba sus regalos y fingía que los había comprado él. Marta se preguntaba en qué momento su marido se había convertido en su cuarto hijo.

—¿Dónde es la cena? —le preguntó Ana sentada a su lado—. No sé aún si podremos ir. No he encontrado canguro.

Ana se había convertido en su amiga a pesar de que Marta había querido mantener distancia con los padres de los compañeros de sus hijos. Pero, de forma natural, ella y su marido se habían incorporado a su grupo y esa noche contaban con ellos para cenar y celebrar el cumpleaños de Marta. A diferencia de la madre de Carlos que, sentada un banco más arriba, las miraba con tono de reproche por hablar y no atender al partido, Ana había conectado con ella y llevaban unos años compartiendo vivencias y sentimientos. Apreciaba su rapidez mental, su humor, su optimismo ante todas las facetas de su vida y su forma socarrona de reírse de las pequeñas costumbres de los de su alrededor. Marta se quedaba con esa parte, para ella era la mejor. Probablemente, si Marta quisiera desgarrar sus entrañas y llamar a las cosas por su nombre o contar cómo las veía, debería hablarlo con otra amiga, otra que quisiera oír el detalle del dolor. Quizá Lucía, o Lola o, por supuesto, Candela. A Ana le costaba oír lo malo, la parte sucia de la vida. Pero no importaba. Marta sabía apreciar lo bueno.

—¿Te has dado cuenta? —susurró Ana acercando la cabeza a la de Marta—. La madre de Carlos lleva botellas de agua para su hijo y para cien más, lleva barritas energéticas como para los dos equipos y no sé qué más habrá metido en esa enorme bolsa de viaje. Nos mira con cara de que somos unas irresponsables y ella tiene que ocuparse de todo.

—Así es —le respondió Marta entre risas—. No sé qué hubiera sido de ella de no tener hijos. Además, los trata como bebés. Fíjate su hija, con siete años, ¡aún la trae en sillita! Y no se despega de su lado ni deja que juegue con los otros niños. —Y al decir esto, echó de menos a los suyos y los buscó con la mirada. Allí estaban, debajo de las gradas, con otros niños, jugando entretenidos en algo que les provocaba risas y algún que otro empujón.

—¡Ah! Te quería contar sobre la madre de Carlos… ¡Qué risas nos echamos el otro día mi maridín y yo! ¡Es que es incorregible! —Ana comprobó que Marta la atendía y continuó—: El otro día estábamos en el súper y Daniel no paraba de imitarla, que le sale genial. El

repartidor que siempre nos trae la compra a casa nos vio riendo y aprovechó para hacerme una broma sin importancia, como otras veces cuando trae las cosas. Entonces miré a Daniel y supe que iba a decir algo, por la cara tan cómica que pone, como aguantándose la risa. ¡Me temí lo peor! Y va y le suelta al repartidor: «Mucha confianza veo aquí entre vosotros dos, ¿no? ¿Sois amigos?». ¡Tenías que ver la cara del otro! ¡No sabía dónde meterse!

—Ja, ja, ja —rio Marta—. ¡Qué cachondo es! ¿Qué dijiste tú?

—Pufff, yo le dije algo así como «anda, anda», pero al salir del súper nos entró la risa tonta durante un buen rato. ¡Es tremendo! Y el caso es que yo ya sabía que iba a soltar una de las suyas…

—¡¡¡¡¡¡Goool!!!!!! —gritaron al unísono los padres de su equipo y la madre de Carlos. Ana se levantó y se puso a vitorear también.

Marta no alcanzaba a averiguar quién lo había metido y tampoco se sentía demasiado entusiasmada. El relato de Ana le había hecho reflexionar. ¿Cuándo fue la última vez que se rio con Miguel? ¿Cuándo? No era capaz de recordarlo. No es que Miguel tuviera demasiado sentido del humor, pero sí recordaba que de novios se le iluminaba la cara cuando hacían planes juntos, cuando pensaban en qué empresa trabajarían, en la boda que harían, en los hijos que tendrían o en el piso que se comprarían. Ahora sus conversaciones se limitaban a dos únicos asuntos: el trabajo (de él, claro) y el dinero. Y ambos temas no eran nada divertidos. Le daba hasta vergüenza cuando se lo comentaba a Candela, a Lola o a quien fuera. Se sentía vulgar, como que caía en el tópico: «Mi marido no me hace caso» o «A mi marido solo le importa el trabajo». ¿Era ley de vida? ¿Les ocurría lo mismo a todas las parejas cuando llevaban muchos años juntos? El relato de Ana le decía que no. Esa pequeña anécdota le decía muchas cosas: habían ido juntos a la compra, habían bromeado y habían tenido un largo rato de risas después. Miguel no iba a la compra con ella. Miguel no bromeaba. Miguel nunca proponía un plan y los que proponía eran para hablar de sus dos temas preferidos. «¿Estaré exagerando? Me doy un poco de vergüenza…». Recordó la frase que llevaba apuntada en su carpeta de adolescente:

«Quédate con el que te haga llorar, pero de risa». Vale, sí. Sería una cursilada, pero esa ñoña frase daba en el clavo. Pensó que, si habían perdido la capacidad de reír, ya no quedaba nada. Necesitaba unidades de medida para saber la salud de su relación de pareja. Perder la capacidad de reír juntos podría ser un 30/40 % menos. ¿Qué más estaba dañado en el 70/60 % restante?

También tenía que pensar en su parte de culpa. Sería lo justo. Desde hacía tiempo se rompía la cabeza pensando en lo que podría hacer mejor. Y el problema era que no se le ocurría nada. Ella ya nunca le enumeraba las cosas que hacía diariamente por la familia,

pero él sí le echaba en cara en cualquier momento lo mala que era gestionando el dinero de la casa; Marta no le recriminaba las horas que pasaba ausente delante de sus papeles, pero Miguel no dudaba en puntualizar que se pasaba la vida con sus amigas y fuera de casa («¡como si eso fuera cierto!»); ella nunca le decía nada de su mínima iniciativa para hacer planes juntos y, sin embargo, él la llamó «chapucera» cuando eligió la casa para pasar las vacaciones. «¡Venga!, piensa algo que realmente haces mal», se animaba a dar con una respuesta, porque sabía que no podía cargar a Miguel con toda la culpa.

Recordó la conversación que había tenido con la apasionada y temperamental Lola hacía solo unos días:

—Vamos a verrr —decía, como si le hablara a un niño pequeño y remarcando las erres como siempre que quería ser más enfática—. Que te olvides. El amorrr solo dura un rrrato. Nos han vendido que es para toda la vida y no es así. No es eterrrno. Y tampoco tiene que ser el vivir en pareja, la forma de vida establecida, estándar y que da la estabilidad. ¿Por qué? Puedes vivir tu vida solo, en pareja o con varias parejas. ¿Por qué renunciar a las otras opciones? ¿No es mejor probarlo todo? —Y gesticulaba para apoyar a cada una de sus palabras —. Todo es cuestión de compensaciones. Si te compensa que, en lugar de amor y pasión, haya amistad y un proyecto juntos, adelante. Si no te compensa, adiós.

—¿Y si no hay proyecto ninguno? —apuntó Marta, pensativa.

—Y te digo más —siguió, ignorando su comentario—. Los hijos no pueden ser una excusa. No te van a agradecer quedarte con alguien, aunque sea su propio padre, por ellos y, a la larga, ni siquiera merecerá la pena. Incluso puede que a la larga sea peor para ellos y su felicidad.

Desde entonces había pensado mucho en esa conversación y cada vez le daba más la razón a Lola. «Tengo que seguir buscando unidades de medida», se dijo a sí misma.

El partido terminó y después de una charla con todo el grupo de padres y madres, más larga de lo que a Marta le hubiera gustado, cogieron el coche y se fueron a casa. Conducía ella, porque pensaba dejarlos y acercarse un momento al supermercado. Al llegar a su portal, los niños se bajaron rápidamente, haciendo el bestia. Miguel, que salió tras ellos regañándoles de forma pacífica, se volvió a decirle:

—No tardes. Tenemos que comer.

«Ni que me fuera de fiesta… ¡haz tú la comida y así comemos pronto!», resopló, sin abrir la boca.

—¡Hola!

Esa voz le sonaba. Alzó la vista y vio a Umar trasteando en los jardines que daban acceso al portal.

—¡Ah! ¡Hola! No te había visto. ¿Qué tal estás? —le sonrió Marta, contestándose a sí misma que desde luego estar, estaba muy bien. Ese hombre era muy guapo.

Umar se le acercó y se inclinó, quedando a la altura de la ventanilla del conductor, con el brazo en el capó.

—Ya he comprado las piezas que nos faltaban para la persiana. Esta semana las puedo colocar. ¿Cuándo te viene bien?

—Yo llego a casa sobre las tres y hasta las cinco suelo estar. ¿Cómo lo ves?

—Lo veo bien.

Marta dudó. Era una respuesta indefinida y abierta y no tenía claro si le respondía a ella o a otra cosa.

—Me dices cuándo, ¿vale?

—Es un coche muy chulo, este tuyo.

—¿Sí? —contestó rápida y al ver que él miraba hacia el volante y el salpicadero y lo demás, se permitió examinarlo ahora que la distancia era bastante corta—. Es el que usa mi marido, es muy grande para mí, prefiero el mío.

—Pues te queda muy bien. —Umar sonrió al decirlo y la miró a los ojos. Sonreía como si estuviera viendo algo tierno.

—¿Qué?... ahhh... sííí ja, ja, ja, bueno, es un coche—. Y enmudeció. ¿Había sido un cumplido? ¿Un coche puede quedarte bien? No lo sabía, pero lo que sí sabía es que sus palabras habían sonado fenomenal. Se sintió ¿agradecida? Sí, quizá se podría definir así. Y también observada. Y ambas cosas le alegraron el momento.

—Bueno, me voy, que se hace tarde.

—Vale. Voy el miércoles, ¿de acuerdo?

En el recorrido de su casa al súper y después por los pasillos, mientras metía los productos en el carro, Marta se percató de que no se le había quitado la sonrisa de la cara y recreaba una y otra vez esa corta frase: «Te queda bien». «Te queda bien». Mmmm ¡cómo le gustaba!

Llegó a casa cargada de bolsas y Miguel, sentado en el *office,* sin dejar de mirar la montaña de papeles, resopló sin decir nada. Ella optó por no abrir la boca, pues comenzar con una discusión no los iba a llevar a ningún lado. Colocó las cosas de la compra mientras terminaba la comida que había dejado medio preparada por la mañana. Su primogénito gritaba en la lejanía, llamando imbéciles a sus hermanos porque no le dejaban hacer los deberes. Los otros dos se burlaban de él y se peleaban entre ellos, síntoma claro del aburrimiento que tenían.

—¿A qué hora tenemos la cena? —preguntó Miguel, distraído.

—A las nueve y media, ¿puedes poner la mesa? —Y, alzando bastante la voz—: ¡¡¡Niiiñooosss, a comeeerrr!!!

Dos horas después, Marta se metió en la ducha. Decidió dedicarse un buen rato, arreglarse, lavarse la cabeza y estar tranquila. Alberto y Diego veían una película de Netflix y Álvaro hacía los deberes en su habitación, o simulaba que los hacía. A sus doce años y con su primer móvil ya se iba convirtiendo, a pasos agigantados, en un adolescente.

Marta aún no se había metido en la bañera, preparada con sales aromáticas, cosa que hacía, como mucho, una vez al año, cuando unos golpes se oyeron en la puerta del baño.

—¡Marta, abre! —ordenó Miguel.

—¿No ves que me estoy duchando?

—Es solo un segundo, llevas una hora ya. ¿Hoy te lo dedicas a vaguear?

Si Miguel hubiera podido ver su cara a través de la puerta, desde luego, no le habría gustado. Se puso la bata y abrió solo un poco, mirándolo a través del hueco.

—¿Te vuelves pudorosa ahora? Ya me lo conozco bien todo.

—¿Qué quieres? ¿Para esto me molestas?

—Ah, no. Es esto —dijo mientras le entregaba una cajita, pero como ella estaba con los brazos cruzados sujetándose la bata, lo dejó sobre el mueble del lavabo. Después se dio media vuelta y salió del baño—: Es tu regalo de cumpleaños, ha llegado hoy.

Marta se quedó un largo rato mirando la cajita que, al no estar envuelta, se sabía perfectamente lo que era. Le entraron ganas de abrir la puerta y lanzársela a la cabeza, pero lo dejó estar. Nunca había tenido mucha puntería. Pensó que, para dárselo así, hubiera sido mejor no comprarle nada. Su cumpleaños había sido hacía tres días, no lo había envuelto y ni siquiera había encontrado un momento especial para dárselo o había hecho partícipes a los niños. ¿Tan mal estaban? Solo hacía un mes del cumpleaños de Miguel y la cosa había sido bien distinta. Rodeado de sus hijos, con las velas de la tarta aún humeando, había abierto su regalo envuelto en tres cajas, cada una con un papel diferente lo que divirtió bastante a los niños. Unos auriculares de alta gama le esperaban en la última caja. Se sorprendió de que ella supiera que les tenía muchas ganas. «Igual que su regalo», pensó Marta. Tarde, sin sorpresa y sin que hubiera nadie presente al abrirlo. Decidió dejarlo sobre el mueble del lavabo. Sería su manera silenciosa de reprocharle su poco interés.

Apuntó mentalmente: «Dejar de tener detalles con el otro resta otro 10%». La cosa se ponía fea.

Tumbada en la bañera con el agua hasta el cuello, la cabeza apoyada en un viejo manguito de piscina de Diego y con la música a tope, se permitió de nuevo pensar en el rostro de Umar, que había tenido tan cerca. Su sobresaliente pómulo y su mejilla tersa, sin sombra de barba, daba al conjunto una dureza que desaparecía en

cuanto sus labios esbozaban una tímida y a la vez, pícara sonrisa. Esa que había puesto cuando le dijo que el coche le quedaba muy bien. No tenía apenas arrugas, era difícil calcular su edad. Solo al sonreír, sus ojos se achinaban un poco más y salía una línea al final de cada ojo. Y en el izquierdo, cerca del final del párpado, había visto una pequeña cicatriz. ¿Qué historia tendría esa herida ya curada? «Pues te queda muy bien», le oyó decir de nuevo y sintió un escalofrío que le recorrió por completo el cuerpo desnudo. Sintió sorpresa. Y también un poco de miedo.

Regresaron a casa cerca de las dos de la mañana. No había estado mal la noche. Las chicas le habían regalado un bolso precioso y un vale para un masaje relajante que le encantaría disfrutar, pero no sabía si encontraría el momento. Miguel, en el asiento de al lado, se mantenía muy callado y absorto. No sabía si dormitaba. Pararon en un semáforo y Marta se giró hacia él.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—Psss... La verdad... creo que la próxima vez no me apunto.

—¿Y eso?

—¿Te puedes creer que en toda la noche nadie me ha preguntado cómo me van las cosas en el despacho? Hablan de fútbol, deportes y viajes, pero nadie se para a preguntar cómo puedo estar yo.

Marta, con las manos en el volante, arrancó y siguió conduciendo.

—Tengo que aguantar las bromas de todos, comentar sobre el nuevo coche de Daniel, pero pasan de lo que yo estoy viviendo en el despacho, no les interesa.

—¿Has preguntado tú cómo les va a ellos?

—¡No! ¿Para qué? Ya me dirás qué interés puede tener ser el jefe de un concesionario o el director administrativo de unos almacenes. No se puede comparar con lo mío. Estamos inmersos en el proceso legal de la fusión de dos bancos, pero ¿ellos qué sabrán? No me aportan nada. Ya veré qué hago la próxima vez.

Mientras metía el coche en el garaje, Marta se preguntaba cuándo se había vuelto Miguel tan gruñón. Parecía incapaz de mantener relaciones con las personas, metido en su burbuja del trabajo. Le hubiera dicho que la amistad (como el amor) debía ser mimado, cultivado. Si él no se interesaba o menospreciaba lo de los demás, no podía pedirles atención sobre sus cosas. Le gustaría decirle que tampoco tenía que esperar del otro lo que a él le gustaría que hiciera. El amor debía ser más generoso. Das porque te apetece, pero no esperando cobrar. Y si no das, mucho menos puedes esperar recibir. Todo esto le hubiera gustado decirle, pero ya sabía lo que le contestaría él. Lo había vivido muchas veces. Su respuesta, impepinablemente, habría sido un reproche.

—¿Qué puedo esperar de ti? ¿Tu apoyo? Nooo, eso nunca sucederá. ¿Cómo va a apoyar la princesa a su marido? Tú sigue riéndoles las gracias sin ponerte del mi lado. ¡Qué harto estoy!

Como si lo estuviera viendo... Se lo había dicho demasiadas veces. Marta tenía muy claro que, si apoyarle significaba enemistarse con todos los demás, sin que ellos y ellas les hubieran agraviado de ninguna forma, no lo iba a hacer. Si apoyarle significaba dejar de hablar a su querido hermano, al que Miguel había tachado de su lista por claros asuntos de ego, no estaba dispuesta en absoluto ¿Era ese su error en la relación?

5

Ocho años antes

Umar siempre tenía tiempo para pensar de cuatro a seis. El destartalado edificio donde trabajaba no tenía mucha actividad a esas horas. Salvo por la clínica de estética que había en la primera planta, el resto de los pocos vecinos eran ya mayores y solían salir por las mañanas. Así que después de comer, se sentaba en el pequeño mostrador que había a modo de portería. Casi no podía estirar sus largas piernas, además de no tener ninguna intimidad. Una barra pequeña en forma de ele y una silla pegada a la pared era todo el espacio disponible para el conserje.

«Si al menos pudiera dar una cabezadita...», pero el cuarto de la limpieza no le dejaba muchas opciones. Entonces, ahí, a la vista de todos, se tomaba su pequeño descanso.

Llevaba casi dos años en este trabajo. El antiguo portero, amigo de su primo Hiram, se había jubilado y Zenda habló con él para conseguirle trabajo. Y ahí estaba. Aquella mañana, la vecina del segundo, Josefina, con sus noventa y ocho años, se había interesado por él mientras su cuidadora le hacía ojitos a sus espaldas. Le había preguntado que de dónde era y cuántos años llevaba en España. También le había hecho alusión a Al Qaeda, como si ser de oriente fuera símbolo inequívoco de ser terrorista, pero eso no se lo había tenido en cuenta. Era muy mayor y amable. Contar su breve historia en España le había traído recuerdos.

Aún se veía montado en el avión rumbo a Madrid. Llevaba consigo un libro pequeño, conseguido en el bazar, donde se detallaban expresiones básicas en español, su significado y su pronunciación adaptada a los sonidos de su propio idioma. Se había pasado casi todo el vuelo practicando. Y cuando descansaba, otros pensamientos le venían bruscamente a la cabeza. ¿Cómo debería comportarse con Zenda? ¿Debería cumplir sus obligaciones de marido? ¿Cómo sería su relación con ella? Tenía que confesar que estaba más asustado por esa parte que por la de vivir en un país extranjero. Ni siquiera subirse en el avión por primera vez le había alterado tanto.

Umar conocía bien la técnica. Era imposible que a sus treinta años no la hubiera practicado. Pero en el prostíbulo era todo fácil. Nunca

había probado con otra mujer que no fuera prostituta. No podía deshonrar así a su familia ni, sobre todo, causar un problema casi de vida o muerte a la posible mujer. Así que se valía del pequeño prostíbulo que había cerca de la fábrica y otro que encontró después, en el centro de la ciudad. Pero había muchas cosas que no sabía y era un tema del que se hablaba poco, incluso entre los compañeros y amigos. El cuerpo de una mujer lo había palpado, pero no había visto ninguno completamente desnudo: las prostitutas no se desnudaban para hacer su trabajo.

¿Qué pasaría con Zenda? ¿Se habría europeizado? La verdad es que no tenía ni idea de qué tenía que hacer. Eso le preocupaba.

Al bajar del avión y recoger su escaso equipaje, los nervios afloraron de nuevo. Pasó la puerta de salida y buscó entre las personas que esperaban a los viajeros. No tuvo duda. Un poco más allá de la gente que esperaba en primera fila, vio a una mujer con un chador negro, la vestimenta más tradicional de su país y que solían ponerse las mujeres mayores o con convicciones más antiguas. A su lado, un muchacho alto y vestido con vaqueros y sudadera parecía cansado de esperar. Se acercó a ellos y les saludó:

—Hola, soy Umar.

—Claro que eres Umar. ¿A quién íbamos a estar esperando? —dijo Zenda y, sin presentar a su hijo, añadió—: vamos, llevamos casi una hora aquí. —Dieron media vuelta y Umar les siguió, decepcionado.

En el trayecto a la casa de Zenda no se habló ni una palabra. Eso le permitió hacerse a la idea de la ciudad donde viviría los próximos años, aunque sabía que iban por una autopista y solo podía fijarse en las edificaciones a ambos lados de la carretera. A su izquierda vio un edificio blanco con una torre inequívocamente islámica. Preguntó señalando con el dedo.

—Es una mezquita y el centro cultural islámico más grande de Madrid —le informó Ciro, que conducía a su izquierda.

También vio un edificio rojo y redondo que le recordó a las construcciones de su país.

—¿Esto también es islámico?

—No —contestó de nuevo Ciro—, es la plaza de toros, Las Ventas.

Umar había leído algo sobre esa fiesta que hacían los españoles con los toros. Le resultó curioso. Alguna vez tendría que verlo.

La casa de Zenda estaba al sur. Era un piso no muy grande de tres habitaciones pequeñas, un estrecho salón, un baño y un aseo, pero a Umar le pareció grandioso comparado con la casa donde se había criado. En el piso estaba la hija de Zenda, Shirin, que, para su sorpresa, vestía como cualquier chica europea sin llevar un makhné o

pañuelo que cubriera su pelo.

—Hola —dijo, cerrando la libreta con la que parecía haber estado trabajando—. Bienvenido.

Sin dudarlo, era la única de aquella familia que había recibido el don de la belleza. Sin embargo, se la veía triste. «Es posible que aún eche de menos a su padre, ha pasado muy poco tiempo», pensó Umar.

Zenda, dejando su bolso sobre el pequeño y viejo sofá, dijo, después de toser ligeramente, quién sabe si para animar a su voz después de llevar tanto tiempo callada:

—Nos casaremos la semana que viene, el domingo. Hasta entonces dormirás en el cuarto de Ciro. He preparado un colchón en el suelo.

«¿Y luego dormiré contigo?», pensó Umar, «¡qué poco me apetece!». Shirin soltó un suspiro y Ciro la imitó, desapareciendo por el angosto pasillo.

—He hablado con un amigo de Hiram. Es posible que el mes que viene o el siguiente puedas tener ya trabajo. El amigo se jubila y tú le sustituirás, si pasas las pruebas. Hasta entonces, te he apuntado en el centro cultural islámico, donde aprenderás español. Tenemos que agradecer que te hayan hecho un hueco y no nos cobren nada. Espero que seas aplicado y aprendas rápido, pues lo necesitas.

—Tan rápido como tú —intervino Shirin. Su madre le echó una mirada enfurecida y con un gesto le indicó que no volviera a hablar.

—En el centro empiezas pasado mañana. Buenas noches. —Y, dando media vuelta, desapareció.

Umar se quedó plantado en el salón y se sintió abatido. En ese mismo momento podría estar volviendo de la fábrica, después de un día en su flamante nuevo puesto, y no en una casa extraña, en un país que no conocía y a las puertas de empezar un trabajo del que no tenía ni idea de en qué podría consistir. Shirin pareció apiadarse de él.

—Ven, vamos a la cocina, tendrás hambre y estarás cansado.

Él la siguió, dócil. La joven le fue indicando cómo funcionaban los distintos electrodomésticos, dónde estaban guardadas las cosas y le preparó un sándwich con rodajas de tomate y pavo. Era la primera vez que Umar tomaba algo así. No estaba malo, pero ¿a eso llamaban comida?

—¿A qué te dedicas? —le preguntó entre bocado y bocado.

—Te lo diré, pero antes quiero dejar clara una cosa: no eres mi padre y no voy a permitir que ejerzas como tal. Esta absurda idea de mi abuelo y mi madre no la entendemos ni Ciro ni yo. Lo único que es cierto es que necesitamos dinero. Tanto Ciro como yo vamos a la universidad, pero también podríamos trabajar a media jornada y no necesitar de nadie, pero ellos siguen viviendo en un mundo estancado.

—No te preocupes. No lo haré —le contestó Umar intentando ser

lo más convincente posible.

Terminó su bocadillo y ella lo acompañó al cuarto de su hermano. Ciro, tumbado en la cama con los auriculares puestos, de cara a la pared, parecía dormir, o fingía hacerlo. Al lado de su cama, en el suelo, había una colchoneta con una manta encima. Umar metió su maleta en el cuarto y se volvió hacia Shirin que lo contemplaba desde fuera.

—Gracias, de corazón.

Recordaba esa primera semana como un batiburrillo de sentimientos contradictorios. Aprendió a moverse en transporte público y le gustó lo sencillo y rápido que era ir de un sitio a otro. El castellano le resultó más fácil de lo que pensaba, aunque quizá era así porque ya sabía bastante inglés, a pesar de que fueran lenguas tan distintas. Durante la carrera había tenido que aprender el idioma anglosajón, pues muchos libros estaban escritos en inglés. Escribir se le daba peor. Era difícil trazar las letras del alfabeto latino, tan diferente al suyo. En el centro cultural se topó con algunos paisanos y otros de los países vecinos. Eran de edades diferentes, pero con algunos congenió rápidamente. Shirin le indicó cuáles eran los lugares más emblemáticos de Madrid y ayudado de un mapa, dedicó varias horas a conocerlos. El resto del tiempo se quedaba en casa, estudiando el idioma y viendo la televisión para coger oído. Zenda apenas le dirigía la palabra. Solo salía para ir al supermercado y poco más. En alguna ocasión la acompañó y se maravilló ante la variedad de productos que podían comprar. Tantos que era difícil elegir. En aquellas salidas, comprobó que Zenda prácticamente no conocía a nadie. Algunas vecinas la saludaban, pero ella contestaba con monosílabos apenas audibles y no hacía la intención de pararse. Ciro tampoco hablaba mucho, pero, sin embargo, las pocas veces que estaba en casa, le oía al teléfono, siempre en castellano, bromeando y riéndose. Shirin era más amable, contestaba a todas sus preguntas y, a veces, le sonreía cuando este se interesaba por algo descabellado de la sociedad y cultura españolas.

Y llegó el día de la boda. Yamila le había metido en la maleta un viejo traje de su padre, el mismo con el que se había casado y, aunque le quedaba corto de piernas y mangas, no tenía otra opción. Zenda se puso un chador negro, pero, para hacerlo ligeramente más especial, escogió uno que tenía bordados en las mangas. Se preguntó si sería el mismo con el que se casó. A las cinco y media de la tarde subieron al coche de Himan y Ciro condujo hasta la mezquita. Allí les esperaba el imán. La ceremonia, si así se podía llamar a eso, había sido en un despacho del edificio, sin más personas que ellos cuatro, el imán y un ayudante. No hubo palabras de cariño, ni risas, ni flores. Solo una breve lectura del Corán y las firmas. Si no hubiera sido por Shirin,

Zenda se habría ido directa a casa, pero su hija se empeñó en que fueran a cenar a un restaurante oriental que había cerca. La cena no fue gran cosa, pero, al menos, Ciro estuvo algo más hablador. Con sus anécdotas y las de su hermana, Umar iba conociendo más cosas del país.

Cuando llegaron a casa, por inercia, Umar se dirigió a la habitación de Ciro, mientras él estaba en el baño. Se sorprendió al no ver la colchoneta en el suelo ni su maleta, aún sin deshacer. Se quedó desconcertado. Volvió al salón y comprobó que Zenda no estaba por ningún lado y Shirin, al teléfono, parecía muy concentrada y divertida. Si Ciro seguía en el baño, Shirin en el salón y la cocina estaba apagada, Zenda debía de estar en su habitación. Nunca había entrado hasta ese momento. «¿Qué hago?».

Shirin reparó en él. Lo que le estaba contando su amiga era muy interesante, pero se compadeció de aquel hombre de sonrisa amable que no tenía la culpa de su destino. Le chistó para que la mirara y con un gesto le indicó que fuera al dormitorio de su madre. Aquello avergonzó más a Umar, aunque al menos, supo qué hacer.

Dio media vuelta y fue hasta allí. La puerta estaba cerrada y la abrió, intentando no hacer ruido. El cuarto estaba casi a oscuras, iluminado solo por la apertura de las últimas ranuras de la persiana, que dejaban pasar la luz de la farola. Cuando sus ojos se fueron adaptando a la penumbra, vio que su maleta estaba en el suelo, y en la cama había un bulto que debía de ser Zenda. Palpando, buscó su pijama y empezó a desvestirse, intentando adivinar por su respiración, si ya estaba dormida. Ya con el pijama puesto, se metió con cuidado en el lado de la cama donde estaba su maleta. ¿Habría sido esa la forma de Zenda de indicarle dónde se tenía que acostar? Tumbado, sin rozarla ni un milímetro, se volvió hacia él. Vio que llevaba un camisón que parecía otro chador, pero en color claro. El pelo lo llevaba sin recoger y le caía largo, a ambos lados de la cara.

—Cumple con tu mujer y satisface tus necesidades—dijo en voz tan baja que Umar dudó si había entendido bien.

«¡Qué situación más incómoda!», pensó mientras se incorporaba. En la penumbra, vio que ella se desabotonaba una parte cuadrada del camisón, que iba desde la altura del ombligo hacia poco más abajo de la ingle. Umar sabía lo que era, pero le resultaba sumamente extraño que ella lo utilizase. Aunque su apariencia era bastante envejecida, no tendría mucho más de cuarenta años. Imaginó que el trozo que había retirado, ahora sobre su estómago y pecho, dejaba ver un trocito de su cuerpo desnudo. Umar terminó de incorporarse y se puso sobre ella, sujetándose fuerte con los codos a ambos lados de su cuerpo para no aplastarla. La miró a la cara y vio que, con el ceño fruncido, tenía los ojos fuertemente cerrados y la cabeza inclinada hacia la ventana.

Apenas podía ver su rostro. Umar cerró los ojos a su vez y se esforzó en imaginarse a la prostituta de Tabriz, su preferida, que tantas veces lo había aliviado. Zenda separó ligeramente las piernas y él, sin volver a abrir los ojos, comenzó las maniobras conocidas, sin pensar en otra cosa que en sus noches de placer. Fue difícil y tardó más de la cuenta, pero al final consiguió terminar. Dio media vuelta y se quedó tumbado boca arriba. Zenda también se dio media vuelta.

«Pues bien…», pensó con tristeza, «esto es lo que hacen los matrimonios en la cama». Sintió un golpe de pena tan grande que hizo que una lágrima se derramara por su rostro. Ni siquiera la explosión final del placer había compensado lo más mínimo la situación. «Será la última vez», se dijo con determinación, «es obvio que ella se ofrece porque lo considera una obligación y tanto para mí como para ella ha sido un sufrimiento. No lo haré más a no ser que me lo pida con deseo. No quiero volver a pasar por esto». Poco a poco se dejó vencer por el sueño.

Todo esto recordaba Umar dos años después, en su pequeño espacio en la portería. Los meses siguientes fueron de adaptación, aprendizaje y mejora, porque poco a poco fue encontrando las ventajas de vivir en una ciudad como Madrid, haciéndose su hueco, encontrando amigos y aprendiendo a ser un buen portero. La cama de Zenda se había convertido en un lugar de reposo. Cada dos o tres meses, ella lo miraba y le decía palabras muy similares, «¿necesitas satisfacerte?», «¿quieres consumar?», pero él optaba por un «no, estoy cansado» o simplemente no contestaba. Ella lo comprendía y, seguramente, agradecía. No había vuelto a pasar.

Umar pronto encontró dónde ir cuando el cuerpo se lo pedía. Lo tomó como beber o comer. Una necesidad que debía atender. Las prostitutas de este país eran muy distintas a las del suyo, pero se adaptó bien. Ninguna había mostrado entusiasmo ni se sintió cerca de alguna. Eran unas profesionales. Al menos podía ver y tocar el cuerpo de una mujer mucho más que en su país, estas chicas no tenían reparo en desnudarse. No había magia tampoco en estos encuentros. Le incomodaba que le hicieran limpiarse antes de empezar. Ese momento era íntimo y no le gustaba verse observado, pero lo entendía. Y observaba cómo se limpiaban ellas al terminar. Parecían querer deshacerse de cualquier partícula que hubiera dejado en ellas. Se acostumbró. Era un servicio que necesitaba. No había más.

6

Antes

El miércoles, Marta salió de la oficina un poco antes de las dos. Nunca lo solía hacer, pero quería prepararse… ¿prepararse? «¡No hay nada que preparar! El portero va a ir a arreglarte la persiana. Punto», le parecía que oía a Candela regañándola. Le daba igual. Quería comer rápido y estar disponible. No podía negar que sentía curiosidad por ese hombre, quería preguntarle muchas cosas. Y esta vez no se iría a la cocina a esperar.

Tardó poco en comer y recoger la cocina. De nuevo, se había cruzado con Elisabeth y los niños, y esta no tardaría en estar de vuelta, aunque le había encargado comprar unas cosas del súper. A las tres y diez, sonó el timbre. Marta abrió enseguida. El hombre miraba hacia el final del pasillo y sorprendido, se volvió hacia ella. Había abierto antes de lo que él calculaba. Marta se percató de que la rapidez con que había abierto la puerta la delataba.

—Hola —dijo, tímida.

—Hola —contestó él—, ya estoy aquí.

Marta se hizo a un lado para dejarle pasar. Se fijó en que Umar llevaba la palma de la mano izquierda vendada, hasta la muñeca.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Ah! Nada importante —dijo mirándose la mano—, el otro día me corté con un cristal de la basura. No debí coger la bolsa de esa forma.

—Vaya… espero que no fuera nada grave.

—No, qué va. Solo fueron cinco o seis puntos.

—¿Pero te pusieron puntos y todo? ¡Entonces es más de lo que creía! ¿Vas a poder hacer lo de la persiana?

—Sí, sí, claro. Vamos para allá.

Fueron por el pasillo hasta el cuarto de los niños pequeños, donde la persiana caía vencida y torcida. Gracias a Elisabeth, el cuarto estaba impecable. Menos mal que no era fin de semana; ahí sí se podía apreciar la habilidad de Alberto y Diego para destrozar lo que ella arreglaba a diario. Umar dejó la caja de herramientas en el suelo y

sacó unas cuantas.

—¿Tienes una escalera de mano? —le preguntó. Aunque Umar era alto, la caja de la persiana quedaba muy arriba.

—Sí, voy a por ella.

—No, voy yo. Seguro que pesa. —Umar no podía dejar de pensar que esa mujer tan bajita era muy débil. Una escalera de mano seguro que era demasiado peso para ella. Marta le acompañó a la cocina y le indicó dónde estaba la terraza.

De vuelta al cuarto, se subió y empezó a desatornillar.

—Tienes suerte de que el cuarto esté ordenado —dijo Marta por decir algo—. Si lo vieras el fin de semana, te espantarías.

—Niños —dijo él—, dejando a su paso todo lleno de huellas de vida… Tienes unos hijos muy graciosos y revoltosos también. Los veo muchas veces en el jardín jugando con los demás.

—Sí, me tienen agotada. Bueno, nos tienen agotadas.

Umar reparó en el uso del femenino plural. No incluía a su marido en ese agotamiento.

—Tu asistenta es muy competente, ¿no? —dijo, sin parar de enredar con la persiana, de espaldas a ella—. Elisabeth se llama, ¿sí?

—Sí, Elisabeth. —Marta aprovechó para examinarlo bien—. No sé qué haría sin ella. Lo hace todo.

—Bueno… todo no… También te veo a ti entrar y salir sin descanso, con unos y otros, cargada de mochilas y bolsas. Creo que hacéis un buen equipo las dos… y eso que tú también tienes otro trabajo, ¿no? No sé de dónde sacáis la fuerza las mujeres… —seguía diciendo. Parecía que reflexionaba en voz alta—. ¡Sois máquinas!

Marta se sorprendió de la apreciación que le acaba de hacer. También le sorprendió que se hubiera fijado tanto. No era propio de los hombres percatarse mucho en los detalles. Le gustó.

—¿Tú tienes hijos?

—No.

—¿No?

—No… Bueno, mi mujer tiene dos, pero no son míos y son ya muy mayores. De hecho, el mayor acaba de tener un hijo. Tiene seis meses solo.

—¿Entonces eres ya abuelo?

—No —dijo girándose rápidamente—. Son los hijos de mi mujer, no son mis hijos.

Marta calló un momento. ¿Qué era eso que le estaba contando? Se suponía, o al menos, ella creía, que la gente musulmana no solían divorciarse ni volverse a casar. Su curiosidad iba en aumento. Umar notó su silencio y volvió a echarle un vistazo. Sentada en la cama de uno de sus hijos, Marta tenía el ceño fruncido y parecía que le pasaran por la cabeza mil cosas. La escena lo divirtió. No le apetecía mucho

dar explicaciones, pero, por otro lado, también sentía una necesidad de contarle cosas de su vida, una necesidad de que lo conociera mejor.

—Fue una boda concertada. Mi primo, el padre de sus hijos, falleció repentinamente y las familias pensaron que yo debía casarme con ella y mantenerlos.

—¡Ohhh! —A Marta aquello le interesaba cada vez más. Parecía una telenovela turca de las que se habían puesto de moda, pero que ella solo conocía de oídas—.¿Y a ti qué te pareció? Vamos, quiero decir, ¿estabas de acuerdo con eso?

Dejó un momento lo que estaba haciendo y la observó para descubrir si bromeaba o hablaba en serio. Cuando vio sus grandes ojos azules mirándolo fijamente con tanto interés, esperando su respuesta, sonrió ligeramente y aclaró:

—No tuve ninguna elección. Daba igual si estaba o no de acuerdo.

Siguió con la persiana. Ya quedaba poco para terminar. Marta seguía callada, la imaginaba a su espalda, dándole vueltas al asunto.

—Y… esto… —la oyó de nuevo—, ¿cómo te ha ido? ¿Te arrepentiste?

¿Cómo le había ido? ¿Se había arrepentido? Vivir con Zenda había sido como vivir en una jaula. No le bastaba con sus escapadas por la ciudad, las salidas con sus amigos o los bares de alterne. Siempre tenía que volver y acostarse en aquella cama, a su lado, sin hablar, sin tocarse. Había maldecido muchas veces a su primo, por ser torpe y morir de esa forma tan fácilmente evitable. Se había sentido un miserable por la manera en que se le había truncado su vida.

—Me gusta vivir en Madrid. —Y no mintió. Vivir en Madrid, en España, había sido lo mejor del extraño acuerdo que habían arreglado su madre y su suegro hacía diez años.

Para Marta, aquella salida de Umar contestaba a su pregunta. No hacía falta decir nada más. Se hacía a la idea.

—Ahora que los chicos son mayores y su hija está a punto de casarse e irse, mi mujer está pensando en volver a Irán… —«Y no voy a impedírselo, me encantaría que lo hiciera», pensó para sus adentros.

—¿Y tú te irías con ella? —se interesó más aún Marta.

—Esto… no, no lo creo —dijo bajando de la escalera—. Esto ya parece que está. Las piezas han encajado perfectamente.

Probó a subir la persiana y se aseguró de que funcionaba sin problemas. La bajó y subió un par de veces más. Se subió de nuevo a la escalera para cerrar la caja.

—¡Qué bien! ¿Dónde aprendiste a ser tan habilidoso?

—Bueno… no sé. En la universidad aprendí muchas cosas de mecánica y el funcionamiento de muchos aparatos.

—¿Fuiste a la universidad?

—Sí, de hecho, terminé mis estudios —dijo mientras metía las

herramientas en la caja. Sonrió con tristeza—. Logré graduarme. Soy ingeniero.

—Ah… —se sorprendió de nuevo Marta. Este hombre era una caja de sorpresas—. ¿Nunca has intentado trabajar aquí con tu título?

—No… no está convalidado y créeme que no he tenido tiempo de averiguar cómo hacerlo. La burocracia me aburre y ahora tengo un trabajo bueno y seguro. No quiero tocar más las cosas.

Cogió la escalera y la devolvió a su sitio. Preguntó por el cepillo y recogió el polvo y los restos de pintura que habían caído al suelo al abrir la caja de la persiana. No quería darle más trabajo.

Cuando se marchó, Marta no pudo dejar de pensar en la conversación. Se lo imaginaba renunciando a su vida para venir a España a casarse con alguien por obligación. Debió de ser duro. Le hubiera gustado seguir, preguntarle muchas más cosas. Le despertaba una enorme curiosidad.

En ese momento llegó Elisabeth cargada con las bolsas del supermercado de abajo, que les solucionaba las compras rápidas. La ayudó a colocarlo mientras decidían que ella llevaría a Alberto a tenis y Marta a Álvaro y Diego al fútbol, que también se había apuntado al club. Además, había quedado allí con Candela durante el entrenamiento.

Sentada en una de las tres mesas del bar del club, vio llegar a Candela, que arrastraba de la mano a su hija pequeña. No parecía muy ilusionada de estar allí.

—Hola, Paula, ¡qué guapa estás! —La niña le dio un cariñoso abrazo, pero en seguida volvió a su gesto enfurruñado—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enfadada?

—Yo no quería estar aquí. Mamá me ha obligado.

—¿Y qué iba a hacer con ella? —dijo Candela, tomando asiento a su lado—. Tampoco quería quedarse en casa. Anda, Paula, vete a jugar a los columpios—. Y señaló los destartalados columpios donde otras niñas jugaban entretenidas.

Paula se fue corriendo y Marta miró el rostro de su amiga. Algo parecía no ir bien.

—¿Qué te pasa? No tienes buena cara.

Candela resopló, pidió una cerveza al camarero y miró a Marta.

—Pasa que estoy de bajón. Eso pasa. No es por nada en concreto o por todo en general. Pienso que soy injusta con Luis, pero no lo puedo remediar.

El marido de Candela, Luis, había perdido su trabajo hacía tres años y medio y no parecía querer volver a la vida activa. Eso no habría sido un problema para ellos si no fuera por su actitud. Cande tenía un buen trabajo. Era la directora de una de las sucursales más grandes de una caja de ahorros. Ganaba un buen sueldo y era

suficiente para mantenerlos a todos. Además, en su familia siempre había habido dinero y al fallecer sus padres, había recibido una buena suma y varias propiedades. En todos estos años en los que Luis había estado sin trabajar, no le había hecho ni un solo reproche. Ni por su falta de interés en volver al mercado laboral. De hecho, hasta había visto la parte positiva de la situación. Luis y Candela tenían cinco hijos. La pequeña era Paula, de apenas cuatro años. Era bueno que alguien se quedara en casa al cuidado de todo. Pero no podía dejar de reprocharle mentalmente que no hubiera cumplido su parte. Eso sí que le molestaba. No se trataba de que él lo hiciera todo, ni mucho menos, para eso tenían ayuda en casa. No duraban mucho sus chicas, «tienen fecha de caducidad», solía decir, pero es que Luis... ¡se ocupaba de muy poco! La mayoría de los días no recogía a los niños, a los menores, que los mayores ya podían volver solos. Hacía que el penúltimo trajera a Paula a casa a la salida del colegio y ¡tenía ocho años recién cumplidos! No se ocupaba de ir a comprar y casi todos los fines de semana le tocaba a Candela ir a reponer la nevera. Olvidaba las reuniones de padres del colegio, que eran a horas en las que ella no podía asistir, e incluso las citas de los médicos. Enfrascado en sus libros, se le iba el santo al cielo un día sí y el otro también. La propia Candela tenía que estar al tanto de que la renta de los pisos que habían puesto en alquiler se recibiera sin problemas. Y de llamar a los obreros, fontaneros o a quien fuese, cuando un inquilino les avisaba por algún asunto que les tocaba subsanar. No era justo. Y ella ya se encontraba muy cansada.

—Siempre te lo digo, deberías hablarlo con él.

—No quiero humillarlo. Ni por un momento, pero me molesta que muchas veces sea más un mueble que un padre de familia.

—¿Estás pensando en separarte? Pareces un poco desesperada.

Candela soltó una carcajada irónica más fuerte de lo que pretendía.

—Pero si me conoces, Marta. Sabes que no lo haré. Es un mueble más, no te lo niego, pero me gusta ver ese mueble decorando mi casa. Es un espíritu libre, un bohemio y no quiero vivir sin él. —Tomó un sorbo de la cerveza, sacó un cigarro de la pitillera y lo encendió—. Es como un científico loco, siempre en su mundo, pero es bueno, muy bueno. Y también lo es conmigo —sonrió mientras soltaba el humo en una bocanada larga.

—Pero vas a explotar. No puedes con todo. Deberías encontrar la forma de decírselo.

—No sé, Marta. Puede ser que tenga que buscar la forma de hacérselo ver, pero ¿sabes?, creo que me compensa...

«Otra que habla de compensaciones», pensó Marta.

—No me interesa nada más que ver crecer a mis hijos, que

encaucen bien su vida y que estemos juntos para verlo.

Marta suspiró.

—¿Y ese suspiro? —A Candela no se le escapaba ni una—. ¿Qué pasa?

—Me das envidia —aclaró Marta y enfatizó—: mucha envidia. Al menos eso lo tienes claro. Tienes claro que quieres seguir con él.

Candela la miró frunciendo el ceño.

—¿Tú no? ¿Ha pasado algo con Miguel?

—Me pregunto si esto es lo que quiero para el resto de mi vida —dijo, sin contestar directamente—. Nos veo ya mayores y sin tener nada en común, sin ilusiones, sin proyectos, y creo que no me lo merezco. Creo que la vida es muy corta y no te puedes atar para siempre a alguien que no te llena. Quizá a mí no me compense esto.

Candela soltó una carcajada sarcástica.

—¿Y qué harías? ¿Buscarte a otro? ¡Por Dios! Marta recordó la conversación con Lola. Creyó que Candela nunca la entendería. Las dos eran muy diferentes, por eso no se llevaban bien. Era curioso que ambas fueran tan buenas amigas de Marta siendo polos opuestos. Sin embargo, ella sabía quedarse con lo mejor de cada una, sabía exprimir el jugo de lo que le gustaba y lo que no, lo dejaba ahí aparcado, no le daba importancia. En todo caso, Marta agradecía a la vida el tener a sus amigas. Eran un auténtico tesoro y tenía muchas donde elegir. En cada una encontraba una joya que se quedaba para sí.

—No tengo que buscar a otro… —le contestó—, pero sería bonito volver a sentir un cosquilleo, una ilusión, ver que te miran con admiración. ¡Sentir algo!

—¡Un momento! ¿Se te ha declarado tu jefe por fin?

—¡Jajaja, noooooo! Tienes razón. He contestado como si la solución fuera volverse a enamorar y no es eso lo que busco. Pero quiero volver a ser la de antes, organizar planes, tener ilusión, ganas de que llegue tal fecha porque me apetece lo que vaya a ocurrir… pero no. Ahora no tengo ganas de nada. Ni siquiera de irme de vacaciones. No me ilusiona. ¿Crees que esto tiene que ser así hasta que me muera?

—Bueno, no, es verdad que no. Hay que intentar pasarlo lo mejor que se pueda en esta vida.

—¿Y cuándo ya ves las orejas al lobo y te das cuenta de que por este camino ya no lo vas a conseguir?

—No sé, Marta, no sé…

—Pues yo creo que con cuarenta y seis años se es muy joven para resignarse, para dejar de vivir, para conformarse. Creo que puede haber otras opciones.

De vuelta a casa, con los niños gritando en el asiento de atrás, Marta pensaba que verbalizar sus pensamientos le había venido muy bien. Que la ayudaba a tener sus ideas algo más claras. La respuesta

era sí, un sí rotundo. Era muy joven para tirar la toalla, para resignarse y perder toda la ilusión. En su carrera frenética por darle medida de alguna forma a su situación, creyó conveniente volver a hacer cálculos. «Perder la ilusión resta, al menos, un 20 %. Unido a los anteriores 30 % de perder la capacidad de reír y el 10 % de dejar de tener detalles, ya solo queda un 40 % de salud. La cosa sigue a peor».

7

Tres meses antes

Las pocas veces que hablaba con Zenda le sentaban mal. Siempre había una palabra, un tono o una mueca que le revolvía un poco el estómago. La boda de Shirin se acercaba y las dos hacían muchos preparativos juntas, aunque a Zenda no le gustaba que su hija se casase con un español. Ciro había tenido más cabeza, según ella, y se había casado con la hija de uno de sus primos más lejanos, pese a que era una chica que se había adaptado mucho a su vida en España. Su vestimenta era totalmente europea, pero respetaba las costumbres familiares, se consideraba musulmana y era una buena esposa. Pero ahora Shirin se casaba con un español, su compañero de trabajo, y no pensaban hacerlo bajo el rito islámico. La boda sería en el ayuntamiento de su barrio y nada recordaría los orígenes de su familia. Zenda pensaba que ya no tenía nada que hacer en Madrid. Sus hijos ya eran independientes económicamente y ella se convertiría, con el tiempo, en una carga para ellos. Cada vez lo tenía más claro. Sus hermanas llevaban años animándola a volver. En su casa familiar había sitio para ella y no le iba a faltar de nada. También contaban con Umar. Al fin y al cabo, era su marido. Así se lo decía a él.

—Voy a sacar los billetes. Para después de la boda. Y que mis hijos vendan el piso.

Umar pensaba que la vida seguía tratándole injustamente. Lo había sacado de Tabriz cuando las cosas empezaban a ir bien y ahora que ya se había adaptado a su vida en Madrid, a pesar de Zenda, quería volverlo a sacar de nuevo. No quería cambiar ahora. No quería empezar de nuevo. No quería seguir atado a esa mujer.

—Creo que solo debes sacar un billete. Zenda levantó la cabeza y lo miró enfadada.

—Eres mi marido. Para bien o para mal, es lo que eres.

No era eso lo que le preocupaba. A Zenda le daba vergüenza volver sola. En todos aquellos años no había sentido ninguna afinidad con Umar, lo había considerado algo así como un hijo postizo al que le imponen cuidar. No le interesaba, pero tenía una especie de

obligación. Imaginaba que él se buscaba la vida por su lado, que encontraba el placer fuera de casa desde aquel día que se casaron. No le importaba. Le aliviaba. También tenía que admitir que Umar no había dado problemas, era muy trabajador y, puntualmente, le entregaba el dinero que ganaba. Era la propia Zenda quien le asignaba una mensualidad para sus gastos. Pero volver a casa sin él era algo que le avergonzaba, que haría que se la viese como una repudiada. Aunque por otro lado... tampoco le importaba tanto. No quería volverse a casar, ni mucho menos, y en Tabriz viviría en la casa de sus padres, con su hermana ya viuda. Incluso podría decir que Umar había muerto...

—Mira, Zenda —intentó, casi por primera vez, hablar con ella de un tema serio—, se supone que las mujeres siguen a sus maridos, ¿no? Es raro lo contrario, que los maridos sigan a sus mujeres. —Y pensó que no tenía ninguna intención de que ella cambiara de idea y se quedara con él. Sin embargo, quería que viera cómo funcionaban las cosas en su cultura. Él podría obligarla a quedarse a su lado, no al revés. Tenía que explicárselo más claramente—. ¿Qué pensarías si te dijera que te quedaras conmigo? ¿Te gustaría ahora que ya te has hecho a la idea de volver? Imagino que no. Por supuesto que no. Salvo tus hijos y nieto, nada te ata aquí. Siempre me ha parecido que no te gustaba vivir en Madrid...

—Ni me gustaba antes, ni me gusta ahora —interrumpió ella.

—Creo que ya debemos dejar de fingir. Tus hijos trabajan y ganan lo suficiente para mantenerse con creces. Hace diez años, reconozco que mi ayuda os pudo venir bien. Ahora no tiene sentido seguir con esto. Puedes ir a vivir con tus hermanas, pero no te preocupes, cada mes te mandaré dinero. Será más que suficiente para vivir allí. No será todo lo que gane como hasta ahora, yo tengo que sobrevivir aquí, pero podrás disponer de él para lo que quieras. Así que compra solo un billete. Yo no voy.

A Zenda le sorprendió su determinación. Era verdad que, hasta ahora, no le había oído hablar tanto, ni siquiera se había preguntado cómo veía él la situación. Se dio cuenta de que apenas lo conocía. Nunca se había interesado en hacerlo. Era un desconocido.

—Parece que lo tienes muy claro...

—Pues sí, sí lo tengo claro y creo que, en el fondo, tú también. Así que creo que debes dejar tu orgullo aparcado y aceptar mi decisión.

Pero Umar no lo tenía tan claro. Dudaba de que fuera lo correcto. Sabía que no quería volver. ¡Ya estaba bien de que otros manejaran su vida! En este tiempo en Madrid, no solo había hecho amigos musulmanes. Algunos de sus amigos españoles le habían abierto los ojos a otra cultura mucho más permisiva, libre y respetuosa con el

individuo y sus decisiones. Y sin dudarlo, esto inclinaba la balanza a mejor, en la comparativa de ambos países. Los hijos de Zenda también habían ayudado en este proceso, aunque no lo supieran. Los había visto tomar decisiones, desenvolverse con amigos y no consultar a su familia para hacer esto o aquello. Y les iba bien. Por eso, pensó en hablar con su madre.

Allí las cosas también habían cambiado mucho en esos diez años. Todos sus hermanos se habían casado y vivían independientes, sin dejar de ayudar a Yamila. Incluso Faruk, que seguía en la fábrica, había prosperado, no le había ido nada mal, se había casado y había tenido gemelos. El abuelo había fallecido hacía tan solo año y medio y Umar sentía muchísimo no haber podido ir a verlo en todo ese tiempo. Con lo que ganaba, podía ayudar a Zenda y sus hijos e incluso mandar dinero a su madre, pero no le daba para ir de vacaciones a su país. No había vuelto. Sabía que su madre ahora no necesitaba su ayuda, pero él la de ella sí. Necesitaba consultarle. Por eso, tras la conversación con Zenda, fue al locutorio y adelantó la llamada mensual que le hacía. Después de preguntarle y ponerse al día de las cosas de todos los demás, pasó a contarle la verdadera razón de su llamada.

—Madre, quiero comentarle algo.

—Ya me parecía a mí que tu llamada antes de lo normal era por algo.

—Zenda ha decidido volverse a Tabriz después de la boda de Shirin. Creo, madre, que ya he sacrificado mi vida lo suficiente.

—¿Qué quieres decir? —Yamila no estaba segura de lo que decía su hijo, aunque tenía sospechas.

—Que no voy a volver, madre, se irá sola.

Se hizo el silencio. Umar sabía que no se había cortado la comunicación, la oía respirar. Yamila era consciente de que lo que había dicho su hijo era pecado. Una forma de abandonar a su esposa. Y eso era algo muy feo que no había hecho nunca nadie de su familia. Pero... pero sabía que su hijo no era feliz. En estos diez años habían hablado muchas veces y siempre que le preguntaba que qué tal iban las cosas con Zenda, Umar cambiaba de tema o no respondía. Se había percatado de que no existía comunicación entre ellos, que aquel matrimonio había fracasado. Obviamente su madre no sabía nada de sus relaciones conyugales, pero se lo podía imaginar. Pensaba en sus otros hijos y estaba orgullosa de cómo les iba, pero su pobre hijo mayor no había tenido muchas oportunidades de buscar la felicidad.

—¿Madre? ¿No dice nada?

—Es tu mujer...

Sabía que cuando se supiera entre sus amigos y familiares que su hijo había abandonado a su mujer podría ser señalada, repudiada. Yamila seguía cavilando. ¿Cuántos años de vida le quedarían? Seguro

que no muchos. Podría aguantar el rechazo de los demás. Sabía que sus hijos no la abandonarían, que serían su apoyo. No necesitaba más.

—Madre, es mi mujer, sí, pero son solo unos papeles. Ella nunca ha sido amable conmigo, no me ha admitido en su vida y la verdad yo tampoco he estado por la labor. Renuncié a todo. A vosotros, a mi país… Incluso le diría que solo quiere que me vaya con ella por el «qué dirán». No somos ni amigos…

—El matrimonio es una cosa y los amigos otra. Además, ¿cuándo has visto que un hombre sea amigo de una mujer?

«Aquí. Ciro y Shirin han tenido amigas y amigos. Lo he visto».

Yamila suspiró. Creyó que su hijo ya había tenido suficiente. A sus cuarenta años le tocaba decidir, vivir su vida. Ella podría con el rechazo, si ocurriera. Ahora le tocaba sacrificarse por él. Suspiró de nuevo, y rememoró las palabras que había dicho Umar diez años antes:

—Hijo, si es esa tu decisión, si es lo que quieres, que así sea.

Umar casi saltó de alegría en la silla del locutorio. Su apoyo era muy importante para él. Le daba la seguridad que le faltaba y la tranquilidad de poder hacer lo que deseaba sin ofender a su familia. Se despidió de ella y volvió a casa de Zenda. Se preguntaba si tendría la oportunidad de reafirmar su decisión. Era difícil encontrar el momento de hablarle, de que lo escuchara.

Shirin preparaba la cena en la cocina. Canturreaba una canción de esas que se habían puesto de moda. Reguetón, creía que le llamaban. A Umar no le gustaba nada.

—¿Tu madre? —le preguntó.

—Se ha acostado ya. Estaba cansada, decía, no sé…

—¿Hace mucho? Quiero hablar con ella.

—Y yo contigo —sorprendió Shirin a Umar.

—¿Conmigo? ¿Qué pasa?

—Es sobre la boda. Ya sabes que es civil y hay menos formalidades, pero se necesitan testigos. Ciro va a ser uno, claro, y —se volvió a mirarle cuchillo en mano— quiero que tú seas el otro —dijo, señalándolo con el cubierto. Bajó la mirada y continuó—: No quiero que hagas del padre que lleva al altar a su hija, ya sabes lo que pienso. Es solo que quiero agradecerte lo que has hecho por nosotros este tiempo. Quiero que seas tú. ¿Te parece?

Ahora era Umar el que bajaba la mirada. Pero era valiente y no le gustaba andarse con rodeos.

—Mira, Shirin, es un honor para mí que me lo pidas, quizá no te hagas a la idea de lo feliz que me hace ese gesto, pero… pero he decidido que no vuelvo a Irán con tu madre. Me quedo aquí. Y prefiero que lo sepas por si esto cambia tu oferta, cosa que entendería. Ya sabes que allí considerarán que he abandonado a tu madre. Puede

que la repudien. Puede, también, que lo hagan con mi madre y los míos. Quiero que lo sepas. Entenderé que no quieras que sea, entonces, tu testigo.

Shirin sonrió y se atusó el pelo.

—Pero Umar... ¡Ya era hora! Es algo que tendrías que haber hecho hace tiempo... en cuanto nosotros empezamos a trabajar, ya no hacía falta tu dinero. Has sacrificado mucho. Te mereces ser feliz.

Umar se sorprendió. Era algo que no se esperaba.

—Pero tu madre...

—Mi madre nunca va a ser feliz —interrumpió ella—, está en su naturaleza, hay algo que se lo impide. Incluso cuando vivía mi padre, sonreía poco, hablaba poco. Nunca puedes saber qué es lo que quiere realmente. Si te vas con ella, nada va a cambiar. Seguirá tratándote con distancia, como a un desconocido y ni siquiera servirá para que se sienta mejor. En fin... ¿aceptas o no mi propuesta?

—Bueno... pues si tu madre lo ve bien...

—No pienses en ella. Piensa en ti. Tanto si le ofendiera como si lo viera bien, nunca lo sabríamos. Bueno, ¿qué?

—Pues lo que te he dicho. Será un verdadero honor.

—¡Hecho entonces! —Y siguió cortando las verduras.

—Shirin, hay también otra cosa que te quiero decir.

Se volvió hacia él, preocupada. ¿Por dónde saldría ahora? ¿Iba a decirle algo que no le gustara?

—Ya sé que no soy tu padre y sé que eso es lo último que te gustaría que intentara. No quiero eso. Cuando tu madre se vaya... déjame seguir en tu vida. Como amigos. No quiero perder el contacto con vosotros. Y también quiero que puedas contar conmigo. Si tienes problemas, te preocupa algo o necesitas que te haga algún favor, llámame, dímelo. Allí estaré.

Ella alargó el brazo, le apretó el hombro y sin parar de sonreír le dijo:

—¡Hecho, también!

Al acostarse, supo que Zenda no dormía. En esos años había aprendido a distinguir su respiración y la de ahora le indicaba que estaba despierta. Así que aprovechó la seguridad que le habían dado su madre y Shirin y le dijo:

—Zenda, sé que estás despierta. Quiero que me escuches. Lo que te he dicho antes va en serio. No voy a ir contigo. Puedes decir allí lo que creas conveniente. Que tengo un buen trabajo y que hemos pensado que es mejor que lo mantenga, o que te he abandonado. Asumiré tu decisión. Pero asume también la mía.

Zenda tardó en contestar. Se removió un poco y finalmente murmuró:

—Pero tendrás que irte de esta casa. Mis hijos la venderán.

—Por supuesto. Ya he pensado en eso.

—No te vas a divorciar de mí.

—Si eso te preocupa, tranquila. No tengo la intención de volverme a casar. Ya he probado lo que es. Nunca te lo pediré. Seguiremos casados hasta que la muerte nos separe.

Zenda se giró y aunque no la veía por la penumbra, supo que le estaba mirando.

—Pues entonces no tenemos nada más que hablar.

8

Dos meses antes

Al llegar a casa, Marta pasó por la garita de la portería y vio a Umar tan enfrascado en la lectura del periódico que no advirtió su presencia. Siguió hacia el portal, pero se lo pensó mejor y dio la vuelta. Había encontrado algo que quizá Umar podía arreglar. Golpeó con los nudillos la puerta y lo sobresaltó. Abrió, y sin pasar, le dijo:

—Hola, ¿tienes un momento? Perdona si te he asustado.

—No, no pasa nada. Dime.

—Me preguntaba si podrías echarle un vistazo a la lavadora. No termina el programa y no centrifuga. No sé si las lavadoras también se te dan bien —dijo, sonriendo.

«Pero ¡qué guapa es esta mujer! Vaya sonrisa bonita que tiene», pensó antes de contestar:

—Cuando quieras. Ya sabes mi horario.

—Vale, muchas gracias. —Y cuando iba a cerrar la puerta, miró el periódico que tenía sobre la mesa y añadió—: ¿Alguna buena noticia? Se te ve muy interesado.

—No... esto... —No le apetecía compartir aquello con ella, pero no encontró otra excusa—. Estoy buscando piso o habitación... Algo... ¡los precios están por las nubes!

—Ah... ¿habitación? ¿En un piso para compartir? —E inmediatamente se arrepintió de su imprudencia. Estaba invadiendo su intimidad y no era justo. A saber cuáles serían sus circunstancias—. Perdona, no es asunto mío...

A su espalda oyó la voz inconfundible de Manolo, el portero que más tiempo llevaba en la casa.

—Hola, Marta. Ya vuelves del trabajo, ¿no?

—Sí, ya de vuelta. Le estaba pidiendo a Umar que me arregle la lavadora —creyó que necesitaba justificarse.

—¡Claro que puede! Es un auténtico manitas, una joya. Umar, si quieres ir ahora, te cubro.

—Esto... como quiera Marta.

—No, no. Mejor mañana. Ahora tengo que hacer una cosa...

Esa «cosa» era Diego, que había venido con décimas del cole. Elisabeth y ella habían decidido que una se quedaría en casa con él por la tarde, Marta, mientras la otra llevaría a los otros al cole y a sus actividades.

—Entonces ¿mañana podrás?

—Sí, mañana voy. A la hora de siempre.

Marta se marchó y entró en el portal. Manolo se acercó a Umar y al ver el periódico le dijo:

—¿Sigues con eso?

—Sí, está difícil la cosa.

—Los precios en Madrid son imposibles. ¡Qué ganas tengo de jubilarme e irme al pueblo para siempre! Ahí es todo más barato.

—Sí, pero ya sabes que lo que me ahorrase con la vivienda lo gastaría en gasolina.

Eso era cierto. Manolo iba a trabajar en transporte público y solo cogía su coche para ir al pueblo los fines de semana. Los que libraba, claro, porque uno de cada dos y con suerte, de cada tres, tenía que trabajar en la portería. ¡Qué ganas tenía de jubilarse! Pero aún le quedaban dos años completos.

—¿Cuándo tienes que dejar el piso?

—Pronto. Han encontrado comprador. No es gran cosa, pero estar situado cerca de la boca de metro ha despertado mucho interés. Han tenido bastantes ofertas. Han podido elegir.

—Vaya...

Solo hacía veinte días que Shirin se había casado. En su lista de «Días buenos que he pasado en España», que tampoco eran pocos, ese día se había convertido en el mejor. Por primera vez se había sentido ubicado. Shirin, que estaba preciosa, le había incluido en todas las fotos de familia. Los amigos de ella lo habían saludado afectuosamente y había podido bromear, beber y bailar con ellos. De hecho, había estado más integrado que la propia Zenda. Ciro había compartido un puro con él y lo había dejado al cuidado de su bebé cuando había salido a bailar con su mujer. ¡Todo había salido perfecto! Umar había disfrutado mucho y por eso lo guardaba entre sus mejores recuerdos. Una semana más tarde, acompañó a Zenda al aeropuerto. Se habían despedido con un breve choque de manos. Ciro, con su mujer e hijo, y Shirin también fueron. En un momento que se quedaron solos, Umar le preguntó:

—¿Has decidido ya qué vas a contar allí? —Quería saber si debería preocuparse por su madre y estar más pendiente de ella.

—Sí. Diré que tengo una enfermedad, no grave, que quiero que me la traten en mi país, donde puedo desenvolverme yo sola y que tu trabajo es demasiado bueno para que lo dejes y pierdas la oportunidad.

Umar soltó un suspiro de alivio. Quizá así las cosas fueran más fáciles para su madre. Y cuando fuera a verla, tenía intención de ahorrar e ir en verano, haría un poco el paripé y se quedaría en casa de Zenda. Podía funcionar.

—Se me está ocurriendo una cosa… —dijo Manolo, sacándole de sus recuerdos—. ¿Tú sabes la vivienda que hay en la azotea? ¿Esa de la que me preguntaste si vivía alguien y yo te dije que solo las ratas?

—Sí, me acuerdo. —A pesar de que nunca había entrado, Umar la veía cuando le tocaba limpiar la azotea. Era una construcción de forma cuadrada, que había llamado su atención porque no pegaba con el resto del edificio. Parecía como si una gigantesca grúa la hubiera cogido de un pueblo castellano y la hubiera depositado en la explanada de la azotea. Alguien, hacía mucho tiempo, había blanqueado las paredes que ahora lucían un poco ennegrecidas por la contaminación. El tejado se mantenía intacto e incluso tenía una pequeña chimenea que sobresalía. Parecía muy pequeña, calculaba que no tendría más de veinte o veinticinco metros cuadrados—. ¿Qué pasa con ella?

—Con mi puesto de conserje se incluía esa vivienda. De hecho, estuve viviendo un tiempo, no creo que llegase al año. Después, al casarme, la dejé. Hubiera sido imposible vivir allí con Marga y mucho menos, con las niñas. —A Manolo se le iluminaron los ojos al pensar en la posibilidad de ayudar a Umar—. ¿Y si te instalas allí? Con lo manitas que eres, quizá puedas hacer que todo funcione y ponerla bien. ¡Y no te costaría ni un duro! ¿Subimos a verla?

A Umar también se le iluminaron los ojos. ¡Podría ser perfecto! Manolo buscó la llave por todos los cajones. Costó, pero la encontró en el último. Una llave pequeña y algo oxidada. «Eso es fácil de quitar», pensó emocionado Umar. Mientras subían en el ascensor, Manolo seguía parloteando.

—… Y es que nadie podría oponerse. Es un lujo poder disponer de un conserje a cualquier hora. Es verdad que están los chicos que cubren las noches, pero no es lo mismo que los porteros oficiales, que saben dónde está todo. No creo que el presidente se niegue, pero habría que comentárselo…

Llegaron al último piso y, después, subieron otro tramo más de escaleras. Manolo abrió la puerta metálica y se dirigieron a la casita. La puerta se resistió a abrirse, la madera estaba un poco vencida y la cerradura oxidada. «Esto también es pan comido. La cerradura, claro. Lo de la puerta…», Umar siguió haciéndose sus composiciones de lugar, sin perder la ilusión. Al abrir por fin, la estancia era más o menos lo que él se había imaginado. Un espacio cuadrado, una triste bombilla en medio del techo como única iluminación, que funcionó perfectamente cuando Manolo dio al interruptor, una chimenea en la

pared izquierda y, a continuación, una diminuta cocina con un hornillo con dos placas eléctricas, un fregadero y un par de muebles arriba y otro tanto abajo. «Más que suficiente». Umar ya pensaba en todas las posibles mejoras que podría hacer, las piezas que podría encontrar en el rastro o en tiendas de segunda mano. Iba tocándolo todo, probando si el agua funcionaba, mirando el tiro de la chimenea. Enfrente de esta, había una cama que no mediría más de ochenta centímetros de ancho. Hundió las manos en ella para probarla. Se vencía muchísimo, sonaban todos los muelles como si hubiera grillos dentro. «Bueno, una cama no costará tanto en Ikea. Ni un colchón. Eso puedo pagarlo si me ahorro el alquiler», pensaba cada vez más contento. Al fondo, pero en la pared de la derecha, había un pequeño habitáculo. Manolo le indicó que era el baño. Aunque su estado era bastante cochambroso, tenía todo lo que necesitaba: Una ducha cuadrada al fondo, un retrete y un pequeño lavabo. Incluso tenía ventana. De vuelta a la sala, se fijó en que había varias ventanas en las que no había advertido antes. Las persianas estaban cerradas y, por eso, tal vez, no las había visto. No le hacía falta ver más.

—Manolo, ¡es perfecto!! ¡¡¡Eres el mejor!!! No sabes cómo te lo agradezco. Si lo hablas con el presidente y te dice que sí, mañana mismo empiezo a arreglarlo y creo que en una semana estará. Compraré una cama, un sofá que puede ir en esta esquina. Limpiarlo será lo primero, pongo más enchufes, una mesa para comer no costará tanto… ojalá que no ponga pegas la comunidad.

Manolo se sentía satisfecho. Le gustaba aquel hombre y estaba encantado de poderlo ayudar. Además, apreciaba su entusiasmo y su cara de agradecimiento. Sabía manejar al presidente, no creía que hubiera ningún problema.

—Mañana te traigo unas sábanas y una colcha que mi mujer pensaba llevar a Cáritas. Así, si te desalojan antes de tiempo de tu casa, puedes dormir aquí.

Manolo no podía comprender cómo aquel cuchitril le ilusionaba tanto. No entendía que, a sus cuarenta años, iba a ser su primera casa para él solo. Un lugar que podría decorar y amueblar como quisiera. Algo que podría considerar su hogar. Era muy feliz. Le entraron muchas ganas de abrazar a Manolo, pero no quería que pensara cosas raras.

Mientras tanto, Marta había llegado a casa, había obligado a Diego, que seguía con mucha fiebre, a echarse la siesta, y le había dado Apiretal; había comido algo y se acababa de sentar en el sofá a tomarse el café. El móvil comenzó a vibrar y creyó que sería Candela. Era su hora. Pero no, era Lucía, otra de sus queridas amigas. Contestó.

—Hola, Lucía, cómo me alegro de que me llames. Hace mucho

que no hablamos. ¿Qué tal todo?

—Ay, Marta. Una mierda. Así me siento hoy. Muy mal. ¿Cómo lo tienes para vernos?

—Mal..., lo siento mucho. Tengo a Diego con fiebre. Podrías pasarte tú..., ¿puedes venir a casa?

—Vale. Iré andando y así me muevo un poco. No tardo.

Sentadas en el salón, con el segundo café para ella y una infusión para Lucía, Marta interrogó a su amiga:

—¿Qué pasa hoy? ¿Habéis discutido Jorge y tú?

—Uffff —resopló, agobiada—. No tanto discutir, pero sí aguantar su constante malhumor y sus reproches. Sigue diciendo que espabile, que tengo que encontrar un trabajo en el que gane más. Como si eso fuera algo a lo que pudiera optar solo con pedirlo.

—¡Qué injusto es todo! —se compadeció Marta, aunque su situación no distaba mucho de la de su amiga.

Lucía y Marta se habían conocido en el banco. Cuando Marta empezó a trabajar allí, ella ya llevaba varios años. Aun habiendo coincidido solo unos meses, se habían hecho íntimas amigas. Lucía dejó el trabajo cuando a Jorge lo trasladaron a México. Habían pasado tres años allí y era una experiencia de la que no se arrepentía. Los niños habían ido a buenos colegios y había resultado muy enriquecedor para su educación conocer otras culturas y hacer amigos de diferentes nacionalidades. Curiosamente, en sus largas conversaciones de esa época, a horas intempestivas, Marta y Lucía habían estrechado mucho más los lazos. Habían tocado fondo juntas y se habían ayudado a remontar. Marta recordaba haber tenido con ella una de las conversaciones más profundas que nunca había tenido con nadie. Aquella vez, hablando a corazón abierto, se había dado cuenta de que Lucía, de naturaleza más bien introvertida, tenía un mundo interior muy profundo. Era capaz de ver las complejidades de su mente, de sus reacciones, cómo sus vivencias le habían influido y le habían hecho llegar al punto donde estaba. A pocas personas había conocido que fueran capaces de examinarse de esa forma. Por otro lado, era demasiado dura consigo misma. Esto le hacía sumamente desconfiada y cometía el error de no pedir ayuda. De todas formas, Marta sabía que podía confiar en ella sin reparos y que estaría ahí cuando necesitase no oír trivialidades. Era una muy buena amiga.

Cuando Lucía y su familia regresaron de México, volver a entrar en el banco había sido misión imposible. Le costó un año de entrevistas, de esperanzas y desilusiones encontrar otro trabajo. No le había venido del todo mal. Alguien tenía que ser el apoyo de sus hijos ante un nuevo cambio, nuevos colegios, nuevos amigos... Le tocó ocuparse de ese trabajo silencioso que pocos notan y más con un marido eternamente viajando, incapaz de reconocer el papel tan

importante que Lucía jugaba. Marta encontraba muchas similitudes entre Jorge y Miguel. Por eso, tal vez, se llevaban bien.

—En parte tiene razón... —reflexionaba Lucía—. Mi sueldo es una mierda y él no puede con todo. —El trabajo que finalmente había conseguido Lucía era en una pequeña asesoría de barrio donde se cobraba poco, mal y tarde, pero fueron los únicos que le habían dado una oportunidad—. Me ha pedido que deje mis clases de pintura y que intente buscar horas extras como sea. Seguramente es lo que debería hacer.

—Pero, Lucía..., ya dejaste de ir a la hípica los fines de semana. Se te daba bien competir, pero Jorge te dijo que estabas perdiendo el tiempo y no llegarías a conseguir nada.

—¡Y era verdad! ¿Qué me creía yo?

Marta tenía que controlarse para no perder la paciencia y herirla.

—Es que no era verdad, Lucía. Ser campeona de salto de Madrid no es moco de pavo. ¿Ahora también quiere que dejes de pintar? ¿Cuándo piensa en ti como un ser autónomo e independiente?

Lucía bajó la mirada, recolocándose las pulseras que llevaba en la muñeca.

—A ver, entiendo que él tenga su concepto de la realidad y que nadie le pueda hacer cambiar de opinión —siguió Marta—, pero tú debes mantener la tuya. No puedes dejar que su opinión sea la única que cuenta, que se convierta en la tuya. Para él, su forma de ver las cosas, su propia realidad es la única incuestionable realidad de la vida. Es SU realidad, no la tuya. No permitas que invada de esa forma tu espacio.

—Es que a veces creo que no lo estoy haciendo bien, que debería centrarme en conseguir un mejor empleo. Pierdo el tiempo con mis hobbies...

—¡Lucía! —Marta alzó la voz—. Si no te respetas a ti misma ¿cómo vas a hacer que él te respete? Te lo he dicho muchas veces. Él tendría que estar besando por donde pisas. Dejaste un buen trabajo por él. ¡Lo seguiste al fin del mundo! Jorge no se puede permitir el lujo de exigirte ahora nada y mucho menos de pisotear tus ilusiones, tus gustos, tu forma de vivir. Es posible que ya no te respete, que te considere «algo» de lo que también se tiene que ocupar. Puede pensarlo si quiere, pero tú, ¡no! Tu prioridad eres tú misma. ¡No te pierdas el respeto!

Se quedaron calladas un buen rato. Marta volvió a echar sus cuentas sobre la salud de su relación. Empezaba a ser un tema recurrente. Creía que no caía en el mismo error que Lucía, aunque no estaba completamente segura.

¿Quién lo estaba? De lo que sí estaba segura era de que eso también fallaba en su relación con Miguel. Llevaba años perdiéndole

el respeto al no tener nunca en cuenta cuáles eran sus afinidades, sus ilusiones, sus sueños o sus preocupaciones. Se lo perdía al culparla de todo lo que salía mal y al criticarla por sus decisiones. Miguel le había faltado mucho el respeto y eso restaba, al menos otro 10%. Le quedaba un 30% de bienestar de pareja.

«Es muy poco», pensaba Marta. Al menos ella sí mantenía su espacio, sus creencias, sus valores y nada ni nadie le hacía dudar. Su espacio era intocable, sagrado. Podía recibir golpes, podían doler incluso; las palabras desagradables permanecían un tiempo en su cabeza, pero su coraza era más fuerte, no penetraban dentro y no se instalaban en su pensamiento. No se las creía. Costaba, pero las ignoraba. Tenía que conseguir que Lucía se apreciara más y protegiera su espacio.

—Y... —Lucía interrumpió sus reflexiones— ¿cómo lo hago, Marta? ¿Cómo puedo verlo de otra forma? ¡Ayúdame!

Marta se acercó a su amiga, le acarició la cara y le cogió la mano.

—¿Sabes? Lo primero y más importante, como para todo, es identificar el problema y a la vez, tener la intención de arreglarlo. Con lo que tú te conoces a ti misma, que me digas esto ahora quiere decir que empiezas a definir y comprender bien lo que te pasa. Yo no sé si voy a poder ayudarte, seguramente un profesional lo hará mejor. Lucía, dame una oportunidad. Hazme caso por una vez. Empieza a quererte y haz que alguien te oriente y te ayude a respetarte. Yo te apoyaré, estaré contigo y buscaremos juntas a alguien y seguro que lo conseguiremos.

En ese momento se oyó un «¡¡¡¡Mamááá!!!!» a lo lejos. Diego se había despertado. Marta fue a su cuarto, le puso los labios en la frente y calculó su fiebre: unos treinta y ocho grados y algunas décimas. Sabía que el margen de error era pequeño. Lo había comprobado en otras ocasiones. Le dio agua y lo dejó durmiendo.

«Tendremos que valorar si llevarlo al médico», pensó. Volviendo al salón, se abrió la puerta de entrada y, como si de una desbandada de bisontes se tratara, Álvaro y Alberto entraron con Elisabeth detrás. «¿Ya? ¿Ya se acabó la tranquilidad?». Miró el reloj, ya eran las siete y media. No se esperaba que fuera tan tarde. Los niños se agarraron a su cuello, su cintura y quitándose la palabra uno a otro, le contaron todo del entrenamiento. Marta apreciaba que, por ahora, Álvaro conservara esos impulsos infantiles. No creía que durasen mucho más.

Entró al salón. Lucía sonreía después de contemplar la escena. ¡Qué revoltosos eran!

—Ya me voy, ¿cómo sigue Diego?

—Sigue con fiebre. Le volveré a dar Apiretal un poco más tarde. Presiento que vamos a pasar una bonita noche.

Lucía se puso de pie, cogió su bolso y ambas se dirigieron a la

entrada.

—Muchas gracias, Marta. Siempre eres un alivio.

—Grrr —protestó Marta—, no me las des. Bueno, sí, dámelas de una forma. Remangándote y poniéndote manos a la obra. No lo dejes para mañana. Empieza a buscar ya al psicólogo. Llama hoy incluso. ¿Me lo prometes? Sería la mejor forma de darme las gracias.

—De acuerdo. Te lo prometo.

Lucía abrió la puerta y justo antes de salir, se volvió hacia Marta:

—He visto al portero nuevo. Es muy majo. Y no está nada mal.

—¡Nada mal! Y además es un manitas. ¡Sabe arreglarlo todo! Se llama Umar y es de Irán, ¿sabes? le casaron a la fuerza y...

Marta parecía tan interesada contándoselo que no se percató de que su amiga la miraba fijamente, frunciendo el ceño, extrañada. Lucía iba a interrumpirla y hacer una pequeña observación, pero Elisabeth se acercó:

—Me voy ya. Me bajo con usted, señora Lucía—Y luego, a Marta —: Hasta mañana, señora Marta. Esperemos que Diego esté mejor mañana. Si le parece, llego antes por si se queda en casa y así usted lleva a los otros al cole, ¿le parece?

—Mil gracias, Elisabeth, me parece bien. Hasta mañana. —Y diciéndole adiós también a Lucía, añadió—: Llámame mañana, por favor, y me dices cómo van las gestiones, ¿ok?

—¡Sí, sííí! —gritó Lucía cuando las puertas del ascensor se cerraban.

«Ojalá Lucía encuentre la forma de respetarse, quererse y no dejar que nadie decida por ella», pensaba Marta mientras iba a ver si los niños la necesitaban.

9

Al día siguiente, dos meses antes

Marta está en la terraza. No hace mucho frío y se está a gusto contemplando la luna a la que, menguante, le quedan solo unos minutos para desaparecer. Amarillea. Ya le queda menos. Son las tres de la mañana y necesitaría un cigarro para calmar sus nervios. Pero hace mucho que dejó de fumar y se niega a empezar de nuevo. En todo caso, no tiene tabaco en casa, así que, aunque quisiera, no puede hacerlo.

Miguel había llegado sobre las diez y media a casa. Venía cabreado. Un compañero había ignorado su informe y había propuesto soluciones opuestas a las suyas. Marta notó que había bebido. Dos o tres cervezas, o más. No le dijo que tomaría algo al salir. De hecho, cuando le contaba lo hijo de puta que había sido el fulano, dijo que él se había ido enfadado de la reunión y había vuelto a casa. Algo fallaba en los tiempos. Pero Marta no le reprochó nada, no le parecía mal que se hubiera pasado por el bar. Echó de menos que lo mencionara. No era su madre y no le iba a regañar. Esperó paciente a que terminara su relato, pero la cosa se alargaba y no veía la oportunidad de interrumpirle y comentarle el estado de Diego. Al contrario: al saberse escuchado, Miguel podía seguir con el monólogo durante horas y ¡ay del que le pusiera una objeción! Marta entendía su cabreo, entendía también que necesitara desahogarse, pero había pasado ya una hora y ni siquiera había preguntado por ella, por los niños, ni por otra cosa que no fuera su terrible acontecimiento.

—Miguel… —intentó decir, pero no consiguió efecto alguno—. Miguel —repitió, pero la cosa seguía igual—. ¡Miguel!

—¿Quééé? Que te aburres, ¿no? Que no se te puede contar nada, que te hartas enseguida, que me calle, ya, ¿no? —añadió, sarcástico y en un tono demasiado alto para esas horas—. ¿Qué pasaaa? —preguntó, como cargado de paciencia. Marta lo odió un poquito.

—Diego tiene fiebre.

—¿Y para eso me cortas? ¿Es algo tan importante como para que me cortes? ¿Para que estés distraída y no me escuches? —Se levantó de un brinco y con el dedo señalándola siguió—: ¿Sabes lo que pasa? Que la princesa se ahoga en un vaso de agua, que una complicación

pequeña es un mundo para ella. ¡Eso pasa! Los niños se ponen malos, es lo normal, pero para ti, es un cortarrollos total. Seguro que te fastidia porque ya no puedes quedar mañana con tus amigas —resopló, y cuando iba a salir del salón, se volvió y desde la puerta le espetó—: Marta, me empiezo a hartar. Mucho. No puedo contar contigo. ¡Nunca! No siento tu apoyo nunca. Siempre me las tengo que arreglar yo solo. ¡Más solo que un perro! Y tú solo preocupada con tus tonterías. ¡Resuélvelas, joder! No me calientes la cabeza. Para eso tienes tiempo. Yo no puedo con todo.

Se fue a su cuarto. Marta todavía le alcanzó a oír:

—¡Qué harto estoy!, por Dios, ¡qué harto!

A Marta se le saltó una lágrima. Iba a proponerle que lo llevara al médico a primera hora de la mañana. Y así ella llevaría a los otros al cole y tendría tiempo de llegar a la reunión. Pablo, su jefe, le había pedido el día anterior que por favor estuviera presente cuando vinieran los del Ayuntamiento. «¡Qué ilusa he sido!», pero se secó la lágrima que ya rodaba por su mejilla y no permitió que rodara ninguna más. «Ya veré cómo lo hago». En ese momento, oyó el llanto de Diego y fue a su habitación. Encendió la lamparita de su cama y comprobó que no tenía demasiada fiebre, la medicina estaba haciendo su efecto, sin embargo, el niño seguía molesto. «Me picaaaaa», decía. Le subió la camiseta del pijama y vio lo que había empezado a sospechar. Varios granitos, dispersos, pero inequívocos. «Varicela, está claro». Le dio agua, le acarició, consiguió calmarlo y decidió irse a la cama.

Antes, echó un vistazo por el cuarto y recogió tres calcetines que estaban tirados por el suelo, se preguntó por el cuarto, levantó la silla y la alfombra, sin éxito. Con los calcetines en una mano, recogió el chándal de Alberto y lo metió en un cajón. El polo no tuvo la misma suerte. Lo juntó con los calcetines, se aseguró de que la ventana estuviera cerrada, echó las cortinas y salió del cuarto. Entró en el baño de los niños, recogió las toallas tiradas y puso la alfombra del baño en su sitio. Puso el tapón a la pasta de dientes y la colocó con los cepillos, en el vaso. También colgó las esponjas tiradas en la bañera y cerró las cortinas. Pasó por la habitación de Álvaro y entró a ver si todo estaba en orden. Le quitó los cascos y los dejó en la mesilla, le quitó también de las manos la Nintendo. Apagó la luz. Se había quedado dormido en mitad de una partida. También recogió del suelo el uniforme que no aguantaría otro día. Llevó todo al cesto de la ropa sucia y entró en la cocina. Aunque había recogido los platos de la cena, los niños habían utilizado otros vasos para beber agua. Los metió en el lavavajillas y recogió las galletas esparcidas por la mesa. Abrió el congelador y sacó la carne para la comida del día siguiente. El puré que había hecho mientras les daba la cena ya se había enfriado lo suficiente como para

guardarlo en la nevera. Buscó un recipiente, lo vertió, lo cerró y lo guardó en el frigorífico. Pasó el trapo por la mesa llena de trocitos de galletas y cerró la puerta del microondas. Echó la cadena y la llave a la puerta de la entrada y pasó al salón para apagar las luces y colocar los cojines del sofá que estaban la mayoría en el suelo. Fue a su baño, se desmaquilló y lavó los dientes. Se puso el pijama sin hacer ruido. Miguel ya emitía ligeros ronquidos. Habían pasado exactamente cuarenta minutos desde que había decidido irse a la cama. Nada más tumbarse, oyó la voz quejumbrosa de Diego, llamándola. Se levantó. Y luego otra vez a las dos. Y a las tres, que era cuando había salido a la terraza. No fue una buena noche, no.

Por la mañana, al entrar a la reunión, solo diez minutos después de las diez de la mañana, creyó haber tenido mucha suerte. A las ocho habían salido los cuatro, peleando, como siempre a esas horas; había dejado a los mayores jugando en el patio del cole, servicio que ofrecía el colegio para ayudar a los padres con su horario, bajo pago, claro. Habían llegado al centro de salud a la vez que su médico, eran los primeros. Le confirmó la varicela y le prescribió el tratamiento. La tranquilizó, parecía una varicela mucho más débil de la de Alberto, que fue la más terrible que habían visto ambos, digna de poner las fotos del niño en un libro de medicina. Con Diego más animado, había pasado por la farmacia y comprado las medicinas y el polvo de talco para los granos. Había dejado al niño con Elisabeth, que había llegado temprano y ya tenía las habitaciones listas. Finalmente, había podido hacerlo todo y llegar a la reunión con tiempo. Había tenido mucha suerte.

Pablo la vio entrar y se la quedó mirando más tiempo de la cuenta. Le sonrió con la amabilidad de siempre. Marta notaba que se le iluminaba la mirada al verla. Tenía unos ojos pequeños de color verde agua muy atractivos.

—Bueno, ya estamos todos —dijo para dar comienzo a la reunión —. Acaba de llegar Marta, mi mano derecha. Podemos comenzar.

Marta volvió a casa un poco más tarde de lo habitual. La reunión y las posreuniones la entretuvieron más de la cuenta. Un poco antes, Elisabeth le había escrito un whatsapp:

«Señora Marta, el nuevo portero *a* llegado y como no llega *uste*, y yo tengo que *llebar* a los niños, se *a* ofrecido a quedarse con Diego. Le dejo?»

A Marta le dio mucho apuro, solo le quedaban diez minutos para llegar a casa. Podía pedirle ese favor, pese a que se sentía mal por ello. Abrió la puerta precipitadamente gritando su nombre.

—¡Estoy en la cocina! —gritó Umar. Corrió hacia allí.

—Perdóname, por favor. Ya me ha dicho Elisabeth... muchísimas

gracias.

—No hay de qué, no he hecho nada, el niño duerme —dijo Umar, que había sacado la lavadora en mitad de la cocina y trasteaba por la parte de atrás.

—Sí has hecho. De verdad, lo siento. Hoy ha sido un día duro y una noche peor. Diego tiene varicela… —Y cayendo en la cuenta de que podía ser un foco de contagio, le preguntó más angustiada—: lo habrás pasado tú ¿no? Dime que sí, por favor, es peligroso para los adultos.

Umar asomó la cabeza de detrás de la lavadora.

—No sé qué es…

—¡Sí! Con la varicela te llenas de granitos por todo el cuerpo. No es más que eso. Pero para los adultos puede ser mortal.

—Ah, *chickenpox,* sí, sí la pasé. De pequeño. Yo y todos mis hermanos a la vez. Me acuerdo perfectamente.

—¡Ufff, menos mal! Me ha dado miedo… Bueno, pues eso, mil gracias por quedarte con Diego.

—En serio, no te preocupes. Tienes muchísimo encima. Lo he hecho encantado. Además, ha sido mientras miraba esto. No me lo agradezcas. Luego te cobro el doble y ya está.

La broma descolocó un poco a Marta, pero la pilló rápidamente y soltó una carcajada. Umar se enderezó un poco para mirarla, sonriendo. Marta se sentó en el *office.* Quería seguir interrogando a aquel hombre ahora que no tenía escapatoria.

—¿Qué tal sigue la búsqueda de piso?

—¡Muy bien! Ayer Manolo me ofreció el apartamento del portero que está en la azotea. Ha hablado esta mañana con el presidente y no ha puesto ninguna pega. Es más, le alegra que me quede cerca de los vecinos, por si pasa algo.

—¡Hombre! ¡Menos mal que no se queja! Este tipo, con tal de darse importancia, podría haberse negado. Está tan orgulloso de ser presidente de algo, una vez en su vida… —rio Marta—. Aquí tenemos un dicho: «Si quieres conocer a Juanillo, dale un carguillo».

Umar volvió a dejar la herramienta para mirarla y soltó una risa corta y sincera y divertido, le dijo:

—No he entendido absolutamente nada…

Por la forma en que había sonreído, y por la mirada expectante que pedía una explicación, Marta notó que, lejos de sentirse inferior por su desconocimiento, Umar tenía interés por conocer el significado.

—Pues tú imagínate que tienes a varias personas que aparentemente son iguales. Si le das un cargo a una de ellas, podrás ver claramente sus intenciones, flaquezas y defectos. Y nuestro presidente es un perfecto ejemplo. Un pobre hombre que se siente crecido por ser presidente de la comunidad. ¿Me explico?

—Sí, ja, ja, ja, ahora sí.

«¡Qué simpático es!», pensó Marta, «no sé qué me pasa, cada vez me despierta más curiosidad, me gustaría saber todo de él».

—Bueno, eso es una tontería. Cuéntame más. ¿Cómo está esa casa? No sabía que seguía en pie.

—¡No está mal! Nada que no tenga arreglo. Seguro que soy capaz de dejarla bien —contó Umar, orgulloso—. Voy a hacer algunos arreglos, compraré muebles, la pintaré y la convertiré en mi hogar. Estoy muy contento. ¡Mi primera casa!

Marta se enterneció al ver el entusiasmo de Umar. Era contagioso. Se levantó y fue a echar un vistazo a Diego. Su curiosidad se había antepuesto a su obligación, se sintió culpable. Cuando volvió, Umar se interesó:

—¿Todo bien?

—Sí, está mucho mejor. Menos mal. Esto… estoy pensando una cosa. Si no te parece bien, dilo sin problemas. Tengo varios muebles en el trastero. Quizá te pueda interesar alguno… No quiero ofenderte bajo ningún concepto, es que he pensado que podrías aprove…

—¡Me parece una idea estupenda! —interrumpió Umar—. Muchísimas gracias.

—¿Sí? Pero no me des las gracias aún. Antes tenemos que verlos.

—Cuando quieras. Me interesa mucho. La lavadora ya está, no era grave.

En ese momento oyeron que se abría la puerta de entrada. Era Elisabeth que también venía apurada por si no había llegado aún Marta. Fue corriendo a la cocina y se tranquilizó al verla.

—Menos mal que llegó. Muchas gracias, señor Umar, ha sido muy amable.

—No ha sido nada.

—¿Bajamos al trastero ahora? Elisabeth se puede quedar con Diego y no tenemos mucho tiempo hasta que se vuelva a ir.

—Por mí, estupendo —contestó Umar, emocionado.

—Vamos pues, pero antes, dime qué te debo de la lavadora.

Los trasteros estaban en el garaje, en la segunda planta. La puerta se resistía. No conseguía girar la llave.

—¿Quieres que pruebe yo? —preguntó Umar. Asintió con la cabeza y le pasó las llaves. Umar, al cogerlas, rozó su mano más de la cuenta sin querer. Ambos se percataron del contacto. La puerta no opuso resistencia a Umar y se abrió. El trastero, alargado y estrecho, parecía repleto de cosas. Marta encendió la luz y comenzó a mirar las estanterías y los muebles apilados por el suelo. Umar esperaba cerca de la puerta.

—Mira —dijo Marta—, esta estantería, por ejemplo, te puede

venir bien. ¿Qué te parece?

—Perfecta.

—Y había también... ¿dónde estará? Creo que guardé la antigua mesa del *office*... ¡sí! ¡Está aquí! Está desmontada para que ocupe menos, pero está bien. ¿Qué te parece? —Y se volvió hacia él.

Aunque Marta señalaba hacia una esquina del trastero, se dio cuenta de que él no miraba hacia allí, la miraba a ella, absorto.

—¿Qué te parece? —le repitió mirándolo.

—Esto... —Umar salió de su ensimismamiento—. Perfecta también. —Ni la había visto. Se acercó a ella y miró donde le señalaba. Era una tabla redonda de un metro de diámetro, en color madera, con cuatro patas blancas unidas con una cinta—. ¡Bueno! ¡Está genial! —exclamó ahora con conocimiento—. ¿La cojo ya? ¿Estás segura de que quieres desprenderte de esto?

—Claro que sí. Es más. Me encanta que te sirva para tu nuevo hogar.

Umar volvió a sonreír y la cogió.

—¿Te ayudo?

—No, pesa mucho. No quiero molestarte más. Te podrías hacer daño.

—Déjame que coja las patas por lo menos.

Umar le dio las patas y cargó a continuación con la tabla que, desde luego, pesaba mucho.

—¿No quieres coger la estantería?

—Sí, si te parece bien, sí.

—Claro. Es una pena que tuviera que tirar las sillas, pero es que estaban bastante rotas. Mira, aquí hay una lámpara de mesa, ¿la quieres?, y un mueble del baño...

Umar decía a todo que sí y no por cortesía. Le venía estupendamente. ¡Hasta le había dado una vajilla de seis servicios que no recordaba que la tenía! Habían acumulado un gran número de cosas y Marta se preguntaba cómo lo subirían.

—Voy a ir a por los carros de la compra. Podremos meterlo todo ahí. Pero no hace falta que te quedes, lo hago yo.

—No, no. Te ayudo. Te has quedado con mi hijo y no me has cobrado nada —bromeó Marta haciéndole un guiño. Umar se quedó mirándola, en silencio, con una incipiente sonrisa en la boca. Marta se dio cuenta, pero disimuló—. ¿Los carros están en esta planta?

—¡Ah! Los carros, sí... voy a por ellos.

Metieron los dos carros en el montacargas, a duras penas, obligándolos a ir muy juntos. Marta podía olerlo, se repitió la sensación que tuvo la primera vez que se vieron. Olía a limpio. Bromeaban.

—Tienes tantas cosas que podrías poner un mercadillo. ¿Y las

bicis? ¿Para qué tienes tantas? Nunca os he visto con ninguna… —rio Umar.

—Has sido un desconsiderado por no quedarte la barca de goma de los niños. Quedaría ideal como decoración. ¡Con sus tres remos! Tú te lo pierdes —le picó ella. Umar soltó una carcajada y le pidió que le dejase pensárselo.

Cuando llegaron al último piso, él consideró que ya había abusado bastante de su confianza.

—Ahora ya déjame a mí. No te voy a hacer cargar con estas cosas por las escaleras.

—Dame lo menos pesado. Seguro que no me quiebro por subir la vajilla. —Luego se preocupó—: A no ser que te incomode mi presencia, que prefieras hacerlo solo.

—No me incomodas en absoluto, todo lo contrario. Me parece abusivo que me regales media casa y que además tengas que hacer la mudanza.

—Si de verdad es por eso, en serio, lo hago encantada. Además, hace siglos que no subo a la azotea. Solo lo hice cuando compramos el piso.

Umar subía y bajaba los escalones a la velocidad del rayo con tal de que ella no tuviera que hacerlo. Abrió la casita y lo fueron depositando todo en el umbral. No encendió la luz. No quería que ella la viera así, sin arreglar. Rápidamente terminaron y al ir a bajar los carros, Umar vio que ella se dirigía hacia la barandilla. Se acercó y se apoyó en la misma, a su lado.

—Vas a tener unas vistas impresionantes.

—¿Verdad? Estoy muy contento. Y muy agradecido a Manolo, por ocurrírsele la idea, y a la comunidad, por permitirlo.

—¿Vivirás solo? —Y en seguida se arrepintió de la pregunta—. Perdona, soy una imprudente...

—Sí, solo.

—¿Y seguiré siendo superimprudente si te pregunto por qué? Perdóname, no suelo ser así, pero me tienes intrigada. Me hablaste de que estabas casado... No me lo puedo quitar de la mente.

Umar se regocijó pensando en que él, un extranjero que trabajaba de portero estuviera despertando interés en ella, una «señora bien». No se lo esperaba. Al contrario, en su caso, veía hasta normal que el portero se interesase por una vecina tan guapa y simpática, pero que ella estuviera pensando en él le encantó.

—Pues supongo que un poco imprudente sí es —dijo, reflexivo, pero al ver su cara avergonzada, cambió el tono—: Pero no me importa nada decírtelo, bromeaba, ¿eh? —Y un poco más serio añadió —: Mi mujer se ha vuelto a Irán y sus hijos han vendido la casa donde vivíamos. Por eso me he tenido que buscar dónde vivir, pero ¡no sabes

lo contento que estoy!

Umar veía que el ritmo de la conversación se hacía cada vez más cercano, parecían dos amigos que se cuentan sus cosas. Era algo extraño. Las palabras fluían de forma natural, así como fluía también la confianza. Nunca le había pasado eso con una mujer. ¿Se había estado perdiendo algo o en Madrid era normal entre dos personas que se conocen?

—¿Significa eso que te has separado? —preguntó Marta ajena a las cavilaciones de Umar. Para ella no era extraño que la confianza entre ellos estuviera fluyendo. Ella se extrañaba de que era incapaz de parar, quería más, quería seguir hablando con él. Se sentía muy cómoda.

—No exactamente… —contestó Umar—. Es más complicado que eso…

A Marta le pareció que seguir preguntando era pasarse de la raya. Ya tendría otra oportunidad. Buscaría más cosas que encargarle a Umar. Tenía tarea por delante.

10

Unos días antes

Umar estaba sentado en uno de los bancos de la urbanización, enfrente del parque infantil. Destripaba unos cables con un cuchillo. Para esa fácil pero laboriosa tarea, prefería sentarse al aire libre, disfrutando de la buena temperatura. Manolo estaba en la garita y era demasiado pequeña para los dos. No la vio llegar. Se sentó a su lado y alegre lo saludó:

—¡Hola! ¡Qué día más bueno! ¿Verdad?

Umar miró a un lado y a otro. No parecía que hubiera ningún vecino cerca, pero aun así...

—Hola... sí, muy bueno. ¿Cómo... qué te trae por aquí?

—Diego, míralo, está en el columpio.

—Ya es bueno del todo, ¿no? —dijo cometiendo el primer error que Marta le había oído.

—Sí, ya está bueno. Ya lo ves.

—¡Cierto! «Está» bueno... No siempre es fácil eso...

—¡Bah! No te preocupes. Es increíble cómo dominas nuestro idioma. ¡Para quitarse el sombrero!

—¿Quitarme el qué?

—Es una expresión. Es como que admiro tu don y me quito el sombrero, como cuando entras a una iglesia y te lo quitas, ¿sabes? Bueno, tú no lo sabes porque no entras en una iglesia, ¿no? Y tampoco llevas sombrero... además es una expresión antigua, de cuando los hombres llevaban sombrero... ¡Déjalo! Me estoy liando y te voy a liar a ti.

Umar le sonrió. Le hacía mucha gracia. Le gustaba... ¿había pensado que le gustaba? A lo lejos vio que unos vecinos mayores bajaban al parque. Se sentaron en un banco bastante alejado de ellos. Se preocupó.

—Oye, Marta...

—Dime.

—No deberías estar aquí.

—¿Cómo? —preguntó, extrañada. Realmente no sabía a qué se

refería—. No te entiendo…

—Que no deberías estar aquí… sentada a mi lado.

Lo que estaba oyendo la pillaba desprevenida. No sabía a qué se refería. No quería parecer tonta, pero tampoco sabía qué podía estar haciendo mal.

—Lo siento, Umar, creo que quizá te estás equivocando en la construcción de la frase o algo así y no logro entenderte.

Umar la miró y dejó de pelar el cable por un momento.

—La gente podría hablar… —Marta parecía comprender, así que continuó—: Estás sentada con el portero de tu casa, y los vecinos pueden decir cosas malas de ti. —«Y no me perdonaría que, por mi culpa, pasaras un mal rato o que te tacharan de lo que no eres», pensó, pero añadió—: No quiero perjudicarte…

Marta dudó. Realmente parecía tonta. No había caído en eso. Lo había visto y había corrido a sentarse a su lado. No había pensado nada más.

—Diego está en los columpios… —intentó justificarse—, pero puede ser… eres muy considerado…

—No sé bien qué es ser considerado, pero… eso… no quiero perjudicarte, me importas… —Y se quedó cortado, no sabía cómo había sido capaz de pronunciar la última palabra—. Puedes levantarte y decirme, de pie, alguna cosa que quieras que te arregle… —añadió rápidamente para que ella olvidara el «me importas».

Sin saber muy bien por qué, Marta le hizo caso, se levantó del banco y se quedó frente a él. No había oído bien, le había parecido que decía una frase con «importas» o quizá era «importante». No había entendido todo, pero sí la idea.

—El caso es que sí que quería pedirte algo… He decidido que quiero cambiar el radiador del baño de los niños —dijo, triunfal. Se había estado rompiendo la cabeza pensando en qué más podía encargarle. Así de absurda era.

—Ahora que empieza el buen tiempo, ponemos un nuevo radiador —ironizó, mirándola y sonriéndole algo burlón—. Podemos probarlo haciendo una sauna turca en el baño…

«Esa sonrisa… ufff», pensó Marta. Le gustaba su sentido del humor, pero también se avergonzó un poco. Umar no tenía un pelo de tonto y la había descubierto. ¿Estaba siendo demasiado evidente?

—Pues sí… así el invierno que viene estará perfecto.

—Me pasaré luego para ver cuál es el que necesitamos.

Le gustó el plural. No quería incomodarle, en realidad no estaba bien que los vieran juntos, pero, por otro lado, le costaba separarse. Su interés por todo lo de Umar seguía aumentando y la complicidad crecía en cada encuentro. No tenía ganas de darle muchas vueltas al tema. Algo en su interior, una vocecita apenas audible, le decía que no

lo estaba haciendo bien. Le vino a la mente una escena de un equilibrista en la cuerda floja, pero rápidamente se la quitó de la cabeza con un manotazo. Estaba exagerando. Seguramente él la veía como una vecina más («pero por sus ojos cuando me mira, no lo parece») y ya tenía demasiados problemas como para meterse en... ¿en qué? «¿Y tú, Marta?, ¿a qué estás jugando?», dijo la vocecita.

Umar la miraba de reojo desde su posición. No tenía ninguna duda. Esa mujer estaba maquinando en su interior a toda velocidad. No tenía muy claro qué, tal vez se debatía entre terminar la conversación ahí, como él le había aconsejado, o seguir charlando un rato. Y si quería continuar, no se lo iba a impedir. Estaba deseando que se quedara. Estar un rato más con ella. A pesar de que era una imprudencia, era adulta y él se lo había advertido.

—¿Cómo van las reformas? —preguntó Marta.

«¡Eso es!», se dijo Umar con alegría, «¡ha decidido quedarse! Bien por ella. ¡Y bien por mí!».

—¡Van estupendamente! —contó, entusiasmado—. La pinté entera, tanto por dentro como por fuera; hace una semana llegó la cama que compré en Ikea y no me cabía en el coche, por lo que tuve que pagar para que me la trajeran. Desde entonces ya duermo aquí. También he pintado los azulejos del baño, y han quedado mucho más modernos. Tus muebles encajan estupendamente, de nuevo te doy las gracias. He comprado un par de sillas... queda mucho, pero está muy bien. Deberías verla.

«¿Debería?», pensó Marta. Le apetecía mucho ver la transformación, aunque ella no había apreciado el «antes». «¿Le digo que cuándo puedo ir…?». No, ya lo pensaría más tarde.

—El coche de mi marido es muy grande. Me lo podías haber dicho y te acompañaba a cargar... —Y se calló de forma un poco brusca. «¡Espera, espera! ¿Qué está pasando?».

Umar, al notar su rubor, la miró directamente a los ojos.

—¿Crees que eso podrías hacerlo?

—Pueeeesssss —Marta titubeó—, pues no sería tan raro, ¿no? Yo suelo hacerle favores así a mis amigos...

Umar se contuvo de decirle, «¿somos amigos?», no quería decir nada que no fuera correcto, que significase tomarse demasiadas confianzas. Tenía que saber cuál era su sitio. No quería pasarse de la raya con ella y que se creara una situación incómoda. Sin embargo, se oyó decir:

—¿Somos amigos? —Y se maldijo por ser tan imprudente y no contar antes hasta diez.

Marta, pensativa, improvisó:

—Sí, ¿no? Has venido muchas veces ya a casa y te he dado esos muebles... —Se notaba que su cabeza era un hervidero de ideas.

Intentaba convencerse a sí misma de que no había dicho nada descabellado, que podían ser amigos, aunque él fuera el portero y ella una vecina más. Sin embargo, notaba que había algo que no encajaba y no sabía verbalizarlo. O quizá, no tenía la más mínima intención de hacerlo.

Umar también dudaba. Puede que estuvieran tomando un camino algo peligroso. No sabía cómo comportarse en esta extraña situación. Se le ocurrían muchas cosas, todas le parecían algo descaradas. Y él había sido siempre de naturaleza prudente, aunque impulsivo. Algo contradictorio. En esta ocasión, hizo caso a la voz de su abuelo que sonaba, una vez más, en su cabeza y tardó más tiempo de la cuenta en contestar. Contaba hasta diez.

—Bueno... es verdad que he ido a tu casa, pero... a trabajar... —Se quedó un largo tiempo con la mirada baja y buscando las mejores palabras—. Solo te pido que lo pienses. Si eso es lo que hacen los amigos.

Marta parecía contrariada. El ceño ligeramente fruncido, la sonrisa algo forzada... Umar sintió preocuparla y mucho más, enfadarla. El silencio se hizo incómodo. Ninguno sabía qué decir. No sabían cómo terminar la conversación.

—Creo que... —empezó a decir ella.

—Si quieres —dijo él exactamente a la vez.

Ambos callaron, se miraron y se sonrieron intentando cortar el hielo.

—Di tú —dijo Marta.

—No, venga, dime tú. —Pero al ver que ella negaba con la cabeza de forma decidida, continuó—: Te iba a decir que tengo más de una hora libre antes de sacar la basura. Voy a llevar esto —y señaló los cables— a mi casa. Voy a cambiar todo el cuadro eléctrico, pero no hoy. Luego puedo bajar a tu casa si te parece. ¿Qué me ibas a decir tú?

Marta dudó de nuevo. Lo que ella quería decirle ya no era sobre el próximo arreglo. Era algo más delicado. Y le incomodaba el contraste con el cambio de tema de Umar, pero se sintió con la obligación de ser sincera.

—Te iba a pedir disculpas. Creo que te estoy poniendo en una situación difícil y que estoy siendo una pesada. No quiero acapararte, perdóname. No hace falta que arreglemos el radiador...

Las palabras de Marta tuvieron un efecto revelador en Umar. No estaba de acuerdo con lo que decía, por supuesto, pero le confirmaban que algo estaba pasando, que necesitaba analizar la situación tranquilamente. Lo que con otros vecinos eran encargos sin más, con ella estaba tomando un trasfondo no esperado, extraño, distinto, y lo último que quería era que terminara esa relación, aunque estuviera

basada en estos pequeños quehaceres. Tenía que pensar con calma e intentar ponerle nombre a todo lo que estaba pasando.

Marta, por su parte, tenía pensamientos que no distaban demasiado de los de Umar. Que le dijera que no estaba bien que los vieran sentados juntos, que le hubiera preguntado si se podrían llamar amigos... eran mensajes encubiertos de algo que no podía o no quería descubrir. Ese interés hacia la vida de Umar no era normal. Debía de ser por algo. Y ese algo la asustaba. Y lo que más temía era confundirlo. Darle señales que le despistaran cuando ella no había pensado lo suficiente en todo aquello.

—No, no me molestas para nada. —Umar creyó conveniente no ser más explícito—. Me llevo esto y bajo a tu casa. ¿Habrás subido ya?

—Sí, me subo ahora. —Marta llamó a Diego que, aunque se resistió un poco, extrañamente la obedeció.

Umar subió a su casa, dejó los cables dentro, sacó una silla y la acercó a la barandilla para poder ver el atardecer. Así podría pensar unos minutos. Sabía que su propia experiencia no le sería de gran ayuda. Su contacto con mujeres se había reducido a su madre, sus hermanas, Zenda y Shirin. Las prostitutas no contaban. Y todas esas relaciones no le aportaban conocimientos suficientes sobre lo que le estaba pasando con Marta. Lo más parecido era lo que pasó con Mardonia, aún recordaba su nombre, una vecina de su barrio. Hacía demasiado tiempo de aquello. Creía recordar que tenía doce años cuando se escondía para verla salir o se hacía el encontradizo para poder cambiar con ella unas palabras. Recordaba cómo le palpitaba el corazón cuando ella bromeaba o le sonreía. Ya no tenía doce años, pero esos recuerdos le aportaban algo de información: Marta le gustaba. Así. Ya lo tenía definido. Procuraba estar en el portal cuando ella llegaba o salía. Había empezado a seguir sus horarios y deseaba que le volviera a pedir encargos para estar unos minutos con ella. Su mente analítica siguió calibrando. Punto siguiente: ¿qué probabilidades hay de éxito? Veamos las variables. Marta está casada, variable que pondera por dos o tres. Marta es dueña de un piso. Él vive de prestado en un cuchitril que, aunque le encanta, no deja de ser un cuchitril. Marta es española, con lo que ello conlleva: es independiente, trabaja y gana su dinero, no se somete a ninguna tradición ni sigue los preceptos del Corán. La ve con muchas amigas, y más que tendrá fuera del entorno de su barrio, lo que significa que debe de tener una vida social extensa. Él tiene tres o cuatro amigos, los hijos de Zenda y su vida social se reduce a tomar unas copas cuando puede, cenar, ir al cine, y sus noches de prostíbulo. Con todas estas variables la posibilidad de éxito es nula. Está claro. Ahora venía lo más complicado: tomar decisiones con base en los elementos analizados. ¿Se abandonaba totalmente el proyecto o se intentaban

modificar algunas variables y analizar los resultados en función de prueba/error? Se inclinaba a la segunda opción, probar pequeñas cosas y observar el resultado, aunque las posibilidades de éxito fueran muy pocas, ínfimas. Se dio cuenta de que no quería renunciar a ella. No podía pensar en que Marta pasase a ser una desconocida de nuevo. Una vecina más. No quería dejar de sentir sus cálidos y azules ojos mirándolo a él. ¡A él! No quería renunciar a ella, ya no podía. Y esta constatación le sobresaltó un poco. Sus sentimientos eran más fuertes de lo que imaginaba.

Manolo no tardaría en preguntarse dónde se habría metido. No tenía mucho más tiempo y antes tenía que pasar por la casa de Marta. Se permitió pensar en algo más. En algunas zonas de su país, intentar algo con una mujer casada podría tener resultados fatales para ella, se habían dado casos de muerte por lapidación. En España no pasaba eso, pero sabía que no estaba bien y su comunidad religiosa no lo aprobaría. Umar nunca había sido demasiado religioso. De hecho, al venir a España, había ido muy pocas veces a la mezquita. El Ramadán lo había seguido de aquella manera y la forma de actuar de los españoles le había abierto los ojos ante un mundo más flexible y menos encorsetado. Decidió que él no empezaría, no daría el primer paso para pecar, aunque fuera solo de pensamiento o un simple coqueteo. Tampoco iba a frenarla. En el hipotético caso de que Marta se hubiera fijado en él, lo encontraría, allí estaría. No, no iba a renunciar a ella ni rendirse tan fácilmente. Pese a todo.

Mientras Umar reflexionaba, Marta quería dedicarse unos minutos a pensar en lo que había pasado en el jardín, pero nada más abrir la puerta, se asustó por el vocerío. Los gritos de Miguel destacaban sobre el llanto de un niño, probablemente Alberto. Miguel había vuelto antes de la oficina, para seguir trabajando desde casa, tenía esa suerte, aunque lo aprovechaba poco.

Cuando Marta entró en la habitación de Álvaro, Miguel se volvió furioso hacia ella, haciendo esfuerzos por contenerse.

—¿Dónde estabas? Para un día que vengo para trabajar desde casa, me encuentro este panorama... Elisabeth ha bajado al súper en cuanto he llegado y Álvaro me ha pedido ayuda con los deberes. ¡No puedo entretenerme con eso! Estoy tra-ba-jan-do —enfatizó—. Y, para colmo, Alberto dice que baje a comprarle un mapa político. ¡Yo no puedo hacerlo todo! Yo creo que tú deberías ocuparte de esas cosas. Te dejo, la reunión debe de haber empezado ya.

Y sin más, se fue a su despacho dando grandes zancadas.

—Álvaro, si no puedes hacerlos, te ayudo más tarde, pero te conozco y has aprovechado que estaba papá para hacer que los haga él. Ahora nos vamos y lo intentas tú solo una media hora. Ven conmigo, Alberto.

Lo cogió de la mano y llamó a Diego para que los acompañara a la librería de la esquina. Poco después, volvieron a casa con dos mapas políticos y dos físicos, por si acaso. Elisabeth ya se había ido. Diego quería ver los mapas y Alberto se lo impedía dando giros para alejarlos de sus manos.

—Alberto, no pasa nada si se los dejas ver. ¡Alberto, por favor! Y tú, Diego, ¡no chilles!

Sonó la puerta y la abrió sin dejar de regañar a los niños. Era Umar.

—Ya estoy aquí. ¿Vengo en mal momento? —dijo al ver el percal.

—No, no, pasa.

En ese momento se oyó un grito desde el despacho:

—¿¡¡¡Queréis callaros, por Dios!!!?? Marta, ¿no puedes hacer que se callen? ¡¡¡Estoy en una reunión!!!

Marta miró avergonzada a Umar. Él puso una cara de terror desmedido, intentando bromear y quitar hierro al asunto. Marta se lo agradeció.

—Niños, id a vuestro cuarto sin hacer ruido. Alberto, déjale uno de cada, que lo vea y le vas diciendo las cosas que te sabes, los ríos y eso. Y tú, Diego, como lo rompas, tendrás un castigo. Umar, vamos al baño.

El tono que empleó fue lo suficientemente convincente como para que todos acataran sus «órdenes». En el baño terminaron pronto. Además, Umar tenía que sacar la basura. Tomó medidas y quedó en mirar modelos y precios. Cuando se fue, Marta pasó por el cuarto de Álvaro para ver sus deberes. No estaban mal.

—¿Ves? Cuando quieres, puedes. Solo te falta uno, vamos a por él. —Y durante un rato, lo estudiaron y resolvieron juntos.

Un poco más tarde, mientras los niños se duchaban, empezó a preparar la cena. Ya era hora de dedicar un momento a pensar en las palabras de Umar. No quería enfrentarse al hecho de que la atraía. Tampoco la asustaba demasiado. No era tan extraño que hubiera hombres en los que se fijaba más, que le interesaban o incitaban a tontear con ellos, aunque tuviera una pareja. Era natural. Pero tenía que reconocer que había algo más. Algo que le erizaba el vello y que la ponía nerviosa. Quería jugar, entrar en la partida de un juego peligroso. Sí, quería, pero ¿debía? No le apetecía detenerse en las diferencias que existían entre ellos. No quería tener que justificarse mentalmente ni pensar en el futuro. Solo en el ahora. Y el ahora no era exactamente Umar y la atracción evidente que sentía. El ahora era pensar qué hacía con su matrimonio. Esta constatación le preocupaba más que cualquier otra cosa.

En el último recuento, la salud de la pareja estaba en un 30% y eso era poco. ¿Podría tirar de la relación hasta el final solo con un 30

%? Esa era la pregunta. Aunque las cosas con Miguel iban… mal, (sí, mal era la palabra y no podía encubrirla más), tampoco se merecía que ella entrara en un juego paralelo, un juego a dos bandas. Eso no le gustaba. No se lo merecían ni Miguel ni ella. «Tengo que seguir pensando», se decía.

Parecía como si la idea, la más importante, la auténtica que aportaba la realidad de sus sentimientos estuviera ahí detrás, haciendo cola y esperando paciente a que le llegara el turno de salir, mientras las ideas «menores» parloteaban y no le dejaban pasar. «Por eso tengo que esforzarme en hacer las cosas bien», se dijo. Una de las parlanchinas ideas «menores» le decía que estaba dando por hecho cosas que no estaban nada de claras. Estaba suponiendo que Umar, esa opción, estaría ahí esperando por ella, algo que no sabía a ciencia cierta. Se estaba adelantando muchísimo a todo. Un par de encuentros con aquel hombre no podían ser demasiado relevantes, podrían no pasar de eso, de un tonteo. Se estaba precipitando mucho ante la posibilidad de intentar algo con él, cuando era un desconocido, poco más o menos. Otra de las «menores» le recordaba que, en el caso que aquello fuera cierto y Umar quisiera que pasara algo entre ellos, las posibilidades de encajar con esa persona de un mundo tan diferente eran muy pocas. Esa idea la despreció enseguida, no quería saber nada de ella. Entonces la idea «madre», aprovechó el momento y subió por fin a flote: Lo primero era resolver el tema con Miguel, aclarar sus sentimientos y ver si quedaba algo del amor de los primeros años. Después, ya pensaría lo de Umar, si es que había algo en lo que pensar.

Con las herramientas que disponía, los porcentajes que había ido contabilizando, esperaba tomar una decisión con todas las consecuencias. Para eso, tendría que hablar con Miguel, saber cuál era su punto de vista.

¿Consideraba normal la desconexión tan grande que había entre ellos? La idea de mantener esa conversación le producía una mezcla de pereza y hastío. Sin embargo, ya no podía retrasarlo más. Tenía que resolver el juego. ¿Esperaba ganar?

11

Aquel domingo

Marta y Marco tenían la costumbre de ir juntos a ver a su madre, al menos, una vez al mes. No incluían a las parejas. Si acaso, llevaban a alguno de sus hijos. Era un momento muy importante para ellos. Como buenos mellizos, estaban muy unidos, se echaban de menos y últimamente se veían muy poco. Miguel siempre ponía excusas para no quedar con Marco y su cuñada, y Marta no tenía claras las razones. Solo sabía que, a lo largo de los años, Miguel encontraba cada vez más motivos para criticar a su hermano. Le molestaba su forma de vida, su falta de aspiración, o el trabajo vocacional que Marco había elegido. Ella sospechaba que había algo más. Celos, envidia o vete tú a saber. Así que los hermanos habían encontrado, en esos encuentros mensuales, su momento de ponerse al día, de verse. Solían quedar en la calle, una media hora antes de subir a casa de su madre, para tener un ratito a solas.

Así, ese sábado habían quedado. Marta se levantó muy pronto para organizar el día y poder tener la comida preparada. Se llevaría a Diego y los demás irían al partido de Álvaro. Miguel podía ocuparse perfectamente de Alberto. Con diez años ya no necesitaba tanta vigilancia mientras su hermano jugaba, pero Diego todavía necesitaba más atención y prefirió llevárselo a ver a la abuela.

Esperó a su hermano en el parque enfrente de casa de su madre, a la que no le decían nada de sus encuentros para que no se ofendiera. A lo lejos, oyó unos gritos llamándola, y dos cabezas que peleaban por llegar las primeras.

—¡¡Tía Maaartaaa!! —gritaban las mellizas de Marco.

Marta se agachó con los brazos abiertos para recibir a la vez a las dos y no tuvieran celos. Parecían «Zipi y Zape» en versión femenina, ya que una era rubia como su hermano, y la otra tenía el mismo color de pelo que Marta. De hecho, se le parecía mucho. Todo el mundo creía que era su hija. A Marta, que se había quedado con las ganas de niña, sus sobrinas le suplían el deseo. Estaba muy presente en sus vidas y contaba con ellas para, en el futuro, hacer «cosas de chicas»,

aunque tendría que esperar un poco, tenían solo un año más que Diego. Este, a su vez, corrió entusiasmado a ver a sus primas. Los tres salieron disparados sin dejar que Marco saludara a su sobrino.

—Hola, hermanita. —Marco le dio un gran y apretado abrazo y la besó varias veces en la mejilla—. Te he echado de menos.

—¿Pasa algo? —preguntó, extrañada ante esas muestras tan efusivas de cariño.

—¡Nooooo! ¿No puedo echarte de menos?

Los niños jugaban mientras Marco le ponía al día de los últimos acontecimientos de su vida y de la de su mujer. Hasta que reparó en lo silenciosa que estaba su hermana.

—¿Cómo estás tú? ¿Con Miguel todo sigue igual?

—¡Pufff! Sí, todo sigue igual, pero yo ya me estoy planteando muchas cosas, ¿sabes? Si seguimos así, no creo que esto me compense. Llevo muchos días dándole vueltas y ayer me decidí a hablar con él...

—¿Cómo fue?

—Pues lo de siempre, él cree que todo es normal. Aprovechó para enumerar todo lo que no le gusta de mí, de lo que hago. Me reprocha mi falta de ambición. Ahora le ha dado por decir que, con mi trayectoria profesional, yo tendría que estar en un mejor puesto. No sé qué sería de los niños si yo me dedicara diez o doce horas a trabajar como él. No lo entiendo. ¿Tan difícil es ver que yo me estoy ocupando de que los niños estén bien atendidos, de que haya comida en casa...? ¡Vamos! ¡De todo! Y que, por ellos, pedí la jornada reducida... Piensa que con Elisabeth es suficiente, que ella puede ocuparse de todo.

—Ya sabes, Marta, los hombres somos muy egoístas y no vemos más allá de nuestro objetivo.

—Pero ¿sabes qué, Marco? Yo creo que no puedo seguir así. Le intenté hacer ver mi punto de vista, pero se busca mil argumentos, no escucha, está cargado de razón. No sé cómo a él esta relación le compensa. Dice que es lo normal en parejas que llevan tanto tiempo y con niños. Pero yo quiero ver más allá. Quiero saber qué cosas compartiremos, qué ilusiones y qué proyecto en común tendremos cuando los niños se vayan de casa. Y auguro un futuro muy triste, sin nada en común. Entonces pienso, ¿para qué seguir? Si él no es capaz de identificar el problema o cree que todo es porque yo lo hago mal, nunca va a intentar solucionarlo. Y si no se soluciona, ya veo el futuro que me espera. ¿Estoy diciendo cosas muy raras, Marco?

Él emitió un suspiro largo y se quedó pensando un rato. Era muy difícil aconsejar sobre temas así.

—No. Supongo que no. Cuando tomamos una decisión, raras veces estamos completamente seguros de que es la correcta. Yo creo que es mejor ir poco a poco, probar, hacer un ensayo antes de tomar la definitiva. E ir viendo.

—¿Propones que nos separemos un tiempo?

—¿Por qué no? —preguntó a su vez Marco—. Así te dará tiempo de aclararte. Cuando una persona decide separarse, y más en una relación de tantos años como la vuestra, comete dos cosas: un acto heroico y un acto egoísta. Lo primero, es evidente, hay que echarle huevos porque al principio puede estar bien, pero luego habrá muchos momentos de soledad, de tristeza y bla, bla, bla. ¡Que todo eso es cierto! Y es egoísta porque decides pensar en ti y no en el otro. Si te dejas llevar por el sentimiento, ya no de amor, sino de cariño por tantos años juntos, la lástima por la situación o, incluso, por el otro, primarán sobre ti mismo. Si te alejas de la persona, puedes valorar cómo te sientes, si te puede la pena o estás a gusto estando sola. ¿Me explico?

—Claro que te explicas y me gusta lo que dices —dijo Marta cogiéndolo del brazo y apoyando su cabeza en su hombro—. Esta mañana estaba más contento de lo habitual. Sé que es porque cree que, como hemos hablado, ya lo hemos resuelto. Se siente satisfecho con eso y no cree que deba cambiar en ningún aspecto. Si alguien pudiera abrirle los ojos...

—¿Qué te gustaría que cambiara? ¿Lo has pensado?

—Sí, ¡no paro de pensar en ello! Que no se permitiera el lujo de decirme todo lo que ve mal de mí. —Y al ver la expresión de su hermano, creyó necesario aclarárselo—. A mí me parece fatal que él esté tan absorto con el trabajo, por ponerte un ejemplo, que ni saca tiempo para estar con los niños ni se interesa, realmente, de sus cosas. Valoro mucho el esfuerzo titánico que ha hecho y cómo ha llegado a dónde está por sus propios méritos. Por eso, porque él ve que es lo que le toca hacer, hace muchos años que dejé de reprocharle que no se organizara de alguna forma para poder estar con ellos (y conmigo, por otro lado), que no se entere de sus cosas y que le cueste recordar en qué cursos están. No le digo nada. En cambio, él, en cualquier momento, me dice lo que opina de mi vida. Me recrimina lo de la ambición, como te he dicho, o lo que hago tanto tiempo con mis amigas, o que me organizo mal, malgasto el dinero... bueno, innumerables cosas, podría no parar. Me dice a la primera de cambio que está harto de mí, que soy insoportable... no sé por qué tiene que decírmelo. Que lo piense si quiere, que me cambie por otra, ¡que se vaya!, pero que no me diga su opinión, no me interesa, no quiero oírlo...

Marco quiso intervenir, pero vio que estaba en pleno proceso de escupirlo todo y la dejó.

—Parece que le da rabia todo de mí...

—Puede que estés exagerando...

—De verdad que no lo hago. Hace poco me encontré con Lina, ¿te

acuerdas de ella del cole? —Y cuando comprobó que Marco se acordaba, continuó—: Me hizo mucha ilusión, ¡hacía más de veinte años que no nos veíamos! Quedamos para la semana siguiente para vernos y contarnos. Cuando llegué a casa y se lo conté, su respuesta fue: «¿Para qué quedas con ella? ¡Qué pereza! ¡No tenéis nada que ver!» —lo imitó—. Incluso, cuando me iba desilusionada, le oí murmurar, claramente para que yo lo oyera: «Tú te buscas amigas para no estar en casa».

—Vale. Me ha quedado claro. ¿Qué más te gustaría que cambiara?

Marta dudó unos segundos.

—Todo está muy relacionado. Creo. No sé. Yo puedo entender que no le gusten las cosas que yo hago y que no le apetezca irse al campo, por ejemplo, para dar un paseo. ¿Es pedir demasiado que alguna vez ceda por mí?

—No, supongo que no. Odio ir de compras y a Nieves le pasa lo mismo y no quiere ir si no voy yo... Luego siempre me compensa —sonrió al recordarlo—. Propone ir al cine a ver una de esas profundas pelis en versión original que me gustan y ella odia.

—¿Ves? Miguel solo dice que no viene conmigo y luego no propone otra cosa. O cuando lo propone, es ir al bar a contarme cómo le va en el trabajo. Supongo que considera que mi vida no tiene ningún interés...

Marco miró a su hermana y se compadeció de ella. No sabía cómo el gilipollas de Miguel no apreciaba lo que tenía al lado. Realmente ya lo veía venir desde hacía tiempo, pero sabía que no serviría de nada adelantarse. Para tomar decisiones, hay que llegar por sí mismo.

En ese momento, sonó el teléfono de Marta. Lo cogió y, como siempre, miró la notificación sin desbloquearlo. Inmediatamente sus ojos denotaron sorpresa y Marco, que la conocía, miró con descaro la pantalla.

«¿Y si vamos juntos a comprar el radiador? Será más fácil que estar mandándote mensajes para ver cuál compro. ¿Te gustaría que quedáramos y lo hiciéramos juntos?».

Marco miró a su hermana, que seguía con la vista fija en el teléfono, y volvió a mirar la notificación. Se fijó en el nombre, «Umar», ¿quién era? ¿Hombre o mujer? Volvió a mirarla a ella.

—¿Y eso? —preguntó finalmente señalando el móvil.

—Eso... esto... es... el nuevo portero. Marco exageró cómicamente su asombro.

—¿Y el portero quiere quedar contigo?

—Bueno, es que va a arreglarnos un radiador y es un rollo si me tiene que preguntar a cada rato...

Los mellizos saben. Los mellizos se conectan más que los otros

hermanos. Marco prefirió dejar que Marta procesara sola los cambios en su vida, y esta agradeció que no siguiera con las preguntas.

—Vamos a casa ya. Mamá debe de estar preguntándose dónde estamos. Solo te digo una cosa. Haz la prueba. Daos un tiempo.

Marta asintió, lo cogió por la cintura y dejó que él la abrazara.

—Creo que sí, que tienes razón. Empezaré por ahí —«Aunque no sé si encontraré el momento».

Su madre siempre estaba encantada de verlos y agradeció aún más que aparecieran con tres de sus nietos. Pasaron unas horas de tranquilidad, de risas, de relatos de historias ocurridas en el último mes. Las mellizas y Diego se divertían también, tenían muchos recovecos que explorar en una casa tan grande. Marco notó que Marta miraba el móvil varias veces. Volvía a leer el mensaje sin abrirlo, parecía que dudaba. No le dijo nada, pero anotó mentalmente que, más adelante, tendría que indagar sobre el tema.

Al llegar la hora de comer, los hermanos se despidieron de su madre. A esas alturas, ya no les sorprendía que nunca les invitara a quedarse. Sabían que era una mujer muy cuadriculada que no se saltaba sus costumbres. Ella les organizaba una comida un domingo al mes y por separado. De ahí no había forma de sacarla. Delante del portal, Marco y Marta se volvieron a abrazar para despedirse.

—Llámame —dijo él—. No importa cuándo. Si estoy de guardia, muchas veces puedo atenderte sin problemas. Los enfermos suelen ponerse de acuerdo para venir al hospital a las mismas horas y, después, llegan otras muy tranquilas. Y recuerda: prueba. Mejor es arrepentirse de algo que has hecho, probado, que de lo que dejas por hacer por miedos o dudas. Daos un tiempo —volvió a decirle.

—Lo haré —le prometió Marta. Y así lo creía. Quizá su hermano le había dado el empujoncito que necesitaba.

Marta volvió a casa y terminó de preparar la comida sin dejar de mirar al móvil de vez en cuando. Tenía que contestar a ese whatsapp y no sabía cómo. Había procurado no abrir el móvil para que Umar no viera que había leído el mensaje. Impulsivamente, mientras ponía la mesa, al fin escribió:

«¿Quedar?».

Se arrepintió inmediatamente de enviarlo. Haría que Umar se sintiese mal, quizás hasta lo avergonzara. No sabía qué hacer. Un poco más tarde, una vez recogida la cocina, sola en su cuarto mientras los niños jugaban y Miguel trabajaba, había recibido el segundo mensaje:

«¿Quieres que nos veamos? Podríamos aclararlo cara a cara. El WhatsApp da lugar a malentendidos... Te espero en el garaje, en la segunda planta. Bajo en veinte minutos».

Y había bajado. Y había sido una situación muy extraña. Y habían

quedado en ir al día siguiente a comprar a Leroy Merlín a pesar de todo. Y estaba nerviosa. Y se sentía ridícula. Todo en la misma medida. Habían quedado a las siete de la tarde. Desde que había subido del garaje el día anterior, hasta ahora, que ya salía de casa, el tiempo había transcurrido de forma extraña: a veces iba rápido, si pensaba que quedar con el portero era una imprudencia, y otras veces muy lentamente, si pensaba que era una cosa natural, y que le apetecía. Lo más difícil había sido decidir si se lo decía a Miguel o no. Le había dado muchas vueltas y, finalmente había optado por no decirle nada. Estaba convencida de que, si le decía, por ejemplo, que iba con Lola, al cabo de un rato, sería incapaz de recordarlo. («Pero seguro que, si oye el nombre de Umar, no lo olvidará», le volvió a decir la pesada de Candela en su cabeza).

Umar, por su parte, se había roto la cabeza pensando en cómo quedar. Le había dicho a Marta que irían en su coche. No quería sentirse inferior yendo en el coche de ella. O, peor, en el de su marido. Una tontería, probablemente. Pero su coche estaba en el garaje, en una plaza vacía cuyos propietarios habían dejado en desuso después de vender el suyo. Y si salían montados juntos desde el garaje, cualquier vecino podría verlos. Y eso no quería que pasara. Por Marta. No tanto por él. Puede que a ella le diese igual o puede que no se parara a pensarlo, pero Umar seguía empeñado en no provocarle ningún daño ni nada que después pudiera desembocar en una situación desagradable. Le daba la impresión de que era una persona muy natural, de que lo que ella consideraba normal debía de serlo para todos. Y él, no sabía por qué, sentía que debía protegerla. «Quizá no es tan frágil», se decía, pero no lo podía evitar.

A media tarde encontró la solución. Sacó su coche del garaje y lo aparcó una calle más allá, desde donde ningún vecino pudiera verlo. Luego le mandó la ubicación. La esperaría allí a las siete.

Sentado sobre el capó del coche, esperaba que apareciera. Se había duchado, afeitado bien la barba y vestido en tiempo récord. Su abundante cabello estaba aún mojado. Se había puesto unos vaqueros azules que había comprado hacía poco y una sudadera gris. Vio que Marta doblaba la esquina cuando faltaban dos minutos para las siete. Ella también iba con vaqueros y una camiseta de rayas marineras que le marcaban sus delicadas formas. Umar tuvo casi cien metros para observarla. ¡Qué guapa era! Marta sintió sobre ella el peso de su mirada, y durante los últimos metros contuvo las ganas de echar a correr para que dejara de mirarla.

—¡Hola! Ya estoy aquí —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Vamos?

—¡Venga!

Marta subió al coche y se abrochó el cinturón mientras Umar hacía otro tanto. Se dio cuenta de que los dos sonreían sin razón.

«Parecemos dos quinceañeros en su primera cita», pensó Marta, si es que los adolescentes seguían teniendo citas. Umar arrancó y, un poco más rápido de lo que debería, tomó rumbo al centro comercial. Quería alejarse de allí cuanto antes.

—¿No guardas el coche en el garaje? —preguntó Marta.

—Es que he tenido que ir a hacer un recado y ya lo he dejado en la calle —mintió Umar—. Espero que no haya sido un esfuerzo muy grande venir hasta aquí.

—¿Un esfuerzo? ¡Si está al lado!

—¿Entonces por qué cogéis el coche para todo? ¡Te he visto hasta ir en coche a la tienda de la esquina! —Y se rio abiertamente para que ella supiera que bromeaba.

—Muy observador, tú, ja, ja, ja, pero que sepas que me gusta mucho caminar. Lo hago a menudo. Que lo sepasss —siguió con la broma.

—Cualquiera lo diría —dijo poniendo una cara muy graciosa de incredulidad—. Yo solo hablo de lo que veo: coche para ir al trabajo, coche con niños en la tarde y coche ¡a todos lados! ¡A este paso se te va a poner el culo cuadrado!

Marta le dio un pequeño manotazo en el brazo mientras decía riendo «¡Anda yaaa!». Después, cuando se acordaba de aquello, no se explicaba cómo se había atrevido a hacer ese pequeño gesto tan personal. Se sintió un poco avergonzada. Él reaccionó bien. La miró de reojo:

—Las verdades duelen, eso dice siempre mi madre y debe de ser cierto. ¡Hasta me pegas para no oírlas!

—Si a eso llamas pegar, es que has recibido pocos palos —rio Marta.

—¿Aún puedes pegar más fuerte? Lo dudo. Eres demasiado pequeña y débil.

—¿Débil? Pequeña, no te lo niego, pero ¿débil? No me conoces bien.

«No, y mucho que me gustaría», pensó Umar, volviéndole a echar un vistazo sin perder la sonrisa.

—Háblame de tu madre —dijo Marta girándose ligeramente hacia él. Así podía observar mejor su perfil. Pensó, que, de ser un dibujo, Umar bien podría ser Aladdin, pero con el pelo más corto.

—¿De mi madre?

—Sí.

—Mi madre no va en coche a ningún lado.

Marta soltó una carcajada. A él le encantó ese sonido. Lo pondría entre sus preferidos.

—Venga —insistió. Se maravillaba de lo expresivo que era y de cómo contrastaban esos gestos graciosos en un rostro tan duro.

—No sé qué contarte. Mi madre es una mujer tradicional, aunque tiene un toque rebelde que, en ocasiones, saca. Siempre quiso que estudiáramos y eso incluía a mis hermanas. Solo lo consiguió conmigo y con una de ellas, pero de poco le ha servido. Ninguno ejercemos —dijo con un deje melancólico—. Es una luchadora, mi padre murió muy joven, yo tenía solo diecisiete años, pero ella supo sacarnos a todos adelante. Lo que más aprecio es que me escucha. Cuando le cuento tonterías y cuando necesito su consejo. Es como si lo dejara todo y solo tuviera ojos y oídos para mí. Tengo muchas ganas de verla.

—¿Desde cuándo no la ves?

—¡Uf! Desde que vine, hace diez años... Pero este mes de agosto, voy sin falta. He estado ahorrando y ahora que no tengo otras cargas, voy a ir. ¡Ya he comprado el billete! —exclamó, triunfal.

—No sabes cómo me alegro. Te lo mereces, después de tantos años, y ella también. No quiero ni pensar lo duro que sería estar tanto tiempo sin ver a mis hijos. Espero que hoy, ¡por Dios!, se estén portando bien...

Umar volvió a mirarla. Se dio cuenta de que, como un relámpago, Marta había sentido una ligera preocupación y se había quedado mirando un punto fijo del salpicadero. Sintió una necesidad imperiosa de preguntarle algo, pero sabía que era un paso más delicado, que suponía pasar el límite. Le pudo la ansiedad:

—¿Has... has tenido problemas para venir?

Marta abandonó su ensimismamiento y contestó en tono alegre:

—No, ¡qué va!

—¡Ah!... mejor, mucho mejor. A tu marido no le ha parecido raro que vayas de compras con el portero, ¿no?

—No.

—Me alegro. —Pero le extrañaba. ¿Qué hubiera sentido él si fuera el marido de Marta?

—No le ha parecido raro porque no se lo he dicho —dijo Marta bajando la voz mientras se miraba un roto del pantalón.

Umar la volvió a mirar y prefirió no decir nada. ¿Era esa una señal de las que estaba esperando? Él había hecho la prueba proponiéndole ir juntos. El resultado, positivo, es que ella había aceptado. Y más positivo aún, que no hubiera querido decirle nada a su marido. Sonrió para sus adentros, pero sintió un poco de vértigo.

Habían llegado y buscaban sitio en el aparcamiento exterior. Había bastantes coches para la hora que era y para ser domingo. Encontró una plaza libre cerca de la entrada del centro comercial. Bajaron y se dirigieron a la puerta. Marta iba un poco adelantada y miraba concentrada su móvil. Le había escrito Álvaro; no hacía ni media hora que había salido de casa y ya le estaba preguntando que cuándo volvía. Esperaba que solo fuera porque estaba encantado por

tener un móvil y mandaba mensajes a todos. Al ir distraída, no lo vio, pero Umar sí: un coche se acercaba excesivamente rápido y el conductor trasteaba con el móvil. Como Marta. Umar la cogió del brazo y con un fuerte tirón, la atrajo hacia él. Con la otra mano, la agarró del hombro para que no perdiera el equilibrio. Se quedaron así solo unos segundos. Pareció muchos más.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Te he hecho daño? El coche casi te pilla.

—No, daño no. Me he asustado, pero muchas gracias. Soy tonta. Perdona.

Le quitó importancia con un gesto y entraron en la tienda. Umar la conocía muy bien y le indicó las secciones donde encontrarían todo. Volvieron a las bromas. Por cualquier cosa. Desde luego lo parecían: dos adolescentes en la primera etapa de su relación. Y ambos eran conscientes de eso. En alguna ocasión, Marta lo cogía por el brazo para indicarle que quería ir a otra sección para ver no sé qué y, en otras, era Umar quien le ponía la mano en la espalda, cambiando su trayectoria, para evitar que chocara con algo o alguien que iba sin mirar. No querían que terminara el momento «compra de radiador» aunque hacía ya mucho rato que lo habían elegido. No tenía sentido seguir dando vueltas por allí.

—Vamos a pagar ya, ¿no?

—Sí, vamos.

Cuando salieron casi había anochecido. El cielo hacía unos dibujos extraños, mezclando nubes y colores naranjas. Estaba precioso. Marta lo miró durante un buen rato mientras comentaba lo espectacular que estaba. Umar la miraba. ¿De verdad tenían que irse? ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo podría volver a disfrutar de ella otra vez?

Marta bajó la mirada del cielo. Se estaba haciendo la remolona. No quería entrar, por ahora, en el viejo coche de Umar. Pensó que, si Miguel creía que estaba con una amiga, daría por hecho que se tomarían algo al salir. Total, le iba a reprochar de todos modos su tardanza...

—¿Tomamos algo? —se oyó decir.

Marta lo había salvado. Había dado otro paso más y, cómo se prometió a sí mismo, no se lo iba a impedir.

—¿Sí? ¿Puedes?

—Sí, creo que sí. Me apetece que me sigas contando de tu vida en Irán. —«Y de todo, quiero saberlo todo de ti», pero no lo dijo.

Umar esbozó, de nuevo, esa sonrisa que perturbaba. Miró alrededor. Solo había un McDonald's.

—¿Ahí?

Marta calibró rápidamente que buscar un sitio más acogedor, más de adultos, más indicado, implicaba coger el coche. Esa consciencia

que ahora la abandonaba, podría volver y anular el plan.

—¿Por qué no?

Un poco más tarde, sentados con sendas hamburguesas y tres paquetes de patatas fritas que habían puesto en común, Marta señaló la hamburguesa de él:

—No comes cerdo, ¿no?

—Bueno… he pedido pollo por respeto a mi madre —sonrió—. Una tontería, lo sé, pero siento que no puedo fallarle también en esto. La verdad es que cada vez veo más absurdo lo de clasificar la comida por su procedencia… Me da un poco de miedo, ¿sabes? Es como que voy perdiendo mis valores, mis orígenes, mis costumbres… pero no lo puedo evitar.

Marta lo escuchaba, sí, pero algo había llamado su atención:

—¿En qué más le has fallado?

Umar dejó la hamburguesa en el envoltorio de papel y la miró fijamente. Marta, sin saber por qué, sintió que el corazón le daba un vuelco. Él permaneció así unos minutos, buscando una respuesta, cosa que la intrigó más aún. Umar contó hasta diez. Después, otros diez. Y otros más. Finalmente bajó la mirada, pero al final añadió:

—Bueno… Le he fallado… He dejado que mi mujer se vuelva sola, no la he acompañado ni he hecho que se quede conmigo, que es lo que se supone que debía exigirle… y ahora… ahora estoy delante de una mujer… una mujer casada… que me gusta…

Los ojos de ella se tornaron temerosos y dulces a la vez. Los bajó. Cogió una patata y empezó a juguetear con ella. No podía hablar. Sentía que la cara le ardía. Esperaba que él no lo notara.

—Así que… —intentó ayudarla—. Si como pollo en lugar de cerdo, es un pecado más que me ahorro.

—Umar… yo…

—No tienes que decir nada. Por favor, no lo hagas. Ya estoy suficientemente avergonzado. No tenía que haber dicho nada. Mi abuelo —sonrió— siempre me decía que pecaba de impulsivo. No digas nada, Marta, por favor. ¿Crees que no soy consciente de las evidencias?

Treinta segundos. Quizá más. Marta creía que seguiría hablando, pero no. Umar volvió a bajar la mirada.

—¿Qué evidencias? —preguntó por fin Marta y él la miró intentando adivinar si le tomaba el pelo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, no sé a qué te refieres.

—No te creo…

—En serio, Umar, no me dejes así. ¿Cuáles son las evidencias?

—Soy un portero, Marta, un portero y moro, como soléis llamarnos aquí. ¿Qué hago declarándome a una mujer como tú?

Marta le hubiera querido decir que, para ella, ni su origen ni su trabajo eran un impedimento para sentir lo que sentía. Le hubiera dicho que no había tenido ni un momento para pararse a pensar en eso, que las ganas de verlo, lo cómoda que se sentía con él, eran mucho más fuertes que las diferencias que tanto podían preocupar a la sociedad. Le hubiera dicho que, en cuanto oyó esas palabras, saliendo de una boca tan atrayente, algo había hecho «crack» por dentro, algo había destrozado su determinación de hacer las cosas bien. Le habría dicho que sentía que ya no había marcha atrás. Que la partida había empezado. Y no quería parar. No podía parar. Pero no dijo nada.

—Umar...

—En serio, Marta, no.

—Por favor, déjame hablar. Umar, tenemos un problema…

Umar dudó, pero al ver su mirada y cómo se mordía el labio inferior, comprendió. Y fue feliz. Unos segundos, quizá. Pero feliz. Cogió su hamburguesa y la terminó en dos bocados. Marta lo observaba. «¿Puede seguir comiendo? ¿Cómo puede?». Umar miró la hamburguesa de ella, que estaba a más de la mitad.

—¿No te la vas a comer?

—Noooo, no puedo comer nada más. Ya no tengo hambre.

—¿Puedo? —señaló su comida.

—Sí, claro. Puedes. —Marta sonrió abiertamente. Umar tenía el don de quitar el hierro a las situaciones más tensas, de hacerla reír cuando las cosas se ponían feas—. ¡No sé cómo puedes! Soy incapaz de comer nada ahora.

—Así estás tan flaca —sonrió—. Comes como un pajarito y por eso estás delgada. Mucho.

—Y a ti no te gustan tan delgadas...

Umar terminó con la hamburguesa de Marta, bebió un sorbo de su Coca-Cola y añadió muy serio:

—No. No sé si me gustan gordas o delgadas. Me gustas tú, Marta. Solo tú.

El escalofrío le recorrió toda la espina dorsal. Sintió vértigo. Literal y figurativamente. No podía escuchar esas frases. Se derretía. Perdía la batalla.

Miró el reloj. Iban a ser las nueve y media. Era ya muy tarde. Se levantó indicando que era hora de irse. No hacía falta decir por qué. Lo sabían. Umar se levantó y volvieron al coche.

El trayecto de vuelta fue algo raro. No hablaban, pero tampoco se sentían incómodos. Marta puso la radio. En la emisora sonaba Franco Battiato, «El animal», una de sus canciones preferidas. Se lo dijo.

—No lo conozco, no lo he oído nunca.

—Pues es una canción que parece escrita para mí, soy yo...

«... y el animal que yo llevo dentro, no me ha dejado nunca ser

feliz... me roba todo, hasta el café, me vuelve esclavo de mis pasiones...».

Cantaba Battiato y ella lo acompañaba en un susurro. Umar pensó que tenía que buscar la canción para entender bien la letra.

Habían llegado al barrio. Umar aparcó de nuevo en la calle. Bromeó con Marta, ¿sería capaz de recorrer el largo camino a pie?

—No tenías recados que hacer, ¿no? Prefieres que no nos vean juntos entrando y saliendo. Puede que tengas razón. Soy una imprudente...

—Mañana te llevaré el radiador. O mejor lo dejo en mi casa hasta que lo pueda instalar, ¿vale? Quizá tarde unos días. Manolo no va a estar mañana ni pasado. Tendré más trabajo.

—Vale. Me parece bien. Umar, lo he pasado muy bien. —Y le pareció un comentario muy tonto, aunque cierto.

—Marta…, no te pido nada. No tienes que decirme nada. Sé que esto puede trastocarte. Aunque lo desee, no me sentiría bien metiéndome en tu matrimonio. No hagas nada.

Y sin pensárselo, le cogió la mano. Era tan pequeña que se perdía entre la suya. Ella no la apartó. Subió los dedos y los enredó con los de él. Luego giró la mano, y pegó su palma a la de él y volvió a enredar sus dedos con los suyos. No se atrevían a mirarse.

—Marta, si me buscas, aquí estaré. Solo si me buscas. Si no, tendré que superarlo, pero eso no es tu problema. Si me buscas, hazme una señal. Iré. Lo más rápido que pueda.

Marta sonrió un poco triste. Se desabrochó el cinturón y abrió la puerta. No sabía qué decir. Él sí parecía querer decirle algo más.

—Solo porque dices que quieres saber cosas sobre mí: a mis cuarenta años, es la primera vez que me pasa. No estoy entrenado. No sé hacerlo. Perdona por todo, por si no lo he hecho bien. Perdona porque es nuevo para mí.

Marta salió del coche y antes de cerrar la puerta, se inclinó hacia él:

—No hay nada que perdonar.

12

¿Y ahora qué?

Marta sabía que le costaría dormir y así fue. Rememoraba cada escena, cada palabra, y aunque se emocionaba cuando lo recordaba, había otra cosa que la alteraba más: su voluntad. No había sido fiel a sus propósitos, arreglar antes lo de Miguel, no hacerle ese feo juego. Nunca lo hubiera dicho de sí misma. No se reconocía. Y se sentía vulgar. No quería ser la protagonista de una historia más de cuernos. Eso nunca había ido con ella. Oía las voces de gente imaginaria comentándolo: «Sí, ella lo dejó por otro». «Es la típica historia de la crisis de los cuarenta, ella se busca un amante». «¡No es cierto!», quería gritarles a aquellas voces, «¡yo ya tenía decidido dejarlo antes de que apareciera otro hombre!». Pero sabía que daba igual. Dijese lo que dijese, nadie la creería. Y era, sobre todo, su falta de voluntad lo que no la dejaba dormir. Era evidente que la situación se había precipitado y la obligaba a tomar decisiones. Y no le gustaba. Hubiera preferido esperar. Estar completamente segura. Valorar todos los pros y contras. Barajar las opciones y finalmente, decírselo a Miguel. Ahora tendría que adelantarlo todo o… dejar las cosas como estaban. Esta última opción no la convencía por más que lo pensara. Había intentado hablar con Miguel, pero no había servido de nada. ¿Debería intentarlo de nuevo? ¿Debería proponerle que arreglaran su relación? El problema era, como le había contado a su hermano, que Miguel no sentía que hubiera algo que arreglar, que creía que era todo normal y que la situación se arreglaría cuando los niños hubieran crecido y él ya no tuviera que trabajar. Era una posibilidad. El tiempo todo lo cura, ¿no decían eso? Pero Marta no lo tenía tan claro. Las cosas no se arreglan por sí solas. Recordaba a Encarnita, la amiga de su madre, que, con sesenta y cinco años, decidió separarse de su marido. «Y nunca me he arrepentido», decía orgullosa.

Había otro problema más si decidía dejar las cosas como estaban. ¿Qué hacía con Umar? ¿Qué hacía con lo que sentía al verlo? Él le había dejado espacio. Sí, le había dicho lo que sentía, pero también que no la presionaría, que se mantendría al margen esperando su señal. «¡Para eso era mejor que no le hubiera dicho nada!». Se enfadó. Pero pensó en lo que habría pasado si en lugar de solo cogerle la

mano, hubiera intentado algo más. Ya no podía confiar en su voluntad... la había defraudado. Se había defraudado a sí misma. Y, sin embargo, hubiera deseado que hiciera algo más, que la empujara, que la ayudara a perder la voluntad del todo, que lo decidiera él. Pero no. Umar se lo había dejado claro. Estaría ahí esperándola. Y ella no se veía capaz de decidir nada.

Las horas pasaban, pronto amanecería y no había dormido ni un poco. Y mañana, lunes. Sería demasiado duro. Pensó en el consejo de su hermano. Darse un descanso. Ese descanso implicaba separarse de Miguel durante un tiempo.

Ya lo había hecho antes, con Jaime, uno de sus novios, con el que más tiempo había estado antes de empezar con Miguel y con el que se había acostado por primera vez. En realidad, no sabía bien lo que la había llevado a cortar. No tenían peleas graves y no recordaba ningún momento angustioso. Recordaba haber oído un «clic» en su interior y, de pronto, aquello que antes le importaba tanto, sus amigos en común, su familia, con la que mantenía una buena relación, Jaime en sí, pasaron mágicamente a un segundo plano. Ya no le importaba desprenderse de todo aquello. Y se había sorprendido tanto de esa constatación, que decidió darse un tiempo. Se lo dijo a Jaime: «Vamos a estar separados un mes, para probar y cuando pase, nos vemos aquí, a la misma hora». Muy contrariado, intentó hacerle cambiar de idea, pero desistió al verla tan decidida.

A Marta ese mes no la ayudó a decidirse. Fue como estar en blanco. Siguió sin encontrar razones ni para volver ni para seguir, lo cual, de alguna manera, era una señal. Cuando por fin llegó el día de volver a verse, Jaime fingió un papel, Marta estaba segura. Se mostró despreocupado, como si se lo hubiera pasado pipa, como si hubiera estado muy entretenido, pero sus ojos le decían otra cosa. No importaba. Para Marta fue definitorio. No volvería con él.

Así que darse un tiempo con Miguel podría ser la solución. Y más con lo que había pasado el domingo y el batiburrillo de sentimientos que habían salido a la luz. Seguía odiando precipitarse, pero no le quedaba otra. No quería hacer más daño de la cuenta. Miguel no se lo merecía, a pesar de todo. Ni Miguel ni nadie.

Por su parte, Umar, tampoco pasaba una buena noche, como era de esperar. No entendía lo que le ocurría. Se suponía que debería estar contento. Él se había sincerado con Marta, y no le había parecido ninguna locura. Se lo había demostrado. Cuando cogió su mano, aún no sabía cómo había sido capaz de hacerlo, ella no la apartó. Todo lo contrario. ¿Se podía decir que las manos se abrazan? Eso había pasado. Su mano no solo se dejó coger, sino que le había abrazado. ¿Por qué se sentía, entonces, así? Tenía el estómago revuelto. Podía ser por las hamburguesas, pero sospechaba que no. Sentía una

debilidad muy grande y, aunque estaba tumbado en la cama, se notaba desfallecer. No podía creerse que no estuviera feliz, que no se sintiera loco de alegría después de la tarde tan especial que habían pasado. Le entraron muchas ganas de llorar. La última vez que lo había hecho, había sido cuando le dijeron que su abuelo había muerto. No entendía esa pena. Se contuvo. Si daba rienda suelta a las lágrimas, podría no parar. ¿El amor dolía? ¿Eso era lo que le pasaba? Quizá fuera por miedo. Miedo a que ella nunca lo buscase, miedo a no recibir ninguna señal más. Y él había prometido esperar. No la presionaría. Pero la incertidumbre y la posibilidad de no volver a estar con ella le producía esa pena tan grande. Y ese dolor. ¿Qué haría si ella no venía a él?

A las diez en punto, Marta entró en la oficina. Mari Carmen la miró preocupada. «Cada vez está más triste», pensó. Sin consultarle, después de saludarla, fue a buscar un par de cafés y al volver, la invitó a que se sentara a su lado. Marta obedeció, dócil.

—Dime, ¿qué pasa?

—Creo que me voy a dar un tiempo con Miguel —contestó Marta, sin rodeos—. Creo que le voy a proponer que se vaya de casa.

Mari Carmen guardó silencio. Parecía que aquello era más grave de lo que pensaba.

—¿Crees que es la única solución? ¿Qué ha pasado para que te decidas?

—No estoy segura de nada. Por eso quiero intentar aclararme, sin tenerlo cerca, sin estar pensando a cada momento en lo que hace mal. Si tomo distancia, quizá lo vea más claro.

—No es mala idea... tal vez sea lo mejor para los dos. ¿Cuándo se lo piensas decir?

—No lo sé... me cuesta tanto...

—Prueba a ver. Sin tomarlo como algo definitivo, pero sí como un ensayo, una prueba. No voy a decirte que no tienes nada que perder, pero creo que es algo que necesitas, tienes que comprobar si es la mejor opción.

La puerta del despacho de Pablo se abrió. Se asomó.

—Buenos días, Marta. ¿Puedes pasar un momento cuando terminéis?

—Voy, ya hemos terminado.

Marta entró y se sentó directamente en el sillón de visitas. Más bien, se desplomó.

—Marta, no he podido evitar oíros...

Sabía que no era cierto. Pablo habría pegado la oreja a la puerta o algo similar. Ya lo había probado en otras ocasiones: desde el despacho de Pablo no se oía nada de fuera a no ser que estuviera

pegado a la pared. Ligeramente molesta, esperó a ver qué más tenía que decirle.

—... Lo siento... Si necesitas tomarte unos días, por mí, no hay problema. Solo quiero decirte que... que si me necesitas, aquí estaré, cuando quieras, como quieras. —«¡Vaya! Otro que me dice que me espera», pensó Marta y aunque intuía que la proposición de Pablo no era desinteresada, sabía de sobra que era muy buena persona—. No quiero que me veas como jefe —siguió Pablo—; hace mucho que no quiero que me veas así. Quiero que me consideres tu amigo y... —«algo más», se dijo para sus adentros, dudando si Marta lo entendería así—. Solo quería decirte eso. Llámame si me necesitas. Acudiré enseguida.

Marta no podía dejar de sonreír interiormente. En menos de veinticuatro horas, dos hombres le habían dicho que la esperarían. Ella no se consideraba especial, no se creía merecedora de tanta atención. Pablo era el mejor jefe que se podía tener y no quería que nada cambiase entre ellos. Tal cual estaba. Jefe y subordinada. Además, aunque la diferencia de edad no era tan grande, lo veía como a un padre. Por nada del mundo quería que las cosas se complicaran en ese sentido. Ya tenía bastante.

—Gracias, Pablo, sé que puedo contar contigo. Eres un buen amigo. ¡Me recuerdas tanto a mi padre! —Y ante su cara de asombro, añadió—: ¡No te ofendas! Claro que sé que no lo eres, y que eres mucho más joven, pero me das esa parte que me falta y te lo agradezco de verdad.

Marta, sin ofenderlo, sin utilizar palabras directas, quería dejárselo claro. Mejor ahora que más tarde si las cosas se ponían feas. Notó su cara de desilusión y sus dudas.

—Está bien —dijo finalmente—, no tienes nada que agradecer. Solo espero que acudas a mí. Intentaré darte consejos de padre —sonrió con tristeza.

Volvió a su mesa y encendió el ordenador. Era difícil concentrarse, pero tenía que ponerse como fuera. Mari Carmen la miró, se imaginaba lo que podía haber pasado en ese despacho, lo último que necesitaba Marta ahora.

Marta se sentía comprendida por su compañera e incluso por Pablo. Sentía su apoyo, pero necesitaba algo más. Tenía que contarle a alguien lo de Umar. Repasó mentalmente su lista de amigas. De las de verdad. De las íntimas. Y supo que Lola era la adecuada en ese momento. Lola no la juzgaría, no como lo haría Candela. Lucía tenía ya bastantes problemas como para cargarla con otro más. Ana no querría saber, le quitaría importancia al asunto, la intentaría convencer para que cambiara de idea, se horrorizaría. Era Lola a la que necesitaba. Le mandó un whatsapp.

«Lola, necesito hablar contigo, ¿podemos vernos?».

Tardó media hora en contestar, nunca estaba muy pendiente del móvil.

«¿Pasa algo? Puedo quedar, no tengo nada esta tarde».

«¿Podrías venir al fútbol de los niños? Tengo que llevar a Álvaro y a Diego».

«Sabes que es un coñazo para mí ir hasta allí. Espero que sea importante. Si no, te mato».

«Lo es. Estaré allí a partir de las cinco y media. Te espero».

Umar se sentía agotado. Manolo había elegido un mal momento para tomarse sus días libres. Notaba que no tenía fuerzas y menos para afrontar un lunes muy movido. No había podido dejar de darle vueltas al tema y cuanto más lo pensaba, más miedo tenía. Su amigo Juan lo había llamado para quedar por la noche y tomarse unas copas. Sabía que eso implicaba después ir al club de alterne. Aceptó su invitación y quedaron, pero Umar sabía que no le acompañaría al club. Era lo último que le apetecía. No se veía capaz. Aunque le hubiera apetecido, ni siquiera lo veía bien.

Una y otra vez parecía sentir la piel de Marta en su mano, sus ojos mirándolo, su risa. Había buscado la canción de Battiato, le había gustado y había comprendido casi toda la letra. Marta tenía un animal dentro y a él le gustaría ayudarla a liberarlo. Le gustaría que el animal la dejara ser feliz. Y él también necesitaba serlo, pero la pena que sentía le hacía daño. A pesar de su cansancio, agradeció el trabajo del día, al menos mantenía la mente ocupada en otras cosas. Pasadas las tres de la tarde, la vio entrar en el garaje. No logró verle la cara, estaba demasiado lejos. Tuvo ganas de correr hacia ella, preguntarle, hablarle de nuevo, que lo mirara, pero se contuvo. Había prometido esperar. Y eso es lo que tenía que hacer.

Marta llevaba ya un buen rato esperando cuando la vio aparecer.

—¡Ay, hija, de verrrdad! ¡Qué sitio más horrroroso! No sé cómo puedes venir aquí. Y no sé cómo te he dicho que sí venía —dijo Lola mientras se sentaba en la silla—. ¿Qué era eso tan importante?

—¿Así? ¿Sin rodeos? ¿No me dices nada más, un «hola», o lo que sea?

—Pretendo estar aquí el mínimo tiempo posible. Ve al grano. Vas a dejar a Miguel, ¿no es eso?

Marta se asombró de la perspicacia de Lola. El camarero se acercó para tomar nota.

—Una Coca-Cola. —Y pensándoselo mejor, rectificó—. ¡No! Mejor un whisky, solo sin hielo, por favor. Creo que la ocasión se lo merece. Venga, desembucha. No tengo toda la tarde.

Si no supiera que Lola era todo corazón y que jamás le haría

daño, le hubieran molestado su tono exigente y sus formas. Esa convicción de que podía confiar plenamente en ella hacía que Marta recurriera a Lola cada vez que necesitaba cariño y comprensión. Su paño de lágrimas.

—He decidido que le voy a decir que nos separemos un tiempo. Quiero tomar distancia, aclararme y con la situación actual no podemos. Creo que para él también será bueno —dijo Marta, percatándose de que estaba más segura que cuando se lo había dicho a su compañera por la mañana.

—Creo que haces bien. Las cosas estaban muy estancadas y se tienen que mover en un sentido o en otro. —Lola la miró y sospechó —, pero hay algo más, ¿no? Esto me lo podías haber dicho por teléfono en vez de hacerme venir aquí.

—Sí… —Marta bajó la mirada—. Hay «alguien» más.

La cara de Lola se convirtió en un poema. Empezó a hacer aspavientos.

—¡Marta! —rio—, esto no te pega nada. Cuenta.

Y Marta empezó a contarle, no sin aclararle cada dos por tres, que Umar no había sido la verdadera razón, que había sido una coincidencia, que era un imprevisto total en su vida. Cuando le relató lo que le había dicho el día anterior y cómo le había cogido la mano, Lola la interrumpió:

—Se te ve muy pillada, Marta. Mucho. No sé si eres consciente. Conozco esa cara que estás poniendo. ¡Ufff! Tenemos un problema… Pero ya sabes lo que pienso, lo sabes. En la vida pasan muchos trenes. La mayoría los dejas escapar. Alguno tendrás que coger, ¿no?

—No sé… me siento muy cerda. Miguel no se lo merece…

—Ni tú te mereces seguir así. Estás amargada, Marta, a-mar-ga-da. No sé si te das cuenta. Necesitas una ilusión. Haz un dos por uno. Date un tiempo con Miguel y pruebas con el nuevo. Pero por orden. Una cosa primero y luego la otra.

—¿Aunque… aunque Umar sea el portero y musulmán? —dijo pensando en lo que él le había dicho la tarde anterior.

—Antes de ser portero, Marta, es una persona, ¿no? Las personas somos únicas, independientemente de nuestra familia, ciudad y profesión. Y creo que eso es lo que verdaderamente cuenta. En cuanto lo de ser musulmán, mientras no te quiera llevar a su país y cubrirte con un burka, no pasa nada.

Marta se mantuvo callada reflexionando sobre las palabras de su amiga. Lola la miró, terminó el último trago que le quedaba de whisky y añadió:

—Bueno, ya te he dicho lo que pienso, lo que yo haría en tu lugar. Lo que creo que debes hacer siendo como tú eres. ¿Me puedo ir ya? —Se levantó y cogió su bolso antes de darle tiempo a contestar.

Luego se agachó y le dio un fuerte abrazo y un par de sonoros besos—. Te quiero mucho, ratón, ya sabes que te apoyaré en todo lo que hagas. Mañana te llamo sin falta.

Aquella noche, cuando Miguel llegó a casa, cerca de las diez, entró en la cocina donde Marta veía distraída la televisión.

—Oye —le dijo sin apenas saludar—, ¿has buscado casa para estas vacaciones? Ya sabes que la del año pasado no me gustó nada. La de Jorge y Lucía estaba mucho mejor. Deberías preguntar a su agencia. ¿No has hecho nada?

—No… —Marta pensó que el verano estaba a la vuelta de la esquina y no iba a ser como los demás años.

—Pues hazlo ya. No quiero quedarme sin casa este año, ni volver a la mierda que alquilamos el año pasado.

—Quizá podías buscarlo tú e irte con los niños… No tengo claro si este año me podré tomar las vacaciones en agosto —mintió Marta.

—¿Yo solo? ¿Pero qué dices?

—Podrías pedirle a Elisabeth que se fuera con vosotros. A ella también le apetecerá disfrutar de la playa… —«Poco a poco, Marta, quizá no sea mala idea empezar por ir haciéndole a la idea de que estaremos separados».

—Eso es cosa de tu jefe, tu querido Pablo. El muy capullo querrá tenerte solo para él en agosto. Vamos, Marta, por Dios, ¡ni que estuvierais decidiendo el futuro del país! Dile claramente que no, que te tomas las vacaciones como siempre.

—Ya veremos, Miguel, piénsalo. Si quieres, mañana le pido a Lucía el teléfono de la agencia y les pido una casa más presentable, pero ve haciéndote a la idea de que quizás tengas que ir solo.

Miguel la miró y se sintió algo confuso. En las palabras de Marta había una determinación a la que no estaba acostumbrado. Se fue a su habitación pensando en esa posibilidad, en irse solo a la playa con los niños y con Elisabeth, claro, si no sería imposible. No le pareció tan mala idea. No estaría mal estar allí haciendo lo que quisiera sin nadie que le incordiara. Sin embargo, había algo en lo que había dicho Marta que le incomodaba, no sabía qué era. Sintió un poquito de miedo. Algo, quizá, estaba pasando. Se puso rápidamente el pijama y volvió a la cocina:

—¿Vemos una serie? Tengo exactamente cincuenta minutos antes de caer dormido y quiero algo que me despeje, que no me haga pensar en nada. No puedo oír nada más hoy.

Marta suspiró silenciosamente. Había sido claro: ya no podría decirle nada más.

—Vamos —dijo.

Juan pidió la segunda copa para los dos cuando Umar no había

terminado la suya. Con lo poco que había dormido y sin haber comido apenas, el efecto del alcohol le hizo mella rápidamente. Se sentía más desinhibido, pero creía que no debía beber más. El camarero les sirvió las dos copas y Umar apuró la suya antes de que se la llevara.

—Luego vamos, ¿eh, Umar? Hoy lo necesito más que nunca.

—No, Juan, hoy no voy contigo. Ya te lo he dicho.

—Tío, ¿voy a tener que ir solo?

—Oye, ¿alguna vez te has enamorado? —dijo ignorándolo. No quería aguantar su insistencia.

—¡Ja! Vaya forma de cambiar de tema. No sé, imagino que de mi primera novia sí y, desde luego, también de mi mujer. Lástima que ella se hartó pronto. ¿Qué ha pasado? ¿De quién hablas?

—Y… ¿qué se siente?

—Bueno, con mi primera novia tenía quince años. Con esa edad, se siente todo más fuerte. Me dolía mucho la tripa. Recuerdo que mi madre se preocupó y me llevó al médico. Me dijeron que no era nada. Que parecían nervios y que si me había pasado algo para ponerme así. Y yo lo relacioné. Estaba supercolado por ella y lo pasaba muy mal. Con mi ex, fue diferente. Al principio estaba en una nube, pero ella era quien manejaba todo. Era tan guapa… Me engatusó y yo no podía creer que se fijara en mí una mujer tan guapa. Pero luego se quedó embarazada y se acabó la magia. Ahora dime: ¿quién es?

—Alguien que está a otro nivel…

—¿Qué quieres decir con eso? Oye, has tardado poco desde que se fue tu mujer… —observó cayendo en la cuenta de que la esposa de Umar hacía solo unas semanas que se había ido.

—No jodas, Juan. Sabes lo que era mi matrimonio… eso no cuenta. Y… ¿y si fuera alguien imposible de conseguir, alguien muy por encima de tus posibilidades? ¿Merecería la pena intentarlo o tirarías la toalla?

—No me digas que tienes alguna actriz de vecina, ¿quién?

—No es actriz, hombre…

—Pero sí vecina, por lo que veo… y tú el portero. Sinceramente, tío, creo que la cosa pinta mal. Pero ¿por qué no? ¿Los menos favorecidos siempre tenemos que resignarnos? Yo siempre lo digo: el «no» ya lo tienes. Si no lo intentas, siempre te preguntarás si podría haber resultado bien. Ahora ya entiendo por qué no quieres venir conmigo. Te ha dado fuerte, por lo que veo.

—Eso creo, sí.

—La conversación me ha puesto cachondo. Yo me voy ya para allá. Te dejo solo pensando en tu churri y en cómo hacerlo. ¡Buena suerte! —Y con una palmada en el hombro salió del pub.

Umar también se fue. Esperaba que la noche se le presentara mejor que la pasada. ¡Necesitaba descansar!

13

Un paso atrás

Umar pasó otra noche muy mala. Y la siguiente, igual. Y otra más. Incluso peor. Tenía pesadillas muy extrañas, que no llegaba a recordar cuando se despertaba. Solo revivía la sensación de angustia del sueño. ¿Cómo estaría ella? Le podía la incertidumbre, el no saber nada. Quizá había olvidado lo del domingo. Y estaba intentando esquivarle. O quizá lo estaba pasando muy mal y eso le preocupaba más. No lo iba a poder aguantar mucho más. Se había contenido los demás días, pero su desesperación y malestar físico le estaban superando.

La había visto entrar y salir del garaje y no había podido adivinar, por su rostro, cómo estaba. Ya solo le quedaba una cosa. Miraba el móvil. Lo giraba, le daba la vuelta. Volvía a girarlo. Miraba la pantalla. La desbloqueaba. Iba a WhatsApp. Buscaba su contacto, «Marta 8 A». Miraba su foto de perfil. Un atardecer en el mar. No le aportaba nada nuevo. Miraba la última hora de conexión. Hacía cinco minutos. Eso lo ayudó a decidirse. Comenzó a escribir. Borró toda la frase. Comenzó de nuevo. Lo bloqueó. Volvió a encenderlo. Leyó la frase escrita y no enviada. La borró. Finalmente escribió: «¿Qué tal estás?», y después de unos titubeos, la envió. Se quedó mirando fijamente a la hora de última conexión para ver si cambiaba a «en línea». No se movía. Seguía fija en «últ. vez hoy a la(s) 19:25».

—Chico...

Cuando le mandó el mensaje aquel, tardó más de dos horas en abrirlo y leerlo. Si ahora ocurría igual...

—¡Chico!

Si no contestaba, tendría que buscar una excusa para subir a su casa.

«Quizá esté conduciendo...».

—¡¡Chico!!!

El grito y la sacudida en el hombro le hicieron reaccionar por fin. Se dio cuenta de que había estado completamente pendiente del móvil. La señora Gutiérrez, del segundo A, lo miraba con cara extrañada. Al ver que Umar ya reaccionaba, pareció tranquilizarse.

—Perdóneme, señora. Perdone de verdad. Estaba muy distraído. Dígame en qué puedo ayudarla —dijo poniéndose de pie y metiendo el móvil en el bolsillo del pantalón a la altura de la mitad del muslo.

—Me estabas preocupando, muchacho, pero ya veo que hoy en día los móviles dejan a los jóvenes medio lelos. Umar sonrió. La conocía y no era una señora cualquiera. Era agradable y bromista. Y bastante moderna para su edad.

—Gracias por lo de joven. ¡Me encanta seguir siéndolo a los cuarenta!

—Si tuvieras mis años, me entenderías. He venido a buscarte por mi caldera. Creo que no funciona. Hoy me he tenido que duchar con agua fría y no hace aún calor suficiente como para que fuera refrescante. ¡Casi muero de un pasmo! ¿Podrías subir a verla?

—Sí, claro. ¿Cuándo le viene bien?

—Ahora mismo si puedes.

—Pues puedo. Por ahí viene Manolo y se queda en la garita. Vamos.

Y le ofreció el brazo para que se apoyara en él. La mujer tenía las piernas muy hinchadas y se movía mal, siempre ayudada de un bastón. El caminar era tan lento que la distancia hasta llegar al ascensor parecía prolongarse en horas. En el portal notó vibrar su móvil. El cosquilleo en el muslo era inequívoco. Venció las ganas de sacarlo y mirarlo. La señora abrió su puerta y juntos fueron a la cocina. La distribución era la misma que la de Marta, pero ¡qué diferentes resultaban una casa y otra! La señora le abrió la puerta de la terraza de la cocina y le dejó pasar. Ahí estaba la caldera. Ella hablaba sin parar de los diferentes ruidos que hacía. Cuando pudo, Umar la interrumpió y le preguntó por las herramientas. Estaban allí cerca. Las cogió y se preguntó si la señora le daría un respiro, solo un segundo, para mirar el móvil. No quería hacerlo delante de ella. Le parecía descortés.

—Ay, hijo —dijo, por fin, volviéndose—. Voy a beber un poco de agua. Bajar, ir hasta la garita y volver es como si hiciera los cien metros lisos.

Sacó rápido el móvil. Era Marta. No hizo falta desbloquear. Su mensaje era muy escueto: «Bien...». ¿Qué significaban esos tres puntos suspensivos? Volvió a guardárselo en el bolsillo. La señora no paraba de hablar. Umar enredaba en la caldera. Creía saber lo que podía estar fallando. Contestaba con monosílabos y algunos «ummm» o «ajá» a lo que decía la señora, pero no la oía. «¿Bien? Está bien. Pero ¿por qué le pone puntos suspensivos? ¿Es para que le pregunte?».

—Creo que ha cogido un poco de aire —dijo en voz alta, «si está bien, es que ya me puedo ir despidiendo de ella». Se quedó mirando la rueda que iba a desapretar con la llave inglesa, cogiéndola para

girarla. Un minuto sin moverse. Otro.

—¿Está muy duro? ¿O es que no estás seguro de que sea esa pieza?

El móvil le vuelve a hacer cosquillas en la pierna y canturrea «mmm, mmm». ¿Será ella otra vez?

—¿Seguro que sabes? Estás como dudando.

—Perdone. Sí, sí, es esta pieza.

—Estás muy distraído hoy. Algo te preocupa. ¿Mal de amores?

—No, ja, ja, qué va. No sé qué es eso.

—Pues una pena que no lo sepas. Si no lo sabes, es que no has amado.

—¿Siempre que amas sufres de mal de amores?

Nuevo cosquilleo en el muslo y ronroneo suave del móvil.

—Claro. Es ley de vida. Si amas a alguien, te vienen los miedos enseguida. A perderlo. A que le pase algo. ¡A todo!

Umar se apura. Tiene que mirar el móvil. Aunque ha oído atentamente las palabras de la señora. ¿Será eso lo que siente en el estómago? ¿Lo que le hace sentirse débil?

—Esto ya está —dice dejando las herramientas en su sitio—. Me voy ya.

El otro Umar, el que no es despistado, habría comprobado que el agua ya salía caliente, habría escuchado si hacía ruidos raros. No puede ahora.

—Espera... Voy a por el bolso. Creo que está en mi cuarto.

Otro cosquilleo en la pierna con su ronroneo.

—Déjelo, señora —«Tengo que mirarlo ya»—. Ya me pagará otro día.

—Si es solo un segundo —dice la pobre volviéndose.

—Es que tengo que hacer algo. Es urgente. Me acabo de acordar. —Y sin esperar la respuesta, sale al pasillo. La señora Gutiérrez mira la puerta ya cerrada.

«Es mal de amores, seguro», se dice satisfecha por su intuición.

Umar coge el móvil y lo desbloquea. Sí, es Marta.

Le ha escrito tres mensajes.

«Bueno, no tan bien».

«¿Y tú?».

«???».

Umar no lo sabe, pero Marta le ha escrito en cada semáforo en rojo. Hoy Alberto ha tenido un entrenamiento extra y ha querido llevarlo ella. De los tres, es el más alegre y parlanchín. Al terminar la clase, lo ha llevado a merendar chocolate con churros. Le encanta comer. Se ríe con sus salidas y le pregunta por sus cosas. Disfruta mucho esos momentos. No quiere perderlos. No va a perderlos pase lo que pase. En el coche, con el móvil en el asiento del acompañante y

Alberto detrás, recibe el mensaje. Esa corta frase dice muchas cosas. Dice que piensa en ella y que se preocupa. Dice, también, que se está cansando de esperar. Aunque solo sea por un momento y por WhatsApp, ha roto su promesa de no hacer nada hasta que le dé la señal. En el primer semáforo en rojo, le contesta. En el tramo hasta el siguiente, tiene tiempo para pensar que no está siendo sincera. No le gusta. No quiere darle ninguna señal aún. Primero una cosa y luego otra. Lo que dijo Lola. Pero, de alguna forma, no quiere que pierda la esperanza. Necesita retenerlo un poco más. Envía el segundo. Dos semáforos más en rojo. No hay respuesta. «¡Qué raro!, ¿no?». Cuando casi está llegando a casa manda el tercero. ¿La está ignorando?

—Mamá, ¿a qué no sabes qué voy a ser de mayor?

—No, ¿qué?

—¡Cocinero! Así haré churros todas las veces que quiera.

—¡Anda! Me vendrá estupendamente. Así no tendré que cocinar tanto y me darás las recetas.

—Sí, te las daré todas.

«¿Por qué no contesta?».

Umar se sube al ascensor y pulsa el botón del último piso para poder leer los mensajes tranquilamente. No sabe qué contestarle. ¡Duda todo! Él no suele ser así. Finalmente se decide.

«Yo mal, muy mal. Era lo esperado».

Llega al último piso y le da a la planta menos dos. Subiendo y bajando en el ascensor, nadie lo molestará. Recibe otro de ella. Solo un minuto después.

«Lo siento».

Ella no tiene nada que sentir. No ha hecho nada. Ha sido solo cosa de él. No puede evitarlo. Contesta:

«¿Quieres que hablemos?».

La puerta de la segunda planta del garaje se abre. Umar no despega la mirada del móvil. Oye una voz infantil.

—¡Hola!

Alza la mirada y ve a Marta con el móvil en la mano, absorta. No levanta la cabeza, aunque oye a su hijo saludar. Solo cuando Umar responde, reacciona.

—¡Hola, chaval! ¿Qué tal ese tenis? —Umar le revuelve el pelo y mira a Marta.

Ella se ruboriza, guarda apresurada el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Hola! Entra, Alberto, no te quedes parado.

Nota que Umar la mira. Incluso lo hace pulsando el octavo. Se salta la planta baja. Solo deja de hacerlo cuando oye al niño.

—Soy muy bueno, ¿sabes? Quiero ser como Nadal, pero también quiero ser cocinero.

—Tiene sentido —dice Umar con una sonrisa que a Marta le sigue pareciendo la más dulce que ha visto nunca—. Las raquetas son parecidas a las sartenes. Seguro que, si una cosa se te da bien, la otra también.

El niño ríe divertido. Umar vuelve a mirar a Marta. La interroga con los ojos echando una rápida mirada a su móvil. Ella se sonroja un poco más, asiente muy levemente con la cabeza. Han llegado al octavo, se bajan. Se despiden. Umar, esta vez, aprieta el botón de la planta baja. Manolo debe de estar que trina, no le ha ayudado a recoger la basura. Entre el piso segundo y el primero, recibe un nuevo whatsapp.

«¿Dónde y cuándo? Ahora voy a estar liada un buen rato...».

En las siguientes tres horas, se intercambian varios mensajes. No son seguidos. Pasan varios minutos entre uno y otro. Ambos hacen mil tareas mientras tanto.

«El garaje no es una buena idea, ¿no?».

«No. No me lo parece. Será tarde cuando pueda escaparme y haya acostado a los niños». «¿Por qué dices que estás mal? ¿Qué te pasa?», le responde ella diez minutos más tarde en dos mensajes diferentes.

«¿Qué crees?». «Te echo mucho de menos, Marta». «Vamos a vernos, aunque sea solo un rato».

«Yo también a ti, Umar». «¿Cómo lo hacemos? Si quieres que hablemos por teléfono, lo tengo un poco complicado desde casa».

«Dame solo cinco minutos, Marta, solo quiero verte de cerca».

«¿Dónde?».

«¿El parque que hay a la vuelta del edificio?».

«Vale». «Creo que podré escaparme a las once».

«Te aviso cuando salga para allá», concluye Marta pensando en la excusa que le dará a Miguel.

«Gracias», le escribe sinceramente Umar. Piensa que es un gesto muy generoso con lo complicado que parece para ella. Se pregunta qué excusa se buscará para justificar su ausencia de casa a esas horas. Qué le contará a su marido. Se preocupa por ella y se arrepiente. «La he forzado, no debía habérselo pedido».

Marta ha encontrado la excusa. Termina de preparar la comida para el día siguiente y se permite dejar los cacharros por en medio. Elisabeth los quitará en un segundo mientras ella lleva a los niños al cole. Miguel está en el salón. Tiene varios informes encima de las piernas y los revisa sin parar. Oye a Marta desde el quicio de la puerta.

—Bajo un momento a la farmacia de guardia.

—¿Te pasa algo? —pregunta Miguel sin apartar la mirada de los papeles.

—No, no. Voy a comprar compresas que me he quedado sin ellas.

—¡Ah! Vale.

Si Miguel hubiera sospechado y pensado que le mentía, podía haber ido al armario del cuarto de baño y comprobar que Marta tenía una bolsa aún y varios tampones. No había ninguna urgencia de salir un jueves a las once de la noche. Pero ella sabía que jamás lo haría. En el ascensor le dice que está saliendo. Él ya está allí. Va con paso acelerado y se da cuenta de que mira algo temerosa a su alrededor, por si ve a algún vecino. Esquiva la garita donde dormita el portero de noche.

Umar está apoyado en la valla que bordea la zona de columpios. Le sonríe.

—Gracias, otra vez, por venir. ¿Has tenido problemas?

—No, no. —Y no le dice la excusa que se ha buscado.

—Y perdón.

—Perdón, ¿por qué?

—Te he fallado. He roto mi promesa. Y no suelo ser así. Me ha podido el ansia...

Marta no puede contestarle. Todavía no. Ella quiere mantenerse firme con sus planes. No jugar sucio. Pero su voluntad... Baja la cabeza.

—Dame más tiempo...

Eso basta para calmar a Umar. No está todo perdido. Está en *standby*. Luego piensa, que, para ser justos, el encuentro tiene que terminar ahí. Pero cuesta. Cuesta mucho separarse de nuevo. Volverán los temores y la ansiedad.

—Claro. Te lo doy. Te lo sigo dando. Solo quería verte. Y contarte.

Una pareja pasa muy cerca de ellos. Ambos los miran. No los conocen, pero hay mucha luz donde están. Justo debajo de una farola.

—Ven —dice Umar, y señala una zona de árboles y bancos que está un poco más allá del parque infantil.

En uno de los árboles donde hay menos claridad, Marta se apoya en él.

El parque está solitario. Son más de las once y no es hora de jugar. A lo lejos, unos adolescentes beben y ríen, están muy entretenidos. No repararán en la pareja que ha llegado.

—Marta, yo... —Umar no puede seguir. De nuevo, le flaquean las piernas. Es una sensación muy extraña—… solo quería contarte. No puedo más. Esto es muy duro. Sé que te dije que me echaría a un lado y esperaría, pero no he podido. Te voy a dar el tiempo que te prometí. Solo quiero que sepas. No sabía que... que el amor funcionaba así. Duele, Marta. Me duele mucho. —Baja la cabeza, la barbilla choca con su pecho, se desmorona—. Quiero que lo sepas. Que conozcas exactamente cómo me siento. Para que te ayude a decidir.

Marta nunca ha podido resistirse a eso. Cuando un hombre muestra su debilidad, su derrumbamiento sin tapujos, y más si el objeto de esa desolación es ella, la conmueve hasta lo más profundo de su corazón. Está apoyada en el árbol. Él, de frente, la mano en el tronco, a la altura de su cabeza. La cabeza gacha. Siente mucha compasión por él, por lo mal que parece estar pasándolo. No puede soportar verlo así. No puede verle bien la cara, no sabe si llora. No lo puede consentir. No quiere ser la causa de tanto dolor. No lo piensa, lo hace. Se acerca y lo rodea con sus brazos. Umar se sorprende. Ha cerrado los ojos. Nota cómo su cuerpo menudo se pega a él. Su cabeza se apoya en su pecho. Siente su calor. La rodea con sus brazos. Le acaricia el pelo y la aprieta un poco. Siente que quiere llorar todo lo que no ha llorado hasta ahora. Permanecen así un buen rato. Sin hablar. Sintiéndose.

Marta se separa para mirarlo. También para comprobar si está mejor.

—Bésame —le pide.

Umar pone la mirada más dulce que ella ha visto en su vida. También hay deseo. Le retira un mechón que cae sobre sus ojos.

—No puedo —dice.

Marta se avergüenza. No debería haberlo abrazado. ¿Cómo que no puede?

—No puedo. Si te beso, luego querré otro, y otro más. No podría parar… nunca. Y te dije que estaría aquí si me buscabas y… lo sigo manteniendo, lo intento. Pero hoy no me has buscado tú. He sido yo. Yo te he pedido que vengas. Y prefiero esperar. Prefiero que tú des el paso.

Marta se separa. A él le cuesta desprenderse de ella, pero es consecuente.

—Tienes razón. Perdóname.

—No me pidas perdón. Me has hecho feliz pidiéndome que te bese. Hoy podré dormir, por fin. —Es verdad que se siente feliz. La petición de Marta es muy importante para él. Es la señal que esperaba. Una muy grande. Casi un cartel. Luminoso—. Vámonos. No quiero que tengas problemas.

Marta no está enfadada por el rechazo, en absoluto. Es muy considerado, en extremo. Y muy respetuoso. Después de decirle lo que le había dicho, contenerse así, debe de ser muy difícil. Se dio cuenta de que la antepone a sí mismo. Piensa más en ella que en su propio deseo. Para ella no ha sido igual. Cuando lo ha abrazado, su ya pobre voluntad ha salido huyendo, la muy cobarde. La ha dejado sola. Y Marta no se ha podido resistir.

«Paso a paso. Sigue con eso mejor».

—Yo tengo que coger el coche. Tengo que ir a la farmacia.

—¿Ahora? ¿Te pasa algo? ¿Los niños...?

—No, no. Tranquilo. Solo ha sido mi excusa para salir.

—¿Te acompaño? Es muy tarde...

—No, no, claro que no.

Empiezan a andar y, casi llegando a la esquina, Umar para y la coge del brazo suavemente.

—Ve tú sola, Marta. Adelántate.

Ella lo mira y le da la razón. Le sonríe. Le cuesta separarse de esa mirada.

—Espérame —le dice, como siempre, impulsiva.

—Ya sabes que sí.

Da media vuelta y se dirige al garaje. Casi una hora en ir y volver a la farmacia no está muy justificado, pero no hace falta dar explicaciones porque cuando entra en casa con las bolsas de compresas en la mano, Miguel duerme.

14

Tristeza

Miguel estaba entrando en el trabajo cuando le sonó el móvil. Era Marta. Luego lo miraría. Ahora no tenía tiempo. Nunca eran mensajes importantes. Ya sabía lo que le podría decir. «Hemos quedado a tal hora en tal sitio», o «Llevo a "x" niño al pediatra, o al dentista». Siempre mensajes informativos que no eran urgentes y que en nada le harían modificar los planes del día.

Después de su conversación del veraneo, Marta le había dicho que estaba disponible un chalé en la urbanización de sus amigos. Tenían que decidirse ya. Ella seguía diciendo que, tal vez, no iría con ellos. Le parecía muy raro. Sería extraño si al final iba solo. Ella siempre estaba ahí. Siempre. Pero también pensó en la otra parte: si Elisabeth no le fallaba e iba con ellos, su plan iba a ser genial. Levantarse a la hora que quisiera, ir a jugar al golf y bajar a la playa lo mínimo, solo cuando no le quedara más remedio. Vamos, hacer lo que quisiera y sin nadie juzgándole con la mirada. Podía no estar mal. Cada vez le parecía mejor idea. Pero algo, en el fondo, muy al fondo, quería avisarle. Ahí pasaba algo. Una alarma muy tenue que sonaba en la lejanía. Cogió de nuevo el móvil y miró la notificación.

«No hagas planes para esta noche. Tenemos...».

La notificación del WhatsApp no se mostraba entera. Se cortaba en el «tenemos». A Miguel le entró la curiosidad. ¿Qué había organizado Marta? ¿No pensaría ir al cine cuando sabía que le aburría completamente? Desbloqueó rápidamente el móvil y de camino a su despacho, leyó el resto del mensaje:

«... que hablar. Tengo que decirte algo».

Miguel se sorprendió un poco. Como una ráfaga de viento, sintió algo parecido al miedo, pero no lo identificó. Estaba poco acostumbrado a eso. «No estará de nuevo embarazada, ¿no?». Eso hubiera sido horrible, no quería ni imaginarse tener un torbellino más en casa, pero sonrió pensando en la mala memoria que tenía. Cuando nació Diego, a Marta le hicieron ligadura de trompas, casi lo había olvidado. Es verdad que había casos extraños en los que, a pesar de la

ligadura, algunas mujeres se quedaban embarazadas, pero eran muy raros. Además, pensó, en su caso, sería doblemente extraño. Cayó en la cuenta de que no recordaba la última vez que habían hecho el amor. Había pasado mucho tiempo. Puede, incluso, que tres meses. Quizá cuatro…

Volvió a mirar el móvil. ¿No era muy preocupante cuando en las películas uno le decía al otro «tenemos que hablar»? Poco sabía de la materia, pero le sonaba mal. La alarma seguía emitiendo sus sonidos agudos e intermitentes. La oía un poco más cercana. ¿Qué querría decirle?

Sentado ya en su despacho y encendido el ordenador, notó que ese puñetero mensaje le estaba distrayendo demasiado, no podía permitírselo. Marta podía ser una caja de sorpresas. Lo sabía. Pero él se había acostumbrado. Y también le incordiaba. Nunca respetaba que pudiera estar ocupado. Reconocía que el ritmo de vida era duro, pero era lo lógico, lo que tocaba. A él también le fastidiaba mucho no poder darse un respiro. ¿Qué pasaría si perdiera su trabajo? No quería ni pensarlo. Sabía que había pocas posibilidades y que no tardarían en hacerle socio, pero era duro tener en sus hombros la responsabilidad absoluta de sacar adelante a esta familia, su familia. Marta había tirado la toalla hacía tiempo. Ese trabajo de media jornada era totalmente insuficiente para cubrir los gastos que tenían. No entendía cómo no arrimaba más el hombro y se ponía codo con codo a trabajar por la familia. Se había acomodado. Y reconoció que él aún no lo había superado. Le seguía dando mucha rabia, impotencia por no ser comprendido, hastío… No había forma de que lo viera. La veía entrar y salir, quedar con una amiga u otra y le fastidiaba, (tenía que reconocer que sentía fastidio) no tener tanta libertad como ella. Y ahora, encima, le había dado por arreglar la casa. No miraba por el dinero. Cada dos por tres estaba el portero nuevo haciendo cosas. «Pero ¿qué se cree? ¿Que somos ricos?». Reconocía que se ocupaba de mucho, pero pensaba que en exceso. Siempre estaba pendiente de sus amigas, de sus hijos, de su madre, de su hermano… de todos menos de él. Y claro, das la mano y te cogen el brazo. Así conseguía que su teléfono no parara de sonar y que todo el mundo la requiriera. Sin dejarle tiempo para él, para sus problemas. Sí, le fastidiaba. Nunca podía contarle bien sus cosas, no podía contar con ella, pero bien que pasaba horas hablando con Lola, Candela o cualquiera de las demás. Estaba ya harto.

Su secretaria entró para contarle el orden del día, y lo alejó de sus pensamientos. Era extenso. Ya sabía que tendría que dedicar parte del fin de semana a resolver historias para el lunes. Así era su vida y no había nadie que lo entendiera. ¿Por dónde iba a salir Marta esta noche?

Los viernes salían a las tres. Eso era lo que marcaba el horario. Pero a él le quedaba para rato. En su fuero interno, muy muy profundo, también reconoció que estaba alargando la vuelta a casa. Simplemente le daba pereza. ¡Qué complicadas eran las mujeres! Nunca se sabe lo que quieren. Intentó adivinar de qué iría el tema. Las opciones que se le ocurrían eran un poco inverosímiles. Ninguna era suficientemente fuerte como para que ella no las pudiera resolver sin su ayuda. Quizá... quizá... No, eso no podría ser. No creía que quisiera hablarle de eso. Marta no era así. Pero ahora que barajaba la posibilidad, él también se lo planteó. ¿Por qué llevaban cuatro meses sin acostarse? No encontraba ninguna otra excusa que lo evidente. El trabajo lo absorbía completamente. Estaba demasiado cansado cuando se metía en la cama. No quería profundizar mucho en ese tema. Le daba miedo. Pereza. No quería, no, pero... ¿y si ya no le atraía? ¿Y si estaba cansado de siempre lo mismo?

La pantalla del ordenador mostraba los datos que tenía que revisar, pero era incapaz de procesarlos, aunque no despegaba los ojos de ella. Su mente estaba muy lejos. El Real Decreto que tenía que leer y resumir le hablaba de otra cosa. Del sexo. El sexo siempre es un momento placentero. A veces, con cinco minutos es suficiente para calmar esa necesidad. Pero era verdad que su cansancio era muy profundo, pero... pero... ¿y ella? ¿Ella por qué no le reclamaba? No podía ser cansancio, ella no trabajaba ni la mitad de las horas que él... ¿Entonces? ¿Sería que ya él no le ponía nada? ¡Ufff! Es que era muy difícil mantener todo en orden, trabajando y con tres niños que habían salido más que revoltosos. Por primera vez en su vida pensó en buscar un fin de semana que tuviera libre para irse los dos solos. Solo dos días. Podría contarle todo lo de su trabajo sin interrupciones. Podrían hacer el amor. Más de una vez, incluso. La idea le gustó. Se lo diría esa noche, después de que le contara aquello misterioso. Y lo harían. No ese fin de semana, ni el siguiente. Tenía mucho lío. Quizá el próximo mes. Se calmó un poco al encontrar una posible solución al problema de Marta y se concentró en lo importante. Aquel Real Decreto.

A las ocho y media de la tarde entraba por la puerta. Agradeció el profundo silencio de la casa. No habían llegado aún. Era viernes. Estarían por ahí haciendo algo, o parque, o algún entrenamiento. No recordaba si a alguno le tocaba en viernes. Seguro que Marta había aprovechado para ver a alguna amiga. Siempre estaba igual. Tenía hambre y en el despacho solo había comido un pobre sándwich de máquina. Fue a la nevera y la exploró a conciencia. «Nada. Nunca hay nada de comer en esta casa. Es que no se organiza, ¡coño!» Pronto su paz se vería alterada y quería aprovechar esos momentos de tranquilidad. Fue a su cuarto, se quitó el traje y llamó al mejor

restaurante de comida a domicilio. Encargó una tortilla de patatas. Esperaba que llegara antes que su patrulla y así poder cenar tranquilo. Ya no trabajaría más ese día y, quitando la conversación que no podía eludir con Marta, no quería más rollos.

Una hora después, en el salón, con los restos de la tortilla sobre el cartón, Miguel oyó el inconfundible sonido que hacían sus hijos. Le fastidió. Se había acabado su momento.

Los tres entraron como un vendaval. Corrieron hacia él. Lo abrazaron dos. Alberto prefirió comer el trozo de tortilla que había quedado. Los abrazó, pero intentando que parasen y se comportaran. Marta estaba detrás, mirando la escena; se fijó en los restos de tortilla y puso una mueca de desprecio. «Ya está esta juzgándome, como siempre».

—¿No has podido esperar para pedir algo y lo tomábamos todos?

—No estabais y tenía hambre —dijo sin asomo de disculpa.

—Bueno... ¡niños! A la ducha, ¡rápido! Voy a preparar la cena.

Casi dos horas después, Marta pudo ir al salón donde seguía Miguel. Estaba con los ojos cerrados, pero no dormía del todo. Sabía que estaba cansado, pero, aun así, le molestó. Podía demostrar un poco más de interés por lo que le iba a decir, y que tanto le costaba.

—Miguel, ¿estás despierto?

—Mmm, sííí. —Seguía con los ojos cerrados. ¡Qué difícil se lo estaba poniendo!

—¿No te interesa saber de lo que quiero que hablemos? —dijo Marta arrepintiéndose. Sin lugar a duda, una nefasta pregunta llena de connotaciones negativas. Si ya lo sabía, ¿por qué siempre hacía que sus preguntas sonaran con tono de reproche? —. Miguel, por favor, atiéndeme.

Se enderezó en el sofá haciendo un esfuerzo titánico y, abriendo los ojos tras restregárselos, la miró. Había llegado el momento de oír aquello que tanta pereza le daba.

—Dime, ¿qué es lo que me quieres decir?

Marta le había dado muchas vueltas a cómo comenzar la conversación. Una podía ser: «Llevamos un tiempo mal y creo que no somos capaces de verlo», o «Llevo un tiempo pensando en esto». Sin embargo, ahora que lo tenía de frente, prefirió entrar en materia sin rodeos, animada por la actitud indiferente de él.

—Miguel, creo que nos debemos dar un tiempo. Separarnos. Quizá no definitivamente, pero sí hacerlo ya. Ahora.

Miguel la miró sorprendido. No se lo esperaba en absoluto. Su expresión lo decía todo.

—¡Vaya! No me esperaba esto para nada —se sinceró—. Me descolocas.

A Marta le hubiera gustado saber lo que se esperaba, pero vio

que, si se lo preguntaba, la respuesta podía ser un arma de doble filo. Prefirió no indagar. Permaneció callada, esperando.

—¿Y eso? ¿Por qué te ha dado por ahí?

¿Tenía sentido enumerar todas y cada una de las razones? ¿Ser explícita? Pensó que no, era dar pie a debates eternos y poco apetecibles. Pero Miguel necesitaba una respuesta. Eso sí. Tenía que emplear las palabras adecuadas y lo suficientemente convincentes. Decidió culparse a ella misma.

—No es que me haya dado por ahí. Es que no estamos bien. No considero que lo nuestro sea una relación sana. Me siento desgraciada, yo no quiero esto. No compartimos nada, hace tiempo que no tenemos un proyecto en común...

—¡Qué proyecto vamos a tener! —interrumpió él—. ¿Tú crees que se pueden tener proyectos con el día a día que tenemos?

Marta seguía sin querer entrar en detalles Se sentía absolutamente incapaz de explicarle sus razones tranquilamente, sin ser cuestionada, sin que le llevara la contraria. Era posible que se estuviera equivocando al no exponerle su punto de vista, pero sentía que ella no podría hacérselo ver. La relación estaba tan viciada que caerían en lo de siempre. Sería mejor que alguien de su confianza intercediera y le abriera los ojos a las razones que habían llevado a Marta a tomar esa decisión, pero eso era algo completamente imposible.

—Miguel, tú lo ves muy diferente a mí, estarás cargado de razón. Me parece correcto. Yo sé cómo me siento. No es algo de un día. Llevo mucho tiempo pensándolo. Quiero tomar distancia. Quiero que nos separemos. Quizá no sea definitivo, pero ahora es lo que necesito. Sé que, si seguimos así, seré una desgraciada. No creo en la felicidad, pero, al menos, sí en tener momentos puntuales felices, en tener ilusiones, en reír. Como te digo, no es una cosa «que me ha dado hoy por pensar». Es algo meditado. Quiero que respetes mi decisión.

—¡Claro! —Miguel rio sarcástico—. Y te tengo que respetar siendo yo el que me vaya, ¿no? «Por eso no me ha buscado para acostarse conmigo, por eso no lo hacemos desde hace tanto», pensó sin decirlo en alto y sin tener en cuenta su parte.

—Al tomar distancia, a lo mejor puedo ver las cosas con más claridad. Ponerle nombre a todo. Incluso a ti te puede venir bien. Puede que valores las cosas... —Se arrepintió inmediatamente. Sonaba a reproche de nuevo.

—Claro. Soy yo el que no te valoro, ¿verdad? Es eso... ¡Pobrecita! ¡Que nadie le hace caso!

—Mira, Miguel —dijo en tono seco y cortante levantándose—, no voy a dejar que me hagas eso, no te lo voy a consentir. Podríamos seguir así la noche entera. Tú criticándome todo lo que digo. O lo que hago. Te he pedido respeto y ya veo que eres incapaz. Ya te lo he

dicho. Es lo que quiero. Lo necesito. Yo así no puedo seguir. No soy feliz. Es más, estoy amargada. Quiero tener de nuevo ilusión. —Y dio media vuelta como para irse.

Él se levantó y la cogió un poco brusco por el brazo.

—¡Espera! No hemos terminado. ¿Y si yo no quiero? ¿Y si no me parece bien? No lo veo necesario, Marta. En serio, recapacita.

—Lo necesito. ¿No lo puedes entender? Me ignoras cuando te digo que es algo que llevo pensando mucho tiempo. ¿Quieres que sigamos juntos y que terminemos odiándonos? Ahora no te odio, pero creo que podría llegar a ser así. Si no te quieres ir, me iré yo.

Miguel se quedó de nuevo un poco descolocado. Por primera vez en mucho tiempo, una pequeña luz se encendió a lo lejos. Esa luz le indicaba, muy débilmente, que Marta podría tener razón. No tenía muy claro lo que la había llevado a tomar esa decisión, pero si se separaban un tiempo, tal vez eso haría que lo viera con otra perspectiva. Sin embargo, se resistía. Aquello empezaba a hacerle daño.

—Pero repito: ¿por qué me tengo que ir yo?

—Es fácil que me quede yo para la organización de los niños, ¿no crees? —Intentaba ser lo más delicada posible, aunque le entraban ganas de gritarle: ¿Es que acaso se podía ocupar él? —. Además, también tendrías dónde ir...

—¿A dónde se supone que me echas? Veo que has pensado en todo...

—No te echo, Miguel. Como te digo, es algo que llevo pensando tiempo... En el ático de tus padres, estarás bien...

Sus padres vivían en un buen piso en una calle del centro. Hacía unos años, habían comprado el pequeño estudio del ático con la idea de que la asistenta interna que tenían se quedara allí. Pero esa mujer había vuelto a su país y ahora estaba deshabitado. Era un chollo, en realidad. Podría comer en casa de sus padres si no quería cocinar en el estudio.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? Si dices que llevabas tanto tiempo pensándolo...

—Tienes razón, perdona. No lo he hecho bien. Quería estar más segura. He valorado muchas cosas... —Marta recordaba los porcentajes y el 30% al que había llegado.

Miguel bajó la cabeza. «Esto es más serio de lo que yo pensaba. La veo muy segura». Seguían de pie en el salón. Había bajado la tensión, empezaba a asimilar. Tomó asiento y la miró.

—¿Cuándo quieres que me vaya?

—No sé... me ha costado mucho decidirme. Decírtelo. Quiero empezar cuanto antes. También me gustaría decirte, Miguel, que no quiero darte ninguna esperanza de que quiera volver. Tienes que

hacerte a la idea de que puede ser definitivo. Solo así tendrá valor.

Miguel se mantuvo callado. Se podía adivinar lo que pensaba. Llevaba mucho tiempo sin dedicar ni unos minutos de su vida a pensar en ellos, en su relación. Marta seguía de pie, sin saber si la conversación ya había llegado a su fin. No estaba muy segura de qué decir.

—Miguel, vamos a hacerlo bien. Vamos a respetarnos. Para los niños, eso será muy importante. Tienen que ver cordialidad en sus padres. Imagino que sufrirán. He pensado en no decirles nada de momento. Inventarnos una situación, que no sería tan descabellada, como que vas a trabajar en otra ciudad un tiempo. Si, finalmente decidimos separarnos del todo, ya hablaremos con ellos.

Miguel apenas la escuchaba. No sabía lo que haría al día siguiente. No le daría más vueltas, podía aprovechar que era sábado y hacer la «mudanza». Pensaba en otra cosa que se le había ocurrido de pronto. La conversación, estaba claro, estaba a punto de terminar. Pero quería preguntarle una última cosa a su mujer. Quizá no tendría otra ocasión de preguntar.

—Marta, me pregunto..., esto..., Marta, no hay otro, ¿no? ¿Esto que estás planteando no será porque hay otro?

En ese momento, Marta sintió que caía al vacío. Sintió un dolor en el estómago que la dejó sin respiración. Su corazón empezó a palpitar sin control. Miguel la miraba con angustia. Más débil. Más débil que nunca. Pero Marta sabía que no podía hablarle del «otro». Ella sabía bien que no era el «otro» lo que la había hecho decidirse. La había empujado tal vez, había precipitado los acontecimientos. Si le decía que había alguien, Miguel ya no escucharía nada más y, la separación temporal no le ayudaría a reflexionar, sino a enfurecerse. Sabía que estaba mal, pero, aunque odiaba mentir, tenía que hacerlo, no entendería la verdad, no la escucharía.

—No, Miguel. Esto viene por lo que te he dicho. Por muchos momentos de frustración y de angustia. Por no ser feliz. Y por creer que tengo que empezar a pensar más en mí misma.

Miguel bajó de nuevo la cabeza. Se sentía más tranquilo, aunque después le vendrían las dudas. Marta pensó que debería seguir pidiéndole tiempo a Umar, era lo más conveniente, lo más honesto. Eso es lo que haría. Y si Umar no podía esperar tanto, sería una señal de que aquello no tenía ningún sentido. Estos pensamientos la tranquilizaron también.

—Bueno —dijo Miguel levantándose—, mañana hablaré con mis padres y me instalaré allí. Empezará nuestro experimento —suspiró con un deje grande de tristeza e ironía.

Antes de salir por el salón se volvió y preguntó:

—¿Puedo dormir en nuestra cama o me voy al sofá del despacho?

Marta se volvió, lo miró y le sonrió:

—No seas bobo. —Sabía que Miguel le había hecho una broma, un poco cínica, pero una broma después de todo. La primera en mucho tiempo.

Marta pasó unas dos horas más en el salón. Sabía que todo lo que estaba viviendo la alteraba y no iba a ser fácil conciliar el sueño. Miguel debía de estar igual. En dos ocasiones había ido al baño de su habitación y por su ritmo de la respiración, creía que no dormía. Lo sentía por él.

Ya lo había hecho. El «primero una cosa y luego la otra» de Lola, lo había conseguido. Estaba orgullosa consigo misma. Pero, a la vez, sentía muchas dudas y estaba muy triste. Las dudas no la extrañaban. La tristeza, algo más. Aunque ella había tomado la decisión, se encontraba con una situación muy desesperada, de fracaso, de ilusiones robadas. No se imaginaba que experimentaría tanta pena. Pensaba que, al dar ese paso, se alegraría de alguna forma, pero no podía evitar llorar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas y no hacía nada para evitarlo.

En la cama, Miguel, por supuesto, no dormía. «¡Y yo que le iba a proponer un fin de solos!», se autocompadecía. Tenía que admitir que el «tenemos que hablar» de Marta había cubierto con creces, todas las expectativas. Ya lo sabía para otra ocasión. El «tenemos que hablar» era malo, muy malo. La próxima vez, estaría prevenido. Ahora entendía que no fuera con ellos estas vacaciones. Se preguntaba por qué los niños le tocaban a él todo verano... Repasando la conversación se le ocurrían miles de cosas que debía haberle dicho, pero reconocía que ninguna de las que pensaba era para convencerla, para hacerle cambiar de idea. Podía entender, aunque mínimamente, su postura. Él había puesto poco de su parte, pero ¿qué quería?, ¡no tenía tiempo para eso! Se imaginó su vida los próximos días, o meses o quizá años, o para siempre, y le dio un poco de vértigo mezclado con curiosidad. Quizá también Marta tenía razón en eso. Deberían probar. Y saber qué tal les iba. A lo mejor no iba mal... Reconocía que lo que más trabajo le iba a costar sería decírselo a su gente, sus padres y hermanos, amigos, y en el trabajo. Le preocupaba la imagen que daría. Lo último que quería era que se compadecieran de él, eso no. Se lo vendería bien. Y se incluiría en la decisión. Eso es. Eso haría. Al menos no había una tercera persona. Eso habría sido mucho más humillante. Marta se lo había prometido. Con eso no habría podido. Sería mejor salir cuanto antes no fuera a aparecer «el tercero» de un día a otro. Notó una punzada en el estómago. ¿Un tercero? ¿Le dolía solo por el qué dirán o realmente le dolía por Marta? Tenía que pensar en eso más tarde, en algún momento. Ahora no quería, no podía. Ahora tendría que centrarse en el próximo paso, en cómo les diría a sus

padres que se trasladaba al piso de arriba. ¡Qué marrón!

15

La voluntad

Ese sábado Álvaro no tenía partido y, como novedad, había quedado con unos amigos por el barrio. Se le veía ilusionado por tener una «quedada» y por salir sin sus hermanos y padres. «Se hace mayor», pensó Marta. Su hijo la requería para que le ayudara a elegir la ropa que se quería poner. Algo que fuera totalmente diferente a sus hermanos, algo que solo tuviera él. «Seguro que habrá chicas», se enterneció Marta recordando aquellas «primeras veces». Desde la habitación de su hijo oyó que Miguel se levantaba. ¿Cómo estaría esa mañana? Al cabo de un rato lo vio pasar por el pasillo y luego oyó la puerta abrirse y cerrarse. ¿Dónde iría? Alberto y Diego también se habían levantado. Les habían invitado a un cumpleaños de un vecino que se celebraba en la urbanización, así que también estaban con preparativos. Marta había comprado el regalo el día anterior y aún tenían que envolverlo.

Al cabo de un rato, Miguel volvió a entrar. Cargaba dos de las maletas más grandes que tenían. Había ido al trastero a por ellas. Álvaro, que ya salía, se lo encontró y al reparar en las maletas, le preguntó:

—¿Nos vamos de viaje, papá?

Miguel puso una mueca que no pudo disimular.

—No, Alvarete, me voy yo solo. Me... me ha surgido un trabajo fuera. Voy a tener que estar yendo y viniendo.

—Ah... —El niño se quedó un poco extrañado. Cualquier cosa relacionada con viajes la sabían siempre de antemano. Era raro enterarse cuando su padre ya estaba preparando el equipaje. De todas formas, se despidió de los dos, y salió dando un portazo. Sus amigos lo esperaban, era su primera quedada. No quería llegar tarde.

Marta había contemplado toda la escena desde la puerta de la cocina mientras los otros dos terminaban de desayunar. Miguel la miró a los ojos de manera inquisitiva. Parecía preguntarle, sin abrir la boca, si había cambiado de idea. Ella bajó la mirada y una nueva oleada de tristeza le pegó en la cara. Miguel captó el mensaje y se

dirigió con las dos maletas al dormitorio. No quedaba otra que empezar a hacerlas.

Alberto y Diego comenzaron a pelearse decidiendo quién de los dos daría el regalo al vecino. Obviamente los dos querían hacerlo. Parecía mentira que, llevándose cuatro años, caían en las mismas rabietas infantiles. Marta los separó y los mandó a vestirse.

Había pasado una hora y, sin el barullo de los niños, Marta había podido hacer todas esas cosas para las que nunca tenía tiempo. A lo lejos oía el trasteo de Miguel con las maletas. También le oía hablar por teléfono, pero era incapaz de adivinar con quién. El timbre de la puerta sonó. ¿Quién sería? ¿Uno de sus hijos a coger una pelota?

—Hola. —Umar, con el radiador en las manos, estaba al otro lado.

«¡Es verdad!, habíamos quedado en que lo instalaría hoy», pensó Marta. ¿Cómo lo había olvidado? A Umar se le notaba un poco nervioso. De hecho, había retrasado la hora de subir porque la situación le parecía incómoda. Al ser sábado, era muy posible que el marido de Marta estuviera en casa. Los dos se miraron. Marta ni siquiera contestó a su «hola». ¿No sería mejor dejarlo para otro día? Por supuesto que Marta no le había comentado nada de la conversación con Miguel. No pensaba hacerlo. Eso no era asunto de Umar, solo de ella y de su marido. Así que Umar no podía imaginarse en qué momento tan delicado había llegado.

—Pasa, pasa —le dijo finalmente.

—¿Quieres que venga en otro momento?

Por un instante Marta lo pensó, pero le pudieron las ganas de tenerlo cerca.

—No, venga. Mejor ahora.

Fueron juntos al baño de los niños y Umar empezó a sacar las herramientas. Notaba que Marta estaba más callada que de costumbre, le desconcertaba un poco, no sabía si era por su culpa o por algo que le hubiera pasado. Se preocupó.

—Voy a avisar a Miguel de que estás aquí —dijo saliendo.

Umar se quedó un buen rato mirando hacia la puerta. Era una situación muy extraña. Sabía que Marta le gustaba. Le gustaba mucho. Había empezado a tener una necesidad que nunca había conocido. La necesidad de estar con ella, de hablarle, de que le hablara, de tocarla... Después de lo que pasó en el parque, sintió que había cruzado una barrera, que ya sería imposible volver atrás, renunciar a ella. Que la necesitaba imperiosamente en su vida. También había pensado, pero poco, en lo que pasaría si ella nunca fuera a él. Era un pensamiento que prefería apartar. Se estremecía de pensarlo. Dolía. Pero sabía que tenía que contar con eso y que sería muy difícil recomponer los cachitos en los que quedaría su corazón. No solo

sentía miedo ante la posibilidad. Sentía pánico. Y..., sin embargo, la situación actual, con una Marta un poco distante y un marido unos metros más allá, le hacía querer huir, correr lo más lejos que pudiera para alejarse. ¿No era toda una contradicción? Al final iba a ser verdad que el amor era más complicación que felicidad, pero ¿por qué el ser humano caía una y otra vez?

Marta volvió. Seguía seria. Dejó la puerta abierta y le hizo una mueca parecida a una sonrisa. Las ganas de huir de Umar se acentuaron.

—¿Estás bien? No parece que estés muy bien

—Bueno... no pasa nada... hay días peores que otros, ¿no? —Y al decirlo lo miró con dulzura.

—Espero que, si este día es peor, yo no tenga nada que ver. No quiero perjudicarte, Marta... lo siento mucho —dijo en tono bajo.

—Umar, no te preocupes. Tú no me haces mal— Y le acarició el hombro al decirlo, como algo instintivo y con intención de consolarle. Umar recibió el gesto con sentimientos enfrentados. Por un lado, le agradecía la muestra de cariño, pero por otro, había sido un gesto demasiado maternal, como si su madre lo estuviera consolando de un disgusto. No le gustó.

Marta se sentó en un banquito, cerca de donde estaba él. Umar decidió pasar por alto sus sentimientos y se puso manos a la obra. Primero había que quitar el radiador antiguo.

—¿Necesitas algo? —preguntó Marta.

—Quizá sí. ¿Podrías traer un cubo y una fregona? Si quieres te explico lo que son y el aspecto que tienen...

A Marta la broma la pilló desprevenida, pero rápidamente la cogió y sonrió:

—¿Qué te crees? ¿Que como está Elisabeth no los uso nunca? ¡Ahora verás el manejo que tengo!

—Se levantó.

De vuelta, Umar le explicó:

—Aunque voy a cortar el agua, siempre puede salirse un poco del radiador. Vamos allá, ya lo tengo casi a punto. —Y con ambas manos lo forzó para que cedieran los anclajes que lo sujetaban a la pared—. Has hecho bien en cambiarlo. Está muy oxidado.

Efectivamente el radiador soltó un poco de agua gris. Umar lo giró rápidamente para que no cayera más y el resto se quedara dentro.

—Es mi turno —dijo Marta levantándose y cogiendo la fregona—. ¿Ves como sí sé cómo funciona? —Y le sonrió con burla intentando también relajar la situación.

Umar dejó en una esquina el radiador viejo, y sacó el nuevo de la caja. Marta lo observaba, le gustaba ver la destreza que tenía y el cuidado que empleaba en cada acción. Le gustaba mirarlo.

Simplemente.

Les llegó el ruido inconfundible de la ducha. En el otro baño, Miguel se estaba duchando. Cuando había ido a avisarle de la llegada de Umar, comprobó que tenía las dos maletas completamente llenas. Ya quedaba poco para que se fuera. Las dudas y la tristeza seguían azotándola. Umar se arrodilló con el nuevo radiador, estudiándolo para colocarlo correctamente.

—Ahora puedes ayudarme. Necesito que este extremo lo encajes aquí mientras yo encajo el otro. ¿Podrás?

—Sí, claro. —Marta se arrodilló a su lado—, ¿aquí?

—Sí, este extremo, aquí...

Al decir esto, Umar se acercó más a ella para indicarle los puntos de conexión sin percatarse de que, al hacerlo, sus cabezas quedaban a escasos centímetros. Estaban arrodillados muy juntos, de cara a la pared. Marta no podía mirar lo que le indicaba Umar, que insistía en explicárselo. Como solo acertaba a ver su piel tan cerca, se perdió completamente la explicación.

—Aquí, ¿lo ves?

Permanecía callada y Umar buscó su rostro para saber qué iba mal. Automáticamente entendió su silencio. Estaban muy muy cerca. Más que nunca.

Recordándolo después, Marta era incapaz de explicar lo que pasó, quién empezó. Sabía que, de nuevo, nadie la creería, pero empezaba a darle igual. Ella sabía lo que decía. No podía echarle las culpas ni echárselas a ella. No podía. Era imposible evocar el inicio. Solo podía recordar que Umar se volvió para buscarla y el segundo después, solo recordaba sus labios en su boca. Recordaba haber comenzado a besarse, con besos tímidos y lentos al principio, sin tocarse, solo sus bocas. Uno, otro, y otro más. Su olor, el cálido calor que emanaba y un escalofrío que no era frío, sino todo lo contrario, ardiente, que le subía por la espalda y se incrustaba en la base del cráneo. Casi dolía. El sonido de la ducha del otro baño se oía a lo lejos, pero no impedía que siguieran. Los besos anulaban su consciencia. Si en ese momento alguien le hubiera preguntado dónde estaba, no habría podido contestar. No podría decir si era de día o de noche o si estaban en su casa o en otro sitio. Si soñando o despierta. Tampoco era consciente de que seguían sin tocarse. Marta tenía las manos sobre sus muslos. Umar señalaba con una mano y la otra la apoyaba en el suelo. No había abrazos, no había más contacto que sus bocas. Una y otra vez. Más besos. Un poco más intensos y menos tímidos. Pero lentos. Saboreando el momento. No había tiempo, no había espacio, no había nada más que sus besos. Marta sintió que la lengua de Umar entraba en su boca. Tampoco lo había visto venir. La recibió, jugó con ella. No oía voces advirtiéndola, no pensaba en nada. Su voluntad había

cogido de la mano a su consciencia y se habían ido muy lejos. Imposible pillarlas.

Umar, cuando evocaba una y otra vez y otra más, lo que había pasado en el baño, repetía casi las mismas palabras que Marta para describirlo. Tampoco podría decir si empezó él, pero no tenía la imagen de ella acercándose. Era como si hubiera perdido la consciencia, una pérdida de memoria momentánea. Pero recordaba muy bien sus labios hundidos en aquellos tan carnosos, que lo abarcaban todo. Recordaba su corazón latiendo a un ritmo insano, se sentía mareado, borracho, presionando más sus labios para no perder el equilibrio. Tampoco podría decir cuánto tiempo había durado. ¿Un minuto? No creía, recordaba muchos muchos besos. Y sus lenguas después. Era imposible que todo eso hubiera ocurrido en un minuto.

Todo esto lo recordaron después. En el momento les fue imposible tener la cordura necesaria para parar. Solo algo les hizo reaccionar. En el otro baño, se oyó un fuerte golpe, seguido de una exclamación, ¿«mierda», «coño»? Era muy probable que se le hubiese escurrido el brazo de la ducha y hubiera caído sobre él.

Se separaron bruscamente. Se miraron. Marta respiraba como si hubiera corrido cien metros a toda velocidad y estuviera desentrenada. Su pecho subía y bajaba más rápido de lo normal, jadeaba. Se puso la mano encima como para calmarse. Umar se apartó, la miró y vio que en sus ojos había algo parecido al pánico.

—¿Qué...? ¿Qué coño ha pasado?

Era la primera vez que Marta le oía decir un taco, pero la ocasión lo merecía. Ella estaba igual de asombrada que él. Le hubiera gustado decir lo mismo, pero estaba tan nerviosa, tan sofocada, tan aturdida que no tenía las fuerzas suficientes para vocalizar y empezar a hablar. Se levantó de un brinco y volvió a mirarlo.

—Tengo... tengo que irme.

La entendió, mejor que saliera del baño. Ya colocaría solo el radiador.

—Sí, vete... Ya te aviso cuando termine.

—... no sé... no sé qué ha pasado...

La veía ahí de pie, tan vulnerable, tan débil que parecía que se iba a echar a llorar de un momento a otro, que Umar quiso darle un poco de aliento. Desde el suelo, la tomó de la mano.

—Perdóname, Marta. Yo... yo tampoco sé qué ha pasado. Te juro que no era mi intención.

Una lágrima cayó lentamente por su rostro.

—No era mi intención tampoco, Umar, ¿cómo ha podido ocurrir?

—No llores, Marta. —Y le apretó un poco la mano—, no te flageles. Tampoco sé lo que ha pasado, pero ya se ha acabado. Por favor, no llores. Vete, ahora te aviso yo.

Marta se fue y cayó desplomada en el sillón del salón. Se sentía absolutamente hundida. Todos sus propósitos habían caído en saco roto, no daba crédito. Ella siempre que se proponía algo lo cumplía. Y ahora se había traicionado y peor, había traicionado a Miguel. No podía creer que hubiera pasado aquello. Se sentía la peor persona del mundo. Y, aun así, tenía que dar gracias de que Miguel no hubiera pasado por el baño.

¿Cómo podía haberle hecho eso? Tenía muchas ganas de llorar, pero se contuvo, ya lo haría tranquilamente, sin nadie, como le gustaba. Pensar tanto le había provocado dolor de cabeza. Estaba bloqueada, anonadada, no se reconocía. ¿Quién era esa hija de puta en la que se había convertido? Y encima de mala persona, de haberse envuelto en una situación límite y no haberlo evitado, encima... todavía se emocionaba recordando los labios de Umar. Se pasó los dedos por los suyos, la lengua. Todavía sabían a él y eso la excitaba. Se sentía inmersa en un choque de sentimientos opuestos, como dos personas en una. No entendía nada.

Oyó las maletas rodando por el pasillo. Miguel se iba ya. «Debería despedirse de los niños», pensó Marta, pero ¿quién era ella para dar consejos? Miguel la vio desde la puerta del salón. Se sorprendió de su cara de absoluta desolación. «¡Hombre!, parece que le afecta algo que me vaya de casa», porque ¿qué otra cosa podría ser? Parecía necesitar consuelo.

—Me voy ya, Marta. Después de todo, creo que nos puede venir bien. No te preocupes más de la cuenta. La semana que viene te llamo y pensamos cómo nos organizamos el fin de semana.

Marta se sentía desfallecer. Esta nueva amabilidad de Miguel no ayudaba nada. Todo lo contrario. La hacía sentirse absolutamente miserable. Asintió con la cabeza. No podía hablar. Se levantó. «¿Qué se supone que debo hacer? ¿Despedirle con un beso? ¿El beso de Judas?» Pero la llegada de Umar se lo impidió. Se le veía abatido, tímido, avergonzado. Avanzaba a la altura de Miguel. Marta hubiera agradecido que fuera mejor actor, que disimulara. Miguel lo miró sorprendido, se había olvidado de que estaba en casa. Umar se fijó en las maletas que llevaba en cada mano.

—Hola... esto... ya he terminado con el radiador...

—¡Ah! Sí, el radiador... —dijo Miguel y miró a Marta recriminándole—. Muy necesario, sí, ahora que empieza el verano... —Y se calló abruptamente dándose cuenta de que no era el momento ni el lugar para otro reproche—. ¿Le pagas tú, Marta?

Giró y se dirigió a la puerta no sin antes despedirse brevemente del portero. «¡Vaya hombre tímido!», pensó, «parece un niño al que han pillado haciendo una travesura». Abrió la puerta y sin más preámbulos, la atravesó y cerró.

Marta escuchó de fondo la canción de A-Ha «Stay on these roads», como musicalizando la escena. Pero no sonaba en ningún lado más que en su cabeza. ¿Por qué le venía esa canción? Quizá porque era una canción triste.

—Dime cuánto es, Umar.

Umar seguía de pie en la entrada. Parecía desolado. Negó energético con la cabeza.

—¡Ostras, Marta! Ya lo veremos, no corre ninguna prisa. ¡Por favor! Me voy. —Había cierto enfado en su tono, pero no era solo eso. Quería huir, irse de allí lo antes posible, escapar de esa situación. No estaba en absoluto repuesto de lo que había pasado en el baño y encima se daba de bruces con Miguel. Ver cara a cara al marido de su amante. ¿«Amante» había dicho? Y tenía dos maletas. Y muy grandes. No te llevas dos maletas tan grandes para un fin de semana. ¿Qué estaba pasando allí? Prefirió no preguntar, se fue sin decir nada más.

Marta cayó de nuevo sobre el sillón. Volvió a pensar en las coincidencias. Estos dos hombres se habían ido de casa con un intervalo de cinco minutos. No quería emplear la palabra «abandonar», era superinjusto para Miguel, pero lo cierto era que se sentía abandonada y... miserable. Muy miserable. Ojalá hubiera podido hacer como Umar y huir. Porque eso es lo que había hecho, y lo entendía, no podría reprochárselo. Ojalá pudiera largarse ahora mismo, coger el coche e irse a algún lugar apetecible, a la playa o perderse por la montaña... pero sus hijos la necesitaban, eran muy pequeños y en breve subirían. También envidiaba a Miguel. Él se instalaría en el ático y podría estar allí sin ninguna responsabilidad, sin obligación alguna, libre. Se sintió muy culpable, pues lo que le impedía hacer lo que le pedía el cuerpo eran sus hijos y ellos no tenían, los pobres, la culpa de nada. De hecho, sería horrible para ellos que ambos se largaran dejándolos solos, no lo entenderían. Alguien tenía que estar ahí para atenderlos, resolver sus dudas y acompañarlos en este proceso que, sin duda, sería duro para ellos. Y ese alguien era ella. «¡Qué fácil lo tenían siempre los hombres!», se lamentaba.

Aunque seguía totalmente aturdida por los acontecimientos, notó que comenzaba a calmarse. Eso no quitaba que siguiera teniendo una opinión pésima sobre sí misma, por su poca voluntad, por cómo había perdido la consciencia, la madurez, la empatía... ¿Cómo se lo hubiera tomado ella de haber sido Miguel? ¿Cómo? La respuesta que le vino rápida y veloz la desconcertó aún más. ¿De verdad no le importaba? Eso tenía que analizarlo mejor, le había venido a la mente, de una manera espontánea, rápida. Pero si tenía que hacer caso a esa precipitada respuesta, las cosas eran más complicadas de lo que imaginaba. Intentó ponerse en situación: Está en casa y descubre a

Miguel dándose besos con una mujer en, pongamos, la cocina. ¡No podía ser indiferente a eso! Estaba siendo muy poco realista. No podía ser. Le molestaría, estaba claro, pero… «si no me quieren, ¡huyo!». Eso es. Eso es por lo que la respuesta había sido «indiferencia». Desde que era pequeña, le había pasado con sus amigas del colegio. Si alguna intentaba hacerle daño, no se enfrentaba a ella, no discutía, simplemente se alejaba, dejaba pasar su amistad. No pedía que la quisieran, no suplicaba amor. Y eso pensó que le habría pasado si hubiese descubierto a Miguel. Eso fue, también, lo que le hizo no volver con Jaime después de la prueba de un mes. Cuando le contó que, en el mes separados se lo había pasado muy bien, vio que buscaba hacerle daño. Y se apartó.

Miguel le hacía daño, tenía claro que no quería reclamarle amor. ¿Ya no sentía nada por él?

El timbre comenzó a sonar sin parar. Hasta que no abriera, Alberto no dejaría de tocar. La llegada de los niños la sacó de sus pensamientos.

Umar se refugió en casa antes de sustituir al portero del fin de semana. Aún le quedaban unas horas para hacer el relevo. Se sentía totalmente frustrado por cómo se le había escapado la situación de las manos. No había sido honesto ni con él mismo. ¡Marta le tenía que haber dicho que volviera en otro momento! ¿Cómo no lo había hecho? Se hubiera ahorrado el mal trago de ver a su marido, de cruzárselo en su casa y presenciar su marcha. ¿Para siempre? ¿Así de fácil? ¿Así se separaban los europeos, de un día para otro? No lo entendía. Tampoco quería ser injusto. No sabía nada de la relación de Marta con su marido, ¿qué podría haberles llevado a eso? Esperaba, sinceramente, que no fuera por él. Sintió miedo, también. Por él. Por ilusionarse demasiado y acabar abandonado, como Miguel. Tendría que pensarlo bien. Saber a qué se arriesgaba si al final empezaba algo con ella. Tenía que decidir si seguir para adelante o no. Precisamente, esa oportunidad de elegir, esa que nunca le habían dado, fue la que le calmó un poco.

No podía evitar sentirse un poco enfadado. ¡Marta le había metido en la boca del lobo! Aunque seguramente ella no había reparado en las consecuencias. Había llorado incluso. Sí, le tenía que haber dicho que volviera en otro momento, pero… pero si lo hubiera hecho, no habría pasado lo del baño y eso… eso había sido muy especial, eso… eso casi compensaba su disgusto. Se excitaba mucho recordándolo, le hacía olvidar su mal humor. Le hacía olvidar todo, le hacía perder la cordura, le provocaba, le hacía necesitar más. Decidió apartar los pensamientos más desagradables y recrearse en los besos, sus besos.

16

Dos semanas después

Umar entró en la cafetería y se dirigió directamente a donde estaba Shirin, la había visto a través de la gran cristalera. Al verlo llegar, le sonrió. No hubo dos besos. Eso era costumbre española. Simplemente, le apretó el hombro.

—¡Shirin! ¡Cuánto tiempo! Tenía muchas ganas de verte. Cuéntame qué tal todo.

—Yo también tenía ganas de verte, Umar, ¿por qué no me has llamado antes?

—Ya sabes… hay que respetar los tiempos de los recién casados.

—Ja, ja, ¡anda ya!

—Bueno, dime, ¿cómo estás? ¿Se está bien como mujer casada?

—¡Sí! Aunque tampoco es que haya muchísimas diferencias. Ahora vivimos juntos, antes ya compartíamos muchas cosas.

—¿Y el viaje de novios?

—Ohhh, París me ha enamorado. Todos los edificios son bonitos, es difícil encontrar alguno que no lo sea. Hay muchísimas cosas que ver, ¡nos matamos caminando! La Torre Eiffel es lo menos interesante, fíjate lo que te digo, pero también era bonito el barrio, por la noche, sobre todo. Deberías ir alguna vez. Merece muchísimo la pena.

—Ojalá —dijo Umar con esperanza—, me encantaría.

—Lo único negativo —y aquí, aunque estaban hablando en farsi y nadie entendería, bajó el tono—, vi bastante inseguridad. Todos los edificios emblemáticos estaban rodeados de policías y soldados con metralletas. Yo, porque iba con mi marido, pero cuando no, no siempre me miraban bien.

—Son los daños colaterales de lo que hacen muchos indeseables… ¿Cómo está tu madre? ¿Qué se cuenta?

—Bueno, nunca la he visto tan contenta. Es extraña mi madre… pero parece que ya ha encontrado su camino para, al menos, ser un poco más feliz.

—Me alegro, la verdad. ¿Qué dice de su vida allí?

—Sobre todo dice que ahora puede hablar, comunicarse… ya ves

tú, ¡si apenas hablaba! Bueno, ¿y tú?

—Yo estoy contento... el trabajo me gusta y te conté lo de mi casita, ¿no? Cada vez queda mejor y por las noches es una maravilla la terraza... todo el cielo para mí... Me he comprado unas tumbonas y es genial. Tienes que venir...

—¡Lo haré! Pero ¿por lo demás? ¿Qué haces en tus ratos libres?

—Poco, ya sabes... salgo con Juan y algún otro amigo…

Shirin puso una mueca de disgusto.

—Juan es un pringado, Umar, tienes que buscarte algo más y dejar los bares de putas.

Umar la miró sorprendido. ¿Lo sabía?

—Jajaja, no me mires así, ¿te crees que soy tonta? ¿Te crees que no puedo imaginar lo que hacías cuando llegabas tarde a casa? Mi madre nunca te dio demasiadas opciones...

—Me sorprendes —dijo, avergonzado—, pero que sepas que ya hace bastante que no voy...

—Eso es porque has encontrado a alguien. ¡Cuenta! —dijo Shirin acercándose y poniendo los codos en la mesa y la cara sobre las manos, en actitud de entregada a la escucha.

Umar la miró divertido. «Esta niña... ¡qué lista es!».

—No hay nada que contar... Es inviable...

—Eso quiere decir que hay alguien y que también hay impedimentos. ¡Venga! Cuéntamelo —le dijo poniendo cara de niña pequeña suplicando una chuche más.

Habían pasado dos semanas desde el beso, perdón, El Beso, o, mejor dicho, Los Besos, y no había vuelto a estar a solas con ella. ¡La echaba tanto de menos...! Pero, cuando ya estaba perdiendo todas las esperanzas, recibió un whatsapp:

«¿Sigues enfadado conmigo?».

Lo leyó una y otra vez, lo interpretó cientos de veces.

Aún le importaba. Eso era lo mejor.

«Nunca lo estuve».

«Eso no es cierto, te fuiste con cara de enfadado.

Y, por cierto: aún tengo que pagarte».

...

«Pues págame».

«¿Dónde y cuándo?».

«Ya sabes dónde estoy y cuándo encontrarme».

...

...

«¿No me vas a contar nada más?».

«¿Qué quieres que te cuente?».

...

«Las maletas...».

…

«Eso no fue por ti, Umar…».

«Entiendo…».

…

«¿Qué entiendes?».

…

«Que no soy nadie para que me tengas que contar esas cosas».

«Eso es una tontería. Bajo ahora y te pago. ¿Cuánto es?».

…

«Nada. No me debes nada. Ya me sentí suficientemente recompensado».

…

«¡No pago en especies y menos conmigo misma!».

…

«Era una broma… déjalo, en serio. No me pagues. Ya hablaremos».

La conversación no había ido muy bien y Marta no bajó a pagarle. El viernes siguiente vio salir su coche del garaje y, hasta el lunes, no volvió a aparecer. ¿Llegaría el domingo por la tarde? En cambio, el coche de su marido sí había estado en la plaza ese fin de semana. Era fácil sacar conclusiones. Después de esa desafortunada conversación por WhatsApp, Umar le mandó una foto de la terraza de noche. Había puesto unas jardineras, una pequeña mesa de madera con dos sillas y dos hamacas. Con la foto, había mandado un mensaje: «Siguen los avances. Deseando que lo estrenemos juntos». Ella contestó al rato: «Me gustaría. Te ha quedado genial». Y eso fue todo. No le parecía justo. ¿Lo evitaba? La necesitaba tanto… ¿Qué le podía contar a Shirin? ¡No había nada entre ellos!

—Bueno… conocí a alguien sí… ¡pero no debería contarle esto a la hija de mi mujer!

—¡Venga, Umar! No seas plasta. Olvida que firmaste unos papeles con mi madre… eso no es un matrimonio. ¿Qué pasa con ese «alguien»?

—Que me gusta. —Y la miró directamente a los ojos—. Me gusta muchísimo. Nunca había sentido nada igual.

—¿Y…? —Shirin le instaba a seguir.

—Pues eso, que existe solo una ínfima posibilidad de que pase algo entre nosotros…

—¿Por qué? ¿Le has dicho lo que sientes?

—El caso… el caso es que sí se lo dije, pero su vida es muy complicada. Prometí esperarla, pero no da señales de vida.

—Complicada… claro, está casada —concluyó ella—. Pero te habrá dicho algo, quiero decir, que si no le gustas, se habrá llevado las manos a la cabeza, te habrá rechazado…

—No lo hizo. Solo me pidió tiempo...

—Bueno, algo es algo. Y ¿ya hace mucho de eso?

—Va a hacer un mes...

Shirin reflexionaba, quería ayudar a Umar.

—¿Dónde la ves? Quiero decir, si quedáis o te la encuentras.

—La veo en el trabajo...

—¡Ah! ¿Es la chica de la limpieza? ¿Una asistenta de algún piso?

Umar la miró y se avergonzó un poco más. Si Shirin barajaba solo esa posibilidad, lo tenía más crudo de lo que pensaba. Había volado muy alto. Demasiado.

—No... —dijo al fin—. Es una vecina. Vamos, que vive allí.

—Ahhh…

Shirin se sintió muy mal.

—Perdóname, Umar. No creas que me escandalizo ni nada de eso. ¡Ni mucho menos! Solo he dado por hecho cosas que no debía. Soy muy tonta. Cuando una persona te atrae, no vas pensando en quién es, en su entorno. Solo piensas en lo que sientes. En todo caso, Umar, eso no es lo que te está haciendo tirar la toalla, ¿no?

—Bueno..., yo decidí esperar, que ella tomara la decisión y parece que no la toma, no viene a mí...

—Para ella será también muy difícil... Pero no puedes rendirte. Vale que has prometido esperar, pero tienes, no sé, que recordarle que lo estás haciendo, que estás ahí... no puedes tirar la toalla. Es lo mismo que te digo siempre con tu título, Umar, tienes que homologarlo. Debes enterarte de cómo hacerlo y puede que te sirva para encontrar otro tipo de trabajo.

—Eso va a ser imposible... ¿Qué experiencia tengo? Tendría que refrescar conocimientos...

—¡Pues los refrescas! Te apuntas a un curso, o si no puedes convalidarlo todo, seguro que algunas asignaturas puedes sacártelas aquí... Cambia ese derrotismo, anda. Y lo mismo con ella.

—Quizá tengas razón...

—Claro que la tengo —dijo entusiasmada Shirin—. No pierdas la esperanza. Aunque sea todo difícil y complicado, tienes que intentarlo. Lo de tu título, pues es investigar y preguntar. Y si no puedes, pues al menos lo has intentado. Pero con todas tus fuerzas. Y con ella, igual. Si no te ha dicho «no», inténtalo hasta que te lo diga.

Shirin le estaba dando una fuerza que no iba a desaprovechar. Tenía razón. En verano, cuando volviera a Tabriz, lo cogería y pediría certificados de las asignaturas. Por ahí empezaría. Y en cuanto a Marta, Shirin también estaba en lo cierto.

—Gracias, Shirin, me has ayudado muchísimo. ¡Tenemos que quedar más! Me has abierto los ojos y dado mucha fuerza. Era lo que necesitaba.

—No hay de qué. Espero que me cuentes los avances la próxima vez que nos veamos. Vamos a poner fecha, para que te espabiles y puedas decirme algo nuevo, ¿vale?

Marta, ese día, se despierta temprano, rodeada de brazos y piernas. Exactamente cuatro más de los suyos. Desde que Miguel no está, su cama es invadida diariamente por Diego y Alberto. Álvaro pasa. Es demasiado mayor. Suena su teléfono y tiene que reptar sobre uno de ellos hasta alcanzarlo.

—Marta, hermana, ¿te he despertado? Llevo para llamarte siglos.

Es Lorena, su cuñada (¿o se podría llamar ya excuñada?). Se quieren mucho, aunque hablen poco, aunque no estén a diario en la vida de la otra.

—¡Lorena! ¡Qué gusto oírte!

—¿Cómo tienes el día? Quiero verte. Me tienes que contar lo que hace mi hermano de «okupa» en el ático de mis padres. Yo también te tengo que contar cosas.

—Ayyy, Lorena, ¡qué rollo todo!

—He pensado que podríamos ir al zoo, y así veo a mis sobrinos y hablamos. Invito yo. ¿Qué te parece?

—¿Hoy? Pues la verdad es que bien. Estos dos seguro que quieren. Le preguntaré a Álvaro, que se está haciendo cada vez más independiente. ¿Sobre qué hora?

—Pues... no sé. ¿Paso a buscaros a las doce? Marta mira el reloj y calcula. Cree que sí.

—¡Hecho! Nos vemos a las doce.

Álvaro también se apunta al plan. Es cómodo pasear por el zoo, con los niños delante, corriendo y ellas detrás, hablando de sus cosas. Lorena la cogió del brazo y abordó el tema que le preocupaba:

—Bueno, dime. ¿Qué ha pasado entre Miguel y tú? ¿Por qué le has dado la patada?

—¿Eso te ha dicho él? —A Marta no le gustó esa expresión, pero también sabía que su cuñada no lo decía tratando de herirla.

—Bueno, más o menos. Dime.

—En realidad, ahora que me preguntas, no sabría resumirte. Es un cúmulo de cosas que viene de lejos. Desconexión. Cada vez tenemos menos en común, pienso en el futuro y lo poco que compartiríamos.

—Dime más.

—¿Qué tiene que pasar para que una pareja se rompa? Te pregunto yo a ti mejor.

—Pues no sé. Obviamente que se meta un tercero. —La mira—. Pero eso no es, ¿no?

—No... no sé él, la verdad —desvía Marta—, aunque se pasa la

vida trabajando, no sé de dónde iba a sacar el tiempo. ¿Qué más?

—También obvio que te desenamores. Y ahora me preguntarás qué te lleva a desenamorarte. Pues la desidia, el aburrimiento de la rutina, la falta de complicidad… ¡No me preguntes a mí! ¡Mi máxima relación ha durado dos años!

Marta suspira. Lorena es su amiga, casi una relación de hermanas, pero no se lo puede contar todo.

—No soy una ilusa, Lorena, no lo soy. No creo que ninguna relación, pero ninguna, pueda mantenerse durante años como los comienzos, con el mismo grado de intensidad. Incluso los que se han amado muchísimo porque lo tenían todo en su contra al principio, (que, como sabes, no es nuestro caso, que todo fue rodado), no me creo que puedan tener la pasión del principio. ¿Qué se tiene después? Se tiene, por supuesto, cariño, confianza, ganas de estar con el otro, planes en común, complicidad, como has dicho, ¡risas! Se sigue teniendo detalles, no sé, celebrar el cumpleaños con una sorpresa, o sin venir a cuento, organizar un viaje los dos solos. Se sigue admirando al otro de la misma forma que al principio. Se le sigue respetando, teniendo en cuenta su individualidad, sus decisiones. Podéis no estar de acuerdo en muchas cosas, pero sin pasar a la crítica fácil. ¿Y cuándo ya pierdes la ilusión? ¿Cuándo ya ni las vacaciones son un aliciente? ¿Qué queda? Dime, ¿qué queda?

Lorena miraba con tristeza. Lo que le estaba diciendo era muy real, muy factible. Sabía que Marta no decía las cosas, las importantes, sin haberlas pensado antes. Era mucho peor de lo que se había imaginado, ya había poco que hacer.

—Marta, puede que no quede nada —dijo apretándole más el brazo—, pero podemos seguir buscando. ¡La voluntad! Eso, queda la voluntad de intentar arreglarlo.

—Tampoco la tenemos. Puede que sea injusta, pero tengo que decir que sobre todo no la tiene tu hermano. Muchas veces me quedo esperando a que me pida perdón. Por haberse reído de mis cosas, por decirme diariamente todo lo que le parece mal de mí, y te aseguro que no son pocas cosas. Hay veces que se ha pasado. Me ha dicho que está harto de mí, que no me soporta. Lo dice demasiado alegremente. Y nunca, nunca, me pide perdón. ¿Crees que eso lo haría una persona con voluntad de mejorar las cosas? —Y Marta anota mentalmente: «No tener voluntad de arreglarlo, no tener la capacidad de ver que hay problemas resta otro 10%. Nos queda un 20% de bienestar de la pareja».

—Habría que oír su versión —dice Lorena sintiendo la necesidad de echar un capote a su hermano, aunque más por ella misma. No quiere perder a Marta.

—Ojalá pudieras oír su opinión. No sabes cómo me gustaría que

se sincerara contigo y te contara cómo lo ve él. Y solo así podrías tener una versión más objetiva.

—Intentaré hablar con él, pero ¡no quiero hacer de intermediaria!

—No te pido eso, ni mucho menos. Solo escucha lo que te digo. Si no ponemos una solución a todo esto, ¿qué haremos los años venideros? ¿Qué pasará cuando los niños se vayan de casa? ¿Qué quedará entre nosotros? Se me abren las carnes solo de pensarlo, aunque sé que no te gusta oírlo. Me imagino los días sin hablarnos, sin irnos a pasear o hacer un viaje. Y no, no creo que deba aguantar tanto por los niños para después verme así. Necesito tener ilusiones, sentirme viva...

—¡Ay, Marta! ¡Me da mucha pena lo que estás diciendo!

—Lo siento... Sé la parte de implicación emocional que tienes para oír esto...

—Marta, no digas eso. Para mí, tú eres como mi hermana.

—Lorena, es que creo que ya no me quiere. Pero no un «querer» como al principio, sino un amor más pausado, más maduro… bueno, ya te lo he dicho todo. Y si no me quieren, Lorena, ya sabes que huyo, me voy. No quiero seguir ahí.

Las dos permanecieron en silencio un largo rato mientras los niños marcaban el ritmo del recorrido. Diego se giró.

—¡Mamá! ¡Mamá! En este zoo ¿no se duchan nunca los animales?

—Claro que sí, Diego, hay cuidadores y procuran que estén siempre limpios.

—Pues se han olvidado de las cebras...

Lorena suelta una carcajada y con cariño, coge a su sobrino en brazos, casi no puede con él. Diego se agarra fuerte a ella para que no lo suelte.

—¿Por qué se han olvidado de las cebras, Dieguín? —le pregunta.

—¡Porque no se le han borrado las rayas! El otro día, en clase, estaba pintando una cebra y con las lágrimas, las rayas se fueron. Se quedó casi negra entera...

Marta lo mira preocupada. Ha sido muy gracioso, pero ¿las lágrimas? Diego es un poco llorón, quizá por ser el pequeño, pero no solía dar rienda suelta a sus berrinches en el colegio.

—¿Por qué llorabas en clase, Diego?

—Ahh. —Y mete la cabeza en el cuello de su tía. No contesta.

—¿Por qué, Diego? Dímelo, porfa.

—Es que... —empieza a decir el niño, que es fácil de convencer —... es que el otro Diego que hay en mi clase, que no soy yo, que hay otro que se llama igual —aclara a su tía—, el otro Diego me dijo que si mi padre no dormía en casa era porque mis padres se habían divorciado. ¿A que no, mamá?

Demasiado pronto. Marta no esperaba tener ya que contestar este

tipo de cuestiones. Pero nada de esto se puede planificar. Hay que reaccionar. Se han ido acercando a los otros dos y Alberto sigue entusiasmado con las cebras, pero Álvaro, que ha oído a su hermano, mira a su madre fijamente.

—Eso no siempre es así —la ayuda Lorena—. Hay papás que trabajan fuera, incluso en el extranjero y no por eso están divorciados de las mamás. O al revés: mamás que están fuera por trabajo y papás que no viajan. Pero también es verdad que hay otras veces que sí es así. Que deciden que es mejor no vivir juntos, pero siempre tendrán en cuenta a sus hijos. Los querrán igual o incluso más porque no los ven tanto como les gustaría.

Diego se conforma con la respuesta. Le dirá al otro Diego que su padre trabaja en el extranjero. Sin embargo, Álvaro sigue mirando a su madre. La respuesta de su tía no le ha convencido.

—¿Y papá está trabajando fuera de Madrid?

Marta lo coge por el hombro y comienza a caminar con él. Lorena capta la situación y entretiene a los otros dos con más bromas sobre las cebras.

—¿Por qué lo dices, Álvaro? Ya te dije que papá tenía que trabajar fuera de Madrid...

—Pero vino el fin de semana y tú te fuiste a casa de la abuela...

—Álvaro, eres el mayor y ya tienes doce años. Creo que puedo confiar en ti. No quiero que asustes demasiado a tus hermanos. Papá y yo nos estamos dando un tiempo. Estamos haciendo una prueba para ver si, separados, nos llevamos mejor.

—O sea, que sí. Que os estáis separando...

—Puede ser y sé que es duro para vosotros, pero ¿qué prefieres? ¿Que estemos juntos pero enfadados? Quizá... quizá al estar separados, estemos todos más contentos y paséis más buenos momentos con cada uno de nosotros que cuando estamos juntos.

—Es verdad que siempre termináis discutiendo o enfadados...

—Por eso te lo digo. No quiero que hagas como si no pasara nada. Háblame. Observa tú también cuándo estamos mejor, si juntos o separados, ¿vale? Sabes que siempre vamos a estar ahí cuando nos necesites.

—¿Podré decírselo a mis amigos? —dice el niño pensando que sería el tercero de sus amigos con sus padres también separados. Incluso Clara tiene una hermanita que no es de su padre.

—Pues... lo que tú quieras. No es algo de lo que te deba dar vergüenza. Si quieres contárselo, no veo por qué no. Y también puedes hablarlo con papá.

El niño se queda pensando. No cree que lo pueda hablar con su padre. ¡Siempre está tan liado!

—Mamá, y... ¿tendremos más hermanos?

—Yo no, te lo aseguro. Para mí vosotros ¡valéis por nueve! —le dice sonriendo—. Me preguntarás lo que quieras y si estás triste, también, ¿me lo prometes?

—Te lo prometooo.

Y corre hacia sus hermanos, los quiere llevar a ver a los leones.

Un poco más tarde, sentadas en el restaurante donde han comido unas pizzas, Marta pregunta a Lorena:

—¿Y tú? ¿Qué me tenías que contar?

—¡Uf! Al lado de lo tuyo, lo mío es una tontería.

—Venga ya. Es «Lo Tuyo» y eso ya no me resulta tontería.

—Pues... he conocido a alguien. En realidad, llevamos seis meses.

—¿Sííí? ¿Y me entero ahora? —dice poniendo cara de enfadada —. ¿Cómo es? Cuéntame.

—Es superbromista, ingenioso, muy gracioso. Nos reímos mucho. También me gusta físicamente. Es mono, aunque... no sé si será más alto que yo.

Marta la mira muy sorprendida

—No te entiendo. ¿Es que va en silla de ruedas?

—Nooo, jaja, pobre, no. No me refiero a eso. Es que me da un poco de vergüenza... ¡A mi edad!

Lorena es bastante más joven que Miguel y Marta. El típico hijo que viene a destiempo, sorpresa, y que es recibido por sus hermanos mayores como un juguete, una diversión para todos y alguien al que proteger. Cuando ella nació, Miguel tenía la edad de Álvaro.

—Entonces, ¿qué? Me estás despistando...

—¡Lo he conocido por Instagram! —dice, divertida, esperando la reacción de Marta.

—¿Cómooo?

—Él tiene una cuenta muy graciosa. Se dedica a hacer vídeos parodiando situaciones de la vida. A veces, también se ríe de cosas que encuentra por otras cuentas, de los influencers. ¡Tiene un montón de seguidores! Creo que la última vez que me fijé, tenía más de cien mil. Bueno, pues yo comentaba algunos de sus vídeos, me reía y un día me contestó y me dijo algo muy gracioso. Yo le seguí la broma y poco a poco empezamos a hablar cada vez más. ¡Y así hasta ahora! Y el próximo finde me voy a Valencia a conocerlo. Bueno, a conocerlo en persona porque ya lo conozco y mucho.

Marta la mira perpleja ¡Vaya historia!

—¡No me lo puedo creer! ¿Sabe que vas?

—Claro, me lo ha dicho mil veces. Pero me voy a un hotel. No vaya a ser que, en directo, la cosa cambie...

—¿Por qué no ha venido él? Si tantas ganas tiene de que vayas, podía haber venido él —desconfía Marta.

—Lo tiene un poco crudo... Es padre soltero, ¿sabes? Tiene una

niña de cuatro años. Eso me lo contó, jamás la saca en su Instagram. La madre se fue a Colombia y nunca más se supo. ¡La niña tenía tres meses!

—Estoy muy sorprendida, pero te veo tan ilusionada… nunca te había visto así.

—Es que lo estoy. Creo que esta vez va más en serio. ¡Toco madera! —dice poniendo los dedos sobre la mesa.

—Pues Lorena, por favor, no te pierdas. Me informas diariamente, me mandas fotos, me dices la ubicación del hotel… ¡Todo! Pero lo más importante: ¡disfruta! Vive ese encuentro a tope.

—No sabes los nervios que tengo.

Ya es de noche cuando salen del parque. Lo han pasado muy bien y los niños han podido disfrutar de su madre y de su querida tía. Marta observa a Álvaro. Parece que está contento y relajado. Estará pendiente de él estos días. Bueno, siempre. Y de Alberto y Diego, pero su primogénito tiene más conocimiento y quiere que todo esto le afecte lo mínimo. Y ha sido un gusto poder hablar con Lorena. Tiene que apuntarse en su agenda que el próximo fin de semana la llamará si ella no lo hace. Efectivamente, la siente como su hermana.

—Lorena, nada cambiará entre nosotras, ¿verdad? —le dice cogiéndola de nuevo del brazo—. Vas a seguir siendo mi hermana pequeña, ¿no? Aunque nunca volvamos a estar juntos Miguel y yo…

—Y aunque te vuelvas a casar. Yo ya no te dejo escapar.

Ambas se miran, se ríen y se abrazan mientras se dan sonoros besos. A los pequeños aquello les gusta y las rodean con un corro de abrazos.

17

Dudas

Son las doce de la noche y siguen pasando los días de incertidumbre. O peor, de miedos, de ideas preconcebidas, de dudas. Umar está en la terraza, tumbado en su hamaca, mirando las estrellas. No sabe qué hacer. Piensa en todo lo que le dijo Shirin, y cree que tiene razón, que es hora de dar un paso, pero lo de esta tarde lo ha desconcertado más aún. Justo cuando había terminado de recoger la basura y se dirigía a la garita para saludar al conserje de la noche, lo había visto. Esa escena no la podía asimilar. ¿Qué estaba pasando?

Lo que preocupaba y no le dejaba ni irse a la cama era haber visto a Marta abrazada a otro hombre que no era su marido. Y no era un abrazo entre amigos «normales», como los que había visto a Shirin darse con los suyos. Era un gran abrazo, profundo, y largo. Muy largo. Tan largo que ni reparó en la llegada del portero del turno de noche. No podía dejar de mirar allí donde Marta se abrazaba con otro. Las ramas del árbol, que se movían al compás de la brisa, le impedían ver toda la escena. Hubiera jurado que se besaban. Más de una vez. No distinguía bien dónde. Eso fue lo peor. Los pensamientos amargos que surgieron después de lo del baño volvieron a la carga. Había pensado lo fácil que había sido para ella decirle a su marido, después de tantos años juntos, que se fuera de casa. Y, ahora, veía que también tenía capacidad de ir besando por ahí. A él, el primero. Bueno, ¡a saber! Lo mismo no fue el primero y por lo que estaba viendo, tampoco el último. Notó que se derrumbaba, un agujero empezaba a crecer en su estómago. Y, además, ¿qué podría exigirle? ¡No eran nada! A pesar de los besos y de lo que él le había dicho y ella insinuado, no eran «nada». Le hubiera gustado poder correr e interrumpir la escena, que se la explicara, pero sabía que no tenía ningún derecho. Estaba siendo muy doloroso. ¿Realmente le merecía la pena?

Ella tenía que definirse, decirle, por ejemplo, «Umar, lo nuestro no era real, fue algo pasajero que se me cruzó por la cabeza porque tenía muchos problemas». Así sabría a qué atenerse. Bueno, no estaría bien oírlo. Estaría muy mal, pero, al menos, acabaría con esa

pesadilla. La incertidumbre lo estaba matando. Había decidido arriesgarse, intentarlo con ella si le daba vía libre, sabiendo que había pocas posibilidades de que dijera que sí, o que podría cansarse pronto, justo cuando Umar estuviera más enganchado. A pesar de todo, había decidido arriesgarse. Asumir las consecuencias. La caída sería más grande, lo sabía, pero como decía Shirin, al menos, lo habría intentado. El silencio de Marta en todo ese tiempo y, ahora, verla abrazada a ese otro hombre ponían en riesgo su determinación de lanzarse a por todas, de mover ficha.

Los minutos pasaban y Umar estaba cada vez más desesperado. Se sirvió un whisky que tenía reservado para ocasiones especiales y con el vaso en la mano volvió a la tumbona. Bebió un largo trago, cogió el teléfono. Abrió el WhatsApp de Marta. Se obligó a hacerlo. Así podrían despejarse las tormentas de dudas que le acechaban.

«Hola, ¿duermes?».

A lo tonto, ya era casi la una de la mañana. Probablemente contestaría al día siguiente.

«Hola, Umar, estoy en la cama, pero no duermo. ¿Qué tal?».

Se sorprendió con el sonido del mensaje. Escribió varias respuestas: «¿Tú qué crees?»; «Estoy mal, muy mal»; «Seguro que no tan bien como tú». Borró todo y escribió:

«¿Puedo llamarte? Ya sé que es tarde».

Pasa un minuto, dos, cinco, ya ni los cuenta. Otro mensaje.

«Perdona, tenía el móvil en silencio para no despertar a los niños. Llámame».

Umar se quedó mirando la pantalla. Él había empezado esto y tenía que terminarlo, aunque las ganas de huir habían vuelto. Marcó su número y esperó.

—Hola —respondió Marta con la voz algo amodorrada.

—Perdona…

—¿Por?

—Es muy tarde.

—No importa, no podía dormir. Llevo varios días durmiendo mal.

—Yo también.

—Y yo sería la que tendría que pedirte perdón…

—¿Por qué? —temió Umar. ¿Sería ahora cuando le diría que lo de ellos era un error? ¿Una situación provocada única y exclusivamente por el momento por el que estaba pasando Marta?

—He estado perdida, Umar, te he evitado.

—Lo sé, lo he notado. Y lo he sentido.

—Tu voz, Umar… —dijo cambiando bruscamente de tema —, es tan…

—Tan ¿qué? —Ahora que lo pensaba, era la primera vez que se oían por teléfono, pero para él no era tan distinto a como la oía una y

otra vez en su cabeza.

—Tan grave, tan intensa… me gusta.

«Eso no vale», pensó Umar. No podía permitir que siguiera hablando de su voz. Tenían que abordar otro tema. Si la dejara ir por ahí, si la dejara decir palabras que iban a emocionarle, excitarle, y hacerle perder la cordura, no iba a poder hablar de lo que quería. Prefirió no contestar.

—Marta… necesito que me digas. Te he prometido esperar, ya te lo he dicho varias veces, pero… no sé si estoy esperando en balde.

—Lo sé, Umar…

—Déjame que te diga un poco más, ahora que me he sentido con fuerzas para hacerlo. Me cuesta mucho, ya lo sabes. Marta, no tengo donde agarrarme, no tengo experiencias que me ayuden… A veces me siento como un ciego caminando por una calle llena de obstáculos, y sin bastón que me guíe. No sé nada del amor. Y hay algo más: aunque lleve aquí un tiempo, sigo viendo muchas diferencias entre tu cultura y la mía. Y esas diferencias pueden ser irreconciliables. —Umar notó que ella cogía aire para replicarle, pero no la dejó hablar—. No creas que no me doy cuenta. No solo es por tu separación, de la que no me has querido contar nada, es también que sé quién soy y dónde estoy. Marta, soy el portero de tu casa. Soy iraní. Nada más lejos a ti. Solo necesito saber una cosa. ¿Merece la pena que siga esperando?

—Ya sé quién eres, lo que eres. No…

—No quiero que me contestes ahora, ya lo harás cuando lo hayas pensado bien. Si me dices que no, lo entenderé, me dolerá, mucho, quizá siempre, pero lo entenderé. Lo que no puedo es no saberlo… Es un auténtico tormento.

—Tienes que entender mi confusión —dijo Marta aprovechando la pequeña pausa de Umar.

—Y la entiendo. No quiero cargarte de responsabilidades conmigo. No quiero ser otra «cosa» que te preocupe y que te haga ser cuidadosa conmigo. Pero… necesito que me orientes, necesito que me digas las verdades a la cara. No sé bien cómo funcionáis aquí… ¿Cuánto tiempo llevas casada, Marta?

—¿Eso a qué viene ahora? —preguntó realmente desconcertada, y sin ganas, contestó—: dieciocho años, íbamos a hacer dieciocho…

—Son muchos años. En mi país, no son habituales las separaciones. Y cuando ocurren, son por causas muy graves.

—Sigo sin saber qué me quieres decir con eso ahora… Umar, ¿crees que eres la causa de mi separación? ¿Crees que me he separado porque me ha dado el pronto, porque me he quedado colgada de mi portero? —«¡Eso es el colmo! Si Umar también cree que me he separado por él… ¿cómo podré justificarlo ante todos los demás?».

—No. No lo pienso. No soy tan ingenuo. Aunque si te soy sincero,

creo que he podido ayudar a que dieras el paso… pero, aun así, no me interesa ese tema. No voy por ahí. Eso ha sido una decisión tuya, puede que viniera de lejos. Me interesa saber qué importancia le das a lo nuestro, si podemos hablar de «lo nuestro». Qué importancia me das a mí…

—Estás preguntándome si juego contigo, ¿no? —preguntó, un poco molesta, aunque en su fuero interno sabía que podía tener razón —. Déjame hacerte yo a ti una pregunta: cuando te decides a apostar por algo, y ese algo es una relación, ¿es un juego? Solo se apuesta en los juegos, ¿no? Yo también pienso, Umar, también valoro y también me estoy rompiendo la cabeza. No es fácil, no es bueno, duele…

—Me encantaría que subieras y que lo habláramos cara a cara. Se está tan bien en mi azotea… Marta, no sé cómo expresarlo, quizá me faltan palabras, no tengo experiencia… Yo solo necesito saber lo que te he dicho. Si sigo esperando. Y si espero, ¿para qué sería? ¿Solo para una diversión más? ¿Unos besos escondidos o, quizá, algo más…? ¿Solo sexo, Marta? El sexo está muy bien, pero yo no quiero solo eso. Del sexo te terminas cansando. Es fácil dejarlo sin más. Sin llevar los dieciocho años que llevas con tu marido, sin ese compromiso, sin hijos en común, la decisión sería aún más fácil, la decisión de dejarlo. —Se calló. Otra vez que no había contado hasta diez.

No era eso lo que le quería decir. No solo le estaba pidiendo que le dijera que sí, que siguiera esperando. Le pedía, además, que no lo desechara tras probarlo, y eso no era lo que quería ni le parecía bien. Tenía que aclararlo.

—Marta, perdóname otra vez, no es eso. —Su voz sonaba tan triste, tan perdida, que la conmovió, y pensó en subir a la azotea, hablarlo cara a cara, consolarlo, pero Umar continuó—, borra, por favor, esto último que te he dicho. No era lo que quería decirte. Por favor, dime si me explico bien. Quiero saber si tengo una oportunidad. No quiero saber si esa oportunidad durará una noche, dos o un mes. Solo si me consideras como posibilidad… Marta, hoy he visto cómo te abrazabas a otro… No era tu marido… No sé qué pensar…

Pasaron unos segundos. ¿Abrazando a otro? ¿Pero qué estaba diciendo? Marta sentía su desesperación, su pena, y lo lamentaba mucho. El dolor de Umar le dolía. Empezaba a entender lo que le quería decir. Umar quería saber si era alguien para ella, si lo consideraba en serio, si se atrevería a empezar algo con alguien tan fuera de su entorno. Ahora ya sabía con quién la había visto abrazada y comprendía más los miedos y las dudas de Umar. «Le estoy pidiendo tiempo y se encuentra con que lo evito y con que abrazo a otro… ¿Cómo va a saber que abrazaba a Marco?». Necesitaba una respuesta. Necesitaba saber si merecería la pena la espera, si era algo más que una fantasía, una locura o un capricho de niña mimada y algo

necesitada de sexo.

Marta se había pasado los últimos días hablando con sus amigas. Recopilando opiniones. Quería saber lo que pensaban unas y otras, sobre todo, las más estrictas, las que rara vez se dejaban llevar por sus pasiones. Confiaba en ellas, en las de verdad, aunque también le preocupaba el lugar en el que dejaba a Miguel al contarlo todo.

Con Lola no había hablado en persona, solo por teléfono. Sabía lo que opinaba. Lola creía que hay que vivir, hay que disfrutar de las experiencias, no dejarlas escapar. También le había dicho que existía una condición en todo su punto de vista: hacer el menos daño posible. Ser siempre claros e ir de frente. Lola le volvió a decir que lo sentía, de verdad, por Miguel, pero que era algo que tenía muchas posibilidades de pasar.

—No te ha cuidado nada, ratón —le decía.

Sabía que Candela sería la más dura. La que la juzgaría más e intentaría convencerla. Pero no podía eludirla. Recordaba la conversación que tuvieron, sentadas en el parque, viendo a los niños jugar.

—No dudo de que le habrás dado muchas vueltas, Marta —le dijo —, pero dudo de que puedas soportar bien estar sola. La soledad es muy dura.

—¿Y crees que una razón de peso para no separarte de alguien del que ya no estás enamorada es no quedarte sola? —le replicó—. En serio, Candela. No lo veo. Ni siquiera lo veo ético. Me parece tremendamente egoísta quedarte con alguien para no estar solo. Además, a veces, me he sentido muy sola estando con él. Sois vosotras, mis amigas, quienes me habéis salvado de esa soledad.

—Ya, pero tus amigas tenemos nuestras vidas. No nos vamos a poder ir contigo de vacaciones, ni acompañarte al médico...

—Te recuerdo que, en vacaciones, apenas veo a Miguel, todo el día jugando al golf y sin pisar la playa. Y en cuanto al médico, ¡no me hagas reír! ¿Cuándo me ha acompañado? Solo cuando estaba embarazada de Álvaro y en los partos, eso sí. Pero nunca más. Ni proponerlo siquiera.

—Me sorprendes —se rindió Candela, sin encontrar más argumentos—. Parece que no te conocía del todo... Por otro lado, también te mereces ser feliz, estar a gusto contigo misma. ¿Piensas estar abierta a todo, a encontrar a alguien? A mí me daría una pereza que me moriría solo en el intento...

—A veces, ese «alguien» te encuentra, no lo buscas... Candela la miró con sospecha.

—¿Quieres contarme algo? Eso ha sonado muy misterioso...

—No, no quiero contarte nada de eso.

—«Eso»... —dedujo Candela—, «eso» lo has llamado. Hay algo.

Dime, venga, no te hagas de rogar...

—No me hago de rogar, creo que no estoy preparada y... tú tampoco.

—Creía que confiabas en mí. —Candela recurrió al chantaje emocional—. Seguro que a Lola sí se lo has contado.

—Pues la verdad es que sí...

—¡No me hagas esto, Marta! ¡Cuéntamelo! Pero... ¿tan rápido has conocido a alguien o... ya lo conocías antes de dejar a Miguel?

—¿Ves? Por eso no quiero contártelo. Porque estoy aún muy floja para llevarme reprimendas, para que me juzgues...

—Tienes, razón, perdona. —Aunque a Candela le podían las ganas de saber—. Prometo que no te juzgaré, que pensaré solo en ti, en cómo estarás viviendo esto. Pero ¡cuéntame un poco!

—Inténtalo, de veras. Solo te voy a pedir que me respondas a algo. Imagínate que Miguel no existe o imagina que es agua pasada, algo que ocurrió hace mucho tiempo. Imagina que no hay nada entre nosotros, (que, por otro lado, no está tan lejos de la realidad). Bueno, imagina todo lo que te he dicho y ahora piensa: ¿qué me dirías si saliera con alguien que no tuviera absolutamente nada que ver con lo que me rodea? Que no fuera de mi trabajo, no fuera amigo de mis amigos, que estuviera fuera totalmente de mi entorno, no tuviera ni mi edad. Alguien que fuera el día y la noche con respecto a Miguel o a mis anteriores novios que tú bien conoces. Alguien que no hablara bien mi idioma, que socialmente no lo admitieras... ¿qué me dirías?

Candela reprimió las ganas de contestarle, parecería que estaba en plena crisis de los cuarenta, pero había prometido ser asertiva. Dudó qué responder.

—Ese «alguien» ¿tiene posibilidades de hacerte feliz?

—Eso es muy difícil de responder, Cande. ¿Quién sabe de antemano cómo será la cosa cuando la emoción del principio se desvanece? ¿Cuando se superan los obstáculos? Creo que nadie puede decirlo. Pero has respondido con una pregunta... eso no vale.

—Es que es una pregunta decisiva, pero... bueno... quizá si no pruebas, no sabrás si lo que es aparentemente opuesto a tu vida puede compensarte... lo cierto es que nada te impide ahora probar, ver si ese es tu camino. Sí, Marta, te diría que probases, aunque también creo que los polos tan opuestos no se atraen tanto y a veces no encajan del todo. Pero es necesario que lo compruebes por ti misma. En principio, no apostaría ni un duro por una relación con el misterioso hombre que te has sacado de otro planeta, pero sí te digo que lo intentes. A ver qué pasa.

—Curioso... muy parecido a lo que me ha dicho Lola, aunque de otra forma.

—¡Vaya! No me compares, por favor, ¡somos totalmente distintas!

—No, no te comparo. Solo pienso en las coincidencias. Gracias, Candela. Me has ayudado mucho. Pensaba que pondrías el grito en el cielo y no ha sido para tanto.

—Dame las gracias contándome más sobre el extraterrestre.

—No —dijo, tajante, Marta—. Te lo contaré cuando me decida. Entonces sí.

Con Lucía había sido muy distinto. Ella pensaba más, meditaba en silencio. No era tan impulsiva ni tenía ideas tan preconcebidas como Candela. A Lucía sí le dio detalles de Umar, de todo lo que le rodeaba y no pudo evitar sorprenderse.

—¡Vaya! ¡Él está jugando con fuego!

—¿Por? Más lo estaría haciendo yo, ¿no?

—No. Él puede perderlo todo. Imagina que se enteran los vecinos. Pueden echarlo a la calle...

—¿De verdad lo crees? ¿Crees que una persona no puede enamorarse de quien quiera? ¿Que tiene prohibido un cierto sector de la población por dedicarse a un trabajo en concreto?

—No digo eso. Fíjate en que hay trabajos en los que queda prohibido tener relaciones personales...

—Dime uno.

—Pues... no sé, ahora no se me ocurre, pero en las películas sí lo he visto. Pero bueno, eso no es lo importante. Él sabrá lo que se hace. Quiero ver tu punto de vista... Fíjate que me extrañó cómo me hablaste de él. No pude decírtelo a tiempo, pero lo vi en tus ojos. Te gusta de verdad, ¿no?

—Creo... creo que sí.

—Si pienso en aquel día, cuando te dije que me lo había encontrado y que me había parecido majo, y cómo te entusiasmaste tú, te diría que no puedes utilizar el «creo que...», sino que sí, que te gusta. Y ahora acabo de ver ese brillo en tus ojos. Sí. Te gusta mucho, Marta. ¿Por qué no intentarlo? Me parece bien. Lo único que quiero que tengas en cuenta es que puede que no sea fácil, ni mucho menos. ¡Pero nada! Tendrás momentos de arrepentimiento; otros en los que, incluso, te avergüences. Piensa si te quedan fuerzas después de lo de Miguel.

Marta se quedó pensando en sus palabras, cargadas de razón. No se lo dijo, pero creía que lo que su cuerpo le decía de Umar podía con todo. No podía quitarse sus besos de la cabeza. ¿Sería por lo arriesgado de la situación? Lo fuera o no, nunca había sentido nada igual. Las palabras de Lucía habían sido muy sabias e iba a tenerlas en cuenta.

Lucía la observó pensativa. Estaba segura de que su amiga ya lo había decidido o le quedaba poco para hacerlo: iba a darle una oportunidad. Sintió cierta envidia. ¡Los comienzos eran tan bonitos!

—Te voy a echar de menos este verano. Mucho. Me dejas sola rodeada de hombres, salvo mi hija...

—Y yo a ti, ya veré cómo lo hago. Puede que me escape unos días…

Umar necesitaba una respuesta. Marta notaba su angustia en el teléfono.

—Umar, a quien abrazaba era a mi hermano. Mi único hermano. Mi mellizo. Estamos muy muy unidos.

A Marco también le había hablado de Umar y, como cabía esperar, la había animado. A él nunca le importaba el qué dirán. Siempre hizo lo que le apetecía en cada momento. Había sido y era un espíritu libre. Pero le importaba su hermana y creía que necesitaba vivir, sentirse querida y explorar otros horizontes más allá de Miguel. Por eso aprobaba que lo intentara con Umar. De hecho, lo había examinado de lejos y le había gustado. Y lo que le contaba Marta también. Se merecían una oportunidad. Los dos.

La única que claramente se había opuesto había sido Ana. De hecho, no le ocultó su horror.

—Yo te quiero mucho, Marta —le explicó—, pero creo que vas a cometer un error garrafal y como amiga que te quiere, creo que te lo debo decir. Te has equivocado dejando a Miguel sin antes poner más de tu parte. Sin que pongáis de vuestra parte los dos, quiero decir. Deberías haberle propuesto ir a alguno de esos psicólogos de pareja. No rendirte tan rápido. Meter a un tercero ahora en tu vida es un error más grande aún. ¡No vas a salir de los brazos de uno y meterte en los de otro!

—Hace mucho que no estoy en los brazos de nadie... —acertó a decir Marta.

—Pero es que, además, no vas a tener nada que ver con él ¿Qué te va a poder aportar un portero?

Marta sabía que su amiga no le decía esas cosas para hacerle daño. La quería de verdad. También sabía que, sin mala intención, Ana temía perder lo que tenía. Ana miraba, en realidad, por ella misma, estaba siendo egoísta. No quería perder a Miguel ni, por supuesto, a Marta. Prefería que todo siguiera igual. Se aferraba a su vida, a su estabilidad y a lo que tenía. Negaba todo lo malo, prefería no saberlo, no conocerlo. Por eso intentaba hacerla recapacitar.

—¡Tu hermano! —dijo Umar avergonzado—. Tu hermano... —repitió —lo siento, pensé que...

—Ya, ya. No te disculpes. Imagino que a mí me hubiera pasado lo mismo. En realidad, me conoces poco. Nos conocemos poco. Sé... sé que me atraes mucho, pero no quiero que esto sea un capricho. Necesito estar segura. Necesito saber si hay algo más.

—Vale… pero…

—¿Que si sería capaz de empezar algo contigo cuando esté más segura? ¿A pesar de las diferencias que hay entre nosotros? Sí, Umar. Sería capaz. No te voy a prometer nada. No te voy a decir ni que será fácil ni para toda la vida. Eso no lo voy a prometer nunca más. Pero necesito más tiempo. Necesito ordenar las cosas…

La voz de Marta seguía sonando un poco ronca, algo lejana y, sin embargo, Umar la disfrutaba en cada letra, en cada sílaba, en cada tono. Eso no era un «no». Se lo estaba dejando claro. Podría seguir esperando, con ilusión y esperanza. Eso le tranquilizaba y le hacía un poco más feliz.

—Conozcámonos más —añadió—. Ya me has dado mi respuesta. Me quedo mucho más tranquilo, pero también quiero subir la apuesta, quiero que sepas cómo soy, quién soy. No quiero que creas que soy engreído, y que me ofrezco como el mejor regalo que puedas tener. Tienes razón. Nos conocemos poco, pero por alguna razón, yo ya sé lo que quiero. Lo tengo muy claro. Para ti, es más difícil. ¡Conozcámonos más! ¿Qué haces el próximo domingo? ¿Podríamos hacer algo juntos?

Marta lo había escuchado atentamente y le gustaba su humildad y su sinceridad. También apreciaba su lucha, no tiraba la toalla, iba a pelear por ella. Estaba de acuerdo, debían conocerse.

—¿El domingo que viene? Estoy con los niños…

—No importa. Me gusta la idea. Podríamos hacer algo juntos. ¿Crees que querrán? ¿Querrás tú?

—No sé, Umar… ¿no será precipitado? ¿No será extraño para ellos?

Quizás Umar estaba siendo cruel, o, sin ser demasiado consciente, la estaba poniendo a prueba. Pero ¿por qué no? Podría ser que los niños se extrañasen, aunque no solían reparar en detalles de la vida de los demás. Aún se acordaba de la anécdota que vivieron con Alberto, cuando tenía la edad de Diego, y no paraba de hablarles de su nuevo amigo del cole. Había llegado al colegio ese año y habían encajado a la perfección: Alberto hablaba de sus gustos, sus juegos en el patio, de las bromas que se hacían. Estaba tan entusiasmado que parecía su único amigo. Marta lo animó a invitarlo un día a casa, y a Alberto le faltó tiempo. Cuando lo vio desde el coche, sonrió asombrada. Alberto, que les había contado todo de su amigo, no había considerado necesario comentar que era negro, con una piel tan oscura que brillaba. Así que una salida con Umar podría no resultarles tan extraña.

—¿Qué se te ocurre? ¿Dónde podríamos ir?

—Pues a ver, déjame pensar. Se me ocurren muchas cosas que podemos hacer con ellos. —Y a Marta le gustó ese «podemos»—, sobre todo porque va a hacer bueno. ¿Qué te parece el pantano de San

Juan?

Marta sonrió. De un soplo, la tensa conversación del principio había perdido intensidad para convertirse en otra distendida y agradable. Le pareció la idea buena. Iría preparando a los niños, sobre todo, a Álvaro. Sería una prueba para todos.

—Marta, muchas gracias. Gracias por dejarte llamar, gracias por aclararme y gracias por darme seguridad. Es muy tarde y mañana trabajas. Solo te vuelvo a pedir que me digas lo que decidas. Tanto si es bueno como si no. Yo estaré esperando.

—Te lo prometo, Umar.

—Y ven una noche. Una noche tienes que ver las estrellas desde mi guarida. Eso me encantaría...

—Eso... eso aún no te lo prometo... Lo veremos. Buenas noches y... gracias a ti también, por esperar, por tu paciencia. Que hoy duermas muy bien. Yo creo que también lo haré. Buenas noches, Umar.

—Buenas noches, Marta, estoy deseando que llegue el domingo. Que descanses.

Marta miró el móvil. La pantalla se apagó suavemente y se quedó en penumbra en su habitación. Quiso recordar los besos de Umar para dormirse con una imagen agradable. Estaba segura de que lo conseguiría.

18

Conocerse

Umar tenía razón: se conocían poco. Habían tenido algunos encuentros en su casa, pero de otra índole; él haciendo pequeños arreglos y ella interesándose por su vida. Luego habían ido a comprar el radiador. Ahí sí habían salido de su entorno habitual. Y lo del parque. Y lo más tremendo: lo del baño. Pero no era suficiente. Ir con los niños de excursión no era exactamente lo que se esperaba de una pareja que empezara a conocerse, pero daría muchas pistas. Lo más difícil había sido convencer a Álvaro, que era el único que había hecho preguntas. Con los otros dos no hubo ningún problema.

Decidieron ir en el coche de Marta que, aunque no era muy grande, sí era bastante más nuevo que el de Umar y ya tenía instalada la sillita de Diego y el alzador de Alberto. Marta dejó que Umar condujera no sin antes advertirle mil veces que tuviera mucho cuidado, que llevaba dentro lo que más le importaba de su vida. Él se resistió un poco, pero Marta lo tenía muy claro: así los niños sabrían que era un amigo de confianza al que le podía dejar el coche. Y lo haría protagonista de su propuesta.

Umar se había aprendido perfectamente los nombres de los niños, ya lo sabía de antes, pero no quería equivocarse. Lo que más le preocupaba era la salida del garaje. Por eso les hizo esperar y bajó cuando ya estaban todos instalados. Se metió al coche de un salto y se volvió a saludar a los niños. No sabía bien cómo empezar.

—¡Hola! ¿Todo el mundo preparado?

—¡¡Síííí!! —respondieron al unísono Alberto y Diego. Álvaro se limitó a mirar por la ventanilla.

Umar se abrochó el cinturón, arrancó y rezó para no cruzarse con ningún vecino. Había tomado la precaución de ponerse una gorra con visera y unas gafas de sol, por si los veía alguien.

—Si te ponen una multa, me la pasas —susurró a Marta.

En un semáforo, conectó su móvil al bluetooth del coche para poner música. Subió el volumen para estimular el ambiente. Sonaba una canción muy antigua que los niños no conocían, pero que con

seguridad los animaría. Frankie Goes to Hollywood repetía una y otra vez, «Relax», y Alberto y Diego comenzaron a bailar de forma exagerada. Umar observó a Álvaro a través del retrovisor. Parecía que su ceño se había relajado y movía ligeramente la cabeza. Mejor. Miró de reojo a Marta. Estaba preciosa, una vez más. Con las gafas de sol, no podía ver sus ojos, pero sí su media sonrisa. Parecía contenta.

El pantano de San Juan solía estar a tope de gente, sobre todo, en domingo. Ya habían contado con que sería difícil aparcar. Los niños se impacientaron, pero lo consiguieron después de dar muchas vueltas.

—¿Qué queréis que hagamos primero? —les preguntó Umar.

—¡Bañarnos! —exclamó Alberto—. ¿Has traído los bañadores, mamá?

—No, está prohibido el baño, además todavía no es verano…

—¡¡Ohhh!! —se desilusionó el niño.

—Pero no te preocupes, Alberto, tengo preparada una sorpresa mejor que bañarse. Luego la veréis —le dijo Umar.

Álvaro lo miró con interés y se quedó intrigado. Quizá no había sido tan mala idea ir, después de todo. Los tres niños corrieron hacia la orilla. Empezaron a tirar piedras al agua. De cada siete piedras que tiraban los pequeños, Álvaro lanzaba solo una y con timidez. Marta y Umar fueron tras ellos, andando juntos, despacio. Umar la miró y sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Estás preocupada?

—Un poco, por Álvaro. Sé que se está haciendo preguntas.

Marta aún dudaba. Lo había hablado con Marco por teléfono. La había animado de forma rotunda.

—Vamos a ver, Marta. Si te lo hubiera propuesto yo, hubieras aceptado de la forma más normal. Pero también si hubiera sido, no sé, Juan Carlos, o Fernando, tus amigos de siempre de la facultad. Tómatelo así. Estás yendo de excursión con un amigo. Umar tiene razón: tienes que conocerlo más.

Umar intentó animar a Marta.

—Te prometo que no te besaré, no perderé la consciencia en ningún momento.

—¿Eso pasó? ¿Perdiste la consciencia?

—Bueno… no sé cómo lo recordarás tú… Lo he pensado muchísimas veces. Fue lo más bonito que me ha pasado en la vida, nunca había sentido tanto. Pero no soy capaz de saber cómo empezó, quién lo hizo.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Te arrepientes?

—¡Claro! Eso estuvo muy mal, no debimos correr ese riesgo tan grande. ¡Miguel estaba en casa…!

Umar la cogió suavemente del brazo para detenerla. Estaban a

punto de llegar donde los niños y no quería que le oyeran.

—¿Te arrepientes? No del cuándo ni del dónde. Solo te pregunto por los besos…

Marta bajó la cabeza. Era consciente de que se había ruborizado. Se sintió un poco nerviosa.

—No… de eso no. Hubiera preferido que pasara en otro lado y después de... —«Después de que se fuera Miguel», pero no quería volver a nombrarlo—. Desde entonces me pregunto si hubiera sentido lo mismo de haber sido en otro sitio. Fue muy muy fuerte. Muy excitante. —Y lo miró al decir esto último. Notó que Umar se alteraba. Esa mirada… La atravesaba. Él se llevó una mano al pecho para calmar su corazón. Rugió. A duras penas, contuvo su excitación.

—¡Ufff! ¡Ufff! Mejor cambiamos de tema —murmuró, sofocado.

Se acercó a la orilla, cogió una piedra y la tiró al agua imitando a los niños. Su piedra dio muchísimos rebotes.

—¡¡Halaaa!! —exclamaron—. ¡Hazlo otra vez! A ver cuántos saltos das.

Umar lanzó una piedra tras otra. Los niños iban contando.

—¡ …doce, trece y catorce! ¡Otra vez!

Alberto y Diego seguían intentándolo, pero Álvaro ya no participaba. Umar se acercó a él.

—Seguro que a ti se te da bien. Eres mayor. ¿No quieres probar?

—Ya lo he hecho —dijo, algo cortante—, y no ha salido.

—Quizá no tenías la piedra adecuada. Mira. —Se agachó y cogió una muy plana—. Esta es estupenda. Ahora tienes que cogerla así, ¿ves? Y cuando la vayas a tirar, en el último momento, haces un giro de muñeca. ¿Pruebas?

Desganado, Álvaro cogió la piedra. Intentó imitar la forma que le indicaba Umar, mientras este cogía otra para hacerlo a la vez. El niño la lanzó. Cinco botes. Su piedra dio cinco botes. Se había superado. Umar no lanzó la suya. Escogió otra para Álvaro y este la aceptó. Corrigieron la forma. Lo volvió a intentar. ¡Siete! Sus hermanos lo miraban admirados. Rodearon a Umar y se colgaron de sus brazos.

—¡Ahora a mí! ¡Ahora a mí! ¡Enséñame!

—Vale, os enseño. Pero Álvaro es mayor, se le dará mejor.

El niño sonrió brevemente y siguió intentándolo. Cada vez conseguía que la piedra diera más y más botes. Marta también sonreía mirando la escena. Todo era fácil con Umar. Puede que se esforzara para que las cosas salieran bien, pero el esfuerzo también era valioso. Pensaba que, si el interés que tenía Umar por ella solo fuera pasional, si solo quisiera vivir una aventura o un polvo de una noche, no se esforzaría ni se molestaría en ir de excursión con sus hijos. Tomaba nota.

—Bueno, ¿no queréis saber cuál es mi sorpresa?

Los niños exclamaron que sí, e incluso Álvaro se mostró interesado.

—¡Vamos!

Se dirigieron al embarcadero. Umar se adelantó para hablar con un hombre joven que parecía estar al cargo. Marta y los niños esperaban un poco apartados. Vieron que los dos hombres se dirigían a una lancha. El encargado parecía darle instrucciones, mientras Umar atendía y asentía con la cabeza. Después sacó de su cartera unos cuantos billetes y se los dio. Se volvió hacia ellos cuatro, gritando:

—¿Nos damos un paseo?

Esta vez, los tres niños asintieron entusiasmados. Se subieron en la lancha y el encargado les entregó los salvavidas, obligatorios para una lancha de ese tamaño. Umar se subió de un salto a la lancha y sonrió ante el asombro de los niños. Tocaban todo, las palancas, los asientos y se movían nerviosos. Umar le ofreció la mano a Marta para que subiera, pero ella la rechazó con una sonrisa. No quería que la viera frágil. Ya estaban todos. Los adultos supervisaron que los niños estuvieran bien sentados y agarrados a los anclajes.

—Tenéis que sujetaros bien, ¡vamos a correr!

—¡¡¡Sííí, por favor!!! ¡Corre mucho!

Marta se preguntaba dónde habría aprendido a navegar Umar. No era muy difícil ni el pantano guardaba sorpresas, pero le sorprendió que pareciera tan acostumbrado. Les prevenía cuando aumentaba la velocidad y, sobre todo, cuando hacía un giro cerrado, provocando que saltara el agua por todos lados, mojándolos. Los niños estaban disfrutando. Álvaro también, como sus hermanos e incluso, en una ocasión, se dirigió a Umar para pedirle que fuera haciendo eses por las boyas que delimitaban una zona. Umar lo hizo a la perfección. Quería complacerle.

Estuvieron más de una hora recorriendo el pantano. Se habían saludado con otras barcas y con una, también llena de niños, habían empezado una guerra de agua en la que habían participado todos, incluso Marta y Umar, riéndose y echando agua indistintamente a la otra lancha, a los niños y entre ellos. Habían pasado un rato estupendo.

—Tendréis hambre, ¿no? —preguntó Umar al dejar la barca en el embarcadero. Claro que tenían hambre. Los gritos lo demostraban. Sobre todo, Alberto, cuya afición principal era comer.

—Estará todo imposible… —se lamentó Marta. Era lo malo de Madrid: cualquier plan que organizaras, lo habían pensado cientos de personas a la vez.

—Sí, lo estará, menos una mesa. He reservado allí —dijo Umar, señalando un edificio de piedra y madera, cuya terraza estaba repleta de mesas ocupadas.

—¡Has pensado en todo! ¡Gracias, Umar! ¿Eres siempre tan fantástico o es solo que quieres impresionarme y que me decida? —le preguntó Marta en tono bajo.

—Lo soy, lo soy… no me esfuerzo lo más mínimo. Es mi naturaleza. Así de maravilloso soy. ¿Quién enseñaría los defectos del producto al cliente que se interesa por él?

—Jaja, pero no estaría bien comprar algo, que luego estuviera defectuoso y no me hubiera dado cuenta en la tienda…

—No pasa nada. Tienes quince días para cambiarlo. Sin coste. Pero por ser tú, te lo dejaremos en un mes de prueba. Luego lo devuelves si no te convence.

Marta le dedicó una amplia sonrisa. Le gustaba. Le gustaba mucho. Le habría encantado besarle en ese momento. Era lo que le pedía el cuerpo, pero no podía ser. Se contuvo. Lo tomó por el brazo, se conformó con eso y no quiso disimular. Quería que los niños lo vieran, que poco a poco fueran entendiendo que eran amigos. Prepararlos para lo que pudieran ser después. Umar agradeció el gesto, la miró y le apretó fuerte la mano, pero solo un momento. También se conformaba con eso.

Después de comer, Umar había planificado hacer una pequeña ruta que no les llevaría más de una hora y que ayudaría a bajar la copiosa comida. Habían pedido carne a la brasa y Umar había devorado tanto como los niños. En un momento se dio cuenta de que Marta lo miraba inquisitivamente.

—¿Qué? —le dijo, apartando de su boca el trozo de chuleta que tenía a la mitad.

—¿Ya no te importa pecar? Es cerdo.

Umar miró su trozo con una cómica cara de terror, haciendo como si luchase con la chuleta.

—¡Nooo! —exclamó, siguiendo con la parodia—. ¡Aléjate de mí, Satanás!

Los niños, al ver su cara y aspavientos, comenzaron a reír sin saber muy bien por qué. Diego empezó a imitarlo mientras daba grandes bocados a su trozo:

—¡No! ¡No me comerás, cerdo! ¡Antes lo haré yo a ti!

—Si no quieres, me das tu trozo, Umar —apuntó Alberto.

—Es que no te dejan comer cerdo, ¿no, Umar? —preguntó Álvaro al que algo le sonaba de la clase de religión.

—Bueno —aclaró Umar sin dejar de sonreír—, si yo fuera muy muy religioso, no podría, pero como no lo soy, ¡estoy salvado! —Y de un bocado se terminó el resto de chuleta.

Marta soltó una carcajada. Umar volvió a pensar que era el sonido más dulce que jamás había oído.

—Pero eso sí: ahora nos pondremos todos a rezar un rato en

dirección a la Meca.

Los niños no entendieron y Marta lo miró con cierta desconfianza, pero en seguida se dio cuenta, por el guiño que le hizo, de que era otra broma. «Está muy guapo», pensó, «y más con esa gorra».

El paseo cansó tanto a los niños que pidieron un descanso. Se sentaron cerca del pantano; Umar y Marta sobre una roca desde donde los podían ver jugando, más cerca del agua.

—¿En qué trabajas? —preguntó Umar. Él también quería conocer más cosas de ella.

—En un banco, llevo ocho años ya.

—O sea, banquera...

—Ja, ja, ja, no, no es eso. Estoy en el departamento jurídico. Estudié Derecho y me ha venido bien para lo que hago.

—¿Te gusta? No tienes toda la jornada, ¿no? —volvió a preguntar Umar. La había visto llegar siempre sobre las tres de la tarde, así que no podía tener la jornada completa.

—No. Cuando nació Diego, me pedí media jornada. Solo trabajo cuatro horas al día, pero estoy feliz con esa opción. Me gusta mi trabajo, me gustan más aún mis compañeros y me gusta tener tiempo para los niños.

—Eso está genial. Es una ventaja que puedas dedicarte a lo que te guste y si te compensa el horario, pues mucho mejor.

—Bueno... compensa, pero también tienes mucha carga con los niños. ¡Apenas tengo tiempo para mí! Y en cuanto a lo económico... ahora se pondrán las cosas más difíciles, imagino.

Umar prefirió no comentar nada.

—Y tienes un hermano... ¡menos mal que era tu hermano! Me pareció que sería muy difícil tener que pelear también contra él. ¡No podría con dos! ¿Tienes más hermanos?

—No, solo él. Pero no, no tendrás que pelear contra él ni contra nadie...

Umar agachó la cabeza. No lo tenía tan claro como ella, pero tampoco dijo nada. Ella lo notó.

—Umar, en serio. Miguel es una persona civilizada. No vas a tener que pelear con él.

—Bueno, tienes razón. Mejor no pensar en eso. Además, aún no has comprado el producto...

Marta le sonrió y le preguntó por su familia. Umar empezó por sus hermanas y hermano: Daría, Istar, Roxana y Faruk, y le fue contando detalles de cada uno, cómo eran, con quiénes se habían casado y los niños que tenían. Le dijo que su hermano tenía gemelos y que eran los primeros de la familia. Marta le comentó que ella se había librado de tenerlos, pero su hermano no. También le habló de su madre y de cómo era su padre, fallecido hacía ya muchos años. Y de

Marco y de la complicidad que tenían. Marta también se interesó por la vida en su ciudad, en su país y por las principales diferencias que veía con respecto a España. Él se explayó en detalles que a Marta le encantaron. No se dieron cuenta, pero llevaban sin parar de hablar más de una hora. Los niños habían conseguido entretenerse haciendo una especie de balsa con palos que habían encontrado por ahí. Álvaro no, estaba enredado con su móvil cerca de ellos. Podría haber escuchado algo, pero no importaba. No habían hablado de nada que no pudiera oír.

—Entonces, este verano por fin podrás verlos a todos, ¿no?

—Sí, cuento los días. Estoy muy emocionado. Menos mal que Manolo se toma las vacaciones en julio y no le importa dejarme agosto para viajar. Serán solo veinte días, pero tengo muchas ganas.

—Y volverás ¿no?

Umar la miró extrañado.

—¿Que si volveré? ¡Claro! No tengo intención ninguna de quedarme allí, aunque me pese no verlos más a menudo. ¿Por qué lo dices?

—No sé… vivir toda tu vida lejos de tu familia, tu país, de los tuyos, se me haría muy cuesta arriba. Unos años, vale, pero ¿toda la vida?

—Mmm —Umar reflexionó—. Me he acostumbrado a vivir aquí. Me gustan más las costumbres españolas que las de mi país, eso ya lo tengo claro desde hace mucho. Hay más libertad, menos normas y la vida en general es más fácil. Aunque te pueda parecer una tontería, tener ahora mi casita me hace mucha ilusión también. Un sitio a donde volver, mi hogar. Lo que echo de menos es no poder verlos más. Y también me gustaría viajar. ¿Tú lo has hecho, Marta?

—¿El qué?

—Viajar.

—¡Ah! Sí, he viajado, sí. ¿Dónde te gustaría ir?

—A París —dijo con determinación—. Shirin, la hija de Zenda, ha estado allí de viaje de novios y me ha dicho que es precioso.

Marta alzó las cejas con expectación. Se había perdido, no conocía ni a una ni a otra. Él se dio cuenta de que no las había mencionado antes por su nombre. Bajó el tono, esto no quería que lo oyera Álvaro.

—Shirin es la hija de Zenda, mi esposa.

Marta jugueteó con la goma que llevaba siempre en la muñeca para recogerse el pelo. Se quedó pensando un buen rato. Umar la observaba, temiendo la pregunta que, sin duda, le iba a hacer.

—Hace tiempo me dijiste que no te habías divorciado, que era complicado —empezó hablando bajo para no ser oída— y no quise preguntarte más. ¿Hoy me lo puedes contar?

—Es que sigue siendo complicado. Es el precio que tengo que pagar por no irme con ella. Si me divorciara, sería como si la repudiara. Y eso está muy mal visto en mi país. Podrían rechazarla. Y no solo a ella, también a mi madre, a mi familia. No podría hacerles eso… No me lo perdonaría.

Marta asintió en silencio. Se dio cuenta de que él tampoco lo había tenido fácil y, sin embargo, siempre se le veía alegre.

—¿Ves? Eso es otra de las cosas por las que no quiero volver a vivir allí. Esa forma puritana de verlo todo. Tanta censura… no me gusta —continuó al ver que ella no decía nada—. Pero, también, hay algo que me gusta más en mi país que aquí…

—¿El qué?

—Los valores. En Irán la familia es un valor muy importante. Puede que, a veces, mal entendido, pero la familia cuenta. Es tu apoyo y tu pilar. Los lazos no se desatan fácilmente, permanecen unidos en el tiempo y la distancia. También tenemos el valor de la amistad. Es imposible concebir que un amigo te traicione. Permanece a tu lado fiel toda la vida. En lo bueno y en lo malo. Puede que te aconseje cuando no piensa como tú, pero siempre te apoyará. Eso no lo he visto tan fuerte en España, no me lo ha parecido.

A Marta le gustaba la forma de expresarse de Umar, cómo analizaba y detallaba todo lo que quería que se entendiera bien. Se notaba que era inteligente, mucho, y Marta siempre había admirado la inteligencia. Le gustaba lo que iba descubriendo. Le gustaba cada vez más. Su lista de porcentajes pasó como un rayo por su mente, pero a Umar no quería valorarlo así. Algo la incitaba a dejarse llevar, a no pensar demasiado. Sintió que Umar le rozaba la rodilla con la mano, y le apretaba en el punto exacto donde las cosquillas eran irresistibles. Dio un bote y se apartó rápidamente. Él soltó una carcajada.

—¡Estabas pensando mucho! ¿Qué maquinabas ahora?

—Que nos tenemos que ir —disimuló, aunque sabía que no se la colaba—; mañana tienen cole y seguro que les quedan deberes por terminar. ¿Nos vamos?

Umar puso una exagerada cara de pena.

—¿De verdad? ¿Tenemos que irnos ya? ¡Un poquito más, porfaaa! —suplicó como un niño más.

—Lo siento, de verdad que nos debemos ir.

Umar se levantó y esperó a que Marta llamara a los niños que, desganados, se acercaron a ellos. Lo sentía de verdad, había sido un día fantástico, mucho más de lo que había esperado y no quería que acabase. Quería más, mucho más. Le gustaría que todos los días fueran domingo y volvieran al pantano.

—Chicos, ¿os lo habéis pasado bien?

—¡Sííí! —contestaron los pequeños al unísono, como hacían

muchas veces.

—¡Ha estado genial! —remarcó Alberto—, y la comida, mejor.

—¿Para ti también, Álvaro?

—Sí, sí —dijo escuetamente, pero sonrió como para darle fuerza a su «sí».

—¿Os gustaría repetir? Tengo pensado otro sitio… Los niños asintieron entusiasmados. Incluso Álvaro.

—¿Dónde sería? —le preguntó.

—Primero tendremos que preguntarle a vuestra madre. Ella tiene que decir que sí…

—¡Mamá, mamá! ¡¡¡Di que sí!!! —dijo Alberto, tirándole del brazo. Diego también gritaba a su alrededor.

—Bueno, sí, sí —dijo por fin Marta—. Habrá que ver qué nueva sorpresa nos tiene preparada Umar.— Y le sonrió.

—¡Perfecto! Ya os diré día y hora.

Diego se alejó de su madre para acercarse a Umar y cogerle de la mano. Era un terreno complicado.

—No me sueltes, Umar, que me puedo caer —le pidió.

Umar sintió que era uno de esos pocos momentos en los que se podía percibir la felicidad. Instantes, como relámpagos, pero que llenaban todo con su resplandor, que iluminaban la escena. Era la primera vez que, aunque de forma fugaz, se sentía en familia. Como si fuera la suya.

—No te voy a soltar nunca, Diego. Solo cuando me lo pidas.

Marta se enterneció. Miró a Umar y vocalizó un «gracias». Él sonrió y contestó de la misma forma: «A ti. Siempre».

Álvaro, ajeno al juego de miradas llenas de cariño, interrumpió:

—¿Podré traerme a algún amigo en la próxima excursión?

19

Extraña propuesta

Como cada mañana, Mari Carmen observó a Marta cuando entró en la oficina y se sorprendió. Su compañera era como un libro abierto y su cara reflejaba muy bien su estado de ánimo. Llevaba días radiante. ¿Qué habría cambiado? De ese día no pasaba: iba a preguntarle, pero lejos de la puerta de Pablo que siempre estaba muy pendiente, demasiado, de las cosas de Marta.

Sobre las once, le propuso bajar a tomar un café a la cafetería de la esquina. Se lo dijeron a Pablo que solo les respondió con un «muy bien». Ya sentadas, su compañera la abordó directamente. No tenían mucho tiempo:

—Venga, Marta, dime. Solo lleváis unos meses separados y ya se te ve mejor. ¿Tan malo era estar casada con Miguel?

—¿Por qué lo dices?

—Ya no tienes esa cara de atormentada de antes. Se te ve feliz.

—Bueno, no sé decirte... Es verdad que cada día que pasa me reafirmo más en la decisión que he tomado. No deja de darme pena todo, pero estoy bien.

—No me lo creo...

—¿Cómo? ¿Qué no te crees?

—Pues tengo muchísimas amigas separadas, cada una con un caso muy distinto y ninguna estaba tan contenta tan pronto. Todas estaban desubicadas, malhumoradas y comenzando a habituarse a la situación. Todas menos Clara, que dejó a Antonio porque había encontrado al que decía que era el amor de su vida... —La miró, cayendo de pronto en la cuenta—. No será tu caso, ¿no?

—Yo no me separé por eso. Ya sabes cómo estaba. ¡A ti te daba el parte diario! Pero antes de que sigas preguntándome, te diré que sí, que hay alguien... Nos estamos conociendo.

Mari Carmen abrió mucho los ojos

—¡Marta! ¡No me lo puedo creer! —Soltó una sonora carcajada—. ¡Eso me lo tienes que contar más despacio! ¡No me digas algo así en solo los cinco minutos de que disponemos! Esto se merece una

comida... Con razón tu cara... Pero te diré una cosa antes: el amor de la vida de Clara le duró tres semanas. Solo te digo eso...

Marta sonrió divertida al ver la exagerada reacción de su compañera.

—Vamos. Invito yo. Pablo se va a empezar a poner nervioso.

Justo antes de entrar en el área de su departamento, se encontraron a una compañera que necesitaba hablar con Mari Carmen y Marta volvió a su sitio sola. Pablo estaba cerca de su mesa.

—¡Hola! ¿Me esperabas? —le preguntó.

—Sí, esto... bueno, sí... Quería decirte una cosa... ¿Qué tal todo?

Marta sabía que había algo más. Le siguió la corriente.

—Pues mejor, la verdad. Ya me estoy haciendo a la idea de mi nueva vida.

—Se te nota. Estás... muy bien. Esto... ¿tienes algo que hacer cuando salgas? ¿Podríamos comer juntos? Me gustaría comentarte algo...

En ese momento, Mari Carmen entró y oyó las dos últimas frases de Pablo. Marta le suplicó ayuda con la mirada.

—¡Comida! ¿Me puedo apuntar? —preguntó, alegre, intentando echarle un cable.

Pablo puso un gesto inequívoco de fastidio. Estaba contrariado, había perdido la oportunidad de hablar a solas.

—Te prometo que un día te invito a ti, Carmen, pero es que quería tratar unas cosas con Marta en privado —intentó resolverlo.

Mari Carmen miró a Marta y le hizo un gesto como diciendo: «He hecho lo que he podido, lo siento». Después le contestó:

—Vale. ¡Te lo recordaré!

Pablo volvió a mirar a Marta. Estaba un poco serio, era posible que la situación lo hubiera incomodado, pero se recompuso rápidamente e insistió:

—¿Puedes? ¿Podrás escaparte de los quehaceres con los niños? No nos llevará mucho...

—Vale, comamos. ¿Eliges tú el sitio?

—Ya lo he hecho —le dijo con una sonrisa antes de volver a su despacho.

Las dos mujeres se miraron. Marta se preguntó qué estaría tramando Pablo. La otra se encogió de hombros con pesar. Tendría que afrontar una situación delicada. Otra más.

Pablo escogió un coqueto restaurante cerca de la oficina. Habían salido antes de las dos y ya estaban delante de sus platos. Hasta ese momento, habían mantenido conversaciones triviales sobre trabajo y niños. Marta esperaba que su jefe abordara el tema cuanto antes, aunque temía lo que le pudiera decir. Pablo lo hizo todo mucho más

fácil de lo que había previsto.

—Seguro que ahora estarás pensando que por dónde va a salir este. Y te entiendo, no creas. Supongo que tendrás ciertas sospechas de lo que te voy a decir, pero no creo que hayas pensado antes en lo que te quiero proponer —comenzó por fin—. Antes de contarte mi… «mi proyecto», por decirlo de algún modo, quiero partir de dos premisas, si me dejas.

Marta le miró atentamente. Pablo siempre conseguía, con su seguridad y tranquilidad, que ella se calmara. Lo sabía hacer muy bien.

—Dime.

—Las dos premisas son estas: primera, lo que te voy a decir después no quiero que cambie absolutamente nuestra relación si declinas la oferta. —Marta pensó que hablaba como cuando exponía un informe ante la dirección, todo estructurado, claro y conciso. Se notaba que estaba habituado a negociar, a tratar cuestiones que requerían una decisión—. Hazte a la idea de que es un proyecto que nos presentan unos posibles proveedores y nosotros tenemos que estudiarlo y decidir qué hacer —seguía en el mismo tono, amable, cariñoso, pero serio—. Y ahí, he dejado entrever la segunda premisa, que ahora iré a ella. El caso es que, si declinamos lo que nos quieren ofrecer los proveedores, no pasa nada, seguiremos teniendo relación con ellos y trabajando en otras ofertas que sí habíamos aceptado. La segunda premisa es que no se puede decidir a la ligera. Hay que valorarla y estudiarla seriamente. No requiere una respuesta el mismo día que nos presentan el proyecto, nos dan tiempo para decidir. ¿Me explico?

—Sí, Pablo, te explicas, pero me estás poniendo un poco nerviosa —dijo Marta, impaciente.

—Pues ni te imaginas como estoy yo…

—¿Qué? Lo último que pareces es nervioso. Pero sí, me tienes muy intrigada y nerviosa. Aún no sé por dónde van los tiros…

—No te preocupes. Te lo explico ahora mismo. Pero dime si estás de acuerdo con esas dos premisas antes de continuar y si te comprometes a cumplir tanto una como otra. —Se le veía tan seguro, tan atento con sus reacciones, tan preocupado de hacerse entender y, al mismo tiempo, tan tranquilo, que Marta no podía ni imaginar lo que pensaba proponerle. Asintió. Empezaba a desconfiar de la intuición de su compañera, esto le sonaba más a algo relacionado con el trabajo que a algo personal. ¿Podría ser que quisiera crear una empresa y contar con ella?—. Marta, sé que no eres tonta y te habrás dado cuenta de que, para mí, eres una debilidad. Ya llevamos muchos años trabajando y hace tiempo que sé lo que siento por ti. Me gustas mucho. De forma tranquila, como corresponde a mi edad, pero

también de forma muy profunda. No puedo esperar que tú sientas lo mismo por mí, eso ya lo sé. Tengo unos cuantos puntos débiles: soy unos quince años mayor que tú, no soy una persona especialmente divertida, soy tu jefe y estás recientemente separada, y, creo que aún no sabes si será de forma definitiva.

Pablo la miraba fijamente, intentando adivinar sus pensamientos por la expresión de su cara, sus gestos, si fruncía el ceño o se mordía los labios. Marta se tocaba insistentemente la ceja, sabía que estaba nerviosa, pero también expectante.

—Ahora es cuando te hablo de lo que te ofrezco. Marta, soy también una persona que ha sufrido. Cuando murió mi esposa, que ni siquiera llegaste a conocer, pasé unos años terribles. El hecho de no haber tenido hijos lo acentuó. No tenía dónde agarrarme, por quién luchar y a nadie a quién cuidar y complacer—. Hizo una pequeña pausa—. No pienso aburrirte con esto, solo quiero ponerte en situación y también quiero que sepas que es algo muy premeditado, llevo años pensándolo, pero no he querido planteártelo antes por razones obvias.

Volvió a quedarse callado por un momento. Parecía escoger las palabras precisas.

—He dicho que no soy divertido, pero sí soy un hombre con iniciativa, tengo muchos planes en la cabeza que me gustaría compartir con alguien: viajes, cine, excursiones. Ni te imaginas todas las cosas que quiero hacer. Me conoces, sabes también que soy respetuoso, creo en la individualidad de cada persona y en la libertad para tomar decisiones. Con esto te quiero decir que nunca he sido posesivo ni celoso. Mi mujer te lo podría corroborar si viviera. Tengo una buena posición económica… —Al decirlo, su mirada se ensombreció ligeramente—, pero ¿de qué me sirve el dinero si no tengo con quién gastarlo, con quién aprovecharlo? De nada, absolutamente. Un buen día me muero y no sé qué pasará con todo mi capital. Sobrinos lejanos de mi mujer vendrían como buitres a conseguir su parte. No es eso lo que quiero. Dime, Marta. —Se interrumpió—. ¿Vas entendiendo por dónde voy?

—Esto… sí… creo… —Pero ella necesitaba que terminara, que siguiera hablando.

—Creo que mi aspecto físico está por encima de la media, a pesar de mi edad. —Y sonrió abiertamente por primera vez.

—¡Desde luego! —ayudó Marta—. Estás fenomenal y lo sabes. Eres muy guapo.

—No te lo digo para que me halagues, sino que quiero que veas que también tiene ventajas mi propuesta. Marta, voy a ir terminando y concretando. Mi oferta es esta: me gustaría compartir el resto de mi vida contigo y con tus hijos. Ellos, especialmente, me motivan mucho

para ofrecértelo. Me encantaría tener a niños en casa, ayudarles con sus deberes, aconsejarles... nunca iba a sustituir a su padre, no es eso, pero sí me gustaría verlos crecer y hacerse hombres y yo estar ahí, como espectador o como un «consejero externo». Te ofrezco comodidad, tranquilidad y respeto. Un compañero de vida cuya única intención será hacértela agradable, cuidarte, hacer que disfrutes con las pequeñas cosas. Que seas feliz en la medida de mis posibilidades. Sería mi empresa más importante, a la que dedicaría todo mi tiempo, mi voluntad, mis capacidades, hasta que ya no esté. No te voy a pedir, a cambio, nada. Y cuando digo nada, lo digo en serio. No tendrías que cuidarme si la vida me castiga con una enfermedad dependiente. Ya tengo eso previsto y hablado con mi abogado. Él sabrá lo que hay que hacer en ese caso. Eso no sería ningún problema para ti. Tampoco te pido que me quieras, solo que te dejes querer. Yo me ocuparía de ti, de que estuvieras bien. Tengo amor suficiente para los dos, para los cinco... Por no pedir, tampoco está previsto en el «contrato» —sonrió —, el sexo. Te parecerá extraño, pero no sería un problema para mí con tal de tenerte a mi lado. No te rechazaría si decidieras probar, ¡nunca! Es más, me encantaría y también te aseguro que no es algo que se me dé mal. Soy muy generoso. Pero nunca, jamás, podría obligarte a mantener relaciones conmigo si no quisieras. En fin, creo que he terminado. No te pregunto qué te parece porque te recuerdo que es una de las premisas. Tienes que dedicarle tiempo a pensarlo, el que necesites. Solo dime si tienes alguna duda, si quieres preguntarme algo.

—Pablo... no sé qué decir. Me dejas absolutamente anonadada. No me salen las palabras...

—Pero alguna pregunta sí tendrás... —la animó.

—Muchas, supongo. Y más que se me ocurrirán después. Pero hay una inmediata: ¿cómo puedes estar seguro de que cumplirás todo lo que dices? ¿Cómo puedes saber si no te hartaré, te enfadaré o querrás echarme a patadas de tu casa? ¿Cómo puedes saber que no te cansarás de hacer cosas y planificar viajes? ¿Cómo puedes asegurar que tres niños, y muy revoltosos, no te agotarán?

Pablo sonrió y se acercó a Marta poniendo los codos sobre la mesa. Era muy atractivo. Sus ojos verdes, claros, muy claros, y vivaces, su piel bronceada por el sol durante sus paseos por el campo, sus carnosos labios e incluso sus arrugas hacían, en conjunto, un hombre muy guapo.

—Si quieres lo pongo por escrito. Todas y cada una de las cláusulas.

—No estaría mal... —sonrió tímidamente—. Lo que propones es algo muy parecido a un contrato... no sé si es ético...

—Marta, si lo sé es porque llevo ocho años observándote —le dijo

—, viendo cómo eres, cómo te preocupas de todo. Te he dicho que no es algo que se me ha ocurrido de pronto. Es algo muy pensado. Desde hace mucho tiempo. Tengo mucho mucho que darte. Estoy deseando hacerlo. Y sé que puedo hacerlo.

Marta comprendió que decía la verdad. Lo veía capaz. Era serio, metódico y buen profesional en todo lo que hacía. Si se lo tomaba como un proyecto más, haría exactamente lo que había propuesto.

—Hay una cosa más… en el caso de que aceptases. Me gustaría que nos casáramos. Me gustaría que, legalmente, todo lo mío pasara a ti y a tus hijos.

—No me puedo creer que esto esté pasando —murmuró.

—Pues está pasando. Piénsalo. Solo te pido eso.

Se hacía tarde. Tocaba turnarse con Elisabeth para las actividades de los niños.

—Recuerda, Marta —le dijo Pablo al despedirse—, nada cambiará allí arriba sea cual sea tu respuesta.

—Y señaló la torre donde estaban las oficinas—. También me gustaría que esto quedara entre nosotros en la medida de lo posible. Me refiero a Carmen, claro. Si conoce mi propuesta, será más complicado para los tres y tensará el ambiente y la relación tan buena que tenemos. Pero eso ya lo dejo a tu elección.

Marta asintió, sabía que tenía razón con respecto a Mari Carmen. Se despidió, pero antes de girarse del todo, se volvió.

—Pablo, por supuesto que no te puedo contestar en breve. Antes tengo que asimilar todo lo que me has dicho y te aseguro que no será fácil, pero necesito darte las gracias. Es muy amable por tu parte todo. Eres muy generoso.

—¡Nooo! No te equivoques. Es un acto egoísta. Yo te quiero en mi vida. Me harías muy feliz si dijeras que sí… Así que pienso en mí. Solo te pido que lo valores.

—Lo haré —afirmó y haciéndole un gesto de despedida con la mano, se fue hacia su coche.

«Pero ¿qué está pasando?», se preguntaba mientras conducía a casa. Nunca había sido una persona engreída, ni había tenido demasiada buena opinión de sí misma y no podía creer que, en un breve periodo de tiempo tuviera a dos hombres ofreciéndose. Necesitaba pensar, aclararse. Pablo había dicho que su ofrecimiento era un gesto egoísta, pero cuando alguien estaba dispuesto a esforzarse y a dedicar el resto de su vida a hacer feliz al otro, no estaba pensando en sí mismo. Estaba pensando en el otro. En cuidarla a ella. En hacerla feliz a ella… Marta se lo podía imaginar. Lo conocía bien: organizaría viajes, con todo detalle, y con sorpresas incluidas. Estaría al tanto, mejor que ella, incluso, de los horarios de los niños. Si era tan efectivo como lo era en el trabajo, no tenía duda de que

tendría apuntados en su agenda mental todos los detalles. Jamás olvidaría una fecha importante, jamás dejaría que ella se agotara, se sintiera sola… La colmaría de atenciones. Era una oferta muy tentadora.

Pensó entonces en Umar. Le vino como un flash a la mente. Él también se estaba ofreciendo. Se ofrecía él mismo, nada más. No prometía, no ponía cláusulas ni premisas. Solo quería que lo conociera bien antes de decidir. Y Umar le sonreía y miraba como nadie lo había hecho. Su mirada la llenaba. La hinchaba por dentro. Marta se estremeció, no podía negarlo: Umar la atraía mucho. Su cuerpo respondía por ella antes que su mente. Despertaba sus pasiones más ocultas. Pablo no. Eso también lo sabía. Pablo era otra cosa, aunque lo que le ofrecía era tentador también. Era paz. Era felicidad serena, una vida fácil. Pero con Pablo no se estremecía y no sabía si alguna vez sería capaz de hacerlo. Se imaginaba durmiendo a su lado. Tampoco sería malo, sería fácil, como todo lo que él hacía. «Seguro que tiene una cama enorme o, mejor, dos juntas para que nunca uno moleste al otro», pensó. Se lo imaginaba cocinando para ella; siempre mencionaba los platos que había preparado durante el fin de semana, adoraba cocinar. Se lo imaginaba, incluso, comprando un regalo para sus hijos, arrastrándola a la tienda con miles de ideas para cada uno. «¡Si es que hasta es capaz de comprar el regalo para un amigo de los niños!», siguió pensando Marta. «¡Uf, qué lío! Tengo que hablarlo con alguien… Pero ¿con quién?».

Sentada en las gradas de la pista de tenis donde Alberto pretendía convertirse en Nadal, Marta decidió hablar con Marco. Le había costado escoger entre todas sus amigas, pero creyó que él sería el idóneo. No dudaba de que los consejos de una mujer eran más cercanos a sus propias formas de ver las cosas, más empáticos…

Sin embargo…Sin embargo, necesitaba contárselo a alguien que no estuviera en absoluto condicionado por nada ni nadie, que la quisiera incondicionalmente y que solo pensara en su bien: su hermano. Aunque fuera hombre. Cogió el teléfono y marcó su número.

—¡Hola! —Detrás de la voz de Marco, se oía un chillerío que, si no supiera de la existencia de las mellizas, creería que estaba en el patio de un colegio.

—Te pillo en mal momento, ¿no?

—Bueno, Nieves está de guardia y hoy me toca a mí. ¿Es importante?

—Pues sí… pero bueno, ya te llamaré en otro momento.

—No, no. Espera. —Y dirigiéndose a sus hijas—: ¿Os acordáis cuando os he dicho alguna vez que me puede llamar uno de mis pacientes con un dolor muy grande? Pues este señor está pasándolo muy mal y necesita contármelo detenidamente. ¿Me prometéis que

seguís sin pelearos con el puzle y calladitas? —Surtió efecto y las mellizas comenzaron inmediatamente a hablar en voz baja. Marco se levantó y salió de la habitación para poder hablar tranquilamente—. Cuénteme: ¿dónde es el dolor? —iba diciendo mientras se alejaba, en un tono fuerte para que las niñas lo oyeran.

—En el alma, el dolor es en el alma.

—Parece grave...

Marta le contó, con todo lujo de detalles, la conversación con Pablo y su extraña propuesta. Marco escuchaba y de vez en cuando hacía ruiditos para que ella supiera que no perdía el hilo.

—¿Qué te parece? ¿No es increíble?

—¿Quieres que te diga lo que debes hacer?

—¡Claro!

—Pues estás muy equivocada. No pienso hacerlo. No me vas a dejar a mí esa responsabilidad. Me niego. Luego me lloverían las culpas. Imagina que te digo que elijas a Umar y después de un tiempo de pasión desenfrenada y polvos estupendos, se te cae el mundo encima porque ya no tenéis amigos en común, porque tenéis dificultades económicas (y ya sabes lo que dicen: cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana) y porque se empeña en llevarte a la mezquita. Me dirías: ¿Por qué me dejaste con él y no me aconsejaste aceptar la propuesta de Pablo? Tendría una vida de lo más cómoda, llena de lujos y placeres y una posición social estupenda. O, si te digo que escojas a Pablo, me podrías echar en cara que necesitas amar, AMAR, no solo que te amen, que te aburres y que las dificultades que hubieras tenido con Umar te habrían estimulado el espíritu, te harían crecer y tener ilusiones y aspiraciones. Así que no. Yo no te voy a decir lo que debes hacer.

Marta se quedó callada. Su hermano había jugado. Le había dicho mucho sin decir. No se quería implicar, pero lo había hecho. Ahora sabía que le tocaba a ella.

—Gracias, Marco. Te quiero horrores, lo sabes, ¿no?

—Lo sé, lo sé. Siempre se te olvida que los mellizos sentimos lo mismo en muchas ocasiones. Y esta es una. Piénsalo y sigue con lo que hablamos. Prueba. Tropieza. Gana. Pierde. Llora. Ríe. ¡Vive! Yo estaré siempre aquí. Ya lo sabes.

Eran casi las doce de la noche cuando Marta empezó el ritual para irse a la cama. El teléfono sonó. Era Umar. Sonrió. Siempre le apetecía hablar con él, su ración de intimidad diaria.

—Hola, Marta. ¿Cómo estás hoy?

—Bien, con dolor de cabeza. Hoy me han hecho pensar mucho en el trabajo. ¿Y tú?

—Yo aquí, pensando que es lo próximo que podríamos hacer con

los niños. Después del pantano, de las tirolinas en los pinos y el río, me empiezo a quedar sin ideas.

—Estuvo genial el día de las tirolinas. Además, Álvaro y su amigo disfrutaron tanto que quiere repetir para la próxima.

—Por eso te digo. Tengo que pensar en algo chulo de verdad para no bajar el listón. Se me había ocurrido… ¿qué te parecería un fin de semana entero? ¿Mucha locura? ¿Demasiado pronto para ti?

—Umar, ¿y algo los dos solos, sin niños?

—Eso… eso también me encantaría. —Umar había pensado que una noche o dos juntos en alguna casa rural les daría la oportunidad de estar a solas cuando los niños durmieran—. Contigo, todo.

—Pues lo pensamos, ¿vale? Puedo coger un canguro por una noche.

—Un… ¿qué? —Umar creía haber entendido mal.

—Ja, ja, ja, un canguro. Además de ser un animal, es una persona que se queda al cuidado de tus hijos cuando tienes un compromiso o necesitas salir.

—¡Ah! Y les pagas, claro.

—Sí. —Marta salió a la terraza y se sentó en la butaca, ya recogería más tarde. Prefería emplear todos sus sentidos en hablar con él. Además, el frescor de la noche le vendría bien.

—Marta… Marta… ¡cómo me gustaría que subieras aquí ahora mismo!

—¿Y para qué te gustaría que subiera?

—Para estar contigo. Y tú conmigo. Para echarnos en las tumbonas y mirar las estrellas.

—¿Y qué más? —preguntó Marta, consciente de que le estaba provocando.

—Para prepararte una bebida. Bebérnosla juntos. Cogerte la mano.

—¿Y…? —Marta notó que su temperatura iba en aumento, pero fiebre sabía que no era.

—Pues lo que quisieras después. ¿Qué querrías? ¿Para qué subirías tú?

—Para estar contigo.

—¿Y qué querrías que hiciéramos? —Le devolvió la pelota Umar.

—Querría que me besaras. ¿Me volverías a rechazar como en el parque?

—¿Querrías que te rechazara? ¿Querrías que lo hiciera, Marta? Lo del baño, no fui yo ni fuiste tú. Algo nos empujó. Pero en el parque fue distinto. ¿Qué querrías que hiciera?

—Besarme. Una vez solo.

—¿Solo una? ¿Y si no me puedo resistir y quiero más? Me puede pasar. Me va a pasar ¿Me dejarías más?

—Ahora mismo, te dejaría todo, Umar —suspiró y le oyó rugir al otro lado.

—Los niños duermen, ¿no? ¿Suelen despertarse? Marta estaba tan absorta en la conversación, enredada con los ruidos de la calle que llegaban a su terraza, que no había sido en absoluto consciente de que la puerta de su casa se había abierto. Alguien había entrado en el salón, había decidido guardar silencio y escuchar la conversación. Retazos de palabras amortiguados por el ruido de la calle, pero suficiente. Había oído suficiente.

—¿¡¿¡Qué coñooooooo estás haciendo, Marta?!?! —gritó Miguel con tanta fuerza que la voz le salió aguda y chillona —¿¿¿Pero de qué cojones va esto???

20

Lo malo y lo bueno

Marta pegó un brinco al oír los gritos enloquecidos de Miguel. El teléfono se le cayó rodando por el suelo de la terraza. Temblando, se levantó y se dirigió hacia él.

—¡Los niños! Miguel, no grites, no grites. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has entrado? ¿Por qué no has llamado?

Si Miguel no hubiera estado tan furioso, tan fuera de sí, probablemente se habría compadecido de Marta al ver su cara. Sus grandes ojos azules lo miraban con terror, mezclados con una fuerte dosis de perplejidad. Pero Miguel no estaba para compadecerse de nadie. En ese momento la odiaba con todas sus fuerzas y odiaba aún más la humillación que sentía.

—¡No me lo puedo creer! ¿¿¿De verdad te has liado con ese moro??? Pero... pero... pero... ¿cómo has caído tan bajo, Marta? ¡¡¡Cómo!!! ¿¿¿Cómo me has hecho esto???

Los gritos de Miguel se podían oír en todo el piso, en los pasillos del edificio, hasta en la calle, a través del ventanal abierto del salón. Estaba completamente fuera de sí. Marta se acercó. Quería calmarlo, que no chillara más; quería, sobre todo, que no despertara a los niños. Lo intentó coger de los brazos. No se dejó, la apartó de un manotazo. Le hizo daño, pero eso no importaba ahora. Lo que importaba era que se callara.

—Miguel, cállate, por favor. Piensa en los niños. ¡En tus hijos! ¡Hablemos! ¡Hablemos! ¡Siéntate!

Miguel resopló. Empezó a caminar dando círculos. Cerró los puños, golpeó el sillón con tanta fuerza que lo desplazó unos cuantos centímetros. Lo volvió a golpear. Lo volcó. La miró con los ojos cargados de odio. ¿Sería capaz de golpearla a ella como al sillón? Se agarró el puño derecho con la mano izquierda. Continuaba con la mirada fija en ella. Marta no sabía qué hacer para calmarlo. Intentó salir del salón, pero la agarró con fuerza por el brazo para detenerla. Le volvió a hacer daño.

—¿Huyes? ¿Encima huyes?

—No, Miguel, no huyo. Voy a ver si los niños se han despertado. Vengo enseguida.

Miguel cedió y la soltó. Marta fue hacia las habitaciones. Se dio cuenta de que iba temblando. El temblor le impedía caminar derecha. La puerta de Álvaro estaba cerrada. Puso la oreja y no percibió ningún movimiento, ningún sonido. Fue entonces a la habitación de los pequeños, que solían dormir con la puerta abierta. Los miró: no se habían despertado, menos mal. Les cerró con el cuidado que sus temblores le permitían. Volvió al salón cerrando antes la puerta del pasillo. Miguel seguía de pie en el centro de la estancia.

—¿Así que es verdad? ¿Te has liado con el moro? ¡Que es el portero, Marta! ¿Te has vuelto completamente loca? Debe de ser eso. ¡Estás loca!

A Marta, cuya capacidad de razonar estaba completamente mermada por la necesidad de controlar la situación y calmarlo, le asaltó fugazmente un pensamiento: la reacción de Miguel habría sido muy distinta si hubiera sido con Pablo. Completamente distinta. Y eso la entristeció más aún.

—¡Hablabas con él al móvil! ¿No? Diciéndoos guarradas como dos chiquillos. ¡Que tienes cuarenta y seis años!! ¿¿Pero qué coño has hecho?? —volvió a gritar.

—Miguel, vamos a hablar sin gritos. Vamos a calmarnos y hablamos. —Marta se preguntó por su teléfono y por Umar, al otro lado. ¿Lo estaría oyendo todo?

—¿Calmarme? ¿Para qué? ¿Para que me cuentes ahora tu bonita historia de amor? ¿Tu pasión turca?

—Miguel, si sigues así, me marcho.

—¿A dónde irías? ¿A su casa? Seguro que hasta sabes dónde vive. ¡Qué vergüenza, Marta! ¡Qué poca vergüenza! Y ¿desde cuándo llevas tirándotelo? ¿Desde cuándo follas con él?

—No follo con él...

—Ahhh, que hacéis el amor, ¡claro!

—Miguel, me voy a ir. Me voy y cuando estés más calmado, hablamos.

—Y ¿desde cuándo? ¿Eras capaz de meterte en la cama a mi lado después de follar con él? Y que me tenga que enterar por los niños. ¡Que os vais de excursión a hacer cosas estupendas! ¡Como una familia! ¡Pero no lo sois! ¡Son mis hijos! ¡Que no se acerque a ellos!

—Miguel...

—¿Por qué no follabas conmigo, Marta? ¿Te aburría? ¿Él folla mejor?

Marta podía entender la alteración de Miguel, pero no que hubiera perdido los papeles, que no dejara de gritarle y decir groserías con la única intención de dañarla. Y mucho menos que hubiera

entrado en casa sigilosamente, con sus propias llaves y sin avisar. ¿Qué había pretendido descubrir? ¿A Umar en su cama? Comprendió que tenía que dejarlo solo. En el estado que estaba, era imposible razonar. Era imposible pedirle respeto. Era imposible hablar con él.

—Miguel, por favor, vete. Vete a casa. Mañana hablamos más tranquilamente.

—¡Esta es mi casa, Marta! ¡¡Mi casa!! Vete tú.

—Es nuestra casa... De los dos.

—Pues tengo el mismo derecho a quedarme que tú.

—Pues entonces, sí, me voy yo. Me voy a casa de mi madre. Mañana hablamos.

—Y lo dirás en serio... ¿te piensas largar así? ¡Dejándome con la palabra en la boca! —gritó, recuperando casi el volumen del principio.

—Sí, me voy. Hasta que no estés más calmado, será imposible hablar contigo.

Marta se levantó. ¿Dónde estaría su móvil? Recordó dónde había empezado aquella tormenta: en la terraza. Fue hacia allí y lo buscó por el suelo. Estaba debajo de la mesa. La luz que emitía indicaba que la llamada seguía activa. Lo recogió y lo apagó rápidamente. No quería que Miguel, que seguía diciendo frases del mismo estilo, sin variar un ápice su indignación, se diera cuenta de que la llamada estaba en curso. Ni de que viera que era Umar con quien hablaba. Tampoco había necesidad de que Umar siguiera oyendo los improperios de Miguel.

—Mañana vendré temprano a ducharme, cambiarme de ropa y llevar a los niños —dijo Marta saliendo del salón.

—¡Eso! ¡Lárgate! ¡Encima cobarde! Que no eres capaz de hablar con tu marido, ¡eso! ¡¡Tu ma-ri-do!! Porque aún lo soy, ¿eh, Marta? ¡Lo soy!

Marta cogió su móvil. Se alegró de llevar todavía las zapatillas de deporte en lugar de las de casa; podía irse inmediatamente. Sabía que era lo mejor. Miguel necesitaba calmarse. Ver las cosas con otra perspectiva y ella podría, no disculparse, sino recriminarle lo que había hecho. A todos los efectos, menos el civil, estaban separados. No tenía ningún derecho de pedirle cuentas de nada.

—Mañana hablamos, Miguel. Cuida de nuestros hijos —volvió a decirle desde la puerta del salón

Se había tumbado en el sofá. «Ojalá se durmiera», pensó Marta. Se notaba que Miguel había bebido, aunque no mucho. Una copa o dos.

Marta cerró la puerta y llamó al ascensor. Se sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Tenía diez mensajes de Umar.

«Marta, ¿qué está pasando?».

«No puedo soportar cómo te grita, ¿bajo?».

«Voy a bajar».

«No has cortado la llamada».

«Lo estoy oyendo todo. No puedo soportarlo. Voy a bajar».

«Vete, vete de ahí».

«Llámame en cuanto salgas, por favor».

«Ven a mi casa».

«No vayas a casa de tu madre. Son casi las dos de la mañana. Se asustará. Ven aquí».

«Llámame, ven, escríbeme. Por favor, no me dejes así».

Marta leía los mensajes mientras iba en el ascensor hacia el garaje. Llegó a la segunda planta. Le contestó, no podía dejarlo así:

«Ya ha terminado, no te preocupes por mí, por favor. Siento que lo hayas oído todo».

Su respuesta no se hizo esperar.

«Ven. Ven, por favor».

«O bajo yo».

«Déjame consolarte, déjame abrazarte».

Y Marta lo tuvo claro. No iría a casa de su madre. Necesitaba a Umar. Necesitaba su consuelo.

«Voy. Subo ya», le escribió. Sin salir del ascensor, pulsó la planta diecisiete.

Marta se dirige a la puerta de la casa de la azotea, la golpea precipitadamente y, antes de que pueda dar el segundo golpe se abre rápidamente. Allí está Umar, con ansiedad en su rostro, con preocupación. La toma de la mano, se la agarra fuerte, no quiere que se le escape, y, un poco brusco, tira de ella y la mete dentro, cerrando rápido. Marta no tiene tiempo de mirar su casa. Ni intención. Oye música, solo después sabrá que es «Wish u were here», de Bliss. Solo puede mirar su rostro, nada más. Umar la abraza y ella lo abraza también. No sabe cuánto tiempo pasan así. Se separan levemente y él le coge la cara entre las manos. Ella está apoyada en la puerta. Lo mira. Piensa que no puede resistirse mucho más.

Umar comienza a besarla, sin soltarla, con las dos manos. Podría estar así una eternidad. Son solo dos bocas juntándose. ¿Cómo puede hacerle algo así sentir tanto? Él mantiene una mano en su cuello, sin dejar de besarla, despacio, recreándose en cada movimiento, y con la otra mano va recorriendo su espalda haciendo un poco de presión para acercarla más a él. Cuando llega a su cintura, saca con cuidado la blusa de dentro del pantalón. Se muere por tocar su piel, no solo por encima de la ropa como otras veces. Muy despacio, comienza a acariciarle la espalda y va subiendo, haciendo el recorrido inverso, pero ahora deslizándose por su piel suave y caliente. Sigue subiendo, se topa con el sujetador. No para de besarla, pero necesita saber algo. Se separa ligeramente, sigue tan cerca que puede sentir el calor de su aliento y el ardor de sus labios.

—¿Puedo? —le pregunta agarrándole la blusa para que sepa a qué se refiere.

Marta se emociona, se estremece. ¿Cómo con un rostro tan duro puede ser tan sumamente delicado? Aprecia que le pregunte, que no quiera dar un paso sin su consentimiento. Asiente levemente y él separa la mano de su cuello para sacársela por la cabeza, sin desabrocharla. Ahí la tiene. Tan menuda, pero tan perfecta. Lleva un sujetador de encaje gris. Le maravilla su cuerpo, sus formas, toda ella. Sin pensarlo, busca el enganche del sujetador y rápidamente, sin dudar ni maniobrar, lo desabrocha. Ella se baja los tirantes y se lo quita, dejándolo tirado en el suelo. Él se separa brevemente. Quiere verla. Necesita verla. Es perfecta. Todo pequeño, pero perfecto. Es preciosa. La abraza de nuevo, apoya su barbilla en la cabeza. Quiere disfrutar este momento, cada segundo, no quiere adelantar nada, quiere vivirlo, quiere poder recordar cada paso, cada caricia y reconocer después los sentimientos. La vuelve a besar. Ella le rodea la cintura y comienza a quitarle la camiseta. «Es verdad», piensa Umar, «no había caído en eso». Son cosas simples, elementales, pero tienes que estar familiarizado con ellas. No había pensado ni por un momento que a ella también le gustase verlo desnudo, tocarlo, y que, de alguna forma, fuese placentero para ella. Eso se convertirá rápidamente en su prioridad. Quiere verla feliz, darle todo, poder darle todo el placer que pueda. Todo esto es nuevo para él. Desconocido. Se quita la camiseta rápidamente por la cabeza. Ella le abraza. Piel con piel.

Umar no puede creer el cúmulo de sensaciones que está viviendo. Esto es mucho mejor de lo esperado. Sentir sus pechos en su torso le provoca una excitación tan profunda que necesita contenerse un poco. Tiembla. Espera que ella no se dé cuenta. Pero se la da. Marta está disfrutando de su aroma, su firmeza, y su temblor, arrítmico, le provoca aún más escalofríos. Sube el rostro para mirarlo. Es tan alto que tiene que ponerse de puntillas y él agacharse para juntar sus labios. Y eso hacen. Una y otra vez. Ella le acaricia el pecho. Él la espalda. Ella le coge la mano y se la lleva a su propio pecho. Quizá necesita ayuda, quizá es demasiado prudente. Los temblores de él se hacen más intensos. Umar no tiene palabras. Su pecho es tan suave, tan terso, tan bien definido… Es más pequeño que su mano, pero así puede abarcarlo todo. Siente que algo va a explotarle por dentro.

Va al botón del pantalón de Marta y le vuelve a preguntar:

—¿Puedo?

Ella lo besa, esta vez se entretiene en recorrer con su lengua sus labios. Él se la atrapa con los suyos y deja que se meta en su boca. ¡Cielos! ¡Qué sensaciones tan increíbles! La oye susurrar contestando a su pregunta:

—No preguntes… puedes… puedes todo…

Umar siente que no puede seguir siendo paciente, aunque quiera. Siente escalofríos que le recorren todo el cuerpo, una excitación tan grande que el pantalón parece más estrecho y hace que empiece a doler. Primero ella. Siempre. Le desabrocha el pantalón, lo deja caer y se quita el suyo antes de que lo haga Marta. Ya queda menos y, sin embargo, no quiere avanzar, quiere recrearse en cada paso. Ahora puede gozar de más centímetros de su piel. Ella mete su pierna entre las suyas. Se restriega, se pega a su sexo, le siente, es imposible no notarlo. Él mete su lengua en su boca, empuja su espalda. Quiere meterla dentro de su cuerpo. Que le atraviese. Que se quede dentro.

Siguen de pie al lado de la puerta. Sin soltarse, muy pegados, Umar va hacia atrás. Ella separa su boca y echa un rápido vistazo a la habitación donde están. No había reparado antes. Hay una cama cerca con una colcha horrible. Van hacia ella. Muy pegados. Umar quita de un solo golpe la colcha y las sábanas y lo hace tan fuerte que se caen al suelo. Se sienta en la cama. La atrae hacia él y comienza a besarle el vientre, el ombligo y un poco más abajo, en el borde de las bragas. Se las baja de forma delicada y ve su sexo de frente, sin apenas vello, tan pequeño como ella. No se atreve a tocarlo. No se atreve a hacer más que pasar su boca por encima, sin apenas rozarla, oliéndola, recreándose. Ella deja caer su cabeza hacia atrás. Tiene los ojos cerrados. Suspira largo y entrecortadamente. No puede más. Se mueve y se sienta sobre él. Sus piernas lo rodean y lo aprietan hacia ella. Eso también es nuevo para Umar. Le excita aún más. Se levanta sin soltarla, y ella se aprieta a él, pero no hace falta. La sujeta firme. La echa en la cama y en un segundo se quita la ropa interior. Ya no se puede contener. Se echa sobre ella. No hace falta separarle las piernas. Ella vuelve a cruzarlas en su espalda. Lo aprieta. No necesita buscar. Su sexo sabe perfectamente el camino. Por fin está dentro. Tantos deseos cumpliéndose. Ahora es real. Con delicadeza empieza a empujar. Ella no deja de suspirar, gime también. Nunca había sentido el placer de una mujer. Nunca se había percatado de lo que es capaz de provocar. Y las prisas y el ansia lo invaden un poco más. No quiere terminar. Se contiene un poco, pero es muy difícil. Con cada movimiento, ella suspira y sonríe ligeramente. Es indescriptible la sensación. Es más excitante aún provocarle placer. Ella tiene las manos en su espalda. Lo aprieta. Las va bajando despacio, pero sin interrumpirse. Llega a sus glúteos. Aprieta un poco más. Acompaña a sus movimientos. Le ayuda a empujar. Le incita a empujar más. Esto también es nuevo para él y le resulta absolutamente maravilloso. No puede parar. No puede seguir conteniéndose. No quiere terminar, pero no lo puede evitar. Si se pudiera describir de alguna forma lo que siente, es una auténtica explosión. De esas que te nublan la vista y te

marean, incluso, dejándote sordo y ciego por momentos. Es lo que siente. La oye gritar. Se asusta, pero los suspiros que acompañan son signos inequívocos de placer. No la suelta. No se despega. Piensa que sería un buen momento para morir. No quiere irse. No quiere salir. No sale. Ella tampoco lo deja. Siguen así. No sabe ni el tiempo que pasa, pero no se separa, no sale de ella y Marta tampoco tiene intención de dejarle ir. Sigue apretándole con las piernas cruzadas en su espalda. Se separa un poco para mirarla bien. Ella le sonríe, lo besa, y se acurruca en su cuello. Le aprieta más. Marta no puede creer todo lo que ha sentido. Es demasiado. Es más que nunca en su vida. No quiere que se vaya, lo retiene apretando sus músculos. Se preocupa también. Esto no ha sido solo pasión, deseo. Esto ha sido más. Se da cuenta de que esto se define como una palabra que se debería escribir con mayúsculas. Esto es AMOR. Y siente como si cayera por un precipicio. Siente que su voluntad la abandona. Cae al vacío. Pero se aprieta más aún. Ya pensará después. Le oye murmurar:

— من تو را خیلی بیشتر از آنچه بتوانم توضیح دهم دوست دارم

—¿Qué has dicho?

—Que te amo, Marta, mucho más de lo que puedo explicar. Me rompo al sentirlo. Te amo.

Ella lo abraza más fuerte y le dice al oído:

—Yo también te quiero, Umar. Creía que era solo deseo, y ahora sé que no. Es demasiado fuerte. Te quiero yo también.

Había pasado una hora. Habían vuelto a hacer el amor. Había sido muy intenso, también, aunque más lento. Y podrían haber seguido. Marta no querría irse de allí. Nunca. Tumbada boca arriba, completamente desnuda, sabía que la observaba, aunque tuviera los ojos cerrados. Lo dejó hacer. Extrañamente no sentía pudor. Él la recorría lentamente con su dedo índice. Iba tocando zonas indistintamente. Se detuvo en la pequeña cicatriz encima del pubis.

—¿Y esto? —le preguntó.

Marta abrió un ojo para asegurarse de donde está apuntando y lo volvió a cerrar antes de responder:

—Diego. Mi último parto fue con cesárea. Se complicó la cosa y abrieron.

—Casi no se nota. ¿Cómo pudo salir por un hueco tan pequeño?

Ella venció sus ganas de permanecer allí toda su vida. A pesar de la colcha satinada de flores espantosa. Se giró hacia él y quedó tumbada de costado de frente, con la cabeza apoyada en su brazo.

—¿Qué hacemos ahora, Umar?

Él le retiró con delicadeza el mechón de pelo negro que caía sobre su cara y se lo puso detrás de la oreja. Marta tenía el cabello de un caoba tan oscuro que parecía negro, como las mujeres de su país. El

contraste con aquel azul profundo de sus ojos hacía una combinación única. Era preciosa.

—Lo que tú me digas. Haremos exactamente lo que quieras. Iré a tu ritmo. No me iré a ningún lado si no me lo pides. Puedo esperar. Aquí me tienes.

Marta le sonrió, acarició su rostro y lo besó despacio y largamente. Ya no podía seguir esperando a que las cosas se solucionasen solas. Tenía que actuar. No lo podía dejar pasar. Acortó la distancia que los separaba y se abrazó a su cuerpo. Sabía que era ya muy tarde. No quiso mirar el reloj. Se sentía completamente agotada. Él la besó apasionadamente y de nuevo quiso entrar en ella. No se resistió. Hacer el amor con Umar le daba fuerzas. Su cariño, su mirada, sus caricias le daban el poder para afrontarlo todo. Ya descansaría mañana.

21

Así estamos

Marta bajó sobre las ocho de la mañana. Con miedo, abrió la puerta y reparó en el silencio que invadía todo. Echó un rápido vistazo al salón para comprobar que Miguel no estaba allí. Había tenido, eso sí, el detalle de poner bien el sillón que había tirado. Fue a las habitaciones de los niños y las abrió con cierta ansiedad. Estaban bien. Dormían. Suspiró aliviada. Esperaba que Miguel se hubiera ido un poco antes y no los hubiera dejado solos toda la noche. Pensó que, si había dejado el coche en el garaje, al irse habría visto el suyo y se habría extrañado de que no se fuera en él, pero siempre podría decirle que había ido en taxi, lo cual no sería tan extraño: su madre vivía en pleno centro. Despertó a los niños, ya era hora de que se pusieran en marcha. Les dijo que se apuraran, que se vistieran y desayunaran. Marcó el teléfono de Pablo.

—¡Marta! —le contestó, sorprendido. ¿Tendría ya su respuesta? —. ¿Pasa algo?

—Pablo, no puedo ir a trabajar hoy. No me encuentro bien.

Pablo se preocupó. Esperaba realmente que el malestar de Marta no tuviera nada que ver con la conversación del día anterior.

—Marta, me quedo preocupado. No sé si preguntarte si ha pasado algo... pero necesito saber si tiene algo que ver con lo que hablamos ayer...

—No, no te preocupes. Nada que ver. Ha sido Miguel..., ayer se presentó en casa, ¡abrió con sus propias llaves! No me dijo que vendría. Me montó una escena... —Marta se sentía incómoda al contárselo a Pablo. Este pareció entender.

—Lo lamento, Marta. Lamento muchísimo el mal rato que pasarías. No vengas, claro. Tómate los días que te hagan falta.

—Gracias, Pablo. Yo creo que mañana iré sin problemas.

Se metió rápidamente en la ducha mientras seguía, a gritos, dando instrucciones a los niños. Cuando el agua empezaba a caer por su cuerpo, se lamentó de que borrase las huellas de Umar. Se permitió pensar en la noche agridulce que había tenido y llegó a la conclusión

de que estar en los brazos de Umar compensaba mil veces el mal rato que le había hecho pasar Miguel. Se dio cuenta de que todo el sexo anterior que había tenido en su vida no hubiera podido competir nunca con lo que había vivido aquella noche. Se sentía plenamente satisfecha, había disfrutado como nunca. Ese tren, al menos, no lo había dejado escapar. Ya podría morir tranquila. Bueno... todavía no. Tenía unos hijos que criar... Sonrió y salió de la ducha para seguir azuzando a los niños.

Cuando los dejó en el colegio, volvió y se metió en la cama. Necesitaba descansar un rato. Le dijo a Elisabeth que le dolía la cabeza y se encerró en su habitación. La cama estaba intacta. Suponía que Miguel habría pasado la noche en el sofá. Le preocupaba la hora a la que pudo haberse ido, por si los dejó solos, pero, a pesar de la furia que tenía, sabía que quería mucho a sus hijos y no sería capaz de hacer nada que los perjudicara.

Las imágenes del cuerpo de Umar y todo lo que había vivido esa noche afloraban una y otra vez en sus pensamientos. Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para alejarlas. Necesitaba pensar en otra cosa. Le había dicho a Umar que lo quería. Hubiera sido mejor no decirle nada hasta estar completamente segura. Tenía que aclararse. Sabía, sin embargo, que sería imposible controlarse, que se lo volvería a decir tantas veces como pasara lo de anoche. Las sensaciones habían sido tan absolutamente plenas que su cuerpo no podía hacer otra cosa que agradecérselo, pegarse a él, y sentir un amor muy profundo. Pero también sabía que la pasión vivida y el placer que había llenado cada uno de sus recovecos podría distorsionar la realidad. Necesitaba saber la verdad. Y no podía, no quería hacerle daño. No se lo merecía. Con su técnica recurrente de porcentajes y análisis, intentó averiguar qué parte había sido pasión y cuál amor. Era una sensación extraña. Su cuerpo le respondía. Su mente se mantenía más discreta, en segundo plano. ¿Quién tendría razón de los dos?

El sonido del móvil interrumpió sus cavilaciones. Volvió a sonar. Lo cogió y vio dos notificaciones. De Umar y de Miguel. Estaba claro que la vida estaba jugando con ella. Se reía de ella. No paraba de darle mensajes contradictorios y ofrecerle molestas coincidencias. Prefirió leer primero a Umar.

«No sabes cómo te estoy echando de menos. Cada centímetro tuyo. Las imágenes de lo de anoche no me dejan concentrarme. ¿Cómo estás tú?».

Marta lo leyó e imaginó claramente su cara, su boca moviéndose al ritmo de las palabras, su lejano acento. Volvió a estremecerse. Leyó el otro mensaje.

«¿No decías que hablaríamos hoy? ¿Te estás haciendo la loca?».

Aunque el mensaje no era amable, pudo percibir que había bajado

el nivel de estrés, estaba más calmado. Ojalá no se equivocara. Decidió contestar primero a Miguel.

«Cuando quieras, quedamos. ¿Quieres que me acerque a tu oficina?».

Esperó su contestación, pero Miguel no volvía a estar en línea. Esperó un poco más. Decidió contestar entonces a Umar. Cambió el ceño por una expresión dulce sin ser en absoluto consciente.

«Espero que, con tus distracciones, no termines besando a la señora Gutiérrez, la del 2º A».

Y un segundo más tarde:

«Estoy bien. Pensando en ti».

Se le habían ocurrido muchas otras frases, pero no quería provocarlo, no quería distraerlo. No ahora. Mejor dejarlo así. Umar contestó:

«Ja, ja, ja, ¡¡quizá le deba dar una oportunidad a la señora Gutiérrez!!».

Marta soltó una pequeña carcajada. Dejó el móvil a un lado de la cama e intentó seguir elucubrando cuáles eran sus verdaderos sentimientos, pero el teléfono volvió a sonar. Esta vez era Miguel.

«De acuerdo. Vente ahora. Tengo mucho trabajo hoy».

Miguel escribió el mensaje e inmediatamente pensó que había sido demasiado borde. Era lo que le provocaba Marta. Y ahora mucho más. Sabía que había perdido los papeles la noche anterior, pero es que no se lo podía terminar de creer. La conocía, desde casi adolescentes, y no le pegaba nada alguien tan diferente. «Debe de estar pasando una crisis, la de los cuarenta», pensaba intentando buscarle una explicación. Y ¿por qué a él no le había pasado? Se daba cuenta de que no había sentido esa necesidad. No negaría que, en muchas ocasiones, había imaginado tener un rollo con otra, con una compañera, o incluso con alguna de sus amigas. Pero la cosa no había ido a más. Y si no había ido a más, si solo se había quedado en unas cuantas imágenes sugerentes, era porque no había tenido la necesidad. Entonces, ¿qué quería él? ¿Quería a Marta? Desde la noche anterior, se había ido calmando. Lo que había hecho, ir sin avisar, entrar con sus propias llaves y oír la conversación había estado mal. No, muy mal. Se avergonzaba. No había debido gritarle así, los niños podían haberse despertado. Pero estaba en shock, se justificaba. Desde que sus hijos le habían contado la excursión al pantano con el portero, había despertado de un aletargamiento en el que no sabía que se encontraba. No se lo podía creer. Les había preguntado varias veces. Había llegado a la conclusión de que, aunque era muy extraño, podría haber sido algo ocasional, tener un motivo concreto. ¿Cuál? ¿Qué razón de peso podría haber tenido Marta para ir con el portero? A pesar de que era muy inverosímil, podría llegar a entender las razones

de la primera vez. Pero cuando ya no había sido un hecho aislado, cuando los niños le contaron otras salidas y le hablaban entusiasmados de lo que había dicho o hecho el moro, ya no tuvo más remedio que quitarse la venda de los ojos y admitirlo. Tuvo que admitir que Marta estaba... ¿saliendo con el portero?, le costaba solamente pensarlo. ¡Qué vergüenza! Lo peor fue cuando Diego le preguntó si ese tío iba a ser su nuevo papá. Tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para contener su rabia y disimular. Encima no había visto pena en los ojos del enano. Había... ¿ilusión? Eso ya lo había rasgado de arriba a abajo y toda su rabia había salido a flote. No se había podido contener. Por eso lo de anoche.

Tenía que calmarse. No convertirse en un animal. Tenía que pensar, medir sus gestos, sus palabras. No atacar a Marta. No dejar que la rabia y la humillación lo dominaran. Sabía que..., tenía que recordarse, que Marta no le pertenecía. No era un objeto que le hubieran robado. Podía elegir. Podía haberse cansado de él. Podía decidir lo que hacer con el resto de su vida. Y él no podía hacer nada para evitarlo. Incluso si Marta se equivocaba, como era obvio que lo hacía. Se tenía que mantener al margen de sus decisiones. O podría exponerle lo que él realmente quería... pero ¿qué era? «Que las cosas siguieran como antes», se contestó. ¿Estaban bien antes? «Bueno, como están para todo el mundo...», pero su respuesta no lo convenció.

Marta se dirigía ya para la oficina. Habían quedado en el bar de abajo. Tenía que cuidar su actitud, sus palabras, se mentalizaba. Tenía que pedirle perdón. Sí. Eso tenía que hacer. Comerse el orgullo y la rabia y pedirle perdón. Y pensar en las últimas conclusiones que había sacado. Marta era libre. Estuviera o no casada con él. Y él... él seguía sin poder contestarse. Desear que todo siguiera igual era una cosa. Que la necesitase para mantener el orden apacible de su vida, otra. Quererla, otra más muy diferente. ¿Y qué era amar cuando se lleva más de veinte años con la misma persona? Intentó dar una vuelta a sus pensamientos. ¿Cómo se sentiría si Marta ya nunca volviera con él? ¿Si se acabara, para siempre, el compartir el baño, la cama, los libros que leían, las vacaciones? ¿Si ya nunca más pudiera hacerle el amor? ¿Cómo se sentiría él? Y otra cosa más, ¿qué pasaría si fuera capaz de salir con el moro? Imaginarla con él dolía. Y si pensaba en ciertas cosas, dolía más. Pero ¿qué dolía?, ¿perder a Marta o su orgullo?

Se pasó las manos por el pelo, mientras agachaba la cabeza casi rozando el teclado del ordenador. Sonó su móvil.

«Ya estoy aquí».

Se levantó, se puso la chaqueta del traje, inspiró profundamente y dejó salir poco a poco el aire, hasta que se convirtió en un suspiro.

Marta estaba sentada en la barra. Lo miró cuando entró, pero no

se dignó a saludarlo. No tenía ganas de andarse con hipocresías ni de ser amable con él. Miguel lo notó. La entendía y no podía reprochárselo. Buscó una mesa más alejada para hablar tranquilamente.

—¿Nos sentamos allí mejor?

Ella no contestó, pero cogió el café que había pedido y fue tras él. Frente a frente, ya no podía evitar su mirada. Permanecía callada, quería que empezara él.

—Marta, lo siento mucho —carraspeó. La voz apenas le salía del cuerpo. Marta lo miró asombrada, pero intentó disimular. «¿Quién es este que se ha metido en el cuerpo de Miguel?», pensó—. Lo de ayer estuvo fuera de lugar. Completamente. Perdóname. Ya te digo que no va a volver a suceder. Esto... esto es lo que quiero decirte hoy. Para eso quería que habláramos.

Marta no sabía qué decir. Estaba segura de que la conversación comenzaría por otros derroteros.

—Te agradezco mucho que me pidas perdón. No te machacaré más, pero fue intolerable —acertó a decir finalmente.

—Lo fue. No te lo niego. Solo intenta ponerte en mi lugar. De la noche a la mañana, me encuentro fuera de casa y me entero de que estás con otro. Y que ese otro es, ni más ni menos, que nuestro portero. Trata de asimilarlo poniéndote en mi lugar. Es muy difícil, mucho.

—Pero tú sabes... —Marta no quería hacer el ejercicio que Miguel le proponía, quería quitarle esa duda. Sobre todo, a él—. Tú sabes mejor que nadie que Umar no tiene nada que ver con lo nuestro.

—No lo sé. No puedo estar seguro. Dímelo tú.

—Te lo estoy diciendo. Umar no tiene nada que ver.

—Ya lo llamas por su nombre...

—Y ¿cómo quieres que lo llame?

—¡Es el portero! ¿Cómo ha ocurrido? —Se dio cuenta de que había empezado a alzar la voz. Bajó el tono y dijo más calmado—: Te estás equivocando. Es un error garrafal. ¿No te das cuenta?

—Si así fuera, sería mi problema, no el tuyo. Además, las personas no son solo sus orígenes, sus costumbres, sus profesiones. Eso son accesorios que completan su propia identidad.

Al oírla, Miguel se asustó y sintió una nueva punzada en el corazón. No le había pasado desapercibido el brillo de su mirada al hablar de él. Esto era serio. Sin saber muy bien por qué, sintió que debía de contraatacar, no mostrarse indiferente.

—¿Definitivamente me dejas, Marta? ¿Se ha acabado el periodo de prueba?

Marta tardó en contestar.

—¿Qué quieres que te diga?...

—Pues… que no. Que podemos darnos otra oportunidad. Intentar que esto mejore. ¿Qué les vamos a decir a los niños? —Miguel fue consciente de que no controlaba sus palabras. Ni las había meditado previamente ni se sentía seguro de que eso fuera lo que quería, pero las dejó brotar solas, sin su permiso. Su subconsciente estaba hablando por él y era mejor dejarle que llevara las riendas.

—Miguel, no te mientas. No eres de esa clase de persona que rectifica, que se plantea si el otro puede tener razón. Te cuesta mucho. Hasta ahora, no me has escuchado, no has visto las señales, no te han interesado. ¿Cómo crees que pueda confiar en que lo vas a intentar? ¿En que sea buena idea que lo intentemos?

Él no contestó. Ni él mismo lo sabía.

—Miguel, quiero que nos divorciemos. Yo creo que ya está todo claro. Si quieres que vendamos la casa, lo entenderé…

Los ojos de su marido, el que había sido su marido, reflejaban un inmenso dolor. Bajó la vista. Jugueteó con la cucharilla del café. Si no fuera él, pensaría que era una persona que acababa de recibir una espantosa noticia. Una noticia que dolía. Pero viniendo de Miguel, no sabía hasta qué punto era fingido.

—Marta… yo… no sé… tengo que asimilarlo todo. ¿Vas a irte con el portero? Bueno, perdona. Es verdad. Eso no es asunto mío, pero también me gustaría saber…

—Sí, no es asunto tuyo, pero si te sirve de algo, no tengo claro cuál va a ser mi vida en los próximos meses, no sé nada. Nos estamos conociendo…

«Eso duele», pensó Miguel. Y mucho. Más de lo que se había imaginado. Marta le estaba dando una oportunidad al otro, estaba valorando la locura de salir con un portero.

—Dame tiempo, por favor. Date tiempo a ti también. Vamos a esperar a después de las vacaciones. Si entonces sigues convencida de separarte, te juro que no pondré ningún impedimento. Firmaré los papeles sin más. Te lo prometo. Déjame que te demuestre que soy capaz de entenderte, de escuchar. Busquemos ayuda incluso. Vamos a intentarlo.

—Miguel…

—Espera, déjame decirte. Vamos a hacer lo que habíamos pensado: yo me voy con los niños y Elisabeth a la playa. Me vendrá bien. Tú haz lo que quieras. Puedes venir a vernos si quieres. Y cuando volvamos, me dices. Solo te pido tiempo.

Miguel no estaba pidiendo un imposible. Lo que decía era razonable. Era justo que lo decidieran entre los dos.

—De acuerdo, Miguel. Hablaremos en septiembre. Mientras, respetémonos, dejemos de indagar en la vida del otro, apartemos a los niños de esto. Sigamos con nuestras vidas por si nos ayuda a

decidirnos.

El alivio en su rostro fue evidente, parecía recuperar la esperanza. Sin embargo. Marta desconfiaba. No lo tenía tan claro. Dudaba de que Miguel fuera capaz de identificar los problemas que les habían hecho llegar a ese punto. Que pudiera entender su lista de porcentajes. No quería ayudarlo en su inspección, en el trabajo que le esperaba. Pero, por otro lado, no debía dejar que lo intentara a ciegas.

—Otra cosa más. Supongo que no te apetece oírlo, que como siempre, harás caso omiso de las cosas que me preocupan. —Se arrepintió enseguida de su reproche—. Necesito decirte lo que me ha llevado a esto. No soy tan boba de creer que después de todo el tiempo que llevamos tendríamos que seguir sintiendo el amor y pasión de los primeros años. Ya lo sé que no. Pero deberíamos seguir teniendo la capacidad de reírnos juntos, de bromear, de ridiculizar incluso nuestras cosas de una forma común y divertida. No deberíamos perder nunca la intención de ilusionar al otro, de preparar una sorpresa, de seguir haciendo especial algunas cosas cotidianas, de pensar en el otro. Y nunca perdernos el respeto. Como me has dicho hoy, no te pertenezco, no me perteneces. Me puedo equivocar, puedo decidir cómo emplear mi tiempo, cómo perderlo incluso, y a ti te puede parecer muy mal, pero no hace falta que me lo digas. No necesito saberlo. Tú no tienes ni que opinar ni decírmelo si no te lo pido. Y yo tampoco debo hacerlo contigo. —Miguel la escuchaba atentamente, sin perderle la mirada—. El respeto es fundamental. Y el tener ilusión. Hacer cosas juntos, aunque no te apetezca, pero sabiendo que al otro sí. La felicidad del otro ya debería ser ilusión suficiente. Y todo esto no es fácil, por supuesto que no. Necesita un ingrediente básico para que todo salga «comestible», agradable al paladar: la voluntad de intentarlo. —Marta hizo una pausa larga y Miguel esperó sin atreverse a hablar—. Eso es lo que yo te quería decir, lo que necesitaba decirte. A la hora de pedirme tiempo, necesito que pienses en todos estos puntos, que los valores y te plantees si estás de acuerdo porque para mí son imprescindibles para darnos otra oportunidad. —Marta sintió un peso en el pecho. ¿Qué haría con todo lo que siente por Umar si su relación con Miguel mejoraba? ¿Cómo podría borrar de un plumazo lo que su cuerpo le decía?—. Me gustaría escuchar qué es lo que necesitas tú. Estoy abierta a tus puntos de vista.

Miguel asintió. Permaneció en silencio, no tenía nada más que decir. Pagó los cafés y se levantaron. En la puerta, le dio un beso en la mejilla. Era algo nuevo y cariñoso. Se despidieron.

Volvió a la oficina y antes de meterse en faena, escribió un borrador. Estaba acostumbrado a resumir largas y tediosas reuniones, quitando la paja del heno, y fue escribiendo, punto por punto, todo lo

que le había dicho Marta. Había poca paja. Anotó lo que consideraba más importante para que les fuera bien, para no divorciarse. Tenía que pensar en cada uno de ellos y ser honesto. Plantearse si se veía capaz. No podía engañarla. Tenía que reconquistarla en serio, y para siempre. Era la primera vez en dieciocho años que se estaba planteando todo esto. Reconoció que eso no lo había hecho bien.

Se alegró de tener un objetivo a la vista. Se puso a trabajar en las dos tareas que tenía pendientes: La que le iba a proporcionar un salario y en la otra, la que le daría la vida que esperaba.

22

Todavía hay días

Junio estaba terminando y con él sus largos días y la agradable temperatura que lo caracterizaba. Pronto llegaría julio y el calor se haría más difícil de llevar. Y agosto, que se llevaría a Umar muy lejos. Sentía miedo por la posibilidad de que no volviese.

Se había acostumbrado a él. A su suave acento, a su sonrisa, a sus planes con los niños y a sus bromas siempre en los momentos más oportunos. A sus besos y a todo lo que pasaba en su casita de la azotea, no. Era difícil acostumbrarse a eso. Le creaba una necesidad que no creía que tuviera. Después de la noche en la que Miguel irrumpió de forma tan abrupta en su conversación, después de aquella maravillosa noche, el cuerpo le pedía subir una y otra vez, pero no era fácil encontrar el momento. Y no le gustaba dejar a los niños solos y desatendidos mientras ellos se enredaban en los juegos del amor. Sin embargo, unos días después de aquella noche, quiso volver. Y lo hizo, sobre las dos de la mañana, cuando era menos probable que los niños se despertaran. Habían tenido un sexo rápido, ansioso y muy pasional que había calmado su cuerpo, pero no su mente. El sentimiento de culpa por dejarlos solos la distraía. Y, además, no le daba tiempo de disfrutar, de observarlo, de vivirlo, o, simplemente, de escucharlo contando historias de su vida. Un día después se había presentado en su casa mientras Marta preparaba la cena de los niños.

—Hola, te traigo lo que me pediste —le dijo Umar. A Marta la pilló por sorpresa. En milésimas de segundo se le pasó por la cabeza que no estaba bien dejarle entrar como si ya hicieran vida de pareja en la casa que, hasta hacía muy poco, había compartido con Miguel. Tampoco era bueno para los niños, podría confundirlos. Marta necesitaba que las cosas se hicieran bien. Estaba conociendo (y amando cuando podía) a Umar, pero se había comprometido con Miguel a esperar a septiembre para ver si era capaz, por sí solo, de entender lo que quería. Sin embargo, se sintió obligada a decirle que pasara, no podía hacerle sentirse mal.

—Pasa, pasa, no te quedes ahí. No sé bien a qué te refieres.

—No, no paso. Solo he venido a traértelo, lo que me encargaste —dijo mientras saludaba a Diego que corrió a recibirlo al oír su voz—. ¡Hola, chaval! ¿Vas a cenar ahora?

—Sí —contestó—. Hoy mamá ha hecho una tortilla de patatas. Me quiero comer el trozo más grande antes de que venga Alberto, que, si no, me deja uno muy pequeño. ¿Te quedas con nosotros?

—No, no. Solo he traído esto para tu madre. —Miró a Marta y con un guiño, la puso al corriente de que estaba disimulando—. Mira, esto es lo que me dijiste. Pones la cámara en el sitio donde creas conveniente, te bajas la aplicación y puedes verlo todo en el móvil. Tiene un largo alcance porque lo único que está haciendo es mandar las imágenes y sonidos utilizando la wifi de casa. Cuando quieras, lo probamos y vemos su eficacia.

—¡Pero, Umar, esto habrá costado un pastón!

—No, es un regalo —dijo bajando la voz—. El de la tienda me ha dicho que es el mejor del mercado.

—Pero Umar... no sé si me parece bien...

Umar frunció el ceño. Le había parecido una solución muy buena. Quería que Marta estuviera relajada cuando subiera. ¿Por qué no lo aceptaba sin más? Marta se dio cuenta de que lo estaba enfadando, que no entendía su reticencia, pero a ella le preocupaba otra cosa. No se sentía satisfecha consigo misma. No le gustaba no ser ella quien decidiera, aunque sabía que tampoco lo hacía Umar. Era su cuerpo el que la llevaba a él y el que decidía por ella y precipitaba las cosas. El que la dejaba sin capacidad de reaccionar, de pensar. Marta necesitaba más tiempo. Quería escuchar a Miguel en septiembre. Creía que debía darle una oportunidad si es que estaba preparado para afrontar cambios. Era lo correcto, lo que le debía, aunque a su cuerpo no le apeteciera.

—Vale. Dime cuál es la aplicación —dijo finalmente. Se lo explicó e hicieron pruebas. En su móvil se veía todo perfectamente. Él se bajó en el ascensor con la cámara y Marta podía seguir viéndolo. Se enfocó a la cara y vocalizó que la quería. Marta sonrió y se enterneció. Diego se acercó para ver.

—A ver... déjame a mí mirar... —Tiró de su brazo para alcanzar la pantalla. Umar continuaba con la prueba.

—Y ya estoy en la planta menos dos, donde tuve el encuentro con la vecina más guapa de todo el edificio. ¡Ese encuentro me cambió la vida! —iba diciendo Umar enfocando la cámara a su alrededor.

Marta miró a Diego, pero su cara solo demostraba curiosidad. No reparaba en sus palabras. Marta cerró la aplicación y marcó el número de Umar. No quería que Diego viera algo que no debía.

—Umar, ven ya. Funciona perfectamente. ¡Hasta Diego te ha visto!

—Bueno, pues aquí tienes. Para cuando lo quieras utilizar —dijo cuando subió de nuevo, entregándosela sin cruzar la puerta—. Ya me dirás.

Y así fue cómo consiguió que Marta subiera mucho más relajada y durante más tiempo. Marta se daba cuenta de que ya no solo subía para meterse en su cama, donde los «te quieros» salían fácilmente de su boca. También subía con ganas de probar la cena que le había preparado en la mesa que había comprado para cenar con ella a la luz de las estrellas, para tomarse una copa juntos o ver una serie en el portátil. Tampoco había sexo cuando Umar iba a buscarla a casa de su madre cuando a Miguel le tocaban los niños. Como dos adolescentes, la esperaba en el portal para dar un paseo por El Retiro, o por el Madrid de los Austrias, abrazados, besándose a cada rato, y probando viejos y clásicos bares, para después, volver a una hora más o menos prudente, procurando no despertar a su madre.

A partir de su regalo, la mente de Marta se hacía notar más y se ponía a la altura de su cuerpo y, juntos y en paralelo, contemplaban a Umar con un cariño y una admiración que crecía cada día. «Esto va a ser amor de verdad», se decía. Necesitaba hablarlo con sus amigas.

Umar a su vez vivía un sueño. Un auténtico sueño, aunque con algunos momentos de pánico ante la posibilidad de que se acabara. La deseaba todo el tiempo. Era algo instintivo, animal, que no podía evitar. También quería estar a su lado, escucharla, comentar una película o tomarse una cerveza en un bar. Los fines de semana que Marta pasaba en casa de su madre, solo le apetecía irse tras ella. Evitaba así encontrarse de nuevo a Miguel. No quería volver a sentir su mirada de desprecio. No era miedo, pero nada de lo que pudiera ocurrir entre ellos beneficiaría en absoluto su relación con Marta.

Solo había pasado una vez, muy poco después de aquella maravillosa primera noche. Estaba en la garita y Miguel había llegado por la puerta principal. Probablemente no fue fortuito, había dejado el coche en el garaje y había querido verlo cara a cara. Tocó dos veces con los nudillos en la puerta. Umar lo había visto venir, pero intentaba hacerse el distraído. Miguel no se lo iba a permitir. Umar lo miró y supo que venía a por él. No iba a poder evitarlo. Se levantó y con el rostro serio, abrió la puerta mientras emitía un profesional «Buenas tardes». Miguel ni le contestó, parecía que ya no se mostraba tan aturdido y tímido como cuando iba a su casa. Se quedó mirándolo durante un buen rato, tanto que, si algún vecino hubiera pasado en ese momento, habría comprobado que entre esos dos hombres pasaba algo. Y nada bueno. Miguel cambió su amenazante rostro por una sonrisa de medio lado, entre sarcástica y burlona.

—¿Te lo pasas bien? —dijo esperando provocar alguna reacción.

—Perdone, no sé a qué se refiere —dijo Umar empleando el

«usted» más como una señal de distancia que de respeto.

—Lo sabes perfectamente, no te hagas el tonto. Te repito: ¿te lo pasas bien?

—Ya le he contestado a esa pregunta.

—Estarás como loco de alegría. En tu vida te habrás visto en otra igual. Dime, ¿ya se lo has contado a todos tus vecinos y amigos? ¿Vas presumiendo de tirarte a la señora del octavo del edificio donde trabajas?

—Creo que esta conversación no nos lleva a ningún lado. Mejor, vamos a dejarlo aquí —dijo Umar con aparente tranquilidad, aunque la furia le aceleraba la respiración.

—Tú no me vas a decir que me calle. No eres nadie para impedirme que hable con el portero, o sea, ¡contigo! ¡El portero! Estás al servicio de esta comunidad, ¡a mi servicio!

—Si quiere, podemos quedar en otro lugar y hablarlo.

—¿Hablar de qué? ¿De lo bien que te lo pasas tirándote a mi mujer? ¡A mi mujer! —gritó Miguel, consciente de que perdía los papeles como la noche en que los descubrió hablando. Recordó la conversación con Marta y pensó que tenía que echar el freno. Por ella y por lo que le había prometido. Apretó los puños. Le hubiera encantado poder golpear a aquel tío en toda la mandíbula, aunque se hubiera tenido que poner de puntillas para hacerlo.

—¡Papá! ¡Ya has venido! —la voz de Alberto le hizo reaccionar. Corrió hacia él con la alegría de siempre al recibirlo. Detrás, Diego se soltó de la mano de Elisabeth y fue en dirección a su padre.

«Gracias, chicos», pensó Umar. Era la forma más positiva de terminar aquello, que solo podía ir a peor. Miguel se tambaleó por el abrazo de su hijo. Le sonrió y le revolvió el pelo y esperó el segundo empujón, esta vez, de Diego. Lanzó una última mirada de odio hacia Umar, tomó a sus niños de las manos y se marchó hacia donde esperaba Elisabeth. Los niños agitaron sus manitas para despedirse de Umar, que les devolvió el saludo con una sonrisa. Umar soltó un suspiro de alivio: ¿Qué habría pasado si Miguel hubiera seguido diciendo esas groserías que, lejos de afectarle, ofendían a Marta? «¿Cómo se atrevía? Es muy poco respetuoso», pensaba Umar mientras su respiración volvía a la normalidad. Pero sabía que era uno más de los riesgos que había asumido cuando decidió entregarse a Marta. Aunque, si los podía evitar, sería mucho mejor para todos. Por eso, los fines de semana que tenía que trabajar y Marta no estaba, se los pasaba haciendo arreglos atrasados del edificio y vigilando la salida y llegada del coche de Miguel para no cruzárselo. En cuanto su turno terminaba, acudía raudo y veloz a por ella. No sabía qué pasaría con su futuro, o cuándo podrían tener una merecida normalidad. Pero cada «te quiero» de Marta le daba fuerzas para seguir y tener

paciencia. Algún día llegaría. Lo esperaba.

Marta sabía que no saldría a su hora y ya había avisado a Elisabeth de que se ocupara de los niños hasta su llegada. Con el curso acabado, las extraescolares se habían terminado también y les quedaban unos días antes de comenzar los campamentos de verano. La piscina de la urbanización conseguía entretenerlos lo suficiente para que no estuvieran todo el día en casa dando la lata. Sobre la una de la tarde, cuando ya solo le quedaba una hora para salir, había recibido un correo de Pablo. Esto no era muy habitual, pues, normalmente, él se acercaba a su mesa para comentarle los asuntos en persona. En realidad, era su excusa para tener un contacto personal con ella. Habían pasado días desde su propuesta y ella no había llegado a ninguna conclusión. ¿Cómo iba a vivir con alguien sin amor entre ellos? Si la convivencia ya era difícil, sin esa parte fundamental le parecía algo imposible. Sin embargo, algo le decía que Pablo era capaz de conseguirlo, de mantener la 'empresa' a flote y conseguir beneficios. El correo tenía el asunto escrito en mayúsculas, señal de que necesitaba que lo leyera con urgencia:

«DEJA TODO LO QUE ESTÉS HACIENDO Y LEE, POR FAVOR, ESTE CORREO»

Marta lo abrió inmediatamente, obedeciendo a su jefe. Era el reenvío de otro correo y la remitente era, ni más ni menos, la presidenta del banco. No era habitual que escribiera directamente correos a sus subordinados, pero por el tono del mensaje, Marta percibió un cierto grado de confianza con Pablo hasta ahora desconocido.

La presidenta le exponía a Pablo que por fin se había decidido en el consejo de dirección abrir el departamento jurídico en el Reino Unido, después de varias semanas de estudio y valoración. Necesitaba que Pablo y su compañera, Marta Tabueña, su mano derecha, se desplazaran en unos días al país para mantener reuniones con los directivos y los asesores de allí. Confiaba absolutamente en su profesionalidad y en que, acudiendo él, podría evitar que ella misma tuviera que asistir a las reuniones, ya que coincidían con otras que tenía. Le advertía que necesitaba una respuesta rápida para que su asistente organizara los encuentros.

Marta se sorprendió de que la presidenta supiera su nombre y apellido, aunque, seguramente, el mérito se lo debía a su asistente. Más curioso era el tono amistoso con el que se dirigía a Pablo y la confianza que le tenía. Se levantó y se dirigió a su despacho.

—¿Lo has leído?

—Sí, sí. Bien, ¿no?

—Sí, muy bien. Llevo meses informando de la importancia de

abrir allí un departamento jurídico que ayude con toda la actividad dentro del marco legislativo inglés.

—Aun así, me ha parecido que había una cierta urgencia en planificar las reuniones, ¿no?

—Bueno, es que quieren que a finales de agosto o principios de septiembre ya sea una realidad.

—Y he notado… ¿eres amigo de la presidenta?

—Bueno… nos conocemos desde hace mucho.—Pablo se preguntó si el interés de Marta era debido, aunque fuera solo una mínima porción, a algo relacionado con los celos. Prefirió no contarle que su padre y el de la presidenta habían sido íntimos amigos hasta que ambos fallecieron en el mismo accidente de avioneta. Prefería dejarla con la duda—. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada, nada. Me había fijado en el tono cercano del mensaje…

—Bueno, Marta —retomó Pablo—, ¿crees que podrás arreglarlo con los niños para viajar a Londres?

—Supongo que sí… ¿Cuándo crees que sería? Viajar a Londres era muy apetecible y hacerlo con Pablo no sería un problema a pesar de su propuesta. Le haría sentirse cómoda. Tendría que hablar con Miguel para que se instalase en casa el tiempo que ella estuviera fuera. No creía que pusiera ningún problema. Esta noche lo llamaría para contárselo.

—Supongo que pronto, en cualquier momento. Ya nos lo dirán.

—Tendré que hablarlo con Miguel. Cuéntame más de lo que se supone que haremos allí.

Durante más de una hora, Pablo le contó todo sobre el nuevo proyecto, le enseñó informes pulcramente preparados por él, le habló de las personas con las que se reunirían. Marta atendía e iba tomando notas en su libreta. Admiraba la capacidad de síntesis de Pablo y la claridad con que lo exponía todo. Solo había una cosa que le molestaba de todo aquello: separarse de Umar. Increíble, pero así era. Además, no recordaba cuál era la fecha exacta de su partida, pero se temía que pudiera solaparse y no estar para despedirlo. Se dio cuenta de que experimentaba sentimientos típicos de una pareja. ¿Eso eran?

Por la noche, cuando los niños se durmieron, llamó a Miguel.

—¡Marta! ¡Qué sorpresa! ¿Pasa algo? —Marta no pasó por alto la sospechosa amabilidad de Miguel. Se notaba que había empezado a trabajar en lo de poder intentarlo de nuevo.

—No, todo bien por aquí. Quiero comentarte algo. Solo eso.

—Dime… —la animó, expectante.

—Hoy nos ha surgido un nuevo proyecto en la oficina. Para concretarlo y cerrarlo, tendría que viajar el mes que viene a Londres. He hablado con mi madre y ella no tendría inconveniente en instalarse en casa durante el tiempo que esté fuera, pero antes de pedírselo,

quería consultártelo a ti. ¿Cómo lo ves?

—No, no. No se lo digas a tu madre, no hace falta. Bueno, ella puede venir cuando quiera, ya lo sabes, y quedarse a comer con los niños y bajar a la piscina. Lo que quiera. Pero yo me puedo instalar en casa. —Empleó con toda la intención «casa», sin artículos posesivos delante, solo como un lugar común perteneciente a los dos—. Últimamente no estamos teniendo tanto trabajo después de las fusiones, puedo teletrabajar más días. ¿Cuánto tiempo será?

—Aún no lo sabemos. Quizá una semana, diez días…

—¿Sabemos? ¿Quiénes vais?

—Pablo y yo.

«Este Pablo…», pensó Miguel, «no sabe cómo hacerlo para buscarse tiempo a solas con ella… ya verás, ¿qué podrán aportar los conocimientos de Marta en ese proyecto?». Acto seguido, se arrepintió de su propio pensamiento. De haberlo dicho en voz alta, habría vuelto a fallarla. Ese pensamiento llevaba implícito poco respeto y nula confianza en sus capacidades. Menos mal que no había abierto la boca.

—Bueno, cuando sepas el día en que te vas, me lo comunicas para que yo avise en la oficina, ¿vale?

Marta colgó y creyó, ajena a los pensamientos de Miguel, que por fin podían hablar y organizarse con los niños. Le quedaba contárselo a Umar. Miró la hora, no era muy tarde. Le mandó un mensaje.

«¿Te viene bien que suba ahora?».

Su respuesta no se hizo esperar.

«¡¡Sííííí!!».

Marta conectó la cámara y la colgó en un ángulo del pasillo donde Umar le había colocado un enganche para que le fuera fácil poner y quitar y tener una vista general. No quería que Miguel supiera nada de este artilugio y sacara las conclusiones obvias. Su relación con Umar era cosa de ellos dos solo. Abrió la aplicación de su móvil, cogió las llaves y cerró la puerta con cuidado. Media hora después, Marta ya le había contado todo sobre su próximo viaje. Umar se había quedado demasiado silencioso. Tumbados en las hamacas, pensaba en que la noticia de Marta lo había dejado descolocado. A finales de julio salía su vuelo y pasarían más tiempo separados del que había previsto. Hubiera preferido que se fuera en agosto, cuando ya estuviera en Irán. Por un momento, valoró la idea de anular su viaje. Le hacía muchísima ilusión volver a ver a su madre y hermanos, pero le dolía separase tantos días.

Esa misma tarde había hablado con su madre. Las madres saben. Y la suya había notado en la voz de su hijo una ilusión, una alegría contagiosa, algo nuevo para ella.

—Umar, hijo, ¿no tienes nada que contarme?

—Ummm, ¿por qué lo dice?

—Porque te noto distinto, muy contento. Te he hablado de tus hermanos y apenas me has escuchado. Aún no me has preguntado por Zenda…

—Madre, preguntarle por Zenda no me produce ningún placer…

—Ya, ya. Pero te noto distraído. Ha pasado algo, ¿verdad?

—Bueno…, he conocido a alguien, sí…

—¡Pero, Umar! ¡Tú no puedes hacer nada con nadie! ¡Estás casado!

Umar se arrepintió de habérselo contado al momento de decirlo. El resto de la conversación fue un sinfín de recomendaciones y consejos sobre lo que no debía hacer. Él contestaba con monosílabos y frases inconexas. Al ver que su hijo estaba tan poco comunicativo, la madre cesó en el empeño.

—Bueno… Ya veo que no me lo quieres contar. Y haces bien. Preferiría que no me lo hubieras contado… ¿sabes qué? No me cuentes nada más, pero… sé feliz. Tienes derecho a serlo. Y yo solo querré saber si lo eres. Yo te preguntaré si eres feliz y tú me responderás. Es lo único que quiero saber.

Esas palabras habían compensado el resto de la conversación. Le hubiera gustado, sin embargo, hablarle de Marta. Era tan profundo su amor y se sentía tan orgulloso de que «algo», fuera lo que fuera, estuviera pasando entre ellos, que le apetecía contarlo a los cuatro vientos. Por eso, la sola idea de no ver a Marta en tantos días, lo había dejado triste y sin ganas de hablar. Sentía que lo que había entre ellos estaba cogido con hilos, por un hilván que fácilmente podía romperse. Pero no era por él. Estaba dispuesto a todo. A vivir el resto de su vida con ella, aunque esto supusiera cambios, de trabajo o de casa. Sabía que Marta seguía dudando, que no estaba segura de sus sentimientos. Debía continuar esperando y rezar para que no se fracturaran los hilos que los unían.

Marta notó su silencio. Se volvió en la tumbona para mirarlo directamente a la cara.

—Umar, estás muy callado… ¿Es por lo que te he contado de mi viaje? Dime, por favor.

—No te preocupes por mí… Seguro que, aunque sea un viaje de trabajo, podrás aprovechar y pasarlo bien.

—En serio, Umar, no seas tan correcto. Dime qué te pasa.

Él calló. Sintió cierta desesperación. ¿Es que ella no sabía lo que le pasaba? ¿No eran intuitivas las mujeres? ¿Solo quería oírle, aunque lo supiera de sobra?

—Marta, Marta, Marta… —dijo con cierto tono condescendiente para disimular su ansiedad y desesperación—. ¿De verdad no sabes lo que me pasa? No me lo creo. No soy un niño. Vale que no conozco

mucho del amor, pero sí sé lo que quiero: te quiero a ti. En mi vida. Lo quiero todo. Para siempre. Separarme de ti me hace sentir mal, muy mal. Ver cómo dudas es un tormento. Y no puedo ni quiero hacer nada. Quiero que sea tu propio proceso el que te lleve a mí o… que te separe de mí. No quiero forzar. Solo intenta entenderme.

Marta estiró el brazo buscando su mano. Él se la cogió. Con las manos entrelazadas, se miraron. Marta no quería romper el silencio. No quería contestarle y sabía que Umar no esperaba que lo hiciera. No ahora. Además, en ese preciso momento, no sabía quién de los dos, si su cuerpo o su mente, tomaría la palabra. En este instante, le diría que ella también quería pasar el resto de sus días con él, aunque no fuera fácil, aunque se pudiera arrepentir. Le diría que con él al infinito y más allá, como en la película. Pero como no sabía cuál de los dos tomaría la palabra, prefirió no dejar que ninguno se pronunciara. Se acercó la mano de Umar a la boca y la besó repetidamente.

—Todavía tenemos días —dijo, esquiva.

23

Londres

Llevaban ya unos cuantos días en Londres y apenas habían tenido un respiro. Las reuniones, comidas, e incluso cenas de negocios les habían ocupado la mayor parte del tiempo. Pablo había hecho la reserva en un pequeño hotel en Mayfair, cerca de la plaza de Grosvenor, donde las tranquilas calles estaban repletas de tiendas de lujo con escaparates fascinantes. Marta dudaba mucho de que el banco tuviera el presupuesto necesario para pagar las tarifas del hotel, por lo que supuso que Pablo habría abonado la diferencia. Les habían reservado dos habitaciones contiguas, que, pensaba, no era producto de la casualidad. Por las mañanas, cogían un taxi o reservaban un Uber para acudir a la City, donde los asesores tenían sus oficinas. En las primeras reuniones, Marta se había sentido muy perdida; tenía el inglés bastante oxidado y si no hubiera sido por Pablo, que en muchas ocasiones le traducía o le ofrecía matices de lo que se estaba hablando, habría sido un desastre. Poco a poco, el oído se fue habituando y el tercer día ya pudo intervenir con confianza.

No habían podido dedicar tiempo para el turismo. Una de las tardes, al terminar la última reunión y despedirse hasta la mañana siguiente, Pablo la había llevado a The Monument, que estaba cerca de la oficina. Era una torre muy estrecha, edificada en memoria del terrible incendio que asoló Londres en 1666. Marta nunca había entrado, solo lo conocía por fuera. Después de subir la gran cantidad de escalones, se encontraron una pequeña plataforma protegida por unas barandillas. Las vistas eran maravillosas, sobre todo del edificio Walkie-talkie, justo al lado de la oficina de los asesores. Había empezado a oscurecer y el contraste del cielo casi negro con todas las luces de los edificios era fantástico. Hizo fotos para enseñárselas a sus hijos, también le mandaría una a Umar. Seguro que le gustaría. Rodeó la torre mientras grababa un vídeo con la cámara de su móvil. En ese momento, sin saber por qué ni qué lo ocasionó, la barandilla y la plataforma le parecieron tremendamente frágiles. Dejó de tener las perspectivas de las distancias, y de forma absolutamente irracional,

sintió que, si daba un paso más, caería al vacío. Pegó la espalda al muro de la torre y, con la mano libre, buscó algo donde agarrarse para no caerse por el borde. Buscó a Pablo y no lo vio. Intentó llamarlo, pero la voz no le salía. Ella no lo sabía, pero estaba sufriendo un ataque de pánico. Volvió a intentar llamarlo, pero el volumen de voz era insuficiente para superponerse a los sonidos de los coches que transitaban por la calle y de las personas que estaban en la plataforma. Se dio cuenta de que tenía aún el móvil en la mano y sin despegar la espalda y el otro brazo del muro, marcó su número después de varios intentos.

—¿Marta? —contestó él rápidamente—. ¿Dónde estás? ¿Te has bajado?

—Pablo… ven… ven…

—Pero… ¿a dónde? —Pero él, teléfono en mano, había empezado a bordear la torre. La vio enseguida.

Se dio cuenta de lo que pasaba. El vértigo podría llegar a paralizar, a provocar el pánico. Con paso rápido se acercó a ella, la cogió del brazo e intentó llevarla hacia la salida. Marta no conseguía moverse. Le pasó el brazo por los hombros para despegarla de la pared y la cogió por la cintura. Costaba trabajo.

—Cierra los ojos —le dijo. Ella los cerró fuertemente.

A paso lento y dejando que Marta sintiera el muro de la torre, alcanzaron la puerta que estaba apenas a dos zancadas. Una vez dentro, y a un paso del primer escalón, Pablo la liberó de su abrazo. Marta se repuso en un segundo.

—¡Ay, Pablo! ¡Ha sido horrible! ¡No me podía mover! No sé qué me ha pasado.

—Pues seguramente has tenido un ataque de pánico provocado por el vértigo.

—¡Pero si nunca lo había tenido!

—Alguna vez tendría que ser la primera —le sonrió.

—Menos mal que estabas, ¡muchas gracias por salvarme! Creo que habría sido capaz de pasar toda la noche ahí.

—Ha sido una mala idea venir aquí… —se lamentó.

—No, si me ha encantado, y las vistas merecen la pena, pero no me imaginaba que me podría pasar esto.

Bajaron sin dificultad los escalones y Marta suspiró aliviada al poner un pie en el suelo.

—Vamos a cenar algo y volvemos al hotel, ¿te parece? Podemos cruzar por el London Bridge hasta al Borough Market donde hay muchos puestos y eliges. Ya verás que te va a gustar, ¡y está a pie de calle! —bromeó Pablo.

Por las noches, sin falta, Marta llamaba a los niños desde el hotel. Hablaba con todos, cada uno le contaba lo más interesante de su día y

ella les hablaba de los monumentos que había visto. En una ocasión, la llamó su cuñada.

—¡Hola, Lorena! Te debía una llamada. Sabes que estoy en Londres, ¿no?

—Sí, Miguel me lo dijo. Me ha pedido que el sábado me quede por la noche con los niños.

—Ah… ¿sí? ¿Dónde va? —se extrañó Marta. Después de hablar con los niños, siempre se ponía él. Quería saber si había pasado algo más que no les hubieran contado ellos. Intercambiaban unas cuantas frases amigables y colgaban. Podría haberle contado que saldría el sábado. ¿Habría quedado con alguna mujer?

—Pues no sé, no me lo ha dicho. ¿Cómo estáis vosotros dos? Estuve hablando con él, ¿sabes? Le leí la cartilla. No te digo esto para convencerte, ni nada de eso, pero parece que se está tomando en serio recuperarte. Me estuvo contando las cosas que tiene que cambiar… Bueno, ¿y qué tal por ahí? ¿La lluvia y la niebla no te dejan apreciar los maravillosos rincones de esta ciudad?

—Ja, ja, niebla poca. Estamos en julio y ya sabes que era la contaminación que había en aquella época. Aún no ha llovido. ¿Qué tal con tu instagramer?

—Bien, parece que bien. Ya sabes que allí, cuando fui, todo fue bastante bien. Viene el próximo fin de semana y se trae a la niña. Estoy hasta nerviosa.

—¡Pues genial!

—Marta… ya sé que es muy pronto, y no te quiero presionar, pero me gustaría saber… ¿Volverás con mi hermano?

Menos mal que no era una videollamada porque a Marta se le escapó una mueca de fastidio. Sabía que podía hablar con Lorena de muchas cosas, pero en lo concerniente a su hermano no le apetecía. No creía que fuera bueno para ninguna.

—No te lo puedo decir aún, Lorena. Tengo que averiguar antes qué es lo que siento.

—Me habló del portero… ¿es cierto, Marta?, ¿o se lo está imaginando?

Ella dudó si contestar, estaba demasiado implicada en el mundo de Miguel, pero finalmente decidió confiar en Lorena.

—Hermana, algo hay. Es muy especial. Mucho. Pero aún no estoy segura y no quiero que te hagas una idea equivocada…

—No me hago ninguna idea de nada —la interrumpió Lorena—. No voy a juzgarte. Ni lo he hecho ni lo haré. Solo me da pena que no hayas confiado en mí…

—Es complicado, lo entiendes, ¿no?

—Sí, lo entiendo. Haz lo que te pida el corazón. No hagas demasiado caso a la razón, hermana.

Marta sonrió. Podía contar con ella, no tendría que haberlo dudado.

Había esperado varias noches en vano la llamada de Umar. Sospechaba que él no quería agobiarla. Estaba deseando hablar con él, oír su voz, lo echaba mucho de menos. Jugueteó un rato con el móvil, dándole vueltas en la mano. Le pudo el ansia y marcó su número.

—Marta…

Había tristeza en su voz. No se lo esperaba. Se preocupó.

—¿Te pasa algo? ¿Estás bien? Silencio al otro lado. Demasiado.

—Dime, Umar. Me estás preocupando —estaba claro que algo le pasaba. Él siempre estaba alegre.

—Marta —repitió—, gracias por llamar. No me pasa nada. Nada que no puedas imaginar. Te echo mucho de menos…

—Ah —suspiró, aliviada—, ¿por qué no me has llamado tú?

—Estaba esperando a que tú lo hicieras. ¿Cómo te va? Y Marta le contó brevemente. No creía que le interesara saber cómo iban las negociaciones, pero se equivocaba. El ambiente se destensó.

—¿Cómo van tus preparativos?

—Bien… ya he comprado los regalos. Es un fastidio tener que llevar dos maletas porque en una no me caben todos. ¿Sabes? Me pasa una cosa muy rara. No me he ido y ya quiero volver.

—No digas eso, Umar, intenta vivir el momento, disfrutarlo. Hace mucho que no vas. Deberías estar emocionado.

—Pero no lo estoy, Marta. Y no sabes lo decepcionado que estoy conmigo mismo. Siento… siento que traiciono a mi madre, a mi familia. Pero contigo quiero ser sincero. Me duele mucho estar separado de ti. Yo no quería esto, Marta, no así…

—Umar… lo siento, lo siento mucho.

—Me vas a dejar, ¿no? Y yo he sido un tonto por enamorarme así de ti. No quería caer, pero lo he hecho. No puedo soportar tenerte lejos. No puedo estar más días sin verte. —Se calló. No se sentía bien tampoco en ese papel. No había planeado decir nada de aquello, debería dejar de decirle esas cosas y recuperar algo de su dignidad. Oírle así a ella le partía el corazón. Podría decirle la verdad, que no sabía lo que haría aún con su vida, pero eso podía darle más esperanzas. A Marta le dolía su dolor. Lo abrazaría en ese momento, lo consolaría, lo amaría.

—Umar… —murmura finalmente—. No puedo dejar de pensar en ti. Hago todos los días fotos para ti que luego no te mando. Te echo tanto de menos… Pero no debería decirte estas cosas, yo también quiero ser honesta contigo, no sé qué hacer para que me comprendas, para aliviarte. No estoy lista. No me digas que te voy a dejar, porque yo tampoco lo sé. No te pido nada, no te pido que me esperes. Ya no. No podría hacerte eso. No sería justo. ¿Entiendes lo que te digo?

—Creo que sí. Estás hecha un lío. No sabes a quién quieres… ¿Por qué me has dicho que me amabas si no lo sabías?

Marta se quedó callada. Umar tenía razón, pero…

—Umar, sé que eres muy inteligente. Sé que, si lo intentas, me entenderás. Si te he dicho que te quiero, es porque lo sentía. Umar… llevo muchísimos años con Miguel. Esto no me había pasado nunca. No creas que voy diciéndole «te quiero» a cualquiera. No eres cualquiera para mí. Eres muy importante. Me has salvado, me has hecho sentir viva, despertar… Si no lo fueras, si no fueras importante para mí, no me hubiera importado empezar algo contigo que se pudiera romper a los días, meses. He entendido lo que me dices y quiero saber si te lo puedo dar ¿Me sigues, Umar? —Hizo una pausa esperando su respuesta. Umar susurró un «sí»—. Necesito que creas lo que te digo y sepas exactamente en el punto que estoy. No te voy a mentir. No te voy a engañar. Umar… cuando te he dicho que te quiero, ha sido porque eso era exactamente lo que sentía en ese momento y si estuvieras aquí ahora mismo, sabrías que es verdad, lo verías en mi cara, en todo mi ser…

—Vale, Marta… —Umar no quería forzarla, lo último que deseaba era su compasión, no quería oír cosas que no sintiera. Prefería lo que le acababa de decir. Ella seguía considerándolo, no lo menospreciaba, no jugaba con él, simplemente no estaba segura aún —. Me vale. Me calmará. Ojalá estuviera allí. Esto es muy duro. No me gusta el amor. No es fácil. Preferiría no haberlo conocido y vivir en mi ignorancia… pero tus palabras… tus palabras me cargan las pilas. Gracias. Te he entendido y sé lo que me toca.

Ambos se quedaron en silencio. Pasaron los minutos sin hablar, sin decir nada. Se oían respirar. Marta se secó la lágrima que caía por su mejilla. Lo que estaba pasando era cruel; cruel para Umar, para Miguel y para ella. Umar tenía razón, el amor no era bonito.

Pablo llamó a su puerta. Era sábado y tenían un montón de planes.

—¿Estás lista?

Ella abrió haciendo una pequeña reverencia para decirle que sí. Llevaba vaqueros y camiseta, zapatillas y un bolso grande. Querían aprovechar al máximo su día de asueto.

—Veo que sí —sonrió Pablo—, y que te has puesto calzado cómodo. Haces bien. Vamos a andar mucho. ¡Venga!

Pablo estaba muy guapo. Con la ropa deportiva parecía más joven. A Marta le entraron ganas de decírselo, pero no lo hizo. No quería que creyera que ya tenía respuesta a su propuesta.

Paseando por las bonitas calles de Mayfair, llegaron a Piccadilly Circus y de ahí fueron directos a la tienda de M&M, donde Marta tenía

previsto surtirse de caramelos para los niños. Pablo estaba casi más emocionado que ella y Marta apreciaba su ilusión. Eligieron caramelos de todos los colores y Pablo añadió a la compra varios juguetes rellenos de los mismos dulces. Luego fueron a Covent Garden donde se entretuvieron más de lo planificado, recorriendo cada tienda y oyendo a los cantantes de ópera, que, en un rincón, ponían la melodía de las galerías. Pablo le compró un perfume a Mari Carmen, que eligió Marta. Ella compró una caja de jabones, adornados con delicadas flores y semillas con la idea de dársela a Umar para su madre. No sabía si era una buena idea, pero le apetecía.

—Se nos ha hecho tardísimo —dijo Pablo mirando el reloj.

—Tardísimo ¿para qué? —preguntó Marta—. Creía que teníamos el día libre…

—Sí, lo tenemos, pero he reservado en un sitio muy especial para comer. Espero que, además de ser especial, tengan el gusto de cocinar bien, cosa que no tengo tan claro. Vamos. —La tomó por el hombro de forma natural para salir entre el gentío, que les impedía acelerar el paso. Marta notaba su mano, quizá más tiempo de lo necesario, pero no le incomodaba. Se sentía a gusto y protegida.

Poco después estaban a los pies del edificio Walkie-talkie, por donde pasaban todas las mañanas para ir a las reuniones con los asesores.

—No me puedo creer que me traigas aquí de nuevo —protestó Marta—. ¡Ya hemos probado todos los restaurantes de la zona!

—Te equivocas —dijo Pablo sonriendo y señalando al punto más alto del edificio—. Vamos allí, al Sky Garden. Creo que no lo conoces.

Marta se asombró cuando entró: era un enorme espacio lleno de plantas de diversos tipos y orígenes, cubiertas por ventanales como si de un gigantesco invernadero se tratara. A través de las cristaleras, Londres mostraba su esplendor.

—Luego lo vemos mejor, ahora ya llegamos tarde. El restaurante está allí —señaló a media altura una especie de terraza cubierta donde se distinguían varias mesas.

—Vamos —apuró Marta —o sabrán que somos españoles.

Un poco después, cuando habían comprobado que el cocinero era tan especial como el entorno, Pablo se incorporó y puso los codos sobre la mesa. Marta supo que quería decirle algo importante.

—Preguntarte si has pensado mi propuesta no sería justo —empezó—, pero no puedo evitar morirme de ganas por saber por dónde van los tiros, qué porcentaje de tus pensamientos se inclina a favor y cuál en contra. Marta bajó la mirada. Lo cierto era que no había dedicado mucho tiempo a pensarlo, bastante había tenido con el conflicto emocional entre Miguel y Umar como para meter a un tercer participante, pero eso no se lo podía decir a él. No quería

menospreciarlo ni que pensara que ignoraba su oferta. Al ver que no decía nada, Pablo continuó:

—Creo que es justo que sepas que han cambiado algunas variables de la propuesta. —Marta lo miró con interés—. Ayer me llamó María…, bueno, la presidenta. Me propuso algo. Cree que debo quedarme una temporada aquí para formar el departamento desde cero. Piensa que con unos tres años será suficiente. También cuenta contigo…

La miró. Marta puso una mirada escéptica.

—Sé que mi punto de vista no es objetivo, pero déjame que te lo exponga. Esto, poder trabajar aquí los siguientes tres años, me parece una señal, como si se juntaran los astros para hacer posible mi propuesta. De un golpe, dejarías tu vida anterior atrás, y podrías empezar de nuevo, conmigo. Una nueva oportunidad, totalmente distinto a lo que tenías. Y con las mismas condiciones que te puse, esas no han variado. Para tus hijos, sería una oportunidad para asegurarse el idioma de por vida, sin tener que ir a aburridas academias. Allí aprenderán la mitad y en muchos más años.

Marta lo escuchaba. Desde luego, la idea de trabajar y vivir en Londres le apetecía mucho. Miguel y ella siempre lo habían pensado, pero no habían tenido la oportunidad. Y era cierto que para los niños sería una experiencia fantástica y un regalo para su educación. Pablo notó que no le desagradaba la idea en absoluto.

—Entonces ¿ambas cosas van unidas? —preguntó al final—. Quiero decir, si acepto la oferta de trabajar aquí, ¿lleva implícito aceptar tu propuesta?

—¡Pero, Marta! ¿Por quién me tomas? —se molestó Pablo—. No, no y no. Tú tienes todas las opciones. Puedes decidir quedarte en Madrid. O puedes decidir aceptar el puesto, pero no mi propuesta…

—¡Pablo! ¡A mí no me han ofrecido nada! Eso ha sido cosa tuya.

Pablo torció el gesto y la miró con perplejidad. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Marta, ¿sabes dónde trabajas?

—Sí… claro… ¿qué me quieres decir?

—Porque creo que no lo sabes. ¿Crees de verdad que un banco como este iba a permitir que uno de sus directores, que envían como expatriado a un proyecto de envergadura como el que estamos, se llevara a su compañera de trabajo solo porque le apetece, porque le gusta y porque quiere pasar el resto de la vida con ella? ¿Crees que eso sería una buena gestión de una empresa seria? ¿Pero cómo puedes pensar así?

Pablo estaba molesto. Sentía como si Marta no lo tomara en serio. Necesitaba calmarse.

—Pero, Pablo, ¿cómo van a pensar en mí? No me conocen.

Trabajo media jornada. Una abogada del montón…

—No, Marta. Ellos saben de tu trabajo. Llevas ocho años siendo brillante, teniendo en cuenta detalles que se les pasa a los demás, pulcra en tus informes y en las revisiones que haces. Aprovechas tus cuatro horas diarias como si no hubiera un mañana. Aportas ideas que son como una brisa fresca. ¿Cómo no lo ves?

Seguía pensando que era cosa de Pablo. Seguro que les había logrado convencer por lo que sentía por ella. Él percibía sus dudas y no sabía cómo convencerla.

Sacó el móvil, buscó durante un momento y se lo pasó para que lo leyera.

«Sería muy conveniente que formaras equipo en Londres. Nosotros creemos que Marta Tabueña sería una buena opción ya que ha demostrado todos estos años su profesionalidad, su dedicación y su perspicacia, pero desconocemos sus circunstancias personales. Sería mejor que tú se lo plantearas y que nos dierais una respuesta…».

—¿Te lo crees ahora?

A Marta le costaba creerlo. Sin embargo, después de leer el mensaje, pensó que quizá existía la pequeña posibilidad de que su trabajo fuera reconocido y valorado. Lo empezó a ver desde otra perspectiva: si habían pensado en ella profesionalmente, le apetecía aún más.

—Cuéntame más —dijo finalmente.

—Bueno, yo te estaba contando las tres opciones que tienes. ¿Sabes que lo mejor de esta vida es tener la opción de elegir? No me enrollo con eso… Te decía que tienes la opción de quedarte en Madrid; la opción de coger este puesto y venirte con tus hijos, imagino que no pensarás dejarlos allí, y la opción de aceptarlo y vivir conmigo. Sé que es una decisión difícil, pero, como te he dicho al principio, es una variable más que tienes que tener en cuenta, si te lo estás planteando.

—Sí, es algo que debo pensar muy despacio…

—También puedes optar por venir, rechazando mi oferta y luego, ¿quién sabe?, cambiar de idea. Lo que sí que quiero que sepas es que yo he decidido quedarme. Sea cual sea tu decisión.

Marta asintió, pensativa. Esa noche debería dedicar un buen rato a pensar sobre todo eso. No podía hacerlo con él delante.

—¿Cuáles serían las condiciones económicas y demás? ¿Mantendría mi horario actual?

—El sueldo es obviamente más alto, creo que un 30-40 % más y el banco corre con los gastos del alquiler de la casa y del colegio de los niños. En cuanto al horario, déjame que te diga lo que he pensado: los ingleses suelen respetar mucho más la jornada laboral. Aquí es raro que se siga trabajando en las oficinas después de las cinco, cinco y

media. La mayoría de la gente se va a esa hora. Si me permites un consejo, yo te diría que no mantuvieras estrictamente tu media jornada. Podrías ampliarla a seis horas, por ejemplo. La subida de sueldo compensaría esas dos horas de más y no te supondría tanto cambio. Pero eso sigue siendo decisión tuya. Ellos conocen tu horario y, aun así, te han hecho la oferta.

Marta maquinaba en silencio. La idea cada vez le gustaba más. La oferta de Pablo seguía siendo algo que no había decidido, pero…, pero ¡sería tan fácil! Enfrentarse a esta aventura sola y con sus hijos sería duro, ¿sería capaz?

—Tendría que pedirle a Elisabeth que se viniera con nosotros, seguro que le encantará la idea. ¡Siempre ha querido aprender inglés!

Pablo mantenía la compostura, pero por dentro era otro cantar. «¡Lo está valorando!», pensaba. Era posible que valorara todo, que empezara a pensar en serio en su propuesta.

—Marta, yo siempre estaré a tu lado. Te ayudaré como pueda, tanto si vivimos juntos como separados. Yo ya lo he decidido: me vengo a Londres, incluso si tú te quedas en Madrid… Cuando lo decidas, dímelo. Me pondré a buscar casas, voy a dedicar mis vacaciones a hacerlo. —La miró directamente a los ojos—. Solo tienes que decirme si busco una casa o dos…

Bajó la mirada de nuevo. Efectivamente, había entrado en juego una nueva variable que podía cambiarlo todo. Que podía convertir en una posibilidad algo que ella había descartado. Por un momento, Marta pensó en que lo fácil era decidirse por Londres. Era lo más cómodo y lo que menos quebraderos de cabeza le daría. Comparado con lo que llevaba pensando esos meses atrás, si intentarlo o no con Umar, darle o no una segunda oportunidad a Miguel, Londres aparecía como una solución, una excusa perfecta para no tener que decidir lo que podía ser muy doloroso. Londres sería la escapatoria perfecta.

Pablo pagó la cuenta y recorrieron todo el espacio del Sky Garden, incluso a la terraza. Después, abandonaron el edificio y siguieron paseando.

Varias horas después, estaban agotados. El paseo los había llevado hacia el London Eye, por Southbank, caminando despacio, sin perder de vista el río. Marta quería hacer un descanso. Se acercó a la barandilla y Pablo la imitó. Estaban muy juntos, hombro, con hombro. Habían estado tomando unos vinos en un puesto callejero. Era un vino peleón, pero que entraba fácilmente. A pesar del cansancio, los efectos del alcohol les hacía estar divertidos y bromear. Marta se entretuvo viendo el continuo movimiento de las aguas del Támesis, ¡qué bonita era la vista desde allí! Las luces de los edificios, justo al otro lado del río, danzaban reflejadas en el agua al ritmo de la corriente.

—No sé por qué llaman a París la ciudad de la luz. Londres

debería serlo. Mira todo, mira el Parlamento… está precioso.

Pablo no miraba lo que le señalaba Marta, ya lo tenía muy visto, mientras que ella, con las luces reflejadas en su cara y el brillo en los ojos, era algo nuevo. A eso sí que no estaba acostumbrado.

—Tienes razón —le contestó—. Está precioso, pero no tanto como tú. Estás guapísima.

Marta volvió la cabeza para mirarlo de frente. No había oído antes ese tipo de comentarios viniendo de Pablo. Se estaba desinhibiendo por el vino y le hizo gracia lo tranquilo que parecía a pesar de lo que había dicho.

—No me mires así. No pasa nada porque te diga que estás guapa. Te dije que lo haría y lo haré. Sea cual sea tu respuesta, nuestra relación no se verá alterada. —Pablo comenzó a hablar más lento, distraído, como si recitara pensamientos ya muy aprendidos. Se fijó en cómo Marta se mordía el labio inferior y continuó a duras penas—. Y sabes que lo cumpliré. Por eso sé que, si te digo que estás guapísima, es porque sé que puedo contenerme y hacer que nada nos perjudique…

Marta lo había visto venir. A pesar del ligero mareo que sentía, había notado la mirada de Pablo en sus labios y cómo se iba acercando a medida que hablaba. Creía, sinceramente, que el propio Pablo, el que siempre controlaba la situación, esta vez se estaba dejando llevar. No lo conocía así. Si seguía avanzando, se apartaría, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Estuvo lenta, quizás por el alcohol y antes de terminar de pensar en sus propósitos, sintió los labios de Pablo en los suyos. Un solo beso. Dulce y delicado. Aquello no estaba bien, tenía que retirarse, pero él lo hizo antes. Pablo había reaccionado. Tarde, pero el hombre que no perdía el control había vuelto.

—Perdóname, Marta —le dijo—, no sé qué me ha pasado. Vámonos al hotel. Es muy tarde. No me lo tengas en cuenta, por favor. Ignora esto. Todo lo demás, no.

—No pasa nada, no te preocupes—. Marta sintió la necesidad de aceptar sus disculpas.

Esa noche, Marta no pudo pensar en todo lo que quería. El vino había dejado un rastro muy duro en su cabeza y la migraña se hacía cada vez más intensa. Buscó en el bolso unas pastillas y se las tomó con ansia. Estaba muy cansada y los acontecimientos del día fluían a borbotones en su mente. Decidió dejar la mente en blanco e intentar dormir. Mañana sería otro día.

24

Despedida

Marta quería llegar a casa cuanto antes. Solo hacía tres cuartos de hora desde que habían aterrizado y tenía mucho que hacer antes de acostarse. Primero, quería que los niños le contaran cómo había sido estar sin ella tantos días, hablar con ellos. Y tendría que acostarlos pronto. El vuelo de Umar salía al día siguiente y quería despedirse de él, subir a la casita de la azotea y tener un buen momento para recordar.

Los sentimientos negativos hacia sí misma no habían parado desde el sábado. La propuesta de Pablo había recobrado importancia y se sentía tremendamente mal. Dudaba de ella, dudaba de sus sentimientos y dudaba de su moral. No había podido refugiarse en sus amigas. No quería contar algo tan fuerte a través de una fría llamada. Prefería cara a cara para ver lo que decían y lo que se callaban. En todas estas ideas que se mezclaban en su cabeza, prevalecía un sentimiento nuevo: el odio hacia sí misma. ¿Cómo era posible que no supiera qué debía hacer? ¿Amaba a Umar o solo se había dejado llevar por la pasión? ¿Quería realmente darle una segunda oportunidad a Miguel? ¿O prefería huir a Londres para dejarse querer y cuidar? Enfrentarse a esas preguntas no había hecho más que minar su ya deteriorada autoestima. Se sentía sucia, cruel y manipuladora cada vez que pensaba en Umar y en el daño que le haría saber que solo había sido un instrumento para ayudarla a cambiar su tedioso ritmo de vida. Pero ¿era cierto? ¿Seguro? ¿Entonces por qué se moría por subir a su casa y abrazarlo? Y respecto a Miguel: si no atendía a sus esfuerzos, si ignoraba sus propósitos de intentarlo de nuevo, se sentía fría, calculadora, mala persona. ¿Quién no se merecía una segunda oportunidad? Estos resquemores, estos remordimientos se resolverían de alguna forma si se fuera con Pablo a Londres, si accediera a su propuesta. Y como un espantoso círculo vicioso, volvía al punto de partida. Sería una auténtica cobarde optando por Pablo, huyendo de resolver sus sentimientos y de todo lo que conllevaba. Y no era tonta. Sabía que lo que Pablo quería de ella no era amor. Era compañía,

cariño, y cubrir su necesidad de cuidar a alguien. Pablo la necesitaba para vencer su soledad, lo que sentía por ella no era amor. Un acuerdo de vida. ¿Podría vivir el resto de sus días sin amor, sin pasión?

Había llorado y mucho. Le apetecía ver a su madre. No se lo contaría, ya imaginaba lo que le diría. Pero sí quería sentir su consuelo.

«Esto tiene que acabar ya. Me estoy volviendo loca», pensaba cada cinco minutos.

Umar la vio llegar, salir del taxi, coger su maleta y entrar a toda prisa en el portal. La observaba desde la azotea, desde donde Marta parecía aún más pequeña, diminuta, aunque capaz de trastocarle en lo más profundo, incluso desde esa distancia. Se quedó un buen rato mirando hacia abajo. ¿Cómo habían cambiado tanto las cosas en tan pocos meses? Cuando compró el billete, la ilusión por el viaje le hacía ir sonriendo todo el tiempo. Se lo contaba a cualquiera a la menor ocasión. Estaba tan contento que quería compartirlo con todo el mundo. Y ahora…, ahora era casi como una carga, como un compromiso ineludible y se sentía muy mal por los suyos.

Lo que le había dicho a Marta era cierto. Si él hubiera sabido que eso era el amor, probablemente no se hubiera enredado en esa aventura, no hubiera seguido hacia delante. Pero ya era imposible volver atrás y dejar de sentir lo que le estaba carcomiendo por dentro. Esos días sin Marta le habían servido para ver con más perspectiva lo que le pasaba por su cabeza. Para Marta quedarse con Umar podía ser una decisión difícil, podía ocasionarle cambios en su vida, podía sufrir el rechazo de algunas personas cercanas y eso sin contar lo complicado de cortar con los vínculos que le unían a su marido. Pero Umar pensaba que Marta dejaría todo eso de lado si sentía lo mismo que él. Todo pasaría a segundo plano. El amor no era bueno, dolía, pero también daba fuerzas. Fuerzas para luchar por el otro y para intentar dar siempre lo mejor de cada uno. Lo había aprendido desde que se había dado cuenta de que estaba enamorado. Y si ella no sentía esa fuerza, sería mejor no forzar, no intentarlo, porque su relación la necesitaba. Se desesperaba. Ese era un camino que debía recorrer sola. No podía ayudarla. No podía hacer nada más.

Sabía que en algún momento Marta lo llamaría, quizás, incluso, subiera y aunque no había nada que le apeteciera más que abrazarla, creía que debía mantenerse un poco distante. Era muy duro todo. Le destrozaba. Abandonó la barandilla y volvió a su casa para terminar de empaquetar todo. Como había previsto, Marta le envió un whatsapp cerca de la una de la mañana.

«¿Estás despierto? ¿Puedo subir?».

Miraba el texto mientras luchaba contra sus sentimientos encontrados. Su pena se acentuaba minuto a minuto. ¿Por qué tenía

que ser todo tan difícil?

«Claro», le respondió.

Diez minutos después Marta cruzaba la puerta de la azotea. Traía un paquete en la mano. Umar, que estaba esperándola de pie, torció un poco el gesto, pero no había suficiente luz para que ella lo percibiera. No quería una «caja de bombones», un regalo de consolación, no quería lo que le traía. Ella aceleró el paso al verlo, se echó en sus brazos y lo abrazó fuertemente. «Umar…», le susurró. Al principio no reparó en la frialdad con la que le había devuelto el abrazo. Pero no tardó. Se separó y lo miró a la cara intentando descifrar lo que había detrás de su rostro. ¿Qué pasaba? Después. Ahora no. Después intentaría averiguarlo.

—He comprado esto para tu madre. No sé si será una tontería, no tienes por qué dárselo, si ves que no pega —reculó. Su idea ahora le parecía algo ridícula y se avergonzó de haberlo pensado siquiera.

—¿Para mi madre? ¿Pegar? ¿Quién pega a quién?

Marta soltó una carcajada. Le encantaba su expresión de desconcierto. Umar sonrió al verla reír. No lo podía evitar.

—¡Nadie pega a nadie! —siguió riendo Marta—. Quiero decir que… le he comprado una caja con jabones. —La abrió un poco para enseñárselos—. Me parecieron preciosos, pero no para ti. Es un regalo para una mujer. Y pensé que se los podías llevar a tu madre y cuando digo que «quizá no pega», quiero decir que quizá no lo ves conveniente, que no sea adecuado o que no se regalen jabones en tu país… ¡yo qué sé! Quizá lo consideráis de mal gusto…

Entonces fue Umar el que soltó una carcajada, rompiendo con el papel distante que creía que debía interpretar.

—¿Qué crees? ¿Qué vivimos en la prehistoria? Es todo un detalle, gracias, se los daré de tu parte.

—¿De mi parte? ¿De verdad harías eso? —preguntó, ingenua, Marta, pero al ver que la miraba burlón, rectificó, sonriendo—: ¿Y de parte de quién le dirías? ¿De tu amante española? ¿De una señora mayor que tienes de vecina y que le haces cosas increíbles por las noches?

Umar se ruborizó, literalmente. Seguía siendo un lenguaje demasiado atrevido para él, y más cuando de alguna forma extraña estaba metida su propia madre. Ella lo decía de forma tan natural que no era consciente de que él podría incomodarse. Le sonrió y no pudo evitar besarla. Se perdió en el momento y se entregó al beso con una pasión que no podía disimular. Marta quería más. Necesitaba tenerlo una vez más, pero Umar recordó sus propósitos y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se separó de ella con delicadeza.

—¿Quieres tomar algo? Y así me cuentas.

Marta no pasó por alto el rechazo porque ya lo conocía. Aceptó,

resignada. Le pidió una copa y se fue hacia las tumbonas, donde se apreciaba más la ligera brisa que atenuaba el enorme calor de las noches madrileñas en verano. Se tumbó mientras lo esperaba. Se dio cuenta del poder que la sola presencia de Umar le producía en su mente, en su cuerpo y en su voluntad. Sus dudas parecían desaparecer como si nada, porque el deseo de estar con él lo invadía todo y no dejaba espacio para nada más. Umar parecía ser el calmante más efectivo para sus dolores, sus angustias y su clara indecisión. Volvió con las copas, le ofreció la suya y se tumbó en la otra hamaca.

—*How was everything in London?* —le dijo, sorprendiéndola.

—¡Eh! ¡Qué buen inglés!

—Recuerda, lo estudié en la carrera y tengo buena memoria. Venga, cuéntame.

Y Marta le contó por encima cómo habían terminado las negociaciones y, sin pararse a pensarlo, también le comentó lo que no le había dicho a Miguel cuando había llegado a casa. Los niños la habían recibido con entusiasmo y con la brutalidad que los caracterizaba. En el marco de la puerta, habían puesto una guirnalda con un «welcome» de letras irregulares pintadas por ellos. Marta había hecho muchos aspavientos alabando lo bonitas que eran. Se sorprendió cuando Alberto y Diego le dijeron que papá les había ayudado a hacerlas. Ella lo miró, desde donde, un poco más alejado de los niños, contemplaba la escena con una sonrisa cariñosa y las manos en los bolsillos.

—¿De verdad? ¿Les has ayudado tú? —le preguntó con cara de asombro.

—¡Claro! No ha sido tan difícil, aunque hayamos empleado en hacerlo día y medio —dijo mientras se acercaba a ella y la besaba en la mejilla—. Bienvenida.

«¿Dónde está Miguel, el que era mi marido?», pensó Marta. Después habían cenado todos en el salón unas tapas que había preparado Miguel con esmero. Les había dado los regalos a los niños, que alucinaron con los caramelos y los divertidos juguetes. Les había hablado de las reuniones, del Sky Garden y de su ataque de pánico en The Monument. Luego Miguel se había levantado, había recogido sus cosas y se había despedido de ellos.

—Me voy, que se hace tarde. Niños, no le deis la lata a mamá, que estará cansada. Buenas noches.

—Y cuando iba a salir por la puerta, se volvió—: He cambiado las sábanas, me olvidaba de decírtelo.

Marta se quedó un rato con la mirada perdida. ¿De verdad tenía razón Lorena y su hermano estaba poniendo todo su empeño en recuperarla? Ese Miguel amable y sonriente le recordaba al Miguel de la carrera, cuando ambos eran felices y sus preocupaciones eran pasar

aquel examen o presentar tal trabajo. Los niños no la dejaron seguir con sus pensamientos. Después de acostarlos y asegurarse de que dormían, había sacado la cámara de su escondite, la había colocado y había subido a ver a Umar. Ahora, se sorprendía a sí misma contándole lo de la propuesta de trabajar en Londres. La otra propuesta, la de Pablo, no pensaba mencionársela. Ahí no podía cometer errores.

Umar la escuchaba y se le partía un poco más el corazón, pero no estaba dispuesto a que su cara reflejara el abismo que sentía. Intentó disimular como pudo.

—No te gusta la idea, ¿no?

—¿Tú qué crees? ¿Qué esperas que te diga? ¿Enhorabuena? —dijo nuevamente intentando disimular.

—Ya… No lo he decidido aún. No lo tengo claro.

—Marta y sus dudas —susurró.

—¿Cómo? No te he oído.

—Quizá no me has oído porque no he querido que lo hicieras, ¿no?

«Este Umar es nuevo», pensó. El risueño y bromista Umar parecía cabreado, pero lo entendía. Lo que no comprendía era por qué la vida le hacía esas jugadas. Encontrar a Miguel más amable que nunca y a Umar murmurando y enfadado significaba que la vida no la quería y jugaba con ella para seguir alterándola.

—Umar, no te lo debía haber dicho, pero no quería que te enteraras tarde…

—¿Lo estás pensando en serio?

Marta bajó la vista.

—No sé. No sé qué haré.

¿Estaba hablando del trabajo o de ellos dos? Se quedó en silencio. Le podría haber dicho muchas más cosas, pero sería repetir por enésima vez lo mismo.

—Sé que lo estás pasando mal. Y sé que es por mi culpa. Lo siento tanto…

Umar no quería llevarse un mal recuerdo a su país. No quería irse enfadado. Sería peor… o quizá no. La miró y percibió el pesar en sus ojos, una sombra de tristeza que le había borrado la sonrisa. Se incorporó y se sentó en su hamaca, de frente a ella. Le retiró el mechón del cabello que le cubría el rostro y se inclinó para besarla. La besó en la frente, un párpado, el otro, la nariz y después bajó a los labios para besarla una vez más. Ella le esperaba, ansiosa.

—Marta, solo quiero decirte mi visión de todo esto. Te quiero, te amo muy profundamente y sé que puedo hacerte feliz, sé que puedo verte envejecer y que te sientas bien a mi lado. Sé que será bueno. Para los dos. Creo que tú también me quieres, pero eso es algo que

tienes que ver tú sola. No te puedo ayudar en eso. Tampoco te puedo esperar más. No por mí, sino por ti. Si sigo esperándote, te facilito no enfrentarte a la decisión. Te mimo, te protejo, pero eso no te hará más fuerte. No te hará ser tú, no te hará tomar las riendas de tu vida. —Hizo una pausa larga, mirándola con dulzura, con ese contraste con su duro rostro, que volvía loca a Marta. La volvió a besar y otra vez más —. Marta, me muero por llevarte a mi cama. Todas las noches he dormido contigo en realidad, con tu imagen, tu risa y tu cuerpo. Es casi una necesidad. Pero ahora quiero que te vayas a casa. Nos despedimos aquí. Solo recuerda lo que te digo. En mí encontrarás el amor más desinteresado y puro que un hombre puede ofrecer. Eso es lo que encontrarás si vienes a mí. Pero no tardes. Ya no puedo seguir esperando.

Estaban a oscuras, solo iluminados por la tenue luz que llegaba desde la casa. Esperaba que no se diera cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas. Marta se incorporó también y se sentó en frente de él. Le cogió las manos y se las besó.

—Umar… yo… tendrás tu respuesta. Y pronto. Te lo juro. No puedes ser más fantástico. Eres… maravilloso. —Lo besó en los labios, con todo el amor que podía darle. Se levantó—. Escríbeme, por favor, cuéntame todo: cómo están tu madre y hermanos y también si vas a ver a… a tu mujer. No dejes de hacerlo. Buen viaje. —Lo besó de nuevo. Umar la tomó la mano, que ella fue soltando poco a poco hasta alejarse.

Marta había pasado mala noche. Le hubiera encantado haberse acostado con Umar. Quería despedirlo y disfrutar de él. El dolor que le provocaba el recuerdo de sus palabras, cargadas de razón, no le había permitido descansar bien. Hizo una parada en la tremenda mañana que estaba teniendo, entre poner lavadoras y hacer las maletas. Los niños partían al día siguiente con Miguel a Cádiz y ella se iría también con su madre, que ya llevaba días allí. No estarían muy lejos, apenas una hora entre una casa y la otra. Sería extraño, pero necesitaba estar sola un tiempo. Se asomó a la terraza y miró al cielo. Umar debía de estar a punto de despegar. Sintió un agujero en el estómago. Dolía. Dolía mucho. ¡Cómo le gustaría fumar!

El teléfono sonó. Era Candela. Quería que se vieran por la tarde para despedirse. Ella también se iba al día siguiente, con toda su tropa, pero en dirección opuesta. Quedaron en verse en el parque, cada una con sus hijos. Álvaro había quedado con sus amigos para despedirse también. Cada vez iba más por su cuenta.

Sentadas en el parque, Candela le contó que a Luis le habían comenzado a encargar trabajos de corrector. Estaba encantado. No ganaba mucho, ni siquiera le quitaba demasiado tiempo, pero estaba

más absorto que antes. Ella ya no sabía cómo organizarse para que las cosas fueran bien en casa y estaba considerando contratar a una *au pair* inglesa para atender a los más pequeños y de paso reforzarles el idioma. A Marta le gustó la idea.

—Bueno, cuéntame tú. Ponme al día. Al final no te vas con Miguel y los niños a la playa, ¿no?

—No, no me voy. Iré quizá una semana, sobre todo, por estar con ellos.

—¿Y todavía no me vas a dar más detalles del personaje misterioso? ¿Todavía crees que te voy a echar la bronca? Venga, cuéntamelo todo. Tienes cara de atormentada.

Y Marta decidió arriesgarse y hablar sin freno. Comenzó por explicarle quién era Umar; Candela alzó las cejas, pero se mantuvo prudentemente callada. Quería que Marta lo soltara todo. Le contó la noche en que Miguel entró en casa y los oyó, la huida a casa de Umar y la noche de pasión; le contó la conversación que tuvo con Miguel después, y su propósito de tomar medidas e incluso, le habló de la extraña propuesta de Pablo. Durante más de una hora le contó detalles, conversaciones y sentimientos que no le había contado antes.

—Y creo que ya te lo he dicho todo… —dio por terminado el relato.

Candela se llevó ambas manos a la frente, con los codos apoyados en sus rodillas. Marta la oyó resoplar.

—¡¡Ufffff!! Si no te conociera, pensaría que me estás engañando. No puede ser cierto. No puede ser. E imagino que lo de Pablo no se lo has contado ni a Miguel ni a… a… ¿cómo dices que se llama? El portero.

—Umar… claro que no.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué hago, Candela? No paro de darle vueltas. Ayer Umar me dijo que me quería y que podríamos ser felices juntos. Lo dice con una seguridad que se trasmite. Pero también me rechazó, no quiso que nos acostáramos. ¡Imagina! Dijo que ya no podía seguir esperándome y que debo tomar una decisión. Que él no me puede ayudar a tomarla.

—¡Vaya con el portero! No ha podido ser más claro y razonable. Me gustaría conocer al tal Umar… Le doy toda la razón. Tienes que decidirte, pensar con quién quieres quedarte o ¡quedarte sola!, que es lo que yo creo que haría…

—¿Sí? ¿Ese es tu consejo?

—¡Un momento! No te he dado ningún consejo ni te lo voy a dar. Es algo que debes decidir sola, tú contigo misma.

—Pero dime algo… dime cómo lo ves…

—No. Te voy a decir lo que a mí me gustaría que hicieras, no lo que debes hacer. A mí lo que me gustaría es que volvieras con Miguel.

Os dierais una nueva oportunidad y que cambiarais las cosas. Obviamente, tiene mucho que cambiar. Debe dejar de tener al trabajo como primera preocupación. Eso es lo que me gustaría. Y poder seguir quedando con vosotros y hacer planes de grupo. Y supongo que tú también tendrás que cambiar algo. No todo va a ser por culpa de él. Quizá tú dices las cosas en los momentos menos indicados, o sin pararte a pensar su punto de vista. ¡Yo qué sé! —Hizo una pausa para encender un cigarro—. Lo de Pablo yo lo descartaría, está claro. Podría ser una opción, no te digo que no, pero no para ti, sino para alguien que estuviera sola, sin vida, sin nadie que le ilusionara, y está claro que a ti te ilusiona alguien. Un arreglo de ese tipo podría estar bien, como te digo, pero no para ti.

Marta reflexionaba. La visión de Candela sobre Pablo era nueva. No lo había pensado.

—Y de Umar no dices nada…

—Ufff —suspira—, de Umar, ¿qué te puedo decir? No te das cuenta, pero tus ojos brillan cuando hablas de él. Umar es la complicación. Es empezar de cero, es un mundo que no conoces. No sabes cómo podrán ser las cosas con él, otra cultura, ¡otro mundo! No sé si lo que sientes por él es amor y si lo fuera, no sé si sería lo suficientemente fuerte para aguantarlo todo. Pero como te he dicho al principio, es algo que tienes que decidir y ver tú. Te he dicho lo que me gustaría que hicieras, por egoísmo propio, pero no lo que debes hacer. Eso es cosa tuya.

—Ya… —Era la tercera persona que le decía lo mismo: Marco, Umar y ahora Candela. Volvió a pensar en lo fácil que era huir a Londres y no tomar las decisiones más duras.

Eran más de las doce de la noche cuando Marta consiguió irse a la cama. Había podido hacer todo. La ropa que había tendido se había secado muy rápido y ya estaba metida en las maletas. Se tumbó en la cama y abrió la aplicación que informaba, en tiempo real, del vuelo de Umar. En ese momento debía de estar a punto de tomar el segundo vuelo, haciendo escala en Estambul. Eran ocho horas de espera. Se lo imaginaba dando vueltas por el aeropuerto o dando un rápido paseo por la mágica ciudad. Miró de nuevo su reloj, y decidió enviarle un mensaje. Lo echaba demasiado de menos.

«¿Cómo ha ido la primera parte del vuelo? ¿Todo bien?».

La respuesta se hizo esperar. Podía tener el móvil en silencio o sin batería, aunque le extrañaba con lo previsor que era.

«Todo bien», respondió por fin. «A punto de coger el segundo avión a casa».

Marta frunció el ceño. Era una respuesta un poco fría. Y, además, ¿a «casa»? ¿No decía que Madrid se había convertido en su hogar?

«Estarás muy ilusionado», escribió.

«Sí, ahora ya sí me han entrado más ganas de verlos. ¿Tú qué tal?».

Ella seguía con el ceño fruncido, estaba siendo muy tonta, como le diría Candela. ¿Qué esperaba? ¿Que, desde ya, apenas un día sin verse, le estuviera declarando su amor? «Es que Umar me dice las cosas más bonitas que jamás me han dicho», le contestaba a Candela, se contestaba en realidad a sí misma. Necesitaba justificarse.

«Yo bien. Un poco cansada con tanta maleta. Deseando que...», el mensaje se envió antes de terminar, por un involuntario movimiento del dedo. Él no tardó:

«Deseando, ¿qué? ¿Irte a la playa?».

Y ella, aun sabiendo que no era el momento, cometió el error de escribir:

«Deseando que vuelvas ya».

En la pantalla de su móvil, las frases «escribiendo…» y «en línea» se sucedían alternativamente. Finalmente, Marta recibió un emoji con dos corazones por ojos y un «Ya embarcando». Se quedó un buen rato mirando el mensaje. Umar no cedía. Lo tenía muy claro: lo quería todo o nada. No iba a seguir jugando. No iba a seguir protegiéndola. Quería su papel en la película de la vida de Marta. No le bastaba con hacer de actor secundario. Quería ser el protagonista. Y Marta dejó el móvil en la mesilla y apagó la luz pensando en lo que Umar le había dicho: el amor más desinteresado y puro que un hombre puede ofrecer. ¿Podría ella darle lo mismo?

25

Tabriz-Roche (Cádiz)

Umar salió de la casa de su madre para darse un paseo. Necesitaba despejarse un poco. Echaba de menos la tranquilidad de su casa de Madrid. Echaba de menos su vida allí. Llevaba un poco más de dos semanas en Tabriz y se le estaba empezando a hacer eterno. Necesitaba respirar aire fresco, pero era imposible con el calor que hacía. Creía que había estado a punto de sufrir un ataque de nervios y no quería que lo viera su madre. Ella no tenía la culpa. Él tampoco. No la tenía nadie.

El recibimiento en el aeropuerto había estado bien, con su hermano y sus cuñados. Se habían dado grandes abrazos. Faruk estaba muy cambiado. Había envejecido y parecían tener la misma edad a pesar de los diez años de diferencia. Se dirigieron directamente a la casa de su madre. Era tal el tumulto de personas que estaban esperándole que le costó localizarla. Pero allí estaba. Se adelantó y lo abrazó largamente.

—¡Umar, mi hijo, mi hijo mayor!

Luego, de forma algo confusa, recordaba haber abrazado a todas sus hermanas, que le habían presentado a sus sobrinos y sobrinas. A muchos, la mayoría, solo los conocía por fotografías. También había algunos vecinos y parientes lejanos y en una esquina, ligeramente apartada, creyó reconocer a Zenda. Estaba tan tapada que resultaba difícil adivinar que era ella. Cuando se percató de que la miraba, se acercó a saludarlo. Lo cogió de los hombros e hizo un amago de abrazo sin apenas rozarse. «Bienvenido», le había dicho, «creo que deberías dormir en mi casa». Umar no había contado con eso, pero lo entendió. Tenía que seguir haciendo el paripé para que todo encajara y pudiera seguir con su vida. Para los ojos de los demás, él se mostró más efusivo de lo que el cuerpo le pedía.

Apenas cabían todos en la casa, pero la mayoría se las arregló para encontrar un hueco y poder oír las historias de Umar en Europa, donde todo era tan distinto. Abrió su maleta de regalos y empezó a sacarlos uno a uno. El que lo recibía lo abría y se lo mostraba al resto

que esperaba impaciente su turno. Umar había elegido regalos muy personales y difíciles de encontrar en Irán. No había sido una tarea fácil. Yamila abrió los jabones que había comprado Marta en Londres. Los admiró con aspavientos, los fue oliendo uno a uno y dándoselos a los demás para que apreciaran lo diferente que olían unos y otros. Estaba un poco sorprendida, no era un regalo que un hombre solía elegir. Lo miró, se lo agradeció, y decidió que ya le preguntaría más tarde. A Zenda le dio los regalos que sus hijos habían comprado para ella. Todos creyeron que también eran de Umar. Solo ellos dos sabían la verdad. Lo dejaron estar.

Tras abrir todos los paquetes, tomaron una copiosa comida con la que Umar pudo disfrutar de los sabores y olores que tanto había echado de menos. Las conversaciones se sucedían sin pausa y así pudo ponerse al día de la vida de toda su familia. Cuando les contaba, su vida le parecía pobre, vacía, con poco interés y se daba cuenta de que lo más emocionante e importante eran Marta y sus hijos. Su mirada se ensombrecía. No las tenía todas consigo. Era muy probable que Marta no viniera a él. Su madre lo observaba. Cada gesto, cada sonrisa y cada sentimiento que ocultaba. Ya hablarían.

Ya era noche cerrada cuando se dirigió con Zenda a su casa familiar, no muy lejos de la de su madre. Saludó a su hermana, con la que nunca había coincidido y le enseñaron cuál sería su dormitorio: uno contiguo al de Zenda separado por una puerta corredera. Umar se alegró tremendamente de no tener que dormir con ella.

—¿Cómo estás, tú, Zenda? —le preguntó cuando se quedaron a solas.

—Bien, muy bien. Nunca debimos irnos a Madrid. Aquí es donde yo me siento más a gusto. Si no fuera por Ciro y Shirin… Si no nos hubiéramos ido, mis hijos se habrían criado aquí y ahora estarían conmigo. Es lo único que siento. —Hizo una pausa pensando en la triste decisión que tomó su marido, el de verdad: Hiram—. Al menos, Ciro viene a principios de septiembre. Solo serán dos semanas, pero vienen los tres. Estoy deseando.

—¿No me digas? No me ha dicho nada. Ni Shirin…

—Ella intentará venir el verano que viene… ¿Los ves?

—Sí, de vez en cuando. Menos de lo que quisiera—. Umar se dio cuenta de que la conversación con Zenda estaba siendo de las más largas y distendidas que habían tenido.

—¿Y tú? ¿Estás bien allí? —la oyó decir. «Pues sí que le sienta bien vivir aquí», pensó.

—Sí, ya no vuelvo. Ya pertenezco allí. —«A Marta, pertenezco a Marta y a su mundo», confirmaba para sus adentros.

Los siguientes días habían sido un cúmulo de compromisos, visitas que llegaban a casa de su madre y que luego debían de

devolver a su vez. También se pasó por la fábrica. Apenas reconocía a sus antiguos compañeros. Todos se veían mucho más envejecidos que él, quizás por las condiciones tan duras de trabajo. Pero fue muy emocionante verlos y abrazarlos.

Aquella tarde, en la que había salido porque los nervios no le permitían estar encerrado en la casa de su madre, había tenido una conversación con ella. Eso había desencadenado su estado.

—Y dime, hijo, ¿eres feliz en Madrid?

Umar, sentado y con los codos apoyados en las rodillas, dejó caer la cabeza hacia el pecho. Le costaba contestar la pregunta de su madre.

—Pues… a ratos —respondió finalmente—. Soy feliz a ratos, pero me temo que esos ratos también se van a acabar…

—¿No te quiere? —preguntó su madre sin rodeos.

Estaban solos, nadie podía oírlos.

—Puede que sí… —Umar suspiró y sonrió a su madre agradeciéndole la preocupación—. Muchas veces creo que sí, pero es complicado…

—Está casada, ¿no?

—¡Separada! Está separada… por ahora.

Entonces fue su madre quien agachó la cabeza. No le gustaba, pero su opinión no era la que contaba ahora.

—Ella eligió los jabones, ¿no?

—Sí, ¿cómo lo sabe, madre?

—No importa. Me lo imaginaba. ¿Los eligió pensando en mí o era algo que tenía en casa?

—No, los compró para usted. De hecho, yo no estaba con ella cuando los compró, me los trajo para que se los diera.

—Es un bonito gesto. Le importas. Eso nos dice.

Umar ya lo sabía. Marta no era cínica. Se trataba de otras cosas.

—No sé cómo es el estilo de vida allí, no sé cómo será ella, pero sí aprecio el efecto que hace en ti. Estás muy enamorado. Lo siento mucho…

—¿Qué siente?

—Que no seas correspondido. Que estés sufriendo. Que nada pueda ser fácil…

—Ya sabía a lo que me atenía cuando me metí en esta historia —se lamentó.

—Quizá puedas ayudarla. Darle el empujón que falta.

—Lo he intentado todo. Ahora es ella la que debe decidir.

—Busca la forma. Prueba una nueva. Incítala a que tome la decisión y si no lo consigues, es que no es para ti, Umar. Eres un hijo excepcional, una gran persona y eso salta a la vista de cualquiera. La persona que aprecie lo que eres y quién eres, será para ti. Las demás

no merecerán tu amor.

Se puso tan nervioso que necesitó darse una vuelta. Fue directo al bazar de Tabriz, se perdió por sus numerosas callejuelas apreciando los ladrillos rojos de las paredes y las cúpulas, los techos abovedados y los numerosos tragaluces. Muchos puestos estaban cerrando, pero otros aún mostraban sus coloridos y variados productos. Umar seguía pensando en las palabras de su madre. Sabía que estaba a punto de perder a Marta, lo presentía. ¿Cómo podría hacer para darle el empujón? La idea llegó sola, fluida: su vuelo de regreso hacía transbordo en París. Podría retrasar el siguiente, aunque tuviera que pagar la diferencia. Podría decirle a Marta que volara a París. Encontrarse allí y pasar unos días los dos solos, sin esconderse. La idea le pareció tan maravillosa que la ilusión volvió con fuerza. Se sentó en el suelo, cerca de un puesto de especias y semillas con una mezcla de olores intensa. Buscó en su móvil la aplicación de reserva de vuelos. Encontró una combinación perfecta y lo hizo: compró un vuelo de París a Madrid cuatro días después de su llegada. Ahora faltaba la parte más difícil. Buscó el número de Marta y la llamó. Consultó su reloj. Allí debían de ser las siete de la tarde. No sabía cómo la pillaría.

Marta notó que su móvil vibraba. No era un buen momento para cogerlo. Estaban todos en la playa, en mitad de una conversación que le estaba haciendo reír. Lucía, a su lado, parecía mucho más relajada. Estaba feliz de que Marta hubiera llegado hacía un par de días. La echaba mucho de menos. Se había acostumbrado a sus veranos juntas en las playas gaditanas, echaba de menos ver con ella los increíbles atardeceres, el sol yéndose en la línea infinita del mar, mientras hablaban y hablaban confiándose sus íntimos secretos. Miguel y Jorge bromeaban. Propusieron jugar los cuatro al mus. Los niños se bañaban y trataban de surfear las olas con pequeñas tablas. Ese verano estaban más unidos. Laura, la menor de Lucía, se había convertido en la nueva mejor amiga de Álvaro, a la que otros años había ignorado. Tenían una pandilla que a Marta le había encantado.

Se lamentaba por no haber llegado antes y haber pasado más tiempo con ellos. Quería ver a sus hijos disfrutar de los mágicos días de verano. Las dos semanas que había pasado con su madre no habían estado mal. De hecho, se alegraba de haberle dedicado ese tiempo a solas. Durante unos días, Marco y Nieves las acompañaron con las niñas. Estar todos juntos había hecho que quisiera ver a sus hijos. Miguel la había recibido con una sonrisa de oreja a oreja. Le había preparado la habitación de matrimonio y le había asegurado que él dormiría con Álvaro. Se interesó por sus días con su madre y le contó cómo se habían arreglado sin ella. Marta no quiso decirle nada del billete de avión que guardaba en su maleta.

A los pocos días de estar con su madre, Pablo le había enviado un whatsapp.

«Hola, Marta, ¿me puedes decir cuál es la dirección exacta de dónde estás y si vas a pasar allí la semana que viene? No te extrañes. Solo te quiero mandar algo».

Y justo a los cinco días había recibido un sobre. Dentro, una carta escrita con la pulcra caligrafía de Pablo y un billete de avión impreso en papel. A la antigua usanza. La carta era breve:

Mi querida Marta:

Sé que esto te va a hacer sentir presionada, pero nada más lejos de mi intención. Sigues siendo libre de decidir lo que creas que es lo mejor para ti. He estado recorriendo estos días la ciudad y me he decantado por un barrio al oeste. Chiswick, se llama. (Se pronuncia «Chisik», no sé por qué los ingleses utilizan letras que luego ignoran). Todo se podría cambiar si no te convence. Te he comprado este billete para el 25 de agosto. Llega pronto a Heathrow, que está muy cerca, y voy a concertar citas con las agencias para que nos enseñen varias casas ese mismo día. Quiero que conozcas el barrio y te ayude a decidir todo. Haz lo que creas. Espero que vengas. Ojalá lo hagas. Yo te esperaré en el aeropuerto. No hace falta que contestes. Tu respuesta será verte aparecer en la terminal.

Sigue disfrutando de tus vacaciones y piensa de vez en cuando en este proyecto, nuestro proyecto, en mí…

Pablo

Marta, sentada en la enorme terraza del apartamento de su madre, se había quedado largo rato leyendo y releyendo la carta. Su madre la observaba sentada en el salón. Se percató de que en el sobre había un billete de avión. Prefirió esperar a que su hija se lo contase. Al final no lo hizo y ella tampoco preguntó.

Cuando Jorge empezaba a repartir las cartas, el teléfono de Marta volvió a sonar. Quien quiera que fuese insistía. Lo sacó y vio que era una llamada de Umar. No podía no responder.

—¡Perdonadme! Tengo que cogerlo. Enseguida vuelvo —se disculpó levantándose y yendo hacia la orilla.

No vio a Miguel torciendo el gesto y mirándola mientras se acercaba hacia el mar. No había querido responder hasta asegurarse de estar lejos.

—¡Umar! ¡Umar! ¡Qué alegría! Creía que el teléfono no te funcionaba en tu país, que no tendrías cobertura o algo así.

—¡Hola, Marta! ¿Por qué creías eso? Aunque te parezca mentira, aquí no usamos los tambores para llamarnos unos a otros. Solemos utilizar teléfonos.

—Pues es que es la única explicación que se me ocurría. Ni llamas

ni contestas a mis mensajes.

—Pero hoy te estoy llamando…

—Pero después de muchos días. Y está muy feo que no contestes mis whatsapps.

—Marta… ya sabes por qué.

—¿Cómo estás? ¿Cómo están todos por ahí? Me gustaría que me contases.

—Le di tus jabones a mi madre… sabe que los compraste tú.

—¿De veras? ¿Se lo dijiste?

—No hizo falta. Lo supo.

Marta se quedó callada, pensando. Le encantaba escucharlo, tenía muchísimas ganas de que le contara.

—¿Cuándo vuelves?

—De eso te quería hablar…

Le dio un vuelco el corazón. Hasta ese momento, había estado caminando por la orilla, mojándose los pies, e incluso los muslos, cuando una ola llegaba más fuerte. La marea estaba empezando a subir y las olas se sucedían una tras otra sin descanso. Al oír las últimas palabras de Umar, dejó de caminar, se quedó petrificada. Una nueva ola le mojó el pantalón y la blusa. ¿Sería capaz? ¿No iba a volver? La sola idea de no volver a verle la destrozaba por dentro. Sintió un dolor tan agudo que le pareció imposible que lo provocase una duda.

—¿No vas a volver? —preguntó con un hilo de voz. Umar tardó en contestar. Había percibido su miedo. Se recreó en él. Sabía que hacía mal en prolongar su angustia. Lo que había sentido a través de las ondas era el miedo de Marta a no verlo más, pero no lo podía evitar. Quería que se diera cuenta de lo que se sentía al perder a alguien que amas. No lo prolongó más. Quería proponerle su oferta.

—No, no. Vuelvo. Pero he decidido que, como vuelo a París, quedarme unos días y conocerlo.

—¡Ahhh! —suspiró, aliviada, Marta—. Querías conocerlo, me parece estupendo.

—Llego el veinticuatro, pero casi a las doce de la noche. Marta… esto… ¿por qué no te vienes al día siguiente? He pensado que sería lo mejor del mundo que me enseñaras París. Me muero con la posibilidad. —Calló. Quería esperar a su reacción.

Marta se sentía tan aliviada por la confirmación de la vuelta de Umar que apenas había prestado atención a lo que estaba proponiendo.

—¿Qué te parece? —le preguntó, finalmente, Umar, al ver que no decía nada.

—Que me parece, ¿el qué? Perdona, creo que no te he entendido.

Umar reprimió su fastidio. ¡Con lo que le había costado decírselo,

y no lo había escuchado!

—Marta, te estoy pidiendo que vengas conmigo —no especificó intencionadamente—; te estoy diciendo que nos encontremos en París y me enseñes la ciudad. Te estoy pidiendo que vengas. El día veinticinco.

—Mmm, París… contigo… suena… suena maravillosamente bien —dijo Marta sin medir sus palabras, dejando que sus sentimientos hablasen por ella.

—¿Lo harías? Hay un vuelo que sale a las once y media el veinticinco, no es muy caro, si lo compras ya.

—Tendría que ver cómo lo hago… —«¿Qué pasa con el día veinticinco?», pensó Marta, «¡Ya tengo un billete para ese día!».

—Te propongo que lo compres hoy por si se acaban. Luego puedes perderlo, si quieres. Yo te lo podría pagar, pero…

—¡Ni hablar! Lo pagaría yo.

Umar sintió esperanza. Parecía que lo estaba pensando.

—Te voy a mandar el enlace de una aplicación donde lo puedes comprar directamente y no te cobran comisión. Puedes pagar el seguro de cancelación…

—Mándamela. No sabes cómo me apetece la idea. Me lo puedo imaginar, pasear por París contigo. —Pero Marta decidió no seguir hablando. Alzó la mirada hacía el lugar donde estaban Miguel, Lucía y Jorge. Miguel no le quitaba ojo. Seguro que se estaba preguntando con quién hablaba. Quizá se lo imaginaba—. Umar, me están esperando. Me gustaría que me lo contaras todo largo y tendido, pero ahora no puedo.

—Vale, Marta —dijo con pesar—. Te contestaré a los mensajes a partir de ahora. Dime si compras el billete. Dime si vienes.

—De acuerdo, te lo diré. Lo prometo. Esta noche miro el vuelo.

—Marta, una cosa más. Te echo de menos cada día, cada hora, cada segundo. Te amo, Marta. Solo quiero que lo sepas. Adiós, ¡esta llamada me va a costar la mitad de mi sueldo! Mil besos, mi amor.

—Adiós, Umar. Otro beso enorme para ti. —Marta se quedó sobrecogida por sus últimas palabras. Sonaban tan bien…

Umar seguía sentado al lado del puesto de especias en el bazar de Tabriz. El dueño de la tienda le advirtió de que iba a cerrar y que quería recoger los sacos. Umar no lo oía. Seguía con la mirada fija en el móvil.

Marta volvió con paso rápido al grupo y se disculpó de nuevo. Miguel la miraba fijamente. Intentaba descubrir con quién había hablado por la expresión de su cara. No lo conseguía. O disimulaba bien o la conversación no había sido importante. ¿Con quién habría sido? ¿Con el moro? ¿Con su madre? ¿Con Lola? Pero en el juego ya la

notó más distraída. Perdía fácilmente o envidaba más de la cuenta. El sol empezaba a ponerse en el horizonte y los colores del cielo, mar y arena se volvían más intensos. «Es ahora», pensó Miguel, «ahora o nunca».

—Me parece que este juego no nos lleva a ningún lado. Marta, ¿damos un paseo?

Rechazarlo era imposible, sobre todo delante de Lucía y Jorge. Pero temía la conversación. «Más, no, por favor. Otra más, no», pensaba mientras asentía con la cabeza y se ponía en pie. Lucía los vio alejarse. Se había percatado de que Marta había vuelto nerviosa después de hablar por teléfono. Le temblaban las manos ligeramente. Luego tendrían que hablar.

Marta y Miguel paseaban muy juntos por la orilla. Era fácil andar por la arena en aquella playa. Sabía que Miguel le iba a decir algo importante y esperaba sin decir nada.

—Ya casi acaba agosto. En unos días, volveremos a Madrid —empezó Miguel.

—Sí, el tiempo pasa rápido. Una pena. Estaría bien vivir aquí…

—Estaría mejor que lo intentáramos… Marta, lo he estado pensando mucho. Todo el tiempo. No quiero perderte. Estoy dispuesto a cambiar. Quiero hacerlo. Pero necesito tu ayuda. Guíame. Dime cómo lo debo hacer. Te quiero. Desde siempre. Sé que es injusto que haya pasado esto para que me dé cuenta. Sé que me había acomodado. Sé que no he hecho mucho por nosotros, por nuestra relación y por nuestros hijos, incluso.

—Hizo una pequeña pausa para buscar las palabras más apropiadas. La miró. Ella lo escuchaba con la cabeza gacha, parecía que jugaba con la arena en cada paso. No sabía cómo iba a reaccionar, pero Miguel le pasó la mano por los hombros y la estrechó hacia él. Marta no parecía sorprendida. No era tan raro entre ellos. Eran muchos años los que habían estado juntos—. Ya sé que el plazo acaba en septiembre, pero necesito decirte esto. Estoy dispuesto a que me digas cómo debo hacerlo, que me guíes, que me ayudes. Creo que lo conseguiremos.

Marta lo escuchaba. Apreciaba su buena intención y sabía que era sincero. Si lo ayudara, Miguel manejaría la situación igual de bien que cuando su jefe le hacía un encargo, con disciplina y eficacia. Lo haría, estaba segura. Pero una voz, muy lejana, le susurraba de forma casi inaudible que él no debería necesitar su ayuda. Que, a esas alturas, Miguel ya debería saber cómo funcionaba una pareja sin necesidad de leerse las instrucciones. Pero Marta prefería no prestarle demasiada atención a la voz. Todavía tenía en la cabeza la propuesta de Umar y ardía en deseos de pasar con él esos días en París. ¿Era su cuerpo el que, de nuevo, tomaba la palabra?

—Miguel, ¿de verdad te ves capaz? ¿No crees que estás hablando sin estar completamente seguro?

Miguel se detuvo y se colocó de frente a ella.

—Estoy cien por cien seguro. Ya lo verás. Te lo demostraré. No quiero perderte —repitió—. No hace falta que me contestes ahora. Lo hablaremos en septiembre. El primer sábado de septiembre, quedamos en un restaurante chulo, y lo hablamos. Lo conseguiremos, Marta. Te haré feliz.

Volvieron a casa con los niños cuando ya era casi de noche, cargados de toallas, tablas y mil cosas, cubiertos de sal y arena. Tenían poco tiempo para ducharse y arreglarse. Les quedaban solo un par de días y querían aprovechar hasta el último minuto. Habían quedado con sus amigos en hora y media y tenían que darse prisa. Cuando le tocó el turno de ducha, Marta se encerró en el baño y abrió la aplicación que le había mandado Umar. Localizó el vuelo y se registró. No podía tardar más, se les echaba el tiempo encima y odiaba llegar tarde. Compró el billete. Por si acaso. Así tenía el billete a París, por si acaso.

26

Diez meses después

Eran poco más de las ocho de la noche, pero parecía que la tarde acababa de empezar. Los días eran extrañamente largos en aquella época del año. Había tenido una jornada bastante intensa, lo que hizo que llegara a casa más tarde de lo habitual. Los niños estaban más revoltosos que de costumbre, habían conseguido mermar su paciencia y tuvo que castigarlos en sus cuartos. Ya cenados y en sus habitaciones, le dijo a Elisabeth que bajaba a Thor a darse un paseo.

—¿Puede bajar la basura, si no le importa? —preguntó la joven.

Marta recogió la basura, le puso la correa al perro y salió por la puerta. Bajó los dos tramos de enmoquetadas escaleras al ritmo que marcaba el cachorro, que aún no era muy ducho en esas lides. La familia estaba encantada con el nuevo inquilino. No se habían podido resistir a adoptarlo cuando se lo ofreció su nueva amiga, una veterinaria española con la que había coincidido en el colegio de los niños. Aurora llevaba ya años viviendo en el mismo barrio y hacía solo cinco que había abierto su clínica. Estaba muy contenta con el resultado. Cuando su perra había dado a luz, les ofreció uno de los cachorrillos. Los niños se habían entusiasmado con la idea. Así había llegado Thor a sus vidas y con la excusa de sacarlo, se había habituado a dar largos paseos en solitario.

Salió del portal y fue directa al cuarto donde se dejaba la basura. Abrió las pesadas puertas de madera, y rápidamente dejó la bolsa y cerró. Siempre lo hacía con miedo a encontrarse con algún animal husmeando en los cubos, cosa que no sería muy extraña.

—Vamos Thor, hoy paseamos por el río.

Se dio cuenta de que el pequeño animal estaba mirando fijamente a un punto en la distancia. Marta volvió la cabeza hacia donde el cachorro miraba y distinguió dos círculos luminosos. Indudablemente era un zorro que, escondido, se estaría planteando que aquel animal blanco podría ser un buen bocado.

—Hoy no será —dijo cogiendo al perro en sus brazos—. Sé que te parece un bocadito de nata, pero no te voy a dejar que te lo zampes,

zorro.

Un rato después, paseaban ambos por el camino que bordeaba el río. En el pub algunas parejas envueltas en los abrigos para protegerse de la humedad apuraban sus pintas. A pesar de estar terminando junio, cerca del río todavía refrescaba más. Las aguas del Támesis se dirigían lentas hacia el este, buscando el mar. La luna resplandecía en el cielo y Marta se sentó en un banco con Thor a sus pies. Era uno de sus momentos preferidos del día. Le permitía quedarse a solas con sus pensamientos y disfrutar de la tranquilidad de la tarde, el murmullo de las aguas y las voces de los clientes del bar. Pronto haría un año desde que se habían instalado en Londres. No había sido fácil. Aún le venían vívidos los recuerdos.

Había vuelto de la playa con dos billetes para el día veinticinco de agosto para dos destinos diferentes: París y Londres. El primero, lo había comprado ella. El segundo, no. Recordaba esa primera noche en blanco en Madrid. No pudo dormir ni un minuto. La cabeza le daba vueltas y vueltas. La idea de reunirse con Umar en París le apetecía muchísimo. Podía imaginarse cada paseo y cada momento que vivirían. Se veía en sus brazos y dejaba que los escalofríos recorrieran su cuerpo. Pero… seguía sin estar segura. Vivir en Londres, ofrecerles a sus hijos esa experiencia y vivirla ella también tenía un peso muy grande en sus deseos. Y luego estaban Miguel y sus promesas. Promesas que no eran habituales en él. Promesas que no terminaba de creerse. Los minutos pasaban y el sueño no la alcanzaba. Se dio cuenta de que no podría estar tranquila ni relajada hasta que no tomara una decisión. Hizo un repaso de su vida y constató que, en muy pocas ocasiones, o, quizá, nunca, había tenido que tomar una decisión tan importante por sí sola. Hasta entonces, pensar qué carrera hacer, qué trabajo escoger o, incluso, el casarse con Miguel habían sido decisiones que le habían resultado fáciles de tomar. Ninguna le había supuesto un quebradero de cabeza. Además, siempre había tenido a su alrededor alguien que la ayudase. Esto era distinto, solo contaba consigo misma y, por primera vez en su vida, sintió que quería dejarse llevar, que quería hacer lo que realmente le apeteciera, sin pensar en los demás, siendo egoísta. Eso sonaba un poco mal, lo sabía, pero mientras las horas de la noche pasaban, esa idea, «hacer lo que le diera la gana», cobraba fuerza en cada minuto. No bastó esa noche.

Al día siguiente, sin haber podido descansar nada, seguía con el runrún en la cabeza. Su madre le había pedido que le llevara a los niños después de tanto tiempo sin verlos. Ella vio el cielo abierto. Los dejó por la mañana y a pesar del tremendo dolor de cabeza que sentía, comenzó a caminar sin rumbo por Madrid. Perdió la noción del tiempo, no sabría decir cuántas horas estuvo recorriendo las calles, abstraída, sin fijarse en nadie ni nada. Solo las imágenes en su cabeza

y los sentimientos. Como la noche anterior, las ganas de dejarse llevar por sus deseos predominaban. No podía decir que eso no haría mal a nadie. Probablemente haría daño a los tres: a Umar, a Miguel y a Pablo, pero si decidía ser egoísta por una vez, tendría que olvidarse de ellos. Sabía que también habría consecuencias, podría quedarse sola, pero eso no la amilanaba. Recordaba a su padre, siempre animándola a vivir, a experimentar, a caerse y levantarse. «Solo se vive una vez, Marta. Parece una frase muy típica, pero es que es la pura verdad. Lo peor que te puede pasar cuando vas a morir es sentir que no has vivido», le decía. Marco había heredado el espíritu de su padre, pero ella nunca había dejado que aflorara. Tenía cuarenta y seis años y era lo suficientemente mayor para que se le ofrecieran pocas oportunidades de vivir cosas diferentes. Tenía que probar. Tenía que pensar solo en ella.

Recordaba haberse sentado en un banco, con vistas al viaducto de Segovia, y haber pensado en toda la gente que había decidido perder la vida saltando desde él. Personas que habían tomado otra decisión: la de no seguir, la de borrarse de todo lo que les rodeaba. Y sin saber si fue aquello o todo lo que había estado pensando por la noche, decidió dar el primer paso: llamar a Pablo.

—¡Marta! —la saludó con cierta preocupación—. Si me llamas, es porque no vas a venir, ¿no? Casi hubiera preferido enterarme al ver que no aparecías en el aeropuerto.

—Hola, Pablo… No te podría hacer eso…

—¿Por qué no? Fue lo que te pedí…

—Pablo, me ha costado muchísimo decidirme. Y aún ahora que te llamo, ni siquiera estoy segura totalmente. He pensado mucho en las opciones que me diste y creo que voy a escoger una: la de aceptar el trabajo de Londres y…

—¡Eso es fantástico! —se anticipó Pablo—. No sabes cómo me alegro. —Y, entonces, se dio cuenta de que si Marta hubiera elegido la opción que él deseaba, no lo habría llamado, habría aparecido en el aeropuerto sin más—. Perdona, te he cortado.

Marta estaba pendiente de otra cosa y ni siquiera se había percatado de la interrupción de Pablo ni de la alegría que mostraba. Pensaba que, al verbalizar que quería irse a vivir a Londres, había sentido una fuerte emoción, un cosquilleo como cuando empiezas a descender desde lo alto de una montaña rusa. Y la sensación había sido tan buena que, de forma mágica, supo que vivir en Londres era lo que «le daba la gana» hacer en ese instante.

—Bueno, te decía que he decidido aceptar el trabajo, confiando en que realmente hayan pensado en mí…

—No empieces con eso otra vez —volvió a interrumpir Pablo—. Creía que ya te lo había dejado claro.

—Vale, sí. Confío en lo que me dices. Pero lo que he decidido es aceptar el trabajo y vivir con mis hijos. No… no contigo.

—Ah… —Se hizo un silencio al otro lado del hilo. Pablo estaba afectado. Sabía que era más que probable que Marta no aceptara su oferta, pero no podía dejar de sentirse sorprendido por su decisión. Pensaba que la elección de Marta se reducía a solo dos posibilidades: o Londres con él o Madrid sola. Nunca se hubiera imaginado que aceptaría la oferta de Londres, sin ayuda, sin él y con los tres niños. Era, sin duda, muy valiente. Sin reparar en el tiempo que llevaba sin decir nada, acertó a pensar que no estaba todo perdido, que la tendría cerca. Quizás podrían cambiar las cosas con el tiempo.

—¿Pablo?

—Perdona, sí, sí, te he oído.

—Siento decepcionarte, de verdad, lo siento mucho, pero… no puedo hacerlo. Últimamente me han pasado más cosas de lo que es normal en mi vida. No solo haberme separado de Miguel, es que… —Marta dudó si seguir por ese camino y se recordó del propósito de pensar en ella—… También he conocido a alguien. Alguien importante, que me gusta. No puedo aceptar tu propuesta completa en este momento.

—Vaya… Ese alguien se me ha adelantado…

—Pablo…

—Y si vienes, Marta, ¿qué harás con ese alguien?

—¿Eh?

—Perdona, perdona —se arrepintió inmediatamente por su imprudencia—. No es asunto mío…

—No puedo ir el día veinticinco. Tengo algo importante que hacer. Dime lo que te costó el billete, yo lo pago.

—¡No digas tonterías! Tú no me pediste que comprara el billete. Tengo que agradecerte que me lo digas ahora. —Pablo, como siempre, intentaba ser amable con ella. No tenía que hacer mucho esfuerzo. Era su naturaleza—. Aún tengo tiempo de cancelar la cita con la agencia. También he mirado otras opciones. Aquella casa será demasiado grande para mí…

—Lo siento, Pablo.

—No lo digas más. No tienes nada de que lamentarte. Esto ha sido una cosa mía. Te he pedido demasiado. Entiendo que no hayas aceptado. Y recuerda que te prometí que no iba a cambiar nada en nuestra relación.

Nuevo silencio incómodo al teléfono. Pablo se recompuso. Sabía que su propuesta era muy inusual y atrevida. Pocas personas la hubieran aceptado y, como decía Marta, quizá no era su momento. Acertó a sacar, a duras penas, al Pablo profesional, el que se enfrentaba a los problemas y buscaba como resolverlos hasta

conseguirlo.

—Bueno. En todo caso, me alegro de tu decisión. Me alegro de que vengas aquí. Hay que pensar en dónde vais a vivir. Si quieres, si te parece bien, puedo mirar para los dos. No me cuesta nada.

—¿Seguro que no? Yo también puedo ponerme a buscar, estuve viendo varias agencias por internet y el barrio que me dijiste. Parece muy agradable.

—Yo puedo ir enviándote los enlaces de los apartamentos que vea más convenientes para ti. Puedo, incluso, visitarlos, ya que estoy aquí, y hacer una primera criba.

Tras tratar algún otro tema de presupuestos y preferencias, se habían despedido. Pablo era un hombre excelente. No había habido ningún reproche ni un mal tono en la conversación. Incluso la despedida había sido de lo más cordial. Marta dedicó algunos segundos a plantearse cómo se lo habría tomado Pablo, pero no quiso seguir por ahí. Había decidido seguir sus deseos y pensar en su bienestar. A los únicos a los que no estaba dispuesta a sacrificar era a sus hijos. Eso nunca.

Se levantó del banco y cayó en la cuenta de que no había probado bocado en todo el día. Se sentía mucho más relajada, como si se hubiera quitado un gran peso de encima. No había terminado, pero sí se sintió más despejada, menos abrumada e incluso la cabeza le dolía menos. La idea de vivir en Londres comenzaba a hacerse realidad en su mente, le provocaba alegría y una nueva ilusión. Comenzó a andar por el viaducto y callejeó buscando la plaza de la Cebada. Allí había un restaurante al que había ido con Umar. Se llamaba El Viajero y tenía una terraza en el último piso muy agradable. Aún no era la hora de cenar así que no estaría muy concurrido y podría comer algo. Instalada en la terraza, decidió hacer la segunda llamada. Esta vez, le tocaba a Umar.

La señal en el móvil sonaba lejana y algo apagada. Cuando por fin contestó, se oyó de fondo un gran bullicio y una música árabe que le impedía oírlo con claridad.

—¡Marta! —gritó—. Espera, voy a salir.

Pasaron unos segundos y, poco después, el sonido quedó bastante atenuado.

—¿Me oyes ahora, Marta? Me he venido al baño, aquí debe de oírse menos el jaleo.

—Sí. ¿Dónde estabas? —Le hubiera gustado poderlo ver por un agujero, o con la cámara. Le seguía atrayendo su vida en Irán, sus costumbres, lo que podría estar haciendo—. Parece una fiesta.

—Y lo es. Es mi fiesta de despedida.

—¡Oh! Entonces es un mal momento para ti.

—No, nunca es un mal momento si me llamas tú. ¿Has comprado

el billete? —preguntó, ansioso.

—Sí, lo he comprado.

—¿¡De verdad!? ¡Me haces muy feliz! ¡Me muero de ganas! Gracias Marta, gracias, gracias…

—¡Espera! No me des las gracias. Quizá no quieras dármelas después de lo que te voy a decir.

A Umar se le borró la sonrisa de un plumazo. De hecho, sintió un pequeño mareo. Nunca podían salirle las cosas bien. Esperó, pero Marta no arrancaba.

—¿Lo has comprado, pero no vienes?

—Lo he comprado e iré si sigues queriendo que vaya.

—¿Cómo no voy a querer?

—Porque tengo que contarte algo. He decidido aceptar el trabajo de Londres. Quiero vivir esa experiencia y quiero que los niños la vivan también. Y eso, imagino, no te va a gustar.

Silencio. Marta estaba expectante. Le dolía hacerle daño.

—¿Entonces? ¿Qué quiere decir eso?

—Pues… —carraspeó. Cada vez se sentía más firme. Estaba decidiendo ella sola. Sin los consejos de sus amigas, sin la ayuda de su madre y hermano, sin la presión de nadie—. Quiere decir que me apetece muchísimo pasar esos días contigo en París. Me apetece estar contigo. Pero no quiero empezar una relación seria. Necesito un tiempo sin nadie. Y creo que lo mejor que puedo hacer es empezar una nueva vida en solitario, sin pareja, con mis hijos. Me gustas, Umar, me gustas muchísimo y sé que podrías ser más que una posibilidad. Sé que podríamos tener una relación sin prejuicios, con amor, porque sé que te quiero, pero ahora no puedo. Ahora tengo que estar sola. Vivir un tiempo sola. Es lo que necesito. Y no te voy a engañar, no voy a marearte más ni darte esperanzas. No quiero parecer insensible, pero esto es lo que te ofrezco ahora. No hay más…

Umar volvió a quedarse callado. Estaba meditando las palabras de Marta. Eran agridulces, pero sinceras. Lo notaba. No lo estaba engañando. La pelota estaba en su tejado. Marta quería ir a París con él. Umar no se podía negar. Él lo tenía claro, la quería a su lado, fuera como fuera. Marta no iba a volver con Miguel y eso era bueno. Su vida definitivamente no estaba siendo fácil, pero al menos, ya sabía lo que era amar y ser amado. A pesar de que fuera un amor extraño, intermitente. Se conformó con eso. Era menos que nada.

—Marta —le dijo finalmente—, quiero que vengas a París. Me harías muy feliz.

—¿Me has comprendido bien? —insistió. Quería ser franca. No quería darle de nuevo más falsas esperanzas.

—Sí, te he entendido. Sé lo que me das. Sé que será algo esporádico, y que quizá nunca vuelva a ocurrir. Lo acepto. Quiero

verte en París.

Thor gimió a los pies de Marta. Le hizo salir de su ensimismamiento. Se abrochó el abrigo, lo cogió y lo abrazó en su regazo. El animal se acurrucó y cerró los ojos, tranquilo.

Marta se recreó en aquellos días en París. Fueron fantásticos. Tanto que llegó a dudar de su decisión, pero se mantuvo firme. Se obligó a hacerlo. Quería vivir la experiencia de Londres y estar sola un tiempo.

Su avión tendría que haber llegado a París a la una, pero eran pasadas las dos cuando consiguió despegar. Iba a ser un vuelo largo, aunque durase apenas dos horas. Estaba tan nerviosa que ni siquiera podría dar una cabezada. La señora que tenía al lado, una mujer elegante con el pelo completamente blanco, parecía tan impaciente como ella. La miró y se solidarizó.

—Es horrible, ¿verdad? A veces pienso que es mejor ir en tren.

—De verdad... nos han tenido esperando más de lo que dura el viaje.

—A este paso mi nieta ya ha dado a luz cuando lleguemos...

—¿Por eso viaja? ¿Para conocer a su nieto? ¡Ah! Bisnieto, ¿no?

—¡Claro! Me hace mucha ilusión estar presente. A saber cuántos años más voy a durar y no quiero perderme estos momentos.

Marta la miró y le sonrió:

—No diga eso. Usted no es muy mayor.

—Pero ya no se trata de la edad, y que sí lo soy. Se trata de no perder los momentos buenos que te deja esta triste vida. Y este, el nacimiento de mi bisnieto no me lo quiero perder. De momento, no tienen intención de venir a España. ¿Y cuándo voy a conocerlo? Por eso, ayer que salía de cuentas y no se sentía muy bien, decidí comprar el billete. ¡Hoy ya está en el hospital! En cuanto aterricemos, iré directamente allí. ¡A ver si espera a su bisabuela!

—Ojalá, crucemos los dedos —dijo Marta, haciéndole el gesto.

—Y ¿tú? ¿Vas por placer o por trabajo?

Marta no sabía qué contestarle. Placer sabía que iba a sentir. Sería una buena respuesta. Pero no era solo eso. Era difícil de explicar. Y sonaría demasiado interesado. Iba siguiendo su deseo, regalándose lo que más le apetecía en ese momento. La mujer la observaba. Estaba tardando demasiado en responder. Se preguntaba por qué, pero no quería ser indiscreta ni forzarla a contestar.

—Tampoco te quieres perder un buen momento de la vida, ¿no?

Marta abrió más sus azules ojos y la miró.

—Exacto. Me lo ha quitado de la punta de la lengua. Eso es. Quiero vivir ese momento.

Cuando por fin aterrizaron, Marta cogió su maleta del compartimento superior, se despidió de la señora, le deseó que llegara

a tiempo al nacimiento, e intentó colarse entre los demás viajeros para alcanzar la salida lo antes posible. Corrió por el túnel que llevaba a la terminal desde el avión, y siguió corriendo por el laberinto de pasillos y escaleras mecánicas interminables. Menos mal que no tenía que esperar más equipaje. Había mucha gente saliendo. La mayoría iba despreocupadamente charlando, arrastrando maletas o carritos llenos. Por fin alcanzó la puerta y buscó entre los rostros que esperaban ansiosos. No le costó encontrar el de Umar: el más ansioso, el más temeroso. Le dio un vuelco el corazón. Corrió un poco más y Umar se apartó de la barandilla para llegar hasta ella. Marta saltó y lo abrazó. La besó. Se besaron. Sonreían. Se reían a carcajadas y se volvían a besar una y otra vez. No podían parar. No había nadie más que ellos. No se dieron cuenta de que la señora que había viajado con Marta pasó a su lado. Los miró y sintió cierta emoción. «Desde luego que no quería perderse el momento esta mujer», se dijo. Ni se lo perdía ni lo desaprovechaba ni un poco. No era la única que los miraba. Varias personas también los observaban. Muchos sonreían. Era tan grande su alegría que resultaba contagiosa.

Por fin se calmaron. No sabían ni el tiempo que habían pasado así. Umar la dejó en el suelo. Le acarició la cabeza. No podía dejar de mirarla.

—Pareces sorprendido —le dijo finalmente.

—Y un poco lo estoy. No sabía si vendrías al final.

—Te dije que lo haría.

—Vamos al hotel a dejar tus cosas —propuso Umar cogiéndole de la mano y llevando su maleta con la otra—. No es gran cosa, en realidad no es digno de ti. —Y cuando vio el gesto de reproche de Marta, añadió—: pero está en el mejor barrio. Ya verás.

¿Pero cuál era el mejor barrio? París tenía muchos barrios llenos de encanto, cada uno con su estilo. Umar se había informado y se había decidido por Montmartre. En la parte de atrás del Sacré Cœur, entre estrechas calles y sorprendentes huertos, había encontrado una pensión que le ofrecía una habitación con una pequeña terraza, desde donde se veía la cúpula de la iglesia. Ni era grande, ni era lujosa y ni siquiera parecía muy limpia, pero iba a ser solo para ellos los siguientes tres días. Un sueño hecho realidad. Umar subió las estrechas escaleras cargando la maleta de Marta. Cada dos pasos, se volvía y la besaba.

—Mira para adelante, te vas a tropezar.

—Y tú, ¿qué has metido aquí, que pesa tanto? ¿Fuiste al pantano para llenarla de guijarros?

Marta echó un rápido vistazo a la habitación. Era pequeña, sí, pero le daba igual. Lo abrazó por detrás mientras le enseñaba la terraza. Se pegó a él. Lo olía. Quería impregnarse de él para cuando ya

no estuviera.

—Es perfecta —le tranquilizó—, me da igual la habitación. Solo quiero que tú estés en ella. Que estés aquí.

Umar cogió las manos de Marta que tenía en su pecho. La sentía en su espalda, muy cerca.

—Y a mí me gustaría que estuvieras siempre conmigo —se le escapó antes de poder evitarlo. No había un momento en su vida que no tuviera una cara oscura. Y aunque se sentía feliz, sabía que iba a ser solo por unos días.

Marta torció el gesto. Eso no valía, no era el trato. Umar se volvió para abrazarla de frente.

—No te preocupes. No voy a fastidiar el momento. Había pensado en subir a la cúpula del Sacré Cœur y ver atardecer desde allí. ¿Te apetece?

Marta miró el reloj. Acababan de dar las seis de la tarde.

—Vale, pero hasta que anochezca, queda un poco. Podemos hacer otra cosa antes, ¿no?

Umar acababa de volver de Tabriz, donde había vuelto a sentir su cultura en estado puro. Había cosas buenas, aunque los europeos no lo entendieran, pero la propuesta de Marta era algo que no encontraría fácilmente en su país. No sabían lo que se perdían. Que la mujer fuera la que deseara al hombre era casi más placentero que desear a una mujer. Umar no podía negarse a su propuesta ni quería. La besó mientras le desabrochaba la blusa.

La cama se hundió y emitió un juego de sonidos que habían podido escandalizar al resto de los inquilinos, pero a ellos les dio igual. Estaban pegados el uno al otro. Se besaban cada poco. A veces besos cortos. Otros más largos. ¿Me cansaré de esto alguna vez?, se preguntó Umar. No lo creía.

Umar la besó una vez más. Se iba a levantar, pero volvía y le daba otro beso, y luego otro. Costaba separarse. Aunque solo fuera para poner música. Encendió su altavoz portátil y conectó el móvil.

—Mira, Marta. Tú serás la del animal de Battiato, pero juntos hacemos esto. Y lo que hacemos es bueno.

La música empezó a sonar, a llenarlo todo. Los ritmos exóticos de «Desert Rose», la canción de Sting con Cheb Mami.

—Esta canción somos nosotros. La mezcla perfecta de nuestras culturas. Escucha.

Volvió a la cama y la abrazó entera. Con brazos y piernas. Con todo. Entonó y cantó la letra en árabe. Marta se asombró de lo bien que lo hacía. Nadie le había cantado nunca. Y mucho menos tan bien y al oído. Las palabras que Umar iba entonando debían de significar algo importante por su mirada. Ya le preguntaría más tarde porque en ese momento se volvió a excitar. Mucho. Se deshizo de su abrazo y se

tumbó sobre él.

—No pares de cantar, Umar. Cántame.

Y lo amó de nuevo. Todo lo que pudo. Los acordes de la música flotaban por la habitación. Umar quiso cantar también la parte de Sting, pero no pudo seguir. Necesitaba besarla.

El resto de los días en París no perdieron la intensidad del encuentro. Pasear por la orilla del Sena, visitar el museo de Orsay o comer en el barrio latino fueron momentos que atesorarían para siempre en su memoria, dispuestos a ser recordados en cualquier instante. Umar no volvió a mencionar lo que ambos tenían en la cabeza, aunque muy a menudo se quedaba más callado de lo normal y su mirada triste entristecía también a Marta. Ella se hacía la fuerte y recordaba lo que su madre le repetía: «El tiempo decidirá». Necesitaba afirmarse en su nuevo proyecto de vida.

El regreso fue triste. Ambos volaron juntos y con las manos entrelazadas. Umar no podía evitar preguntarse por qué Marta tomaba esa decisión, por qué quería hacer su vida sin él si le quería. Se sentía amado. Sabía que no podía hacer más, no podía insistir. Besaba su mano, la besaba a ella. Se estaba despidiendo. Se rendía.

Lo peor, recordaba Marta, fue hablar con Miguel. Contarle, a su vuelta de París y antes de la fecha acordada con él, lo que había decidido. Se vieron a media tarde. Marta rechazó su oferta de ir a cenar a su restaurante preferido. Quería ser directa y no alargar una conversación ya de por sí difícil.

—Miguel —empezó—, el banco me ha ofrecido trasladarme a Londres por un tiempo. Serán solo tres años y creo que la experiencia para los niños sería muy muy buena. He aceptado. Recuerda que muchas veces hemos hablado lo de llevarlos a hacer un año escolar, pero no sé si hubiéramos tenido presupuesto para los tres… Esto es mejor aún.

Miguel abrió los ojos con asombro. No se esperaba que Marta pudiera recibir ofertas de ese tipo. En el fondo, no la consideraba lo bastante válida para estar en el mercado internacional. Le pidió que le contara más y ella le dio todos los detalles, incluyendo a Pablo. ¿Cómo no iba a estar allí? Bajó la mirada. Ahora lo tenía aún más difícil. Ya no era solo luchar contra el portero. Ahora tendría que pelear también para superar una oferta tan atractiva como Londres. De nada valdrían ya sus propósitos. Había perdido.

—¿Y dónde nos deja todo esto a nosotros? Lo que hablamos en la playa iba totalmente en serio. ¿Renuncias definitivamente a que lo intentemos?

—Lo que hablamos en la playa sé que es algo que lo dijiste de veras, que estás convencido y es muy posible que las cosas pudieran

cambiar, pero… me pediste que te ayudara a hacerlo, me pediste que te orientara para que lo nuestro saliera bien y… no me siento con fuerzas. No creo que tenga que ir conduciéndote. Las cosas o salen por sí solas o no se pueden forzar. Ya no es tu problema. Es mío. Me he quedado sin ganas, sin fuerzas. No quiero intentarlo. Siento muchísimo ser tan dura, pero me ha costado mucho decidirme y sé que estoy tomando una buena decisión. Buena para mí. E incluso también pueda ser buena para ti. Todavía puedes conocer a alguien y darte la oportunidad de construir algo juntos desde cero, pensando en el otro, cuidando al otro…

Miguel volvió a bajar la cabeza. Le entraban ganas de advertirle que no empezara con reproches, pues era lo que estaba percibiendo en las palabras de Marta. La vio muy segura. Parecía que lo había meditado bien. Ya no se creía con el derecho de cuestionar, de hacerla dudar. Era, efectivamente, muy bueno para ella y para sus hijos. De hecho, hasta sentía cierta envidia. A él también le hubiera gustado vivir esa experiencia y seguirla en su aventura. Pero la determinación que veía en sus ojos era tan fuerte que no se atrevió a proponérselo.

—¿Dónde viviréis? ¿Has pensado en eso?

—Pablo está buscando casas por barrios adecuados a los niños...

—Seguro que él se coge otra puerta con puerta...

—Puede ser, pero también puedo tenerlo de ayuda.

—¿Y con el portero? ¿Qué vas a hacer?

Marta apuró su café y lo miró. Decidió ser condescendiente. Era la misma pregunta que le había hecho Pablo, pero con Miguel había más confianza y sintió que le debía una respuesta.

—Te lo he dicho… mi decisión es empezar una nueva vida en Londres sola. —Puso un especial énfasis en la palabra «sola».

Miguel asintió varias veces en silencio. Su cara demostraba la frustración y desilusión que sentía. Una nueva perspectiva de vida se presentaba ante él. Tres años sin sus hijos y un futuro sin Marta. Intentó animarse: podría ir a menudo a Londres para estar con los niños. La miró.

—Ve contándome cómo va todo. Mantenme informado. Quiero hablar a diario con ellos. Espero que no te equivoques.

Seguía en aquel banco enfrente del río. Había empezado a tiritar. Llevaba demasiado tiempo perdida en sus pensamientos. El pub a su espalda se había quedado en silencio. Se volvió. Los clientes habían desaparecido y el local estaba cerrado. Acarició la cabeza de Thor para despertarlo.

—Tenemos que irnos ya.

Al llegar a casa, se asomó a la habitación de sus hijos. Aunque el apartamento era pequeño, tenía unas amplias habitaciones. En la de

los niños había colocado unas literas y una cama individual formando una ele, dejando un espacio suficiente para dos escritorios y el armario. Como había previsto, Elisabeth, que no había dudado ni por un momento en acompañarla a Londres, también dormía en su habitación. Solo Diego estaba despierto. Le acarició la cabeza y lo besó.

—Mamá… —dijo algo amodorrado.

—¿Qué quieres, cariño? Ya deberías estar durmiendo.

—¿Sabes, mamá? Ayer, cuando estuvimos en Madrid, Manolo nos presentó al nuevo portero. Se llama Manolo también. Umar se ha ido.

Marta lo miró con sorpresa. No había sido «ayer», sino dos fines de semana antes. ¿Por qué no se lo había contado?

—¿Y dónde se ha ido?

—Manolo se lo dijo a papá, pero no me acuerdo. Creo que había encontrado otro trabajo y que ya no es portero. Papá me dijo que el nuevo es Manolo dos y así podría distinguirlos.

—Pues sí, es una buena forma de hacerlo.

—Mamá... y ¿este Manolo dos nos llevará de excursión como Umar?

Marta le sonrió, le besó la manita que reposaba sobre las sábanas y añadió con un gran deje de melancolía:

—No. No iremos con Manolo dos de excursión. Umar era especial, por eso fuimos.

—Tengo ganas de verlo.

Marta le dio un beso y le pidió que se durmiera. Echó un vistazo a los otros dos y se fue a su habitación. Había sentido un halo de tristeza con las palabras de su hijo. No recordaba la última vez que había hablado con Umar, quizá justo después de Navidad. Poco a poco, las llamadas se habían ido distanciando. Hubiera preferido seguir en contacto, pero él, en una larga conversación, le había pedido romper el hilo que los unía, le dolía demasiado. No lo había vuelto a ver y Marta sabía que era el precio que debía pagar por haber tomado su decisión. Aunque doliera.

Tenía que acostarse ya. Le esperaba otra dura jornada de trabajo. Le había costado un poco habituarse al horario completo, pero no podía afrontar la reducción de salario. Cada día viajaba hasta Canary Wharf, donde el banco había instalado sus nuevas oficinas jurídicas. Normalmente lo hacía en el coche de Pablo, que efectivamente, había encontrado un apartamento no lejos del suyo. Su casa, a unos doscientos metros de la suya, formaba parte de una hilera de viviendas cuyas fachadas estaban pintadas de suaves colores desde el amarillo hasta el morado. Enfrente, había una explanada de césped donde los perros corrían y algunas personas tomaban el sol en los raros días despejados, tumbadas en la hierba. El parque, dividido en

dos zonas por una pequeña carretera, tenía una iglesia de piedra gris que se erigía majestuosa. Marta solía llevar a los niños a jugar allí, o a los distintos festivales y mercadillos que el barrio organizaba. A pesar de no vivir juntos, habían hecho muchos planes en común. Pablo organizaba excursiones que les habían permitido conocer castillos impresionantes y toda la zona sur de Inglaterra. También solía organizar cenas en su casa, mucho más amplia que la de Marta, con compañeros de trabajo y algunos vecinos con los que habían establecido una cierta amistad.

Mientras se desnudaba y se ponía el pijama, se sonrojó recordando lo que había pasado con Pablo unos meses antes. No se explicaba cómo había podido ocurrir, cómo se había dejado llevar. Los dos estaban recogiendo los restos de la cena con unos amigos. Era viernes y la reunión se había prolongado más allá de las dos de la mañana. Habían terminado con varias botellas de vino entre todos y la risa fácil era una constante con cada anécdota de uno u otra. En la cocina, cuando todos se habían marchado, se reían recordando los mejores momentos de la noche. Pablo imitaba el andar de su amigo y lo exageraba para ver reír a Marta. Ella, a carcajadas, le pedía que parase. Ver a Pablo haciendo el tonto la divertía mucho. De pie, riéndose de sus aspavientos, Marta se acercó para hacerle parar. Al hacerlo, tropezó y casi lo tira al caerse sobre él. Él recuperó el equilibrio y la agarró para que no acabara en el suelo. Quedaron muy juntos y frente a frente. El beso fue inevitable. Después vinieron más. Y volvió a sentir deseo. Un deseo que solo había mantenido en su mente recordando a Umar. No se confundía. Sabía que no era Umar. Pero el deseo se reavivaba en cada beso de Pablo. Lo tomó de la mano y lo condujo por el pasillo.

Pablo la seguía dudando. Cuando ella abrió la puerta de su dormitorio, Pablo la detuvo, la besó brevemente en los labios y le preguntó:

—¿Estás segura? Has bebido mucho... Marta le devolvió el beso.

—Estoy segura, no es el vino.

Y así habían terminado haciendo el amor. Y fue placentero. Él lo había hecho posible. Pablo se había preocupado solo de ella sin pensar en nada más. De hecho, Marta se sintió como sola. No recordaba nítidamente la imagen de él, solo algunas sensaciones. Como un placer en solitario, pero que no requiere esfuerzo. Y había estado muy bien. Pero al despertarse unas horas más tarde se había dado cuenta de su error. Se levantó sin hacer ruido, se vistió y salió de la casa sin despertarlo. Se odió por utilizarlo como un instrumento de placer, lo había usado para cubrir la necesidad que sentía y eso ni era honesto ni iba con ella. El resto del fin de semana lo pasó avergonzada, sin querer contestar a sus llamadas ni mensajes y sin acudir a la cita que

tenían para ir todos a una regata en Richmond. Esa misma noche, Pablo llamó a su telefonillo y la hizo bajar. Marta no tuvo más remedio que enfrentarse a aquello.

—Veo que no quieres hablar conmigo y me parece muy infantil por tu parte —le dijo Pablo en un tono malhumorado.

—Ya, Pablo, perdona… Lo del viernes nunca debió ocurrir. Estoy muy avergonzada. No sabía qué decir, qué hacer. Lo siento…

Pablo se miró sus relucientes zapatos y metió las manos en los bolsillos.

—Te arrepientes, ¿no es eso?

—Sí —dijo, rotunda—, no debió ocurrir —repitió—. No sé qué me pasó.

De nuevo Pablo se recompuso.

—No pasa nada. Ocurrió y ya está. Me hubiera gustado que no te produjera ni vergüenza ni arrepentimiento, pero ¿qué se le va a hacer? Solo te pido que no te comportes como una niña. Que seas capaz de mirarme a la cara y volver al trabajo mañana sin esa carga de angustia que veo en tu cara. Lamento no haber sido un buen amante.

—No digas eso. Sé que estoy siendo inmadura o infantil, como dices tú, pero eso no tiene nada que ver con tus dotes amatorias. Eres muy bueno —creyó tener que aclararle—, pero no es lo que quiero. Sigo pensando que tengo que estar sola y si eso cambiara, sería por alguien del que estuviera enamorada. Lo siento.

Desde entonces, aunque Pablo había mantenido una actitud muy correcta, Marta seguía sonrojándose y arrepintiéndose en dosis iguales.

Decidió tomarse media pastilla para dormir. Todos esos recuerdos le iban a impedir dormir tranquilamente. Estaba muy satisfecha con la decisión que había tomado unos meses atrás. Se sentía feliz, tranquila y contenta con su pequeño mundo en Londres.

A la mañana siguiente, Álvaro la despertó sacudiéndole el brazo, con el rostro preocupado.

—¡Mamá! —exclamó—. Te has quedado dormida.

Marta miró el reloj en su móvil y de un brinco se levantó rápidamente. Álvaro seguía observándola. Se había convertido en todo un adolescente. Vestido con su uniforme colegial y su corbata verde con rayas rojas, estaba muy guapo.

—Gracias, hijo. Menos mal que me has despertado. Pablo ya se ha debido de marchar. Hace media hora que habíamos quedado.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el niño.

—Nada, una mala noche.

Marta no quiso aclararle que eran los efectos de la pastilla, que se juró no volver a tomar. En menos de diez minutos estaba saliendo por la puerta. Bajó tan rápido los escalones que en el último tramo tropezó

y tuvo que saltar, chocando con la puerta de la entrada al edificio. Mientras que con una mano se metía la blusa por dentro del pantalón, con la otra abría la puerta con una fuerza desproporcionada, lo que hizo que se abriera del todo, aplastándose su mano contra la pared.

—¡Mierda! —exclamó.

Dio un paso para salir y correr a coger el próximo tren, cuando se dio de bruces con algo que le impedía avanzar. Estaba claro que las cosas no podían hacerse deprisa. Entre el tropiezo, la blusa y la mano atrapada, no se había percatado de que había alguien al otro lado de la puerta. Y había chocado frontalmente con ella. Avergonzada y sin alzar la vista, murmuró un débil «sorry» y se hizo a un lado para dejarle pasar. Y entonces oyó su voz. No pudo seguir, se paró en seco. Miró hacia arriba para cerciorarse de que la voz pertenecía al rostro que imaginaba.

—Hola, Marta —había dicho. Era una voz y un deje que no dejaban duda posible. Era la voz profunda y el acento de alguien que había estado en sus pensamientos todo ese tiempo.

—¡¡Umar!! —gritó con una voz chillona que no pudo controlar—, ¿qué…? ¿Qué haces aquí?

Y Umar sonrió. Y era aquella sonrisa que fascinó a Marta desde el primer momento. Y Marta no quería perderse en ella. Los dos se quedaron mirándose sin decir nada. Ella con cara de asombro. Él con cara de satisfacción. Y Marta tuvo la certeza de que perdería el siguiente tren.

Motril, 5 de agosto de 2021

Nota de la autora

Mucha gente me ha preguntado si mi afición a escribir viene de lejos o es reciente. A lo largo de mi vida he pensado miles de historias que me hubiera gustado relatar y nunca me he atrevido a hacerlo. Lo que me ha pasado con esta novela es tan extraño que no sé bien cómo describirlo. Lo que sé con seguridad es que empecé a escribir cuando vencí el miedo al «qué dirán», que era lo que más me impedía plasmar mis historias por escrito.

Comencé el 9 de mayo de 2021 en la aplicación Notas del móvil y no pude parar. Tenía ciertas ideas para el argumento, pero no creía que fueran suficientes para escribir una novela, pero los personajes y los hechos que ocurren, productos de mi imaginación, fueron surgiendo sin poderles poner freno, sorprendiéndome hasta a mí misma. Terminé a mediados de junio, con un final diferente que después cambié.

Para mí esta novela no termina con la última frase. Terminará cuando me contéis lo que os ha parecido y lo que os ha aportado, si es que lo ha hecho. Conocer vuestra opinión es lo más importante. No dejes de hacerlo, por favor. Lo leeré y si puedo, os contestaré. Aquí tenéis mi mail: hola@almabcross.com. Esperaré encantada vuestras opiniones.

Y gracias, mil gracias por haber llegado hasta aquí.